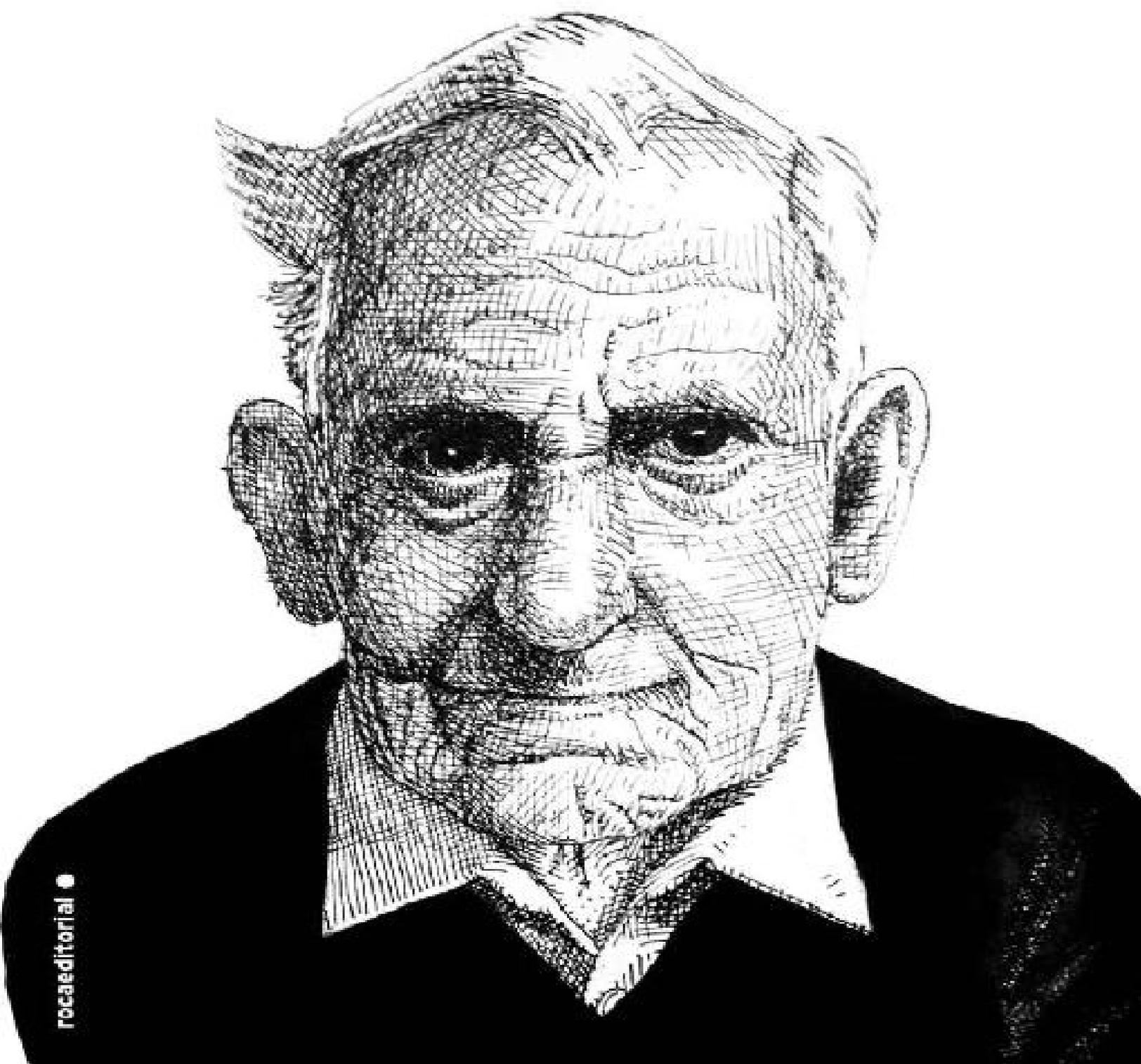


Intentos de sacarle algo a la vida

El diario de Hendrik Groen,
de 83 años y cuarto



Intentos de sacarle algo a la vida

El diario de Hendrik Groen, de 83 años y cuarto

Hendrik Groen

Traducción de
Marta Arguilé Bernal



Rocaeditorial

INTENTOS DE SACARLE ALGO A LA VIDA

Hendrik Groen

BIENVENIDO AL FENÓMENO HENDRIK GROEN.

UN BEST SELLER INTERNACIONAL EN MÁS DE VEINTE PAÍSES.

Una novela conmovedora, una montaña rusa de esperanzas y decepciones en la que Hendrik Groen relata sus pequeños experimentos de felicidad en una residencia de la tercera edad.

¿POR QUÉ AMARÁS EL DIARIO DE HENDRIK GROEN?

Porque leer cura los achaques.
Porque el humor geriátrico existe.
Porque la lucidez no está reñida con la vejez.
Porque el médico no siempre tiene razón.
Porque en este diario nada es mentira, pero no todo es verdad.
Porque es toda una lección de entereza.
Porque cuando seamos mayores dominaremos el mundo.

ACERCA DEL AUTOR

El indomable **Hendrik Groen** —nuestro héroe holandés— comenzó su carrera como escritor con algunas colaboraciones en Torpedo Magazine. Con la publicación de su diario, Intentos de sacarle algo a la vida, se ha convertido en todo un fenómeno en su país de origen y, ahora, él y su creador (tan famoso como anónimo) encabezan las listas de más vendidos en más de veinte países con este diario que no solo deleitará, con su ingenio y bondad, a los lectores más mayores, sino que también inspirará a aquellos a los que aún les queda mucho tiempo para acercarse a su propia fecha de caducidad.

ACERCA DE LA OBRA

«Una poderosa combinación entre El abuelo que saltó por la ventana y se largó y Alguien voló sobre el nido del cuco. ¡Maravilloso!»

LIBRERÍA BRUNA

«Enternecedora y divertida. Versa sobre todos los aspectos de la vida. Todo el mundo debería leerla.»

LIBRERÍA STEVENS

«Con mucha ironía y sarcasmo Groen relata cómo es la vida en un asilo. Un diario lleno de encanto y humor»

LEEWARDER COURANT

«Lloré, lloré de tanto reír. Y luego estuve durante tres días sonriendo.»

OUDERENJOURNAAL

Índice

Portadilla

Acerca del autor

Martes 1 de enero de 2013

Miércoles 2 de enero

Jueves 3 de enero

Viernes 4 de enero

Sábado 5 de enero

Domingo 6 de enero

Lunes 7 de enero

Martes 8 de enero

Miércoles 9 de enero

Jueves 10 de enero

Sábado 12 de enero

Domingo 13 de enero

Lunes 14 de enero

Martes 15 de enero

Miércoles 16 de enero

Jueves 17 de enero

Viernes 18 de enero

Sábado 19 de enero

Domingo 20 de enero

Lunes 21 de enero

Martes 22 de enero

Miércoles 23 de enero

Jueves 24 de enero

Viernes 25 de enero

Sábado 26 de enero

Domingo 27 de enero
Lunes 28 de enero
Martes 29 de enero
Miércoles 30 de enero
Jueves 31 de enero
Viernes 1 de febrero
Sábado 2 de febrero
Domingo 3 de febrero
Lunes 4 de febrero
Martes 5 de febrero
Miércoles 6 de febrero
Jueves 7 de febrero
Viernes 8 de febrero
Sábado 9 de febrero
Domingo 10 de febrero
Lunes 11 de febrero
Martes 12 de febrero
Miércoles 13 de febrero
Jueves 14 de febrero
Viernes 15 de febrero
Sábado 16 de febrero
Domingo 17 de febrero
Lunes 18 de febrero
Martes 19 de febrero
Miércoles 20 de febrero
Jueves 21 de febrero
Viernes 22 de febrero
Sábado 23 de febrero
Domingo 24 de febrero
Lunes 25 de febrero
Martes 26 de febrero
Miércoles 27 de febrero
Jueves 28 de febrero

Viernes 1 de marzo
Sábado 2 de marzo
Domingo 3 de marzo
Lunes 4 de marzo
Martes 5 de marzo
Miércoles 6 de marzo
Jueves 7 de marzo
Viernes 8 de marzo
Sábado 9 de marzo
Miércoles 13 de marzo
Viernes 15 de marzo
Sábado 16 de marzo
Domingo 17 de marzo
Lunes 18 de marzo
Martes 19 de marzo
Miércoles 20 de marzo
Jueves 21 de marzo
Viernes 22 de marzo
Sábado 23 de marzo
Domingo 24 de marzo
Lunes 25 de marzo
Martes 26 de marzo
Miércoles 27 de marzo
Jueves 28 de marzo
Viernes 29 de marzo
Sábado 30 de marzo
Domingo de Pascua, 31 de marzo
Lunes 1 de abril
Martes 2 de abril
Miércoles 3 de abril
Jueves 4 de abril
Viernes 5 de abril
Sábado 6 de abril

Domingo 7 de abril
Lunes 8 de abril
Martes 9 de abril
Miércoles 10 de abril
Jueves 11 de abril
Viernes 12 de abril
Sábado 13 de abril
Domingo 14 de abril
Lunes 15 de abril
Martes 16 de abril
Miércoles 17 de abril
Jueves 18 de abril
Viernes 19 de abril
Sábado 20 de abril
Domingo 21 de abril
Lunes 22 de abril
Martes 23 de abril
Miércoles 24 de abril
Jueves 25 de abril
Viernes 26 de abril
Sábado 27 de abril
Domingo 28 de abril
Lunes 29 de abril
Viernes 3 de mayo
Sábado 4 de mayo
Domingo 5 de mayo
Lunes 6 de mayo
Martes 7 de mayo
Miércoles 8 de mayo
Jueves 9 de mayo
Viernes 10 de mayo
Sábado 11 de mayo
Domingo 12 de mayo

Lunes 13 de mayo
Martes 14 de mayo
Miércoles 15 de mayo
Jueves 16 de mayo
Viernes 17 de mayo
Sábado 18 de mayo
Domingo 19 de mayo
Lunes 20 de mayo
Martes 21 de mayo
Miércoles 22 de mayo
Jueves 23 de mayo
Viernes 24 de mayo
Sábado 25 de mayo
Domingo 26 de mayo
Lunes 27 de mayo
Martes 28 de mayo
Miércoles 29 de mayo
Jueves 30 de mayo
Viernes 31 de mayo
Sábado 1 de junio
Domingo 2 de junio
Lunes 3 de junio
Martes 4 de junio
Miércoles 5 de junio
Jueves 6 de junio
Viernes 7 de junio
Sábado 8 de junio
Domingo 9 de junio
Lunes 10 de junio
Martes 11 de junio
Miércoles 12 de junio
Jueves 13 de junio
Viernes 14 de junio

Sábado 15 de junio
Domingo 16 de junio
Lunes 17 de junio
Martes 18 de junio
Miércoles 19 de junio
Jueves 20 de junio
Viernes 21 de junio
Sábado 22 de junio
Domingo 23 de junio
Lunes 24 de junio
Martes 25 de junio
Miércoles 26 de junio
Jueves 27 de junio
Viernes 28 de junio
Sábado 29 de junio
Domingo 30 de junio
Lunes 1 de julio
Martes 2 de julio
Miércoles 3 de julio
Jueves 4 de julio
Viernes 5 de julio
Sábado 6 de julio
Domingo 7 de julio
Lunes 8 de julio
Martes 9 de julio
Miércoles 10 de julio
Jueves 11 de julio
Viernes 12 de julio
Sábado 13 de julio
Domingo 14 de julio
Lunes 15 de julio
Martes 16 de julio
Miércoles 17 de julio

Jueves 18 de julio
Viernes 19 de julio
Sábado 20 de julio
Domingo 21 de julio
Lunes 22 de julio
Martes 23 de julio
Miércoles 24 de julio
Jueves 25 de julio
Viernes 26 de julio
Sábado 27 de julio
Domingo 28 de julio
Lunes 29 de julio
Martes 30 de julio
Miércoles 31 de julio
Jueves 1 de agosto
Viernes 2 de agosto
Sábado 3 de agosto
Viernes 9 de agosto
Sábado 10 de agosto
Domingo 11 de agosto
Lunes 12 de agosto
Martes 13 de agosto
Miércoles 14 de agosto
Jueves 15 de agosto
Viernes 16 de agosto
Sábado 17 de agosto
Domingo 18 de agosto
Lunes 19 de agosto
Martes 20 de agosto
Miércoles 21 de agosto
Jueves 22 de agosto
Viernes 23 de agosto
Sábado 24 de agosto

Domingo 25 de agosto
Lunes 26 de agosto
Martes 27 de agosto
Miércoles 28 de agosto
Jueves 29 de agosto
Viernes 30 de agosto
Sábado 31 de agosto
Domingo 1 de septiembre
Lunes 2 de septiembre
Martes 3 de septiembre
Miércoles 4 de septiembre
Jueves 5 de septiembre
Viernes 6 de septiembre
Sábado 7 de septiembre
Domingo 8 de septiembre
Lunes 9 de septiembre
Martes 10 de septiembre
Miércoles 11 de septiembre
Jueves 12 de septiembre
Viernes 13 de septiembre
Sábado 14 de septiembre
Domingo 15 de septiembre
Lunes 16 de septiembre
Martes 17 de septiembre
Miércoles 18 de septiembre
Jueves 19 de septiembre
Viernes 20 de septiembre
Sábado 21 de septiembre
Domingo 22 de septiembre
Lunes 23 de septiembre
Martes 24 de septiembre
Miércoles 25 de septiembre
Jueves 26 de septiembre

Viernes 27 de septiembre
Sábado 28 de septiembre
Domingo 29 de septiembre
Lunes 30 de septiembre
Martes 1 de octubre
Miércoles 2 de octubre
Jueves 3 de octubre
Viernes 4 de octubre
Sábado 5 de octubre
Domingo 6 de octubre
Lunes 7 de octubre
Martes 8 de octubre
Miércoles 9 de octubre
Jueves 10 de octubre
Viernes 11 de octubre
Sábado 12 de octubre
Domingo 13 de octubre
Lunes 14 de octubre
Martes 15 de octubre
Miércoles 16 de octubre
Jueves 17 de octubre
Viernes 18 de octubre
Sábado 19 de octubre
Martes 22 de octubre
Jueves 24 de octubre
Viernes 25 de octubre
Sábado 26 de octubre
Domingo 27 de octubre
Lunes 28 de octubre
Martes 29 de octubre
Miércoles 30 de octubre
Jueves 31 de octubre
Viernes 1 de noviembre

Sábado 2 de noviembre
Domingo 3 de noviembre
Lunes 4 de noviembre
Martes 5 de noviembre
Miércoles 6 de noviembre
Jueves 7 de noviembre
Viernes 8 de noviembre
Sábado 9 de noviembre
Domingo 10 de noviembre
Lunes 11 de noviembre
Martes 12 de noviembre
Miércoles 13 de noviembre
Jueves 14 de noviembre
Viernes 15 de noviembre
Sábado 16 de noviembre
Domingo 17 de noviembre
Lunes 18 de noviembre
Martes 19 de noviembre
Miércoles 20 de noviembre
Jueves 21 de noviembre
Viernes 22 de noviembre
Sábado 23 de noviembre
Domingo 24 de noviembre
Lunes 25 de noviembre
Martes 26 de noviembre
Miércoles 27 de noviembre
Jueves 28 de noviembre
Viernes 29 de noviembre
Sábado 30 de noviembre
Domingo 1 de diciembre
Lunes 2 de diciembre
Martes 3 de diciembre
Miércoles 4 de diciembre

Jueves 5 de diciembre
Viernes 6 de diciembre
Sábado 7 de diciembre
Domingo 8 de diciembre
Lunes 9 de diciembre
Martes 10 de diciembre
Miércoles 11 de diciembre
Jueves 12 de diciembre
Viernes 13 de diciembre
Sábado 14 de diciembre
Domingo 15 de diciembre
Lunes 16 de diciembre
Martes 17 de diciembre
Miércoles 18 de diciembre
Jueves 19 de diciembre
Viernes 20 de diciembre
Sábado 21 de diciembre
Domingo 22 de diciembre
Lunes 23 de diciembre
Martes 24 de diciembre
Miércoles 25 de diciembre
Jueves 26 de diciembre
Viernes 27 de diciembre
Sábado 28 de diciembre
Domingo 29 de diciembre
Lunes 30 de diciembre
Martes 31 de diciembre

Créditos

Martes 1 de enero de 2013

Este año tampoco me van a gustar los viejos. Ese arrastrar de pies detrás de los andadores, esa inoportuna impaciencia, esas eternas quejas, esas galletitas con el té, esos gemidos y suspiros.

Yo mismo tengo ochenta y tres años y cuarto.

Miércoles 2 de enero

Habían derramado generosamente el azúcar glas. Para poder pasar mejor el trapo por la mesa, la señora Smit dejó un momento la bandeja de los buñuelos de manzana encima de una silla.

En esas llegó la señora Voorthuizen y sin darse ni cuenta aposentó su enorme trasero en toda la bandeja. Cuando la señora Smit fue a buscarla para devolverla a su sitio, a alguien se le ocurrió la idea de mirar debajo de la señora Voorthuizen. Y cuando esta se levantó, tenía tres buñuelos pegados al vestido de flores.

«Hacen juego con el estampado», dijo Evert. Por poco me ahogo de risa.

Aquel magnífico comienzo de año debería haber dado pie a la hilaridad general, en cambio provocó un rifirrafe de tres cuartos de hora sobre la cuestión de la culpa. Algunos me miraron con malos ojos por el hecho de que aparentemente me hubiera parecido divertido. Y yo murmuré una disculpa.

En vez de reírme más fuerte, murmuré una disculpa.

Es que yo, Hendrikus Gerardus Groen, soy siempre correcto, atento, amable, educado y servicial. No es que sea así en absoluto, es que no me atrevo a ser de otro modo. Casi nunca digo lo que pienso. Elijo siempre el camino más seguro. Mi especialidad: nadar entre dos aguas. Mis padres fueron clarividentes al llamarme como al *bonus henricus*: pocos hay que sean tan buenos. «¿No conoces a Hendrik, el que siempre se quita el sombrero tan educadamente al pasar?» Ese soy yo.

«Acabaré deprimiéndome a mí mismo», me dije. Fue entonces cuando decidí que también dejaría hablar al verdadero Hendrik Groen: durante un año entero pienso dar mi opinión sin censuras sobre la vida en esta residencia de ancianos de Ámsterdam Norte.

Si me muero antes de que se acabe el año lo dejaré por fuerza mayor. En ese caso le pediré a mi amigo Evert Duiker que durante mi entierro lea una pequeña antología del diario. Mientras me halle expuesto en la salita del crematorio El Horizonte, bien lavado y planchado, la voz ronca de Evert romperá el incómodo silencio para leer en voz alta algunos simpáticos pasajes ante el desconcertado público.

Solo me preocupa una cosa: imagínense que Evert se muere antes que yo.

No sería muy considerado por su parte, sobre todo porque yo tengo más enfermedades y achaques que él. Uno tiene que poder confiar en su mejor amigo. Hablaré con él al respecto.

Jueves 3 de enero

A Evert le entusiasmó la idea pero no quiso garantizarme que fuera a vivir más que yo. También puso un par de objeciones. La primera era que después del recital de mi diario probablemente tendría que buscarse otra residencia. Su segunda preocupación tenía que ver con el estado de su dentadura postiza. Esto último se debía a un descuidado tacazo de Vermeteren mientras jugaban al billar. Desde que tiene cataratas en el ojo derecho, Vermeteren necesita que lo ayuden a apuntar. Evert, siempre tan bien dispuesto, se había situado detrás de él con la nariz a la altura del taco e iba dándole instrucciones. «Un poco a la izquierda, dale fuerte y...»: antes de que hubiese terminado, Vermeteren le atizó en toda la boca con la culata del taco. ¡Carambola!

Ahora Evert parece que está cambiando los dientes, apenas se le entiende nada de lo que cecea. Habrá que reparar esa dentadura antes de que pueda leer delante de mi ataúd. Pero, ¡caray!, no va a poder ser porque el reparador de dentaduras postizas está quemado. Gana una pasta inmensa, tiene una joya de asistente, se va a Hawái tres veces al año y aun así está estresado... ¡cómo es posible! A lo mejor se ha deprimido de ver todos esos viejos dientes falsos, donde los restos de comida llevan tanto tiempo ahí metidos que hasta han criado larvas. Es una manera de hablar.

Los buñuelos que sirven este año en la sala de estar parecen reciclados. Ayer por la mañana probé uno por cortesía y me pasé veinte minutos masticando, y aun así tuve que fingir que se me había desatado el cordón del zapato para poder agacharme debajo de la mesa y esconder el último trozo en el calcetín.

Con razón han sobrado tantas bandejas. Aquí todo lo que dan gratis vuela.

En la sala de estar nos sirven un café a las 10:30. Si pasados dos minutos de la media no lo han traído aún, los primeros residentes empiezan a mirar sus relojes con mucho aspaviento. Como si tuvieran otra cosa que hacer. Y lo mismo pasa con el té de las 15:15.

Uno de los momentos más emocionantes del día: ¿a ver qué galletita nos sirven hoy? Pues anteayer y ayer buñuelos reviejos con el café y con el té. Porque claro, «nosotros» no vamos a tirar la comida. Antes preferimos que se nos atragante.

Viernes 4 de enero

Ayer di un paseíto hasta el puesto de flores y me compré una pequeña jardinera con bulbos. Cuando los jacintos florezcan dentro de una semana habré vuelto a llegar a la primavera la mar de bien.

En la mayoría de las habitaciones de esta residencia todavía tienen los adornos de Navidad en pleno abril. Al lado de una decrépita sansevieria y una primula terminal. «Sería un pecado tirarlas.»

Si la naturaleza puede tener un efecto benéfico en la vida de una persona, nadie lo diría viendo la sala de estar-dormitorio de un abuelo holandés. Ahí el estado de las plantas suele ser un fiel reflejo de la situación en la que se halla su cuidador: esperando su triste final. Como los viejecillos no tienen mucho que hacer o se vuelven olvidadizos, riegan las plantas tres veces al día y, a la larga, eso no lo aguanta ni la sansevieria.

La señora Visser me ha invitado a tomar el té mañana por la tarde. Debería haberle dicho que no, aunque solo sea porque la mujer apesta, sin embargo le he dicho que iré encantado. Adiós a la tarde, pero mira que soy calzonazos. En el momento decisivo no se me ocurrió ninguna excusa que darle, así que me tocará aguantar su cháchara y el bizcocho seco. Es un misterio cómo se las arregla para conseguir que el bizcocho más jugoso se convierta en poco tiempo en un trozo de cartón polvoriento. Necesitas tres tazas de té por porción. Mañana me armaré de valor y declinaré el segundo trozo. Será el comienzo de una nueva vida.

Una nueva vida con los zapatos bien lustrados. A eso he dedicado buena parte de la mañana. Los zapatos mismos han ido bastante rápido, pero he perdido mucho tiempo frotando las manchas de betún de las mangas de la camisa. Eso sí, ahora están relucientes. Los zapatos. Las mangas me las he tenido que remangar: no había forma de dejarlas limpias.

Seguro que caerá algún comentario. «¿Cómo es que siempre se pone usted perdidas las mangas de la camisa, señor Groen?»

Aquí la vida consiste en nunca o siempre. Un día dicen que la comida «nunca llega a tiempo y siempre quema» y al día siguiente que «siempre se adelanta y nunca está caliente».

Alguna vez le habré recordado a alguien muy discretamente que poco antes había hecho la afirmación contraria, pero aquí la gente no sabe de lógica. «Usted siempre quiere tener razón, ¿eh, señor Groen?»

Sábado 5 de enero

Ayer volvió a haber sarao durante la cena: había *nasi goreng* en el menú. La mayoría de los veteranos de por aquí, tanto chicos como chicas, son de potaje, a ellos que no les vengan con fruslerías exóticas. Ya se habían plantado antes de que los espaguetis llegasen a Holanda allá por los años sesenta. No encajaban en su esquema: lunes endivias, martes coliflor con bechamel, miércoles albóndigas, jueves judías verdes, viernes pescado, sábado sopa con pan y domingo rosbif. Si querían dárselas de extravagantes, pasaban las albóndigas al martes e iban perdidos el resto de la semana.

Esos antojos extranjeros no son para nosotros. Por lo general nos dan a escoger entre tres menús distintos con una semana de antelación, pero a veces se produce algún error y ayer, por alguna oscura razón, solo había *nasi*. Algún problema con los suministros o algo por el estilo. Desde luego nuestro cocinero no tuvo ninguna culpa.

Así que podíamos elegir entre *nasi* y *nasi*. A los que siguen dietas complicadas les dieron pan.

Se produjo una oleada de indignación. La señora Hoogstraten van Dam, que se empeña en que la llamemos por su nombre completo, se limitó a ir escarbando los trocitos de huevo con el tenedor, Van Gelder no «se zampó» el *nasi* pero sí todo el bote de encurtidos y el gordo Bakker exigió a voces que le echaran salsa en el arroz.

Mi amigo Evert, que a veces come con nosotros cuando se harta de sus dotes culinarias, le ofreció el *sambal* a su incauto compañero de mesa.

—¿Quiere un poquito de ketchup con el *nasi*?

Luego se hizo el tonto cuando la señora De Prijker echó la dentadura postiza en los encurtidos

de tanto toser. La sacaron de allí sin parar de carraspear y al poco Evert fue haciendo la ronda con sus dientes para que se los probaran a diestro y siniestro como si fuera el zapatito de cristal de la Cenicienta. Y después se hizo el inocente cuando lo llamó la jefa de la unidad. Hasta amenazó con avisar a los del servicio de inspección sanitaria por haberse «encontrado» una dentadura en la salsa.

Antes de la cena yo había ido a visitar a la señora Visser. Su conversación es más floja aún que su té. Le dije que el médico me tenía prohibido comer bizcocho. «¿Y eso por qué?» Le expliqué que era por mis niveles de azúcar en sangre, que estaban entre 20 y 25 por encima de lo normal. Me saqué aquella estupidez de la manga antes de darme cuenta, pero a ella le pareció una explicación muy razonable. Eso sí, tuve que llevarme tres trozos de bizcocho por si entretanto se me había bajado el nivel. Ahora están en el acuario de la tercera planta.

Domingo 6 de enero

Cada vez tengo más pérdidas. Los calzoncillos blancos son ideales para que se vean bien las manchas amarillas; los calzoncillos amarillos serían mucho más prácticos. Me da un poco de vergüenza por las señoras de la lavandería. Así que lo que hago ahora es restregar a mano las peores manchas antes de ponerlos a lavar. Llamémosle un pre-prelavado. Si no los diera a lavar levantaría sospechas. «¿Ya se ha cambiado usted de ropa interior, señor Groen?», me preguntaría la señora gorda del servicio doméstico. «No, señora gorda del servicio doméstico, tengo estos calzoncillos tan pegados a mi viejo culo que los llevaré lo que me quede de vida», me gustaría contestarle.

Es un día duro: me crujen todas las juntas del cuerpo. No hay forma de parar el declive. Como mucho de vez en cuando tienes días en que te molesta menos esto o lo otro, pero lo de encontrarte bien del todo se acabó. Ya no volverá a crecerle más pelo de pronto. Al menos no en la cabeza, aunque te salga por la nariz y las orejas. Las venas no se desatascarán. No desaparecerá ni una sola roncha y el grifo de abajo no dejará de gotear. Una carretera de sentido único que te lleva derecho al ataúd: eso es lo que es. Ya no volverás a ser joven, ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo minuto.

Me estoy quejando como un viejo. Si eso es lo que quiero, será mejor que baje a la sala de estar. Ahí es el pasatiempo número uno. No creo que pase ni media hora sin que alguien saque a relucir alguno de sus males.

Me parece que hoy tengo un día un poco gris. Se supone que hay que disfrutar de la vejez, pero maldita sea, no siempre es fácil.

Ha llegado la hora de dar un paseíto, al fin y al cabo es domingo por la tarde. Luego una pieza de Mozart con una buena copa de coñac. Y después tal vez me pase a ver a Evert, que con toda su insolencia posee buenas dotes terapéuticas.

Lunes 7 de enero

Parece que ayer se abrió una investigación sobre la súbita muerte de los peces de la tercera planta. Había bastante bizcocho flotando en el agua.

No fue muy inteligente por mi parte tirar el bizcocho de la señora Visser al acuario. Como ella se entere de que los peces han muerto por una sobredosis de bizcocho húmedo todas las pistas apuntarán hacia mí. Será mejor que vaya preparando mi defensa. Luego iré a ver al abogado Duiker para pedirle consejo. Evert es todo un experto en mentiras piadosas.

En esta residencia no se permite la entrada a mascotas salvo peces y pájaros, «siempre y cuando no excedan los diez y los veinte centímetros respectivamente», así consta en el reglamento de la casa. Eso es para evitar que tengamos tiburones.

Los dueños sufrieron mucho cuando los separaron sin compasión de sus perros y gatos al ingresar en la casa El Ocaso. Por muy tranquilos y pacíficos, viejos y cascados que estuvieran los animales, las reglas son las reglas: a la perrera.

—No, señora, no importa que *Rakker* sea lo único que le queda en este mundo, no podemos hacer ninguna excepción.

—Es verdad que su gatito se pasa todo el día en la repisa de la ventana, pero si admitimos a un gato pronto habrá alguien que quiera tener tres grandes daneses apostados en la ventana. O un cocodrilo lila.

La señora Brinkman es la que tiene el récord de la casa: consiguió tener escondido a su viejo perro salchicha en el armario de debajo del fregadero durante siete semanas antes de que lo descubrieran. Probablemente dieron el chivatazo. Aquí todos han vivido la guerra y sin embargo delataron a un anciano perro a la directora. Y en vez de castigar y humillar públicamente al nazi que cargaba con eso en la conciencia, esa directora prefirió deportar al pobre animal a la perrera. El chuchó se pasó dos días gimoteando y murió de pena. ¿Y dónde estaba la policía de animales?

La directora creyó oportuno ocultarle algunas cosillas a la señora Brinkman. Y cuando al cabo de tres días la mujer consiguió averiguar cuál era el tranvía que la llevaría a la perrera su mascota yacía ya bajo tierra.

La señora Brinkman ha pedido si podrán volver a enterrar a su perrito a su lado cuando ella muera. Ya le han hecho saber que «eso va contra las reglas».

Mañana por la mañana me toca ir al médico.

Martes 8 de enero

Había una nota en el tablón de anuncios que hay al lado del ascensor.

En el acuario de la tercera planta se ha encontrado una gran cantidad de bizcocho. Los peces del acuario han fallecido por comer bizcocho. Se ruega a cualquiera que pueda aportar algún dato sobre este suceso, lo comunique cuanto antes a la señora De Roos, jefa de la unidad. Garantizamos el anonimato si así se desea.

A las once he ido a ver a la señora De Roos. Es un asombroso capricho del destino que tenga ese apellido: «La Rosa». Ni siquiera «señora Ortiga» le habría hecho justicia.

La gente que es fea con ganas debería ser más amable de lo normal, para compensar, pero en su caso parece más bien lo contrario: esa mujer es un muro infranqueable de mal humor.

En fin, señora De Roos.

Le dije que a lo mejor podía aportar alguna explicación sobre el incidente del bizcocho. Y al momento fue toda oídos. Le conté que no había querido despreciar el bizcocho que había preparado la señora Visser y que había dejado un platito con algunos trozos encima de la mesa de la recocina de la tercera planta, con la plena confianza de que alguno de los residentes aceptaría aquel regalo anónimo. Pero había constatado muy a mi pesar que de alguna manera el bizcocho había acabado en el acuario y mi platito azul había desaparecido.

De Roos me escuchó sin disimular su suspicacia. ¿Por qué no me lo había comido yo? ¿Por qué precisamente en la tercera planta? ¿Había alguien que pudiese corroborar mi historia?

Le pregunté si aquello podía quedar entre nosotros. Ya vería lo que podía hacer por mí.

A continuación quiso averiguar cómo había podido preparar la señora Visser aquel bizcocho. Está prohibido utilizar la cocina y el horno de las habitaciones. Me apresuré a añadir que no estaba seguro de que lo hubiese hecho ella misma, pero era tarde: el caso del bizcocho andaría de boca en boca. Yo perdería las simpatías de la señora Visser, lo que bien mirado tampoco es que fuera ningún drama. Pero eso alimentaría durante semanas las sospechas sobre la unidad, donde ya no faltaban precisamente, y los chismorreos correrían sin parar.

También he ido a ver al médico. Estaba enfermo. Si el lunes no se ha recuperado vendrá un sustituto. Para casos urgentes debemos dirigirnos al médico de la residencia de ancianos de la competencia. Algunos prefieren morir antes que permitir que «ese matasanos de la casa El Crepúsculo» vea su arrugado saco de huesos. Otros en cambio harían venir al helicóptero sanitario cada vez que se tiran un pedo. A mí me da igual quién sea el médico que me diga que no hay mucho que hacer.

Miércoles 9 de enero

Ayer acabé un poco alterado con todo el follón de los peces muertos. Entre la cantidad de café que tomé con la señora Visser y los nervios he tenido una diarrea de aúpa. Me he pasado media mañana en el váter con una vieja carpeta de revistas que he tomado prestada de la sala de estar. «Sala de conversar» la llaman por aquí también, bonita palabra, pero no se dejen engañar por las apariencias. «Sala CCC» le vendría mejor, porque ahí se va a Cotorrear, Cotillear y Condolerse. Para algunos es una dedicación exclusiva.

Evert ha pasado un momento para ver cómo estaba y desde el otro lado de la puerta del baño me ha puesto al corriente de los últimos acontecimientos: ahora todos desconfían de todos y en cada vecino ven a un asesino de peces en potencia. Mi ausencia ha despertado muchas sospechas. Le he pedido a Evert que disimuladamente vaya pregonando por ahí lo de mi diarrea como una especie de coartada. Yo por mi parte no puedo hacer mucho más que dejar ligeramente abierta la puerta del baño y la que da al pasillo. En general me aguanto a mí mismo bastante bien, pero ahora estoy que no me aguanto; en el doble sentido, porque la verdad es que estoy hecho una auténtica mierda, una metáfora muy oportuna dadas las circunstancias.

Y hablando de aguantar, ya no aguanto estar más tiempo aquí encerrado, necesito que me dé el aire. Después de todo el día a base de biscotes y tabletas de carbón activado creo que dentro de

un rato me atreveré a salir. A ver si veo alguna celidonia menor, que según el periódico y la red de observación fenológica Calendario Natural (¡toma ya!), es el primer indicio de la primavera. Y si además de la celidonia veo uña de caballo, perifollo verde o alguna violeta, la primavera será un hecho incontestable. Lo malo es que no tengo ni idea de cómo son esas plantas.

La naturaleza se ha adelantado a sí misma seis semanas, pero hay malas noticias para las aves migratorias que justo habían decidido quedarse en casa este año: se avecina el frío.

Jueves 10 de enero

Este asilo tiene un bonito jardín, pero por alguna oscura razón está cerrado con llave. No dejan entrar a nadie en invierno. Será por paternalismo. La dirección sabe qué es lo que más nos conviene a los residentes.

Así que si quieres tomar un poco de aire fresco en esta época del año te toca salir por los alrededores de la casa: feos edificios de finales de los años sesenta, tristes zonas verdes que parecen vertederos. Da la sensación de que las camionetas del servicio de limpieza que pasan por las noches no vienen a recoger la basura sino a esparcirla por las calles y jardines municipales. Vas paseando entre un mar de latas, bolsas de patatas fritas y periódicos viejos. Casi todos los primeros habitantes de esos pisos se han mudado a casas pareadas en barrios residenciales de Purmerend o Almere. Solo se han quedado los que no podían permitirse nada mejor. Ahora las familias turcas, marroquíes y surinamesas ocupan los pisos vacíos. La mezcla no resulta muy agradable.

En estos momentos mi radio de acción es de dos veces quinientos metros con un banco a medio camino. No doy para mucho más. El mundo se va haciendo más pequeño. Desde la casa tengo cuatro recorridos distintos de un kilómetro más o menos.

Evert acaba de venir a verme. Está disfrutando de lo lindo con la conmoción que ha provocado la muerte de los peces y tiene un plan para echar más leña al fuego. Quiere cometer un segundo atentado, esta vez con galletas judías. Ayer por la tarde cogió el autobús para ir a comprarlas a un supermercado a un par de kilómetros de aquí. En la minitienda que hay en nuestro edificio seguro que se acordarían de su compra. Ya tiene las galletas en su armario. Le pregunté si estarían seguras ahí. «Este es un país libre y cada cual es muy dueño de ocultar en su casa tantas galletas judías como le dé la gana», me contestó. Me dio un poco de apuro por el tipo de galleta. Pero era una broma: no son galletas judías, son galletas rosadas. Así espera conseguir un colorido más bonito.

Sábado 12 de enero

La directora, la señora Stelwagen —seguro que volveremos a hablar de ella— ha anunciado una regla medioambiental: los termostatos de las habitaciones de los residentes no podrán superar los veintitrés grados. Si los abuelos siguen teniendo frío, que se pongan una chaqueta, ese es el mensaje. Hay una mujer india que pone la temperatura a veintisiete grados. En su cuarto tiene

recipientes con agua por todas partes para aumentar la humedad del aire. Las plantas tropicales crecen que da gusto verlas. Todavía no hay un límite de altura para las plantas de interior, pero sospecho que Stelwagen está en ello.

La señora Stelwagen siempre es muy amable, atiende a todo el mundo y les da palabras de ánimo, pero bajo ese barniz de simpatía esconde una dosis enfermiza de autocomplacencia y ansias de poder. Tiene cuarenta y dos años y desde hace año y medio es quien en verdad manda aquí, aunque ella sigue intentando escalar puestos lamiendo o pateando culos según quien tenga delante. Llevo ya un año observándola de cerca.

Cuento además con una destacada informante: su secretaria, la señora Appelboom. Durante veintitrés años Anja Appelboom fue la secretaria del anterior director, el señor Lemaire, que no sobrevivió a la última oleada de fusiones y se jubiló anticipadamente. A ella le quedan un par de años para empezar a cobrar la pensión y está decidida a no dejarse pisotear por la Stelwagen, que la ha degradado al nombrar una nueva jefa de despacho. Sin embargo, Anja sigue teniendo acceso a todas las actas de las reuniones y a los informes confidenciales. Hasta hace un par de años era mi vecina. Fue ella la que evitó que acabase en un centro de acogida para personas sin techo y lo arregló todo para que me dieran una plaza aquí. Tal vez volveré a hablar del tema.

Los jueves por la mañana suelo hacerle una visita a la hora del café. En esos momentos la directora y la jefa de despacho tienen una reunión con los jefes de sector y el director regional. Convertirse en la nueva directora regional es el siguiente paso que Stelwagen aspira a dar.

Anja y yo charlamos un rato. «¿Sabes guardar un secreto?», me pregunta a menudo, y a continuación me cuenta alguna confidencia sobre los tejemanejes de Stelwagen. Ya tenemos una bonita colección.

Domingo 13 de enero

Ayer por la tarde Evert echó seis galletas rosadas en el acuario de la segunda planta. Los pececillos de colores han comido hasta reventar. Los cadáveres están flotando en medio de los restos de galleta. En la casa se ha armado la gorda.

A la hora del café fue supuestamente al servicio, subió las escaleras, miró bien a un lado y a otro y echó al agua las galletas que llevaba escondidas en la chaqueta. Luego tiró la bolsita de plástico a la papelería muy cumplidamente, lo que como prueba fehaciente fue una torpeza, pero por suerte a estas horas el personal de limpieza ya ha cambiado todas las bolsas de basura.

El acuario está en un rincón bastante oscuro y ayer por la noche nadie se dio cuenta de nada. La operación no estaba exenta de riesgos, porque si lo hubieran pillado ya podía ir llamando al camión de la mudanza. Quizás en el fondo a Evert no le importe mucho que lo descubran, aunque lo negará rotundamente, mentirá y se pondrá hecho una furia si lo acusan. Así es como debe jugarse este juego según él. Su filosofía es que la vida no es más que una forma de matar el tiempo lo más agradablemente posible. Así es fácil tomarse las cosas a la ligera. Lo envidia. Pero aprendo deprisa.

Yo también estaba bastante tenso ayer, porque Evert me había avisado con antelación de lo de su atentado para que pudiese buscarme una coartada perfecta. No me resultó nada fácil. Tuve que

quedarme en la sala de estar hasta que dos de los residentes de mi planta subieran por fin a su habitación. «Pues os acompaño con muchísimo gusto.» El señor y la señora Jacobs me miraron un poco extrañados.

Esta mañana alrededor de las nueve ha saltado la alarma. Cuando la señora Brandsma se dirigía a la iglesia, ha visto a los peces panza arriba. Al parecer ha habido un intento de echar tierra sobre el asunto pero mientras iba a buscar a la enfermera de guardia, Brandsma se lo ha ido contando a todos con los que se cruzaba por el camino. Mi vecino acaba de llamar a la puerta: «De lo que me acabo de enterar...».

Voy a divertirme con las conversaciones que habrá a la hora del café.

Lunes 14 de enero

Más sufrimiento animal: la señora Schreuder ha aspirado sin querer a su canario mientras le limpiaba la jaula. Cuando ha conseguido por fin abrir la aspiradora con las manos temblorosas después de algunos minutos exasperantes ya no quedaba gran cosa de su risueño silbador. Debería haber apagado la aspiradora enseguida. Su *Pío* ha sobrevivido unos instantes más pero a los pocos minutos ha entregado el alma. Schreuder está desconsolada y la corroe el sentimiento de culpa.

La ayuda que el personal ha ofrecido a la víctima ha consistido en recomendarle que se deshaga cuanto antes de la jaula.

Aquí todo el mundo da su punto de vista sobre galletas en un acuario, pero si le preguntas a alguien qué opina sobre la guerra de Siria te mirará como si acabases de pedirle que te explique la teoría de la relatividad. Que la palmen unos cuantos peces es mucho más grave que el hecho de que vuele por los aires un autobús lleno de mujeres y niños en algún país lejano.

Pero no seamos hipócritas: me lo estoy pasando en grande con el escándalo de los peces, para qué voy a negarlo. Es impresionante el desconcierto que se ha apoderado de toda la población de la casa. Vuelvo a la sala de estar para seguir conversando tan ricamente sobre peces.

Ha llegado el invierno. Aún no ha caído ni un solo copo de nieve pero ayer vi salir a la calle al primer abuelo con calcetines de lana encima de los zapatos. Para no resbalarse.

Martes 15 de enero

Ha caído la primera nevada del año. Lo que significa que nadie sale de casa y todos almacenan provisiones. En la tiendecita que tenemos en la planta baja no queda ni una triste chocolatina. Sí, ya se sabe, la guerra, eh.

Gracias a Dios para la juventud de hoy en día que seamos los últimos que hemos vivido la guerra y dentro de poco todo el mundo se habrá librado de esos eternos cuentos de viejas sobre sopas de bulbos de tulipán y caminatas de siete horas para conseguir un manojo de zanahorias.

Hay un saldo de siete peces muertos.

Ayer llamaron a la policía. Los dos jóvenes agentes no tenían ni idea de cómo abordar el caso.

Desde luego no mostraron ni pizca de la resolución que se ve siempre por la tele. Primero miraron el acuario de arriba abajo con el ceño fruncido, como si sopesaran la idea de reanimar a los peces.

—Sí, están muertos —dijo uno.

—Probablemente por la galleta —dijo el otro.

La directora había dado órdenes de que dejaran los peces muertos flotando en el agua como prueba. Quizás esperaba que viniera un forense, nunca se sabe.

En cualquier caso los agentes tenían pinta de querer largarse de allí cuanto antes. La directora les exigió con firmeza que investigasen a fondo el asunto, pero el agente más joven le dijo que para eso había que presentar una denuncia.

—¿Y no se puede hacer ahora mismo?

No, solo podía hacerse en la comisaría con cita previa o por Internet.

Bueno, pero entonces ¿qué hay que hacer con los cadáveres?

El agente le sugirió la basura.

—Pero no los dejen mucho tiempo ahí. O si no al váter. —Dicho esto, los dos caballeros abandonaron el edificio—. Que tengan una buena tarde.

La señora Stelwagen se quedó atónita.

—¡Un escándalo! ¡Me parece un escándalo! Así no se trata a los ciudadanos.

Fue agradable oírla vociferar de impotencia. Por suerte su omnipotencia no va más allá de los muros de esta casa.

Miércoles 16 de enero

Evert ha venido de visita. Para evitar la sala de estar hemos salido a dar una vueltecita por la nieve arrastrando los pies: cinco minutos andando y otros cinco descansando. La elección se hace inevitable. ¿Será un andador, una scooter o un Canta XL? Tres alternativas sexys.

La semana pasada, en el instituto de la esquina vi a un chico de dieciséis o diecisiete años con uno de esos minicoches rojo tomate que sin duda había tomado prestado ilegalmente de su abuela. En el Canta llevaba las mochilas de las chicas más guapas de la clase, mientras que ellas lo seguían en sus bicicletas. Aún no he visto a ningún joven que por hacer la gracia vaya en una silla de ruedas eléctrica o detrás de un andador. Por esa razón me inclino más por un flamante Canta. Para que me metan en el mismo saco que al resto de pésimos conductores que van en esas latas de galletas.

No hace mucho, uno de esos cochecitos entró sin frenar en una tienda de dulces y se paró en seco en medio de un auténtico destrozo de caramelos de regaliz y galletas de mantequilla. Había dos mujeres gordas en estado de shock empotradas contra el cristal delantero. Su perrito se había quedado atrapado bajo el pedal del freno. La realidad supera la ficción.

Aquí en la casa casi todas las conversaciones giran en torno a la nieve o la gran masacre de peces. Los abuelos imaginan las teorías de complot más descabelladas y algunos no les hacen ascos a las acusaciones infundadas: dos residentes vieron a la señora Greetje D. en el pasillo del acuario en cuestión alrededor de la hora del crimen...

El hecho de que la habitación de la mujer esté en ese pasillo y que no pueda entrar por la ventana dado que está en la tercera planta no les parece un argumento de peso. Pobre Greetje, un pajarillo de apenas cuarenta kilos que siempre esquiva las miradas pero jamás le haría daño ni a una mosca ni a un pez.

Después de la visita de la policía, la directora convocó una reunión informativa para «calmar un poco los ánimos». Explicó que todas las habitaciones de la segunda planta habían sido inspeccionadas a fondo *pro forma*. Como si el cuarto del autor aún fuera a estar lleno de migas de galleta. Nadie le preguntó a la directora qué derecho tenía ella para registrar las habitaciones. Yo tampoco. No me atreví.

A la hora del café se cuchichearon muchas propuestas para que también se registraran a fondo las habitaciones de las otras plantas. Se asintió con vehemencia: «Naturalmente».

Jueves 17 de enero

He estado releendo mi diario. Quizá lo que llevo escrito hasta ahora suene un poco pesimista. Aquí también hay gente simpática, no crean.

Por supuesto está mi amigo Evert. Vive en un piso tutelado al lado de la residencia en compañía de su perro: un animal viejo y sin raza, rematadamente perezoso, bonachón y muy inteligente. Se llama *Mohammed*. Cuando a Evert le da uno de sus ataques de gota, yo me encargo de sacar a pasear a *Mo*. El paseo no es gran cosa teniendo en cuenta mi radio de acción, aunque el radio de acción de *Mo* es más pequeño aún: una vueltecita alrededor del edificio y listos. A los diez árboles un reguerillo y una vez al día una cagarruta por el descampado que me toca recoger en una bolsita de plástico y llevármela porque me espían desde un montón de habitaciones. Si dejara la mierda donde cae, se darían tortas por ser el primero en denunciarme.

También está Edward. No es muy hablador. Cuesta mucho entenderlo por culpa de la embolia que sufrió, pero elige con mucho cuidado sus palabras casi ininteligibles y cuando dice algo, sabes que vale la pena preguntarle un par de veces: «¿Cómo has dicho?». El tiempo que se ahorra hablando lo destina a sus agudas observaciones.

Grietje es un cielo, simpática y comprensiva sin ser empalagosa.

Graeme, el último de esta selección provisional, parece algo tímido e inseguro pero es capaz de decir las cosas claras sin que puedas enfadarte con él.

Me gusta sentarme a tomar café con estas personas, algo que más o menos sucede sin más. Porque aquí algo tan sencillo como sentarte en un sitio o en otro obedece a unas leyes tácitas muy estrictas. Aquí todo el mundo tiene su sitio fijo: en la mesa, en el bingo, en «expresión corporal», en el oratorio. Si quieres atraer el odio hacia ti no tienes más que quitarle el sitio a otro y no moverte cuando un anciano párvulo señale tu silla y te diga: «Aquí estoy yo».

«Pues yo lo veo a usted ahí, delante mismo de mis narices.»

Eso sí al ir a ocupar una silla vacía no te han dicho ya: «¡Eh, que aquí se sienta la señora tal!». En ese caso, todo el mundo se disculpa y sigue adelante arrastrando los pies, cuando debería sentarse y, señalando las demás sillas vacías, replicar: «Pues hoy que se busque otro sitio y, si no, que se fastidie».

Viernes 18 de enero

La dirección desaconseja salir de casa en los próximos tres días. Una fractura de cadera puede estar al caer. Eso significa que el ambiente en la casa sigue sin mejorar. No es que los residentes estén siempre en la calle cuando no hiela, pero la mayoría hace su salidita hasta el centro comercial, el buzón de correos o el parque. Y cuando no puedes hacer una cosa, te entran más ganas de hacerla. Los abuelos se han pasado el día mirando por la ventana la nieve que no acaba de derretirse, y quejándose de que el ayuntamiento limpie las carreteras pero deje las aceras y los carriles de bicicletas llenos de papilla marrón. Y razón no les falta.

El personal ha quitado la nieve de la entrada de la casa para que podamos salir indemnes por la puerta principal y llegar hasta la parada del microbús de Connexion. Pero la angustiada incertidumbre de lo que le espera a uno al bajarse del bus hace que la mayoría opte por no salir. El miedo es un consejero muy consultado.

La tormenta de los peces ha amainado un poco. Solo estaban esperando a que algo desviara su atención. Bueno, pues aparte de la nieve corre el rumor de que el ayuntamiento quiere subir las tarifas de la zona azul. Los abuelos temen que las visitas vayan a reducirse si sus hijos tienen que echar un euro extra para aparcar. Si los hijos vienen menos por ese estúpido euro, por mí ya pueden ahorrarse las visitas. Cuando lo dije con muy buenas palabras a la hora del café, me replicaron que para mí era fácil hablar porque yo no tengo hijos y además nunca viene nadie a visitarme.

Algo de verdad hay en eso. Casi todos los nombres que tengo apuntados en mi calendario de cumpleaños tienen una crucecita al lado. Hay dos personas sin cruz porque no sé si aún viven o no. Otra ya no me reconoce. Solo me quedan Evert y Anja. Graeme y Grietje no están. Nada de una lista de amigos impresionante. La cosa está en morirte pronto o tener que vértelas con una larga fila de entierros. Ahora como mucho solo tendré que asistir a cinco funerales más, sin contar los de compromiso.

Sábado 19 de enero

El viernes es el «Día de movida para mayores». Viejos pimpollos salen trotando por los pasillos camino del «gimnasio», enfundados en ropa de deporte de lo más llamativa. Las señoras han perdido casi toda la vergüenza y el espectáculo no es nada agradable. Mallas rosas cubriendo piernas flacas y huesudas o, al contrario, gordas y celulíticas, camisetas ceñidas sobre los tristes restos de lo que un día fueron pechos. La decadencia en el escaparate. Así un hombre mayor como yo no tiene ganas de movidas .

Lugar de acción: una sala de reunión poco utilizada donde se apartan las mesas y se ponen las sillas en círculo. Lo de moverse se realiza básicamente sentados para no discriminar a los que van en silla de ruedas. Al son de una alegre musiquilla los mayores agitan brazos y piernas. Y gimen. Y pueden pregonar a los cuatro vientos todos los males que les impiden hacer tal o cual ejercicio: «Huy, yo eso no lo puedo hacer con mi estoma».

Después le toca el turno a los juegos de pelota. Digamos que la pelota no se desgasta mucho. Lo que más trabaja son las cuerdas vocales de los que van jaleando las prestaciones más básicas. Como una madre aplaudiendo a su pequeño que a los veinte intentos ha conseguido atrapar por fin la pelota: ¡Sí, eeso es! ¡Muuuuy bien!

Podría decirse que se respiraba un ambiente deportivo en el campo.

En efecto, ayer fue mi primera sesión de «Movida para mayores». Y la última. Cuando al final de la clase la monitora de la actividad —«llámame Tine»— me animó calurosamente a volver la semana que viene, me apresuré a decirle que mi participación sería de una sola vez.

—Oh, ¿y eso por qué? —preguntó ella escamada.

—Porque con tanta belleza alrededor no consigo concentrarme bien en los movimientos y acabo todo tenso —le solté sin pensar.

Nada más decirlo me acaloré mucho. Mucho más que durante la clase de gimnasia.

¡Eh, casi le dije lo que pensaba! Estoy progresando a pasos agigantados. A lo mejor es por este diario.

Tine se quedó con su fea boca abierta. El sarcasmo era evidente, pero tampoco era tan exagerado como para que pudiese reprochármelo, y menos aún con todas aquellas viejas brujas emperifolladas a nuestro alrededor. La mayoría aún se considera «bastante atractiva». A medida que uno envejece disminuye el conocimiento que tiene de sí mismo. Al contrario de lo que sucede con los niños, que van mejorando con la edad.

Domingo 20 de enero

No somos los viejos los que estamos pagando los platos rotos de la crisis. Según los cálculos de un prestigioso instituto, a un jubilado que viva solo y no cobre nada más que la pensión básica, esta se le aumentará 2 (¡dos!) euros al mes. Tanto pánico que sembró Henk Krol con su Partido de los Pensionistas para nada. En las elecciones del otoño pasado ese partido ganó por amplia mayoría en la casa. Y eso que a muchos de nuestros residentes no les gustan demasiado los homosexuales, que si no, Henk Krol se habría llevado aún unos cuantos votos más. El señor Hagedoorn, por contra, solo lo votó porque pensaba que era hermano del futbolista Ruud Krol. Por aquel entonces el mismo señor Hagedoorn iba preguntándose si el ex primer ministro japonés Naoto Kan sería familia del artista Wim Kan.

A partir de ahora los que cobren una buena pensión complementaria y los prejubilados recibirán cada vez menos, aun así seguirán teniendo más. Por otra parte aquí no hay prejubilados.

Es asombroso lo frugales que pueden llegar a ser los residentes de la casa. Consiguen ahorrar hasta la mitad de la pensión, Dios sabrá para qué.

El año pasado tocaron premios millonarios de la lotería del código postal en una residencia de ancianos. Hubo muchos ganadores que se disgustaron por el revuelo que se armó con todo aquel dineral.

Yo, por mi parte, me encargaré de estar en números rojos cuando me muera.

Basándome en el calendario mariano que gané en el bingo en diciembre, he calculado que desde

el día más corto, el 21 de diciembre, hasta hoy, un mes más tarde, el sol solo ha salido once minutos antes y se ha puesto treinta y siete minutos después. Curioso, ¿eh?

Es que ando un poco estreñado y el calendario mariano está colgado en el lavabo. Trae pasajes recomendados de la Biblia y también hay recetas, dichos y chistes. Mañana, 21 de enero, es el día de santa Inés, virgen y mártir, que murió en el año 304. Para que lo sepan.

Volvió a armarse un buen follón en el periódico por un joven discapacitado mental al que habían encadenado a la pared de su institución. El porqué no lo decían, pero imagino que el chico se deja ir a menudo. En la unidad de demencia de esta casa viven algunos abuelos que apenas pueden ponerse en pie o pegar la hebra pero los tienen también como a un rey de la evasión que ha olvidado su truco. Vengan a verlos cuando quieran, paparazzi.

Lunes 21 de enero

Hoy mi hija habría cumplido cincuenta y seis años. Intento imaginar qué aspecto tendría ahora. La imagen se ha detenido en una chiquilla empapada de cuatro años, inerte en los brazos de un vecino. Los vi venir en unos segundos que jamás han pasado de largo.

Solo quince o veinte años después pasó el primer día en que no pensara en ello.

¡Que nadie salga de casa: tormentas de nieve!

Más contratiempos: Duiker tiene azúcar.

No es nada nuevo, pero Evert no hace demasiado caso de las recomendaciones del médico y la asistente se lo ha dejado muy claro.

—Mire usted, señor Duiker, si sigue bebiendo tanto y come y fuma sin control, está claro que no podré hacer mucho por usted.

—Chica, es que da la casualidad de que esas son más o menos las únicas cosas que hacen que la vida siga teniendo algo de gracia.

—No soy su chica.

—Y tampoco es usted mi médico, señora asistente.

Pero está claro que Evert se ha asustado un poco. Antes era un cliente fijo del café del barrio donde se había hecho amigo de uno de los parroquianos, un tipo gordo con el azúcar alto que en una noche «normal» se ventilaba veinticinco cervezas. En casa se tomaba un par de whiskeys más. Siempre utilizaba el diminutivo para que sonara más inofensivo.

Un día a su amigo se le puso negro el dedo gordo del pie y tuvieron que amputárselo. Luego le siguieron algunos dedos más. Después el pie y más tarde la pierna. En cuanto algo se le ponía negro tenían que serrárselo en el hospital. Lo conocían bien por allí: era un tipo simpático que no podía dejar de beber y fumar. Durante algún tiempo siguió yendo al bar con una pierna ortopédica hasta que acabó en una silla de ruedas y ya no pudo ir más. Murió dos meses después.

La pesadilla de Evert es irse poniendo negro por los extremos y acabar en manos de los médicos y las enfermeras.

Mañana escribiré sobre cosas más alegres.

Martes 22 de enero

Nueva conmoción por el aparcamiento de pago. El señor Kuiper, siempre tan cascarrabias, ha presentado una propuesta ante la junta de residentes para crear aparcamientos de pago en la casa.

Aquí casi nadie anda ya solo con un bastón. En su lugar, la mayoría va empujando uno de esos carritos con cuatro ruedas, frenos de mano y una bolsa de la compra integrada. Si te cansas, te puedes sentar encima. Un grupo más reducido se mueve con una scooter, también por el interior de la casa. Un chisme de esos ocupa bastante espacio y parece que cada vez son más grandes. Es un símbolo de estatus.

La dirección teme que se produzcan atascos y ha pedido que limiten todo lo posible el uso de andadores y cochecitos en el interior de la casa. Eso no le ha sentado nada bien a toda esa pandilla de renqueantes. Pero cuando Kuiper propuso resolver el problema del aparcamiento como el ayuntamiento de Ámsterdam, o sea, creando plazas de aparcamiento de pago, la cosa se desmadró. Realmente, ese Kuiper no anda bien de la cabeza.

Esta residencia fue construida a finales de la década de 1960, cuando los hijos andaban demasiado ocupados para acoger en sus casas a sus ancianos padres y madres. O sencillamente no les daba la gana hacerlo y yo seré el último que no lo comprenda. El caso es que las residencias de ancianos crecieron como hongos hace unos cuarenta años. ¡Y qué espaciosas! Habitaciones minúsculas de veinticuatro metros cuadrados con un pequeño baño y una minicocina. Las parejas tenían ocho metros cuadrados más para un dormitorio aparte. En los últimos veinte años la casa se ha reformado parcialmente en un par de ocasiones, pero sigue siendo demasiado pequeña. Nunca se tuvo en cuenta la armada de material rodante. En el ascensor solo caben dos scooters o cuatro andadores a la vez. Antes de que todos hayan entrado y salido ha pasado por lo menos un cuarto de hora. Y mientras tanto los demás no paran de arrollarte las piernas con impaciencia y se quedan plantados delante del ascensor sin dejar salir a los de dentro. La solución de la directora ha sido destinar uno de los ascensores para uso exclusivo del personal. Así que ahora las colas que se forman en los otros ascensores son más largas aún. Hay que salir antes de casa para llegar a tiempo al destino. Ya podrían darnos el parte sobre el estado del tráfico. Hasta hace poco me iba por las escaleras, pero ahora estoy que ya no tiro, así que a mí también me toca hacer cola regularmente.

Si algún día se declara un incendio gordo en la casa, todos los residentes acabarán incinerados a la vez. Solo el personal conseguirá salir a tiempo.

Miércoles 23 de enero

He sondeado al médico como de pasada sobre la posibilidad de conseguir la píldora que pone fin a todos los males. Él ha fingido no entenderme: «Me temo que no existe ningún medicamento así». No me he atrevido a seguir preguntando.

Por lo demás, mi lista de males le ha parecido impresionante: pérdidas, dolor de piernas,

mareos, ronchas, eccema. Pero no hay mucho que hacer: ir capeando el temporal con una pastillita por aquí y una pomadita por allá. Incluso me ha encontrado algo nuevo que no tenía hasta ahora: tensión arterial alta. Ya tengo pastillas para eso también.

Ha fallecido nuestra residente de más edad, la señora De Gans. Llevaba años más demente que un pez de colores y tenían que atarla a la silla porque no paraba de caerse, pero llegó a cumplir los noventa y ocho: ¡hip, hip, hurra! Vivió la Primera Guerra Mundial por los pelos.

Hace tres meses el teniente de alcalde vino a traerle un pastel el día de su cumpleaños por ser la habitante del distrito más veterana. La sentaron a la mesa delante del fotógrafo de la revista local, pero en un momento de descuido se cayó de bruces sobre la tarta de nata. Salió una foto estupenda. Lástima que la directora se negase rotundamente a que la publicaran en la revista. El teniente de alcalde, al que le gusta mucho salir en la prensa, mandó traer otra tarta, pero para entonces la señora De Gans se había quedado dormida y no hubo forma de despertarla.

Y ahora ya no habrá forma de despertarla nunca más. No había mucha diferencia entre el antes y el después de la muerte.

No creo que asista a su incineración. No llevo muy bien estas cosas.

Jueves 24 de enero

Los ánimos en la casa siguen sin mejorar. Ya lleva una semana larga nevando y sopla un viento gélido del este. Así que todo el mundo se queda en casa de morros por no poder salir. Los pequeños paseos y las compras son las actividades alrededor de las cuales gira nuestra vida cotidiana. Cuando fallan, queda más tiempo para fijarse en los demás. De algún modo hay que pasar el día.

Con todo, ayer quise salir a tomar un poco el fresco y fui a sentarme al banco que hay delante de la puerta principal. A los pocos minutos el portero me dio a entender que no era plan. Un abuelo amoratado delante de la residencia no era una buena publicidad.

—Mire usted la calle por la ventana.

—Me estaba refrescando —protesté.

—Congelando, señor Groen, se estaba usted congelando.

Desde hace un par de meses el señor Hoogdalen va con una scooter. Hace tres días, su hijo, que es mecánico, se llevó el cacharro y esta mañana se lo ha venido a devolver, retocado de arriba abajo. Con deflectores, neumáticos más anchos, TomTom, claxon, equipo de sonido con altavoces y, para acabarlo de rematar, un airbag. Todo innecesario pero no por eso menos bonito. Hoogdalen iba pavoneándose por la casa con su scooter-Lamborghini. Por supuesto se oyeron comentarios envidiosos pero por suerte también cosechó mucha admiración. Así debe ser: seguir viviendo y haciendo lo que a uno le plazca.

Después de Mamaloe, cuya muerte fue muy llorada en la casa, ha fallecido la segunda holandesa conocida del año: Ellen Blazer, una «famosa» directora de programas de televisión, entre otros, el de Sonja Barend. Blazer era una de las pocas celebridades holandesas a las que solo conocíamos de nombre. «¿Cómo era en realidad?», preguntó alguien mientras tomábamos el café de la tarde.

Nadie lo sabía. Pronto se perdió toda la gracia. Tal vez sea esa la mejor manera de ser famoso: cuando solo los amigos y conocidos saben que eres tú.

Esta mañana había un artículo sobre Ellen en el periódico. ¿De quién tendrán los periódicos las necrológicas ya preparadas? ¿Si llamase a un periódico me contestarían a esa pregunta? O algo más concreto: ¿podría Nelson Mandela, por ejemplo, pedir que le dejaran revisar su propia necrológica y retocar alguna cosilla?

Viernes 25 de enero

Había llegado bastante lejos antes de que me golpeará el destino. Me sobresalté al oír una moto que por poco me tira de la acera y al momento después estaba tendido en el suelo.

«Hacer como si no pasara nada.» Ese es el reflejo natural en casos así y en este caso funcionó de maravilla. Me puse en pie, me sacudí la nieve del abrigo y miré a un lado y a otro para comprobar que nadie me hubiera visto. Por suerte pude regresar a casa a pie sin sufrir más percances. Cuando saludé al portero, el hombre me miró con los ojos como platos.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada en especial. Un pequeño resbalón.

—¿Nada en especial? ¡Si va usted lleno de sangre!

Me toqué el lugar en la cabeza que él señalaba y efectivamente lo noté bastante pegajoso. Llamaron a una enfermera que se puso enseguida a darme puntos y el final de la historia fue que me pasé hora y media en urgencias con la cabeza ensangrentada y ahora la llevo liada con un turbante blanco y me quedo en mi habitación todo lo que puedo para evitar el rollo moralista.

—¿Te duele mucho? —empieza preguntando la mayoría, pero tarde o temprano lo sueltan—: Es que no deberías salir con tanto hielo en las calles.

Así me entra más dolor de cabeza aún.

—Ese pañuelo blanco te sienta bien.

Evert se pasó un momento para echar más sal en la herida. Aunque faltara sal para las carreteras seguro que Evert tendría su propia reserva para uso personal.

Me he desquitado dándole una paliza al ajedrez. Por lo general procuro que la partida acabe bastante igualada —unas veces gana uno y otras veces el otro—, pero hoy lo he fulminado con un jaque mate a los quince minutos.

—Ese golpe te ha sentado bien —ha comentado—. Al menos en lo que al ajedrez se refiere.

Le he dicho que también esperaba jugar mejor al billar mañana.

—Tu memoria ha sufrido un buen golpe, Henk, porque el billar es dentro de tres días.

Tenía razón. Menudo patinazo.

Sábado 26 de enero

Último sábado del mes: noche de bingo. Ancianos ludópatas compiten por una caja de bombones de licor. El presidente de la junta de residentes en persona lee los números. Que no se te ocurra

hablar entre número y número. Si sale el 44, la señora Slothouwer suelta infaliblemente «¡Invierno del hambre!» y la sala en pleno levanta la vista con irritación.

Hace poco se creó un grupo de activistas que quería pasar el bingo a la noche de los miércoles porque los sábados había demasiadas visitas familiares, lo que no es cierto. Es más probable que la auténtica razón fuese la oferta televisiva de los sábados. El club de canto de los miércoles por la noche puso el grito en el cielo y propuso la noche de los lunes, pero el club de billar dijo que ni hablar. Opinaban que la noche de los viernes era mucho más adecuada. Eso tropezó con la resistencia frontal de los participantes de «Movida para mayores» que, después de su tarde de gimnasia, estaban demasiado cansados para jugar al bingo por la noche.

Cuando después de tres reuniones la junta de residentes seguía sin ponerse de acuerdo, nuestro Salomón particular, la señora Stelwagen, decidió que de momento las cosas se quedarían como estaban. Sin embargo, las relaciones entre los miembros de la junta se han visto seriamente afectadas. Se están afilando los cuchillos.

En la prensa y la televisión se habla mucho del acoso en los colegios y por Internet, pero apenas dicen nada de las residencias de ancianos. Si piensan que los mayores respetables no acosan, están en un error: pásense un día por aquí y ya verán. Tenemos auténticos expertos. Las señoras Slothouwer son dos hermanas solteras que forman un dúo muy temido. Una le quitó la tapa al salero y la otra se lo pasó a su víctima preferida, la señora De Leeuw, que derramó toda la sal con tapa incluida encima de su huevo duro. La mujer miró consternada del huevo al salero y luego a su lado. «Ah, a mí no me mire. La culpa es toda suya. Es usted siempre muy torpe», le replicó la Slothouwer mientras su hermana asentía con fervor. No tengo ni idea de por qué lo hacen. Pese a que se apellida «El león», la señora De Leeuw es un corderillo asustado. Siempre se disculpa cuando sucede algo malo en su presencia por si las moscas. Para llamar la atención sobre los abusos que se cometen aquí alguien tendría que suicidarse primero y dejar una notita bien clara explicando el motivo.

Domingo 27 de enero

Lo he intentado pero no he llegado al final del bingo. Cuando han empezado a discutir por el quinto premio —una salchicha de hígado del Aldi de 90 céntimos— he dicho que tenía migraña y me he ido a mi habitación. La migraña resulta muy útil porque todo el mundo la acepta como excusa. Cuando llegué aquí y nadie me conocía aún, hablé de mi imaginaria migraña y desde entonces he recurrido a ella en numerosas ocasiones. Basta con bizquear un poco y frotarme la frente. Siempre hay alguien que me pregunta con preocupación si tengo migraña. Siendo así «debo ir a echarme un rato». Que no te calienten la cabeza.

Acabo de venir del oratorio. Suelo pasarme por ahí los domingos que celebran el oficio ecuménico. Un domingo predica el pastor y al domingo siguiente lo hace el cura. No llaman mucho la atención porque los dos son casi tan viejos como sus feligreses. El pastor es entretenido: no se toma a Dios tan en serio. El cura es chapado a la antigua y sermonea sobre el infierno y la condenación eterna. Tampoco es que importe mucho porque apenas se les entiende a ninguno de los dos.

Hay bastantes residentes que hallándose a las puertas de la muerte se aferran a la fe. Al término del servicio sirven pan de pasas y café aguado.

Ayer hubo revuelo por el aumento del copago en los centros sanitarios. Venía en el periódico: habrá «una contribución del ocho por ciento en función del patrimonio que se sumará al cuatro por ciento según la renta». Es una vergüenza. Cuando Graeme preguntó quién tendría que pagar aquella compensación solo levantó la mano la señora Bregman. Y porque pensaba que estaban hablando de la contribución a la junta de residentes.

La mayoría de los jubilados de la casa es gente pobre que, como mucho, cobra una pequeña pensión complementaria.

Lo gracioso es que hasta el Partido de los Pensionistas votó a favor de aumentar el copago. Henk Krol aclaró el motivo: «Acabábamos de entrar en la Cámara y vimos que todo el mundo votaba a favor, hasta el Partido Socialista. Hemos caído en la trampa». Cito textualmente del periódico. Algunos opinaron que los demás partidos deberían haber avisado a Henk.

Lunes 28 de enero

Esta mañana, mientras tomábamos el café, he felicitado al señor Hoogdalen por su espléndida scooter. Me la ha enseñado de arriba abajo. Lo único que no podía mostrarme era el airbag.

Quiere fundar un club de scooters: Los Antílopes. El nombre lo ha sacado de alguna parte, ha reconocido. Le he dicho que yo me estaba planteando la posibilidad de comprarme un Canta Cabrio, pero que quería pensármelo con calma. Él por su parte también se pensará si admite los Cantas en el club.

Mi primera intención era escurrir el bulto educadamente, pero la idea está empezando a entusiasmarme. Tal vez sea divertido organizar salidas turísticas. Una larga fila de scooters avanzando despacito por la interminable llanura. De vez en cuando algún abuelo yéndose a la cuneta.

Hace dos años un Canta sufrió un accidente en Genemuiden. (Suelo conservar noticias de periódico curiosas.) Los dos ocupantes perdieron la vida. Y atención: ¡tenían noventa y seis y noventa y siete años! Chocaron frontalmente contra otro vehículo. Quién sabe, tal vez fue porque el médico no les quería dar la píldora de la eutanasia. Haber sobrevivido a dos guerras mundiales y encontrar su Waterloo volcados del revés en un arcén de Genemuiden dentro de esa lata de galletas. Los dos juntos sumaban ciento noventa y tres años; no está nada mal. No se decía nada de que estuvieran casados. A lo mejor ella era su amante, como le pasó a Ted Kennedy en Chappaquiddick. Sería demasiado bonito para ser verdad.

Hablando de recortes de periódico: uno del viernes: se escapan quince mil cocodrilos. (No sé si se puede poner los dos puntos dos veces en la misma frase.)

Martes 29 de enero

Ayer por la tarde a las siete menos cuarto casi todos los residentes estaban en la sala de estar delante del televisor de pantalla ancha. «Ay, ay, ay... ¿a ver qué va a decir Beatriz en su discurso de aniversario?» Y vaya que sí: abdica. Por lo demás, su charla de un par de minutos resultó un poco decepcionante. La señora Groenteman que es muy inocentona se preguntó si la reina iría ahora a una residencia de ancianos.

La habitación de la recién fallecida señora Gans ha sido desalojada a toda prisa para poder alquilarla de nuevo a principio de mes, o sea el próximo viernes. Los negocios son los negocios, el dinero es el dinero. A la única hija de la pobrecilla Gans le dieron tres días para sacar todos los bártulos de su madre y llevarlos a otro sitio o dárselos al Ejército de Salvación. La alternativa era pagar un mes más de alquiler.

La mujer hizo venir a alguien de las páginas amarillas que anunciaba la compra de toda clase de enseres a un precio excelente. Tras echarle un vistazo al legado se dio media vuelta y se fue por donde había venido: «No vale la pena ni cargarlo». Un hombre sutil.

Admitámoslo: la señora Gans no tenía dinero ni gusto.

Al final la hija se quedó con un par de recuerdos y el resto se lo dio gratis a la brigada ambiental. Le había suplicado a la señora Stelwagen que le concediera tres días más de plazo, pero no consiguió ni uno solo.

—Cuánto lo siento, es muy engorroso, me gustaría que fuese de otro modo, pero tengo que cumplir con el reglamento —le dijo Stelwagen hipócritamente.

Ya le preguntaremos a Anja si eso es así.

Cuando es la propia residencia la que tiene que encargarse de desalojar la habitación le plantan una factura a la familia del difunto de 580 euros por lo menos, aunque no hayan tenido más que una hora de trabajo.

La señora Gans se revolvería en su tumba si se enterase. Una tumba que ni siquiera ocupa aún. Ayer por la tarde era el momento de la despedida, digamos más bien que era el último día de exposición. La dura ley de la jungla de la vejez: mirar o ser mirados. La entierran esta tarde.

El domingo por la mañana todos los residentes estaban exultantes delante de las ventanas contemplando la lluvia. ¡Adiós a la nieve! El domingo por la tarde aún era demasiado peligroso, pero ayer todos los andadores volvieron a salir en masa sembrando el peligro por las calles.

Y debo admitir que yo también di mis paseítos con gran satisfacción.

Miércoles 30 de enero

No voy aireando por ahí mis simpatías republicanas. No es el mejor momento de ponerse a gritar: «Abajo la reina». No es que Beatriz me caiga mal, pero creo que ha llegado la hora de que se haga a un lado. Que se dedique a pintar un poco más y vaya un poco menos a la peluquería. Hace años que esos peinados suyos me sacan de quicio. Debería haberlo superado, pero no lo consigo. En la primera página de *De Volkskrant* vienen unas treinta fotos de Bea. Jamás llevaba un pelo fuera de lugar.

En esta casa tienen a la reina en un pedestal. Encima de la mesa de lectura nunca faltan revistas

sobre las casas reales junto a las de salud y belleza. En una ocasión Evert coló un *Playboy* a modo de experimento. ¡Al cabo de una hora había desaparecido! Todas las revistas están marcadas con el enorme sello negro de la casa para que a nadie se le pase por la cabeza llevárselas. La *Playboy* no tenía sello.

Algunos residentes ya han comprado el billete de autobús para ir al Dam el 30 de abril. No piensan perderse la fiesta de la coronación.

Dentro de un rato iré a ver a Evert. Tiene uno de sus ataques de gota, así que tendré que sacar de paseo a *Mo*. Según Evert la inteligencia de *Mo* se evidencia en el hecho de que siempre gruñía cuando se acerca la directora. En una ocasión, ella desoyó el gruñido e intentó acariciarlo pero él le mordió la mano, o casi: el vestido. Un vestido caro, eso sí. Desde entonces la relación entre la directora y Evert es bastante tirante por decirlo suavemente.

Ahora hay un cartel en la puerta: «Respeten los gruñidos».

Ayer, durante mi primer turno de sacar al perro, Evert se quedó traspuesto en la silla. Cuando tiene gota no bebe, pero en cambio se traga un montón de pastillas. Cuando se le pasa el ataque de gota, vuelve a las andadas.

Mientras tanto, yo cuido del perro y del amo. *Mo* se muestra agradecido, Evert masculla que no hace ninguna falta. No soporta dar lástima, así que todo el mundo tiene que desaparecer de su vista. «No fastidien», le gustaría poner en grandes letras de neón en la fachada de nuestra residencia. A mí me tolera. Le hago algunas compras, le pongo alguna ración de comida preparada en el microondas y salgo pitando de allí. Cuando se recupera siempre viene a traerme algún regalo: cincuenta tulipanes, una libra de anguilas, un calendario de chicas *pin-up*.

Jueves 31 de enero

Todos los expertos sobre la Casa Real lo han hecho saber: nadie nos avisó anticipadamente de la abdicación. Después de dos días de diluvio-Beatriz en la prensa, la radio, la televisión y las charlas a la hora del café, casi me entran ganas de que haya una buena catástrofe para variar.

El verdadero aniversario de Beatriz, o sea hoy, siempre se celebra aquí modestamente con unos pastelillos de milhojas. No son de color naranja, esos solo pueden comprarse el Día de la reina. Algunos de los residentes también ponen banderas. Pequeños banderines de mesa, claro, porque aquí no dejan colgar banderas grandes en las paredes. Las reglas son claras: nada de agujerear la pared. Cada habitación dispone de cuatro lugares fijos para colgar cuadros y hay que apañarse con eso.

El señor Ellroy intentó colgar su cabeza de alce en uno de los ganchos, pero se le cayó encima del aparador y el juego de té quedó hecho añicos. No consiguió que le pusieran un colgador más grande por mucho que lo suplicó, pues le tiene mucho afecto a su alce. «Si empezamos así, no acabaremos nunca», le dijo el encargado de mantenimiento. En esta casa ese es el argumento que pone fin a todos los argumentos. Como si por el hecho de que Ellroy consiga un gancho más grande para su alce todos los demás residentes tengan que correr a colgar piezas de caza mayor en las paredes. Ahora la cabeza está encima de una silla. Ya no puede utilizarla de perchero, aunque de vez en cuando sigue lanzándole el sombrero desde lejos. Y fallando casi siempre. Por mucho

que le cueste agacharse no puede sustraerse al desafío de las astas. Es un hombre simpático aunque más sordo que una tapia. Una pena, de lo contrario estoy seguro de que mantendríamos conversaciones muy agradables.

Viernes 1 de febrero

Acabo de recibir una visita inesperada de la trabajadora social. Por suerte para ella, estoy casi siempre en casa. Aquí todos estamos casi siempre en casa. Me he quedado bastante sorprendido.

Le he preparado un café y después le he preguntado a qué debía el honor de su visita. Ella ha empezado a irse por las ramas. Si la vida aún me parecía agradable. Si no me sentía demasiado triste.

Se la veía encantadoramente perdida. Parecía bastante joven e inexperta para estar haciendo ese trabajo, pero era conmovedor ver cómo se esforzaba.

Le pregunté a qué venía ese repentino interés.

—Eso no importa mucho.

—Bueno, señorita, pues si no importa mucho, estoy seguro de que podrá decírmelo.

Y entonces salió a la luz que la enviaba el médico de cabecera. Como yo le había insinuado algo sobre la píldora de la eutanasia, me había mandado a la pobre chica para evitar que me tirara por el tejado.

Le aseguré que no tenía la menor intención de suicidarme a corto plazo y ella se sobresaltó un poco al oír la palabra.

—Ay, no me refería a eso.

—Comprendo perfectamente a lo que se refería usted. No pasa nada. Pero dígame al doctor de mi parte que le quedaría muy agradecido si a partir de ahora se encargara él mismo de las tareas molestas. ¿Quiere otra taza de café?

No, tenía que irse.

Ayer fui a visitar a Anja, mi informante en la oficina de la jefa, y me ha pasado una copia del informe que la señora Stelwagen ha redactado sobre el asesinato de los peces. No se me menciona como sospechoso. A Evert tampoco. El presunto móvil del suceso sería minar su autoridad. Mandará poner cámaras en los pasillos. Me pregunto si puede hacer algo así sin más ni más.

Sábado 2 de febrero

«Frena el declive, muévete.» Era el título de un viejo artículo del periódico que iba precedido por: «Los científicos rastrean por todo el mundo las causas y las soluciones para los problemas del envejecimiento». Bueno, científicos, a buenas horas. Aquí ya no queda nada que salvar. Pero pásense cuando quieran, encontrarán material de estudio más que de sobra.

Desde un punto de vista biológico una persona deja de ser necesaria a partir de los cuarenta años más o menos, porque para entonces los hijos ya son mayores y no necesitan a sus padres. A partir de ese momento el declive va instalándose paulatinamente en forma de calvicie y gafas de

lectura. También a nivel celular la cosa empieza a ir cuesta abajo. Cada vez se producen más errores en las divisiones y las multiplicaciones. El metabolismo más lento produce neuronas más flojas, así que la cabeza va de mal en peor. (Les resumo el artículo un poco por encima.)

Todavía no saben mucho pero hay una cosa clara: *Use it or lose it*. O lo usas o lo pierdes. Hay que mantener el cuerpo y la mente activos, sobre todo la corteza prefrontal, la parte del cerebro que regula funciones como la planificación, la toma de iniciativas y la flexibilidad. Bueno, podemos afirmar que la dirección de este tinglado no siente mucha afinidad por la corteza prefrontal. Se ahorran gastos y esfuerzo logrando que los mayores sean sumisos, pasivos y desganados y lo camuflan con bingo, club de billar y sesiones de «Movida para mayores».

Por otra parte tampoco querría pecar de simplista y echarle toda la culpa al personal. A la clientela también le gusta que la consientan. Y, en fin, a veces lo comprendo. Hay días en los que a mí tampoco me cuesta ningún esfuerzo ir a mínimos.

Voy a moverme un poco. A ver hasta dónde llego. Ya no llevo la venda que me pusieron en la cabeza por la caída. Esto me ahorra un montón de comentarios.

Domingo 3 de febrero

Según algunos sondeos, el Partido de los Pensionistas obtendría nueve escaños. Dentro de seis años habrá más electores por encima de los cincuenta que por debajo. De pronto hay un montón de partidos políticos que se están poniendo en acción. Han descubierto al anciano indignado. Nos hemos vuelto interesantes. Aunque por aquí no es que haya demasiada conciencia política. «Esos politicuchos nos roban» viene a ser la afirmación más matizada que se oye a la hora del café.

La nueva residente que ocupa la habitación de la difunta señora Gans me parece una mujer muy simpática. Un soplo de aire fresco en comparación con lo que va arrastrando los pies por estos pasillos. Ella también arrastra los pies pero lo hace con gracia.

He estado charlando un ratito con ella y me ha comentado que no ha venido a la residencia por voluntad propia, pero está decidida a «no dejarse enterrar aquí», al menos por ahora.

—Además, quizás haga que me incineren, todavía no lo tengo claro.

Le dije que yo también tenía mis dudas y que ninguna de las dos opciones me gustaba mucho: acabar bajo tierra o en el horno. Estaba de acuerdo conmigo.

—No quedan muchas alternativas. Quizá saltar al mar desde un avión. Podríamos preguntarle a aquel piloto argentino.

—Para mí que ese aún está encerrado —le dije.

—En realidad creo que no me queda más remedio que incinerarme —comentó de pronto.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, es que tengo un apellido que quema. Me llamo Arde, Eefje Arde. Encantada.

—Hendrik Groen, llámeme Henk.

Creo que jamás había tenido una conversación así en esta casa. Mis buenas charlas con Evert tienen un tono muy distinto y los demás residentes casi siempre hablan del tiempo, la comida y sus arrechuchos.

Pues bien, hace buen tiempo, la comida es pasable y con un par de pastillitas extra hoy me duele

menos el cuerpo. Total, que la vida me sonríe.

Lunes 4 de febrero

Una noticia en el peri3dico decía que un conductor había arrollado a setenta fochas comunes al derrapar con el coche. Una aut3ntica matanza de fochas comunes. No me habría gustado estar all .  Qu3 mont3n de plumas y de picos, qu3 mont3n de sangre! O estaban todas muy juntas o el patinazo fue tremendo. Y eso que las fochas son bastante esquivas y asustadizas. Por otra parte, me pregunto si el reportero contaría los cadáveres uno a uno.  Y qu3 habría sido de las aves heridas? No puedo creer que todas las fochas muriesen en el acto. Seguro que unas cuantas se quedaron retorci3ndose por ahí. Caray... voy a acabar poni3ndome malo con mis detalladas preguntas.

Evert suele venir a verme los domingos por la tarde para charlar un rato y tomar «una copita de esto o de aquello». No es un bebedor difícil: vino, ginebra, co nac o whisky... a 3l todo le va bien. En una ocasi3n lo vi ventilarse una botella de licor de huevos a cucharada limpia mientras estábamos de visita en la habitaci3n de la señora Tankink. La mujer no tenía nada más en casa. Despu3s de apurar los dos primeros vasitos, se sirvi3 el licor en un cuenco y pidi3 una cuchara más grande. Como si fueran natillas. En aquel momento Tankink hizo como si fuera lo más normal del mundo, pero despu3s se pas3 semanas poniendo verde al señor Evert cada vez que 3l no estaba delante.

El domingo por la tarde es el clásico momento de recibir visitas para muchos de los residentes.

«Vaya,  ya han vuelto a pasar cinco semanas desde la última vez que fuimos a ver a papá y a mamá? Tal vez deberíamos pasarnos por ahí el domingo por la tarde.» Y entonces vienen a tomar el t3 y se quedan su par de horitas aquí sentados.

Hendrik, s3 sincero: tienes envidia porque tú no recibes nunca visitas, salvo la de Evert, aunque en realidad a 3l no puedo considerarlo una visita.

Martes 5 de febrero

Se habla mucho de abrir una clínica para la eutanasia. Especialmente para las personas cuyo m3dico de cabecera se niega a cooperar. La Asociaci3n Holandesa para el Final Voluntario de la Vida lo tiene todo pensado. Seguro que esa asociaci3n no para de perder socios.

Hace dos años la NVVL consigui3 cuarenta mil firmas en tres días para llevar a la agenda parlamentaria el debate sobre el suicidio asistido para mayores de setenta años. Contaban, entre otros, con el apoyo de Mies Bouwman. Esa s  que es buena haciendo campañas.  Ser  esta su última acci3n «Corto y cierro»?

Cuarenta mil firmantes significa que los parlamentarios tendrán que ocuparse de los ancianos que dan su vida por acabada y desean ponerle fin de manera digna. Para evitar que alguien compre una botella de alcohol met lico y se flambee en su habitaci3n porque no encuentra a nadie dispuesto a ayudarlo. Un hecho real, según la NVVL.

Los detractores de la asociaci3n dicen que lo primero que habría que hacer es animar un poco a los abuelos para ver si recuperan las ganas de vivir. Me parece un desafío interesante.

Propongamos ahora mismo nuestra residencia como campo de experimentación. Venga usted aquí a animarse.

Y por si no funciona, que vayan construyendo también una buena clínica donde la gente pueda ir a despedirse de la vida debidamente bajo control médico. Y si puede ser que esté por aquí cerquita.

Ahora algo alegre, Groen. Piensa en la primavera.

He visto campanillas blancas y un par de narcisos muy tempraneros. Las flores van un poco perdidas: primero nos hace un mes de diciembre muy caluroso, luego casi tres semanas de nieve y hielo, a continuación vuelve a subir la temperatura hasta los diez grados y ahora nos caen granizadas y más nieve. Venga, florecillas, que no os vuelvan locas. Tengo ganas de una hermosa primavera.

Miércoles 6 de febrero

A la hora del café también se habla de dinero. El SNS Bank tiene problemas y todos los residentes que tenían sus ahorrillos ahí metidos han vaciado por completo sus cuentas. O mejor dicho: le han pedido a su hijo o a su hija que lo haga por ellos, porque aquí la gente se agobia mucho con las transacciones bancarias. Sacar dinero en el cajero automático es toda una aventura. Mirar atrás para que no te atraquen mientras miras adelante para marcar los cuatro números correctos con los dedos temblorosos al tiempo que intentas protegerte de los mirones pegando mucho el cuerpo contra el cajero... es una maniobra complicada que a menudo falla. En esos instantes se recuerda con inmensa nostalgia el sobrecito con la paga.

En esta casa viven muchas viudas que hasta la muerte de sus maridos jamás habían firmado un giro. Cada semana recibían el dinero para los gastos domésticos. En casos de muerte accidental aún aparecen a menudo viejos calcetines llenos de billetes.

Después se pusieron a hablar de *Patinando con famosos*. Es casi imposible que haya un programa peor que ese. He constatado con satisfacción que tengo una aliada: Eefje Arde. Eso une mucho.

En un intento por darle conversación le preguntaron a Eefje qué opinaba del programa.

—El doctor me ha prohibido verlo —repuso ella.

Muchas cejas se arquearon a su alrededor. Yo me armé de valor y le dije que tenía un médico extraordinariamente sabio. Entonces Eefje se puso a hablar del tiempo y dejó pasmados a nuestros compañeros de mesa.

Cuando fui a la tiendecita a por el periódico compré una guía de televisión para ella porque está bastante mal de las piernas. Me había dicho que eligiera la que más me gustara, un amistoso voto de confianza.

—¿Es que no compra usted siempre la misma? —le preguntó el señor Gorter genuinamente sorprendido.

Pues no, a veces elegía una y otras veces, otra.

—Pero así no sabe nunca dónde están las cosas —añadió Gorter con los ojos como platos,

incapaz de concebir tanto caos.

—Pues lo busco. Por lo general después del domingo suele venir el lunes, luego el martes, el miércoles y así.

Eefje Arde, tal vez no haga usted demasiados amigos en esta casa pero desde luego yo me ofrezco voluntario de todo corazón.

Jueves 7 de febrero

Evert quiere conocer a la señora Arde y me ha propuesto que los invite a los dos a tomar el té. Me ha prometido que en esa ocasión beberá té. No sé... a lo mejor no se caen bien. Evert es algo bruto e insolente y Eefje me parece sutil y refinada. No me apetece mucho tener que ir mediando entre los dos. Pero tal vez Evert y Eefje congenien. A lo mejor podemos convertirnos en los tres mosqueteros de la casa.

«Nuestro» presidente en el consejo de administración, Eelco D., ha vuelto a salir en las noticias. Hay que sanear las cosas: mil quinientos asistentes domiciliarios a la calle. Hace un par de años le concedieron una bonificación de sesenta mil euros aparte de su sueldo de doscientos veinte mil por no dejar que Cordaan quebrase. A mí me parece que eso formaba parte de su trabajo. Conozco a pocos directivos que sean contratados para que su empresa se vaya al garete.

Por aquel entonces Eelco recortó mucho los sueldos de las cuidadoras en formación. Ahora solo cobran cinco mil euros al año por vaciar orinales llenos de mierda y lavar genitales arrugados, eso es una cincuenta y cuatroava parte de lo que su jefe se hace transferir a su cuenta bancaria desde su despacho recién renovado por valor de cuarenta mil euros. ¡Ay del hombre que cree que vale cincuenta y cuatro veces más que la mujer que hace el trabajo sucio con amor!

Viernes 8 de febrero

Inquietud en nuestra casa de quietud. En el tablón de anuncios había una carta donde se comunicaba a los residentes que podían ir a ver a su médico de cabecera para que les diera una pulserita que dice: «No me reanimen». No había remitente. A la hora del café casi todos los residentes se quejaban escandalizados de semejante acción publicitaria.

—No ven la hora de librarse de nosotros.

—Les salimos muy caros.

Al gordo señor Bakker le parecía bien que lo reanimara una chica pero se negaba rotundamente a que lo hiciera un hombre. «Antes prefiero morirme.» ¿Habría pulseritas distintas para eso?

Después del café la nota había desaparecido. Nadie sabía quién la había quitado.

Espero que la pulserita en cuestión no sea muy llamativa, de lo contrario me estarán dando la murga todo el santo día. Ya le pediré información a mi médico.

He invitado a Eefje y a Evert a que vengan a tomar el té mañana por la tarde. Será una merienda a la inglesa, con sándwiches de pan de molde blanco sin corteza cortado en diagonal. Y dulces: chocolate, galletitas y una tarta. Algo con crema. Tengo que investigar un poco en qué consiste eso

del *high tea*. En la quinta planta vive un señor inglés con nombre pakistaní. Tal vez solo conozca el ritual del té de Pakistán, pero luego probaré suerte y subiré a verle un momento.

En el pasillo me he cruzado con la encantadora trabajadora social que vino a verme por deseo del médico para protegerme de la eutanasia. «¡Aún sigo vivo, eh!», le he dicho guiñándole el ojo. Se ha echado a reír. Es de buena pasta. No consigo acordarme de cuándo fue la última vez que le guiñé el ojo a alguien. Debió de ser a mi hijita.

Sábado 9 de febrero

Estoy un poco nervioso por la visita de después. No paro de decirme que debo comportarme como de costumbre, pero mientras tanto he recogido y fregado mi habitación, me he planchado dos veces la camisa y tengo cuatro clases distintas de galletas en casa. Y aún he de ir a la tienda a por algún té que no sea English Breakfast. Los consejos del simpático señor pakistaní los he echado en saco roto. Me dio cumplidamente un grueso libro sobre las costumbres del té de todo el mundo. En pakistaní.

En Tíbet el nonagésimo noveno tibetano se ha prendido fuego a modo de protesta. Cuando lleguen a la centena habrá una celebración especial. También en el mundo árabe se puso de moda durante algún tiempo expresar el descontento de ese modo. Hay que reconocer que se consigue mucha atención, aunque sea de manera muy fugaz.

Yo también soy muy crítico con la forma en que se hacen las cosas aquí, pero de ahí a pegarme fuego hay un gran trecho. No obstante, conozco a un par a los que no me importaría quemar para conseguir un poco de atención.

Según el periódico *De Volkskrant* Holanda es, junto con los países escandinavos, la nación con mejor asistencia para mayores del mundo. Ayer mencioné muy discretamente ese dato a un grupo de residentes mientras tomábamos el café. Decir que se lo tragaron sin más, pues no. O no se lo creyeron o no les pareció importante.

—Si aquí ya escatimamos tanto con las pensiones, ¿cómo deben de estar en otros países? —se preguntaron compasivos.

La mayoría consideró altamente improbable que hubiera más o menos quinientos millones de abuelos que jamás hubieran oído hablar de la pensión mínima.

Domingo 10 de febrero

La reunión de té no fue un desastre, pero decir que me porté como un anfitrión desenvuelto, animado e inteligente sería faltar a la verdad.

Eefje fue la primera en llegar. Le enseñé mi «casa» y se mostró generosa en su veredicto: «Acogedora». Eso siempre queda bien.

Luego entró Evert haciendo bastante ruido. Tiene unas llaves de reserva y se niega a llamar al timbre. Pasó con una sonrisa de oreja a oreja y soltó un «¡Hola!» demasiado alto. Cuando le pregunté qué clase de té quería exclamó que no sabía que pudiera elegir algo que no fuera English Breakfast. Y cuando poco después fui a poner discretamente el surtido de galletas sobre la mesa,

comentó que jamás lo habían tratado tan a cuerpo de rey.

—¿No será más bien por la visita de esta reina? —dejó caer con un ostentativo guiño.

Creo que me sonrojé un poco. Eefje se echó a reír y dijo que se sentía halagada.

Estuvimos un rato charlando de todo un poco. Y por fin llegó el momento de sondear muy sutilmente a Eefje sobre lo que opinaba de nuestro centro. Contestó con diplomacia y sin comprometerse.

—No quisiera hacer juicios precipitados, pero aparte de las ventajas también veo algunos puntos mejorables, como se dice ahora en la jerga empresarial.

—¿Como cuáles? —quiso saber Evert.

—Todavía estoy haciendo el inventario. Tal vez debiéramos dedicarle a este tema otra reunión de té con galletas dentro de poco.

—O quizá con algo más fuerte.

Evert pidió que fuera ginebra y saltaron todas las alarmas porque la bebida no incrementa precisamente su sutilidad.

Pero Eefje volvió a resolver el asunto con elegancia.

—Sí, quizás algo más fuerte. A lo mejor la próxima vez os invitaré a un coñac. Pero no os prometo nada —dijo con una sonrisa.

—¿Y no podría ser ginebra?

Evert no necesita estar bebido para no ser sutil.

—No sé por qué, Evert, pero tengo la impresión de que en lo que a bebida se refiere, para ti es más importante la cantidad que la calidad. Mientras que para Henk es justamente lo contrario.

—Eefje, me parece que voy a invitarte más a menudo —le dije sonriendo a mis dos invitados.

Media hora más tarde Eefje se despidió. Otra virtud: no hacerse pesada.

Evert lo compensó con creces. Dos horas y cinco ginebras después conseguí echarlo de casa.

Lunes 11 de febrero

Los residentes están un poco alterados por el tiempo que nos está haciendo los últimos días. Miran por la ventana de arriba y hace un día estupendo para salir a dar un paseo y cuando a los cinco minutos se plantan en la entrada se encuentran con una tormenta de nieve. Y a nosotros las sorpresas nos gustan tan poco como los cambios.

En el tablero de anuncios han colgado las actas de la reunión de la junta de residentes. «A partir de ahora, en las noches de bingo la junta se encargará de poner unos cacahuets y otros aperitivos salados con las bebidas.»

Es probable que en cada mesa pongan un vasito de cristal con los aperitivos. Seguro que por lo menos habrá alguien que salte: «Anda, ¿te acuerdas de que antes en las fiestas de cumpleaños siempre ponían cigarrillos en las mesas en vasos como estos?».

«Sí, es verdad. Un vaso de cigarrillos con filtro y otro sin.»

Si no repiten esa conversación me trago el puro. O al menos la vitola. Claro, porque antes, cuando todo era mejor, las coleccionábamos.

«La cuota de la junta de residentes subirá diez céntimos.» Lo he leído bien: diez céntimos.

La excursión semestral queda aplazada hasta que se decida el destino. Desde que no consiguieron ponerse de acuerdo para encontrar una nueva noche para el bingo hay muchas desavenencias dentro de la junta. En la próxima reunión intentarán de nuevo elegir un destino y poner una fecha. Si no lo consiguen convocarán nuevas elecciones para salir de este estancamiento administrativo.

James Onedin ha muerto. Algunas señoras se secaron una lagrimita. ¡Eso sí que eran patillas! ¡Eso sí que era valor! Y luego miraban a su lado en el sofá, cuarenta años atrás, y constataban que en casa les tocaba resignarse.

Martes 12 de febrero

La gente mayor puede alegrarse de estar recibiendo mucha atención últimamente. No solo en Holanda. En Alemania también van saliendo cosillas. Ha habido bastante revuelo a raíz del libro de Martina Rosenberg: *Madre, ¿cuándo vas a morirte de una vez?* La autora pasó años cuidando de sus padres dementes. También ha llegado a la prensa el hecho de que algunos hijos alemanes meten a sus desvalidos padres en asilos mucho más baratos de Ucrania, Eslovaquia y hasta Tailandia. En Alemania existe el *Elternunterhalt*, o sea, la manutención de los padres. Si la pensión o los ahorros del padre y de la madre no llegan para pagar la mensualidad de un asilo, los hijos tienen la obligación de apoquinar: con un poco de mala suerte te toca pagar la manutención de tus padres y la de tus hijos.

Por otra parte, en nuestra residencia los terribles recortes en la atención a los mayores tampoco son para tanto. La mayoría de los abuelos cuentan con la paga mínima de la jubilación y una pequeña pensión complementaria. Si no gastas casi nada, aún te sobra y todo. ¡Y mira que son frugales aquí! En lo que más gastan es en galletitas y bombones, en la peluquería y en el bus a demanda. Casi nadie sale de vacaciones. Nadie lleva coche ya. Veo pocos muebles y ropa caros. Salir a comer a un restaurante les parece tirar el dinero y tomar un taxi es el no va más del despilfarro. Los mayores se privan de muchas cosas.

Mientras tanto, la media de edad en los hogares para ancianos no para de aumentar. La gente vive más tiempo independiente y por lo tanto van más tarde a las residencias. A mis ochenta y tres años, soy uno de los más jóvenes de la casa.

Eso sí, una vez que entras, ya no vuelves a salir: nadie vuelve a vivir en un piso. Tampoco te echan nunca de nuestro asilo aunque seas pobre como las ratas. ¡Sí, los hijos se quejan! Se ponen de muy mala leche si papá o mamá se les va comiendo la herencia. Cuanto más tiempo vivan, menos les queda a ellos. Yo les diría: mira, querido hijo, a mí eso me importa un pito.

La pobreza en la tercera edad es mucho menos frecuente de lo que se cree. Según una investigación reciente solo un 2,6 por ciento de la población mayor de sesenta y cinco años es pobre. Un sesenta y tres por ciento reconoce incluso que llega bien a fin de mes.

Todas esas mandangas sobre los señores arruinados es cosa de la sección más joven del Partido de los Pensionistas, que entretanto cuenta ya con trece escaños virtuales. Esos son Henk Krol y sus amigos, que siguen teniendo la sartén por el mango y ni siquiera han empezado a disfrutar aún de sus espléndidas pensiones. El partido se llama 50PLUS, pero poner los cincuenta como límite me

parece un poco extraño. Los cincuentones son precisamente el grupo más poderoso y rico de Holanda.

Sesenta y cinco, o dentro de poco sesenta y siete, sería un límite más lógico. Y aun así creo que la diferencia entre alguien que acaba de jubilarse y los vejestorios que tengo alrededor sigue siendo muy grande. Yo propongo que hagan más partidos: 67PLUS, 77PLUS y 87PLUS. El de 97PLUS no creo que llegue al umbral electoral.

Miércoles 13 de febrero

El papa ha desbancado al escándalo de la carne de caballo como principal tema de conversación a la hora del café. Estuvieron de acuerdo en que el santo padre había tomado una decisión muy juiciosa al jubilarse. Pero hubo división de opiniones ante la posibilidad de que saliera un papa negro. Al señor Schut no le gustaba la idea de que Pedrito el Negro se convirtiese de pronto en San Nicolás. Berlusconi le parecía un candidato mucho mejor.

Afortunadamente hubo bastante gente que de entrada no se opuso a que hubiera un papa negro, en todo caso se opuso a que hubiera un papa y punto. Nuestra residencia era originalmente católica pero tiene metástasis de la Alianza Política Reformada y del Partido Político Reformado. Las tensiones entre católicos, reformados y protestantes nunca andan lejos. El papa es la manzana de la discordia por excelencia.

Resumen de un día normal. Primera parte

Me levanto a las ocho y media. Voy al minisupermercado y compro dos panecillos del día. Mientras desayuno leo *De Volkskrant*, que por cierto ahora está mucho más feo que antes. Luego escribo en mi diario secreto. Eso me lleva una hora más o menos. Después voy abajo a tomar un café y me fumo un purito. Cuando acabo de toser, a eso de las once y media, hago mi gimnasia en forma de paseíto por la casa o por los alrededores. Por lo general me acerco a ver a Evert, pero últimamente me sorprende a mí mismo más a menudo intentando hacerme el encontradizo con Eefje. Tengo la impresión de que a ella no le molesta tropezarse conmigo. Como los dos le echamos una mano al destino, solemos tomarnos juntos un segundo café.

La he invitado a un almuerzo musical en el ayuntamiento. Ha aceptado la invitación con mucho gusto y con el comentario de que para ella las escaleras suponen una traba insalvable.

A la una voy a almorzar al restaurante de la residencia y a menudo Evert aparece para comerse su bocadillo de croquetas. La decisión de comer en el restaurante debe tomarse con una semana de antelación. Los residentes reciben un formulario en el que tienen que anotar los días que irán a almorzar o a cenar y qué querrán comer. Para la cena te dan a escoger entre tres primeros, tres segundos y dos postres. Solo hay que poner crucecitas. El nombre de cada uno ya está escrito arriba, junto a todas las pautas dietéticas.

Evert marca «bocadillo de croquetas» para el almuerzo de los siete días, tanto si viene como si no. Por mi espía en el despacho sé que el jefe de cocina se ha quejado a la directora por tener que malgastar panecillos y croquetas cada vez que él no se presenta, pero la señora Stelwagen no ha encontrado aún nada en el reglamento para poder impedirselo.

Jueves 14 de febrero

Esta mañana a primera hora Evert ha deslizado una felicitación de San Valentín por debajo de la puerta de Eefje. Eso es lo que ha venido a decirme a las ocho de la mañana. Todavía olía un poco a alcohol y era evidente que no se había aseado aún.

«Así ya estás avisado y puedes sugerir que se la has mandado tú. Es una tarjeta con dos cisnes. Muy romántica. Bueno, ahora me voy a acostar. Buenas noches, Henkie.»

Me ha dejado sin habla.

Cuando ayer fui a comprar una escobilla para fregar los platos había una joven de unos dieciocho años en la caja. Al ir a pagarle no encontré mi cartera a la primera.

La cajera me miró irritada y quiso cobrarle a la mujer que estaba detrás de mí, pero ella dijo: «No, no, este señor estaba antes» y dirigiéndose a mí añadió: «No se preocupe, no hay prisa».

Al final encontré un billete de diez.

—Aquí tiene.

—...

Dejó el cambio en el mostrador.

—Muchas gracias.

No se dignó ni a mirarme.

Hay personas que sienten un profundo desprecio por todo lo viejo, gris y lento.

La mocosa de la tienda era una de esas personas. Es muy difícil protegerse contra esa rotunda falta de respeto.

La señora Van Diemen espera que el nuevo papa venga a Ámsterdam para coronar a Guillermo Alejandro. Lo ideal sería que eligieran a un papa holandés. La señora Van Diemen va camino de acabar en la unidad cerrada.

Viernes 15 de febrero

Evert ha recibido una carta de Eefje: «Muchísimas gracias por tu preciosa tarjeta. Accidentalmente vi cómo la deslizabas por debajo de la puerta. Me gustaría conocerte mejor».

Estaba muy alterado. Hasta que no he podido seguir conteniendo la risa por más tiempo. Donde las dan las toman, amigo. Entonces me ha tirado un plátano a la cabeza. Le ha dado a su propio jarrón de flores. Ahora tiene una buena grieta. «Esta tarde iré a comprarte también un ramito de tulipanes.»

¡Locos se están volviendo todos aquí porque no para de nevar!

Me he pasado a ver a Anja para enterarme de algún chismorreo más sobre nuestra directora. Ella había tenido que salir a hacer algo importante. Se ha aumentado la asignación para gastos de vestuario en dos mil euros al año. Perdón, no la ha aumentado sino indexado.

En la casa sienten un enorme respeto por Stelwagen. Por los altos cargos en general.

A mí personalmente me gusta ver cómo caen las torres más altas.

Hace unos años tres de los hombres más poderosos del mundo saltaron a las noticias a la vez. Boris Yeltsin estaba demasiado borracho para bajar por la escalerilla de un avión, el papa Juan Pablo no podía ni decir «Gracias por las flores» sin quedarse dormido a medio camino y Bill Clinton metió su puro en la hucha de una becaria. Por supuesto, esa no es forma de mantener encendido el puro, pero lo más grave fue que no pudo evitar que esa asombrosa manera de fumar llegase a todos los periódicos. Y ya que estoy en ello: en el Consejo de Seguridad un ministro indio leyó por accidente el discurso que su colega portugués se había dejado olvidado en la silla de ponencias. Ni se enteró. A los cinco minutos uno de sus compatriotas le dio el aviso.

Con esto quiero decir que haremos bien en concederles el maleficio de la duda a todos los que están por encima de nosotros.

Sábado 16 de febrero

—¡Me sabe a caballo! —bramó el gordo Bakker en el comedor.

Al instante casi todos los que habían pedido albóndigas convinieron también en que tenían gusto a caballo. Fueron en busca del cocinero.

—No, eso es imposible. La carne viene del carnicero de siempre.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué tiene eso que ver? ¿Acaso no ha podido meter un poco de caballo en la trituradora? Le digo que me sabe a caballo. ¡Y yo no estoy loco! —rugió Bakker.

El caso es que Bakker sí está loco y además es un loco muy desagradable.

Llamaron a la jefa del servicio doméstico, pero aunque hubiese tenido un pico de oro no le habría servido de mucho. Al final todas las albóndigas fueron sustituidas por platija a la plancha. La mayoría estuvo de acuerdo en que había pocas probabilidades de que colasen carne de caballo ahí.

Llevan años añadiendo ojos de cerdo y ubres de vaca en la carne picada y jamás ha habido ningún problema y ahora de pronto se arma un zipizape enorme por un trocito de caballo en las albóndigas.

En la salita de café de abajo ponen siempre la radio de diez a doce. Podemos sintonizar Radio Hospital, nadie sabe por qué. A la mayoría de los residentes les gusta el repertorio de canciones holandesas que ponen.

El año pasado, durante la Semana Santa, alguien se atrevió a poner una emisora de música clásica: la gente se puso a dar palmas con *La Pasión*.

Yo procuro entrenarme para no hacer caso de la música de fondo. La cuestión es no sentarse muy cerca de los amplificadores. A las doce en punto Radio Hospital detiene su emisión. Es un placer escuchar el relativo silencio.

Domingo 17 de febrero

La noción de qué día de la semana es se va perdiendo si nadie tiene que ir a trabajar y todos los días se parecen. Bueno, el personal sí trabaja pero hace lo mismo todos los días.

El único día que se distingue del resto es el domingo. Por la mañana porque tres cuartas partes de los residentes van a la iglesia y por las tardes porque los hijos y los nietos vienen de visita. Para algunos es su único contacto con el mundo habitado. Y aunque las visitas reflejen un intenso aburrimiento no importa: recibir visitas da estatus. El antipático señor Pot se pasa la primera parte de la semana hablando de todos los que han ido a verlo y la segunda parte de todos los que irán. Tiene once hijos. Pot es el tipo de hombre que se espera hasta que venga un coche para cruzar por el paso cebra.

A mí no me visita nadie. Los domingos por la tarde suelo ponerme una película de alquiler. Soy bastante cinéfilo. En mi habitación tengo una pantalla plana de tamaño medio. Cuando la televisión no está encendida, pongo delante un biombo chino de imitación. A veces voy a ver la película a la habitación de Evert, pero a él le gustan sobre todo las de desastres, no es mi género. Evert también recibe algunas visitas de su hijo, y su nieta pasa a saludarle de vez en cuando. No sé cómo lo tiene Eefje.

Resumen de día normal. Segunda Parte

Solo los granjeros de Groninga y los abuelos de las residencias siguen comiendo caliente al mediodía. Nosotros, sin embargo, somos una excepción. No me pregunte por qué, pero personalmente me alegro.

Después del almuerzo suelo echar una cabezadita de un cuarto de hora como preludeo de las actividades de la tarde. Me gusta hacer algo fuera de casa pero para serles franco diré que mi falta de movilidad me lo pone cada vez más difícil. Ando fatal y como medio de transporte me recomiendan «el microbús». No tiene ninguna gracia. Bueno tampoco hay que refunfuñar por los dos euros que cuesta, pero los transportes de Connexxion deberían llamarse Malconnexxion. Hay que esforzarse mucho para conseguir no dar ni una. Digamos que la puntualidad y Connexxion mantienen una relación difícil. La vejez y la impaciencia, por el contrario, siempre van de la mano.

Lunes 18 de febrero

De todos los sentidos el que mejor me funciona es el olfato. Aquí no siempre es una bendición: huele a viejo. Todavía me acuerdo que de niño me parecía que mi abuelo y mi abuela olían raro. Un olor indefinido mezclado con el aroma del tabaco. A ropa húmeda que lleva demasiado tiempo metida en una bolsa de plástico.

No es igual de grave con todos los residentes. Pero según con qué visitas me pongo algodón en la nariz. Bien adentro para que nadie lo note.

El hecho de que mucha gente casi no pueda oler nada parece darles carta blanca para ir soltándose pedos despreocupadamente y con la higiene bucal no va mucho mejor. Cualquiera diría que solo les dan basura para comer.

Yo mismo no puedo soportar que mis pérdidas vayan dejando un tufillo a pis por dondequiera

que voy, así que me lavo dos veces al día y me rocío generosamente con loción para después del afeitado, también por abajo, y como muchas pastillas de menta.

De vez en cuando en lugar de la loción para el afeitado me pongo colonia. *The new fragrance for old men*. Estoy muy al día. Cuando fui a la perfumería y pedí un aroma para el hombre mayor se quedaron atónitos. Luego intentaron colarme un frasco de cincuenta euros.

Muchos de los residentes se han quedado estancados en el agua de lavanda. El aroma de hace cincuenta años sigue rondando por aquí.

Resumen de un día normal. Final

Me obligo a mí mismo a dar como mínimo un paseíto al día, incluso cuando no hay más remedio, bajo la lluvia torrencial.

A primera hora de la tarde leo mucho. Periódicos, revistas y libros. Me abono a todo lo que me ofrezcan. No tanto por ahorro como por costumbre.

A media tarde hago alguna visita para tomar el té y un par de veces por semana voy a tomar un vinito con Evert. O él viene a tomarse una copa aquí. Evert siempre se encarga de que haya buena bebida y en cantidades ilimitadas. Yo bebo con moderación, de lo contrario me quedo dormido antes de la cena.

Después de la copa me arreglo un poco y bajo a cenar. Y pese a todas las quejas, la comida me parece casi siempre excelente. A menudo pido que feliciten al cocinero de mi parte.

Después de cenar, un café. Después del café, un rato de televisión. Después de la televisión, a la cama. No es que sea demasiado aventurero ni edificante. No da para más.

Martes 19 de febrero

Ayer por la tarde se fundó el club de los rebeldes un poco por casualidad.

El tercer lunes de cada mes suelen programar una actividad cultural en la sala recreativa. Por lo general se trata de una representación bochornosa de viejos cantando *Los tulipanes de Ámsterdam* y acompañándose con las palmas, pero de vez en cuando nos ofrecen un concierto de música clásica. Lo que se dice ir, vamos todos porque es gratis, claro.

Ayer la asociación de música doméstica trajo un trío de violín, violonchelo y piano. Por lo general suelen ser intérpretes chapuceros con poca inspiración que solo actúan ante viejos y mongoles, pero en esta ocasión se trataba de dos bellas damas y un caballero que rozaban la treintena y que tocaron con entrega. No se alteraron cuando la señora Snijder por poco se atraganta con su galleta ni cuando el señor Schipper resbaló de la silla y casi acabó encima de la planta. Paraban de tocar un momento y en cuanto se resolvía el problema reanudaban su interpretación sin más. (¡Qué diferencia con aquel pianista que siguió tocando como si nada mientras reanimaban a la señora Haringa! Al final alguien del personal tuvo que pedirle que parara de tocar de una vez. A Haringa ya le daba igual.)

El caso es que al término de la actuación se encontraban sentados alrededor de una mesa Evert Duiker, Eefje Arde, Edward Schermer, Grietje de Boer, Graeme Gorter y Hendrik Groen. La conversación giraba en torno a la crónica escasez de acontecimientos. Entonces Graeme propuso

que ante la falta de acción dentro de la casa deberíamos salir a buscarla fuera más a menudo.

—Dos veces al mes contratamos un microbús y nos vamos por ahí. Imaginaos que las seis personas que estamos sentadas a esta mesa participamos. Si cada uno de nosotros propone cuatro salidas, ya tenemos veinticuatro excursiones al año. Es una bonita perspectiva.

Tenía toda la razón, así que al final, a iniciativa de Grietje, decidimos reunirnos esa noche en la sala recreativa para la asamblea constitutiva de un club privado: Viejos-sí-muertos-no (Visimuno).

¡Qué nervios!

Miércoles 20 de febrero

Me había forjado muchas esperanzas y se han visto todas colmadas: ha sido una asamblea constitutiva muy movidita. Nos hemos reído mucho, el entusiasmo era enorme y la bebida corría en abundancia para lo que estamos acostumbrados. Evert trajo vino blanco y tinto y ginebra.

Después de una reunión larga y alegre se aceptaron las siguientes reglas del juego sin votación nominal.

1. El objetivo de la asociación es alegrar nuestra vejez mediante salidas.
2. Las salidas se organizarán a partir de las once de la mañana los lunes, martes, jueves o viernes.
3. Los participantes no podrán quejarse.
4. Habrá que tener en cuenta las diversas limitaciones.
5. Habrá que tener en cuenta lo que cobra cada uno de pensión.
6. Antes de la salida el organizador no proporcionará más información de la estrictamente necesaria.
7. Todo está permitido mientras se tengan en cuenta los puntos 2 al 6.
8. Se cierra el cupo. No se admitirán nuevos miembros del club hasta nueva orden.

Eefje ha puesto su ordenador portátil a disposición de la dama o el caballero organizador y dentro de poco ofrecerá un curso de «cómo usar Google para principiantes» para enseñarnos a buscar información. Graeme organizará la primera salida, luego les tocará el turno a Eefje, a Grietje, a mí, a Evert y a Edward. Ya pueden vernos a todos pensando febrilmente.

Existen opiniones encontradas sobre si existe o no el azar, pero en cualquier caso fue un feliz cúmulo de circunstancias que justamente esas seis personas se hubiesen reunido alrededor de una mesa el lunes por la mañana. Todos agradables e inteligentes y, sobre todo, ningún pelma.

Jueves 21 de febrero

Como si se tratara de una fiesta escolar que se hubiera desmadrado. Estuvimos abajo hasta las once y como mucho nos reímos demasiado alto. Sin embargo, ayer por la tarde ya habían colgado la siguiente nota en el tablón de anuncios.

Como consecuencia de diversas quejas por el exceso de ruido, la dirección ha decidido que a partir de ahora la sala de estar solo permanezca abierta hasta las 22.30 de lunes a viernes, para garantizar a todos los residentes un descanso nocturno sin interrupciones. Asimismo se supervisará que no se superen las dos consumiciones

alcohólicas acordadas por persona.

Yo jamás he acordado nada con nadie sobre dos bebidas alcohólicas. La ley seca está al caer y Evert se ha mostrado dispuesto a representar el papel de Al Capone y organizar de inmediato una red de contrabando de alcohol. Esto es una provocación y una motivación para el club de los rebeldes Visimuno. Sin gases lacrimógenos ni Twitter, solo con una nota en el tablón de anuncios. Gracias, dirección.

Edward Schermer ha dado la sorpresa. Por lo general no habla mucho porque apenas se le entiende. Pero hace un rato, mientras tomábamos el té, cuando había muchos residentes en la sala, se ha puesto en pie y ha preguntado en voz alta y poco clara quién se había quejado por el ruido.

Se ha producido un silencio incómodo.

A continuación Edward ha explicado lenta y trabajosamente, lo que lo hacía más impresionante aún, que sentía mucho que los reclamantes no se hubieran dirigido a él o a cualquiera de los que se habían quedado en la sala hasta tarde.

Volvió a hacerse un silencio.

—Supondremos entonces que se trata de alguien que no está aquí en estos momentos —concluyó y volvió a sentarse.

Eefje lanzó una mirada afable alrededor del círculo.

—Verdaderamente es una pena que no nos atrevamos a decirnos las cosas cara a cara como adultos.

Y a continuación miró elocuentemente a la señora Surmann, que se puso nerviosa.

—No lo hice yo, ¿eh? —dijo ella espontáneamente.

—¿El qué?

—Quejarme.

—Menos mal —repuso Eefje con la mejor de sus sonrisas.

Seguramente habrá visto u oído algo. No sé si debería preguntárselo luego, o justamente no debería hacerlo.

Viernes 22 de febrero

Impactos de meteoritos, paneles solares que se incendian solos, lasaña de caballo, el regreso de Berlusconi: todo eso seguirá en nuestro tiempo. Pero el verdadero temor desde hace dos días es que te pongan de patitas en la calle si no eres lo suficientemente desvalido. El anuncio de que antes del 2020 tendrán que cerrar sus puertas ochocientos de los dos mil centros asistenciales para mayores que hay ha sembrado mucha preocupación. Las personas que cuentan con un «grado de discapacidad leve» tendrán que espabilarse por su cuenta. Por si acaso, algunos residentes ya han empezado a exagerar sus achaques para poder quedarse donde están dentro de siete años. Me habría gustado gritarles: «Queridos compañeros, quedaos tranquilos. ¡Dentro de siete años todos nosotros estaremos muertos o completamente incapacitados!».

Ese miedo completamente irracional que a veces se apodera de los viejos...

Y si uno no quiere quedarse esperando de brazos cruzados hasta que lo echen de su habitación, que se presente al Partido de los Pensionistas para ocupar algún cargo político. Buscan gente para

los concejos municipales, los estados provinciales, el senado y la cámara de los diputados y para el parlamento europeo, porque el Partido de los Pensionistas sigue subiendo en los sondeos. Eso promete mucha diversión cuando todos esos ignorantes políticos de edad tengan que sentarse a discutir de todo un poco.

Mi médico de cabecera es un hombre raro. Cuando le pregunté cómo me veía, me contestó:

—¿Qué le gustaría oír?

—Pues me encantaría oír que estoy más sano que una manzana, pero es más realista preguntarle cuánto tiempo me queda.

—Tal como está usted ahora podría vivir varios años más, pero también es posible que dentro de tres mesecillos se haya acabado todo.

¿Quién usaría la palabra «mesecillos» en un contexto así? Nadie salvo el doctor Oomes. Y encima se echó a reír con ganas.

Cuando le dije que esa no era una respuesta demasiado clara se volvió a reír. Y como parecía que estaba de tan buen humor me atreví a preguntarle si había sido él el que me había enviado a la trabajadora social a casa para indagar sobre mis planes suicidas. Hasta eso le pareció gracioso.

—Así es, pensé que un poco de atención no le vendría mal. Una mujer muy guapa ¿eh? —Y a renglón seguido añadió—: Bueno, hasta la próxima.

Al minuto siguiente me encontraba en la calle, estupefacto.

He aprendido de nuevo una vieja lección: cuando vayas al médico hazte una lista con todas las preguntas y se las vas haciendo una a una.

Sábado 23 de febrero

El club de rebeldes tiene esta noche un curso de Google en la habitación de Eefje. Ya corren algunos rumores por los pasillos. La señora Baken ha intentado invitarse: «¡Qué divertido! Siempre he tenido ganas de aprender». Pero los criterios de entrada son muy estrictos y la señora Baken no los pasa. Se sospecha que fue ella la que traicionó al viejo perro salchicha que estaba de ilegal en una de las habitaciones. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario, pero ante la duda no entra.

Le he preguntado a Eefje si sabía quién se quejó por lo del martes pasado. Me dijo que había oído a la señora Surmann decirle a su vecina que había hecho llegar una queja a la directora.

—No podemos estar seguros al cien por cien mientras no sepamos de qué iba la queja, pero hay motivos para desconfiar.

Ayer le hicieron llegar al cocinero una petición para que incluya filete de caballo en el menú. «Preferiblemente de potrillo y si puede ser que no sea caballo de explotación», añadía la carta anónima. Al menos eso dicen los rumores. Y esos rumores han reavivado la animada discusión acerca de cuáles son los animales que pueden comerse y cuáles no. Evert lanzó la pregunta de si podía uno comerse un bocadillo de mono. Y así pasamos otro cuarto de hora.

Me voy a acostar un rato. Estoy cansado, no me pregunten por qué y esta noche quiero estar en

plena forma.

Domingo 24 de febrero

Al descorrer las cortinas esta mañana se han oído un montón de exabruptos: otra vez nieve. Exabruptos de poco calibre, claro está, en la línea de: «¡Mecachis en la mar!». Pero es que estamos hartos del invierno. Queremos que el sol caliente nuestros viejos huesos. Pero que tampoco haga demasiado calor, veintidós grados a lo sumo. Los márgenes son pequeños.

Ha fallecido la patinadora Atje Keulen Deelstra. Acababa de cumplir los setenta y cuatro años. Se ha sentido mucho por aquí. ¡La campeona más normal que hemos tenido! Junto con la atleta Fanny Blankers Koen. Esos dos nombres suenan bien juntos. La gente vieja vive con sus viejos héroes. A nadie le gusta cambiar de héroes.

Me he despistado un poco y Henk-Krol, *el Salvador*, tiene ya veinticuatro escaños según los sondeos. El Partido de los Pensionistas deberá impedir que sigan desplumando a todos los viejos en Holanda. «Se aprovechan porque no podemos hacer nada. Ni huelgas ni nada. Nadie hace nada por nosotros.» El papel de víctima le viene como anillo al dedo al viejo sauce llorón. Por suerte no todo el mundo se queja con la manada.

Las mujeres de la casa opinan que Henk es atractivo. Es verdad que suele llevar un bonito pañuelo al cuello. En cuestión de edad, Henk podría ser su yerno ideal si no fuera homosexual.

Ayer pasamos una velada muy agradable guleando. Evert lo pronuncia jugleando y ahora algunos de los residentes creen que estamos haciendo un curso de malabarismos. Ya nos están preguntando cuándo vamos a actuar.

Un catering muy cuidado y una compañía excelente. Eefje, la anfitriona amable. Evert, bocazas pero sin exagerar, y además bebió con moderación. Edward, que no habla mucho pero cuando dice algo vale la pena. Graeme, un espectador, todavía algo tímido. Y por último Grietje, la revelación de la velada por sus grandes conocimientos informáticos, que demostró con modestia. Con simpatía y de común acuerdo con Eefje, tomó las riendas del curso y durante más de dos horas estuvimos practicando cómo buscar información según los ejemplos que iban proponiendo los cursillistas. En esos ejemplos nadie soltó prenda de los planes que tenía para su salida. Evert quiso buscar cómo estaba la cosa para hacer puenting en Ámsterdam. Edward dijo que él no se apuntaría a algo así porque era taaaan del 2012. Fue una pena que nadie lo oyese.

Lunes 25 de febrero

Me he cortado una loncha de mano con el cortador de queso. Efectivamente, me quedaba un trozo muy pequeño de queso que ya estaba bastante duro e intenté cortarlo. (Si ves a otros haciendo una chapuza semejante con un cortador afilado, vuelves la cabeza.) Mi recompensa fue un baño de sangre en el pulpejo.

Tuve que ir deprisa y corriendo a ver a la enfermera para que me pusiera una venda, porque es complicado vendarse bien una mano solo con la otra. Y cómo no: «¡Ay, señor Groen, señor Groen,

pero si ya sabe usted que eso es peligroso! ¡Siempre hay que cortar hacia fuera!».

La señora Stelwagen ha invitado a Eefje a una charla en su despacho el próximo miércoles. Eefje parece tomárselo con calma. Tal vez tenga mucha sangre fría, tal vez no quiera dar la nota. Yo estaría bastante nervioso ante una invitación así. No puedo creer que a Stelwagen solo le interese preguntarle si está contenta en la casa. Nuestra directora es una mujer taimada: muy amable en apariencia pero ávida de poder. Siempre tan comprensiva «pero qué lástima... las reglas, eh». Suelen ser sus propias reglas. Resulta muy cómodo esconderse detrás de ellas. Y si es necesario, se inventa otra regla más «por el bien de los residentes». Es lo suficientemente lista para evitar los abusos. Las pequeñas irregularidades quedan disimuladas o se las achaca a otros. Con las espaldas bien cubiertas por el consejo de administración, se siente segura en su trono. Un trono temporal que cambiará por otro más grande en cuanto se le presente la oportunidad, de eso estoy seguro.

Siempre va impecable, siempre se muestra cordial, serena y educada. Lo oye y lo controla todo. Tiene aliados de confianza. Algunos son conocidos, pero también tiene que haber un par que trabajen en la sombra.

Desapercibidamente ejerce su dominio asfixiante. Cualquier iniciativa personal, cualquier cosa que se salga de lo normal, es arrinconado con una sonrisa.

Le he preguntado a Eefje si quiere que la acompañe.

—¿Por qué? —ha preguntado ella.

—Es que es una tía dura de roer. Se carga a todo el mundo con una simpática sonrisa.

—Eso ya lo veremos. Gracias por la advertencia. Pensaré en ello.

Martes 26 de febrero

Evert preguntó si no iba siendo hora ya de organizar una acción en la línea de la galleta en el acuario. Vuelve a tener ganas de una pequeña rebelión. «A este chiringuito no le vendría mal un poco de movida.» No puedo dejar de darle la razón, pero temo que las acciones lúdicas solo sirvan para combatir los síntomas.

El verdadero problema es insoluble.

Mi análisis: el envejecimiento es como el desarrollo de niño a adulto pero a la inversa. En lo físico pasas de ser autónomo a ser cada vez más dependiente. Una prótesis de cadera, un bypass, una pastillita para esto y otra para lo otro; no son más que apaños. Como la muerte se haga esperar, acabas como un anciano mocososo, balbuceante y con pañal. El camino de ida, del cero a los dieciocho es estupendo, lleno de desafíos y emociones: tomas las riendas de tu vida. Alrededor de los cuarenta te sientes fuerte, sano y poderoso. Estás en la cima. Lástima que por lo general no te das cuenta hasta que llevas ya algún tiempo cuesta abajo, y lenta y sigilosamente la perspectiva va volviéndose más pequeña y la vida, más vacía. Hasta que tus objetivos diarios adquieren las proporciones de una galletita y una taza de té. El sonajero del abuelo.

Discúlpenme. Estoy exagerando un poco.

Y eso que ahora justamente he empezado a dar importantes pasos para acabar mis días

pasándolo bien. Con nuevos amigos y planes alocados. ¡Yupi!

Miércoles 27 de febrero

Hoy escribo un poco más tarde de lo habitual porque quería esperar hasta saber cómo le había ido a Eefje su audiencia con la directora. Hemos ido a tomar un café antes y le he deseado ánimos. Al cuarto de hora la he visto volver. Tenía un aire de resolución aunque no me pregunten en qué se lo he visto. Tal vez en la mirada.

—Mis felicitaciones por tu perspicaz análisis, Henk. Has acertado de lleno.

Y me contó que al principio la señora Stelwagen se había interesado por su bienestar pero después le había dejado caer, como quien no quiere la cosa, que en «nuestra casa» no había la costumbre de recibir invitados a las tantas.

—¿Lo dice usted por mí? —le preguntó Eefje.

—No es nada personal, pero en lo que concierne al descanso no nos gusta que a partir de las diez de la noche haya gente por los pasillos.

—Yo personalmente no he reparado nunca en que hubiera exceso de ruido.

—Otras personas sí.

—Qué fastidio. No tendrá nada que ver conmigo, espero.

—He oído que hace unos días recibió usted visita.

—Así es. Personas muy tranquilas y bien educadas. Para asegurarme al día siguiente se lo pregunté a mis vecinos, pero me dijeron que no habían tenido ninguna molestia. Menos mal.

Una respuesta genial. He chocado esos cinco con Eefje. Era la primera vez en mi vida que hacía eso, no sé ni cómo se me ha ocurrido de pronto.

Durante un breve instante Stelwagen se ha quedado descolocada, luego se ha despedido muy cordialmente, como si entre ellas no hubiera la menor tensión latente.

—La cosa no se va a quedar así, Hendrik —me ha dicho Eefje—. Lo presiento.

Luego hemos dado un pequeño paseo por el jardín. La primavera se intuye en el aire. Las campanillas de invierno florecen entre las bolsas de plástico y las latas vacías.

Nos sentíamos combativos. Al menos, creo que también puedo hablar por ella.

Jueves 28 de febrero

He cogido un folleto sobre scooters de abajo. Tengo que ampliar mi radio de acción, de lo contrario acabaré siendo el eslabón más débil de Viejos-sí-muertos-no.

Graeme ha anunciado que el jueves 11 de marzo tendrá lugar nuestra primera excursión. Nos encontraremos en la entrada principal a la 13:00.

Me estoy rompiendo los sesos pensando en salidas divertidas. No se me ocurre nada salvo el Rijksmuseum y con esa idea seguro que no gano el premio a la originalidad. Además, ese museo está más tiempo cerrado que abierto. Pero que no cunda el pánico, todavía tengo seis semanas para pensar en algo mejor.

Eefje me ha dejado escuchar un fragmento de un CD doble con los cien mejores pájaros

cantores. En el puesto número seis la curruca mosquitera (jamás había oído ni su nombre ni sus trinos), en el quinto puesto el chochín, en el cuarto el petirrojo (creía que esos solo picoteaban), en el tercero el zorzal, en el segundo el ruiseñor (tiene buena fama en poemas y canciones) y la medalla de oro es para el mirlo, por fin un pájaro que me suena. Y aún hay otros noventa y cuatro pájaros cantores. Cada uno con sus cosas.

Cuando llevábamos diez pajaritos, Eefje se ha percatado de que mis intereses no iban por ahí.

—¿No te gusta? —preguntó con cierta malicia.

Me puse colorado.

—Sí, claro que sí.

—Me tomo la libertad de no creerte, Hendrik.

—Bueno, es cierto, lo siento mucho, pero para serte franco los pájaros solo me interesan si están asados y entonces ya no suelen cantar.

Por suerte se lo tomó a broma.

¿Y si fuésemos al parque de Keukenhof? Es bastante probable que ya se le haya ocurrido a alguien más. Dentro de unas seis semanas ya hará buen tiempo.

Viernes 1 de marzo

El señor Kuiper ha encontrado una noticia en una carpeta de recortes de periódico que había en la biblioteca y la ha colgado en el tablón de anuncios: «Los médicos están a favor de la extracción de riñones a pacientes terminales vivos».

A la señora Brandsma le ha faltado tiempo para anular su inminente ingreso en el hospital. «El mioma puede esperar, no pienso permitir que me roben. ¡Al fin y al cabo aquí todos somos terminales!», exclamó, y en eso último debo darle la razón. Aquí el promedio de edad es de unos ochenta y nueve años, así que estadísticamente hablando creo que se puede considerar terminal.

La razón de que los extraigan a pacientes vivos es que los órganos están más frescos. No sé yo si podemos hablar de fresco en nuestro caso; los riñones también tienen una media de ochenta y nueve años. No tengo claro cómo andan las cosas con la fecha de caducidad de los órganos.

Un poco lúgubre sí que es la noticia. No quiero ni pensar que se produzca un milagro médico: contra todo pronóstico alguien se recupera de su infarto terminal y resulta que le han quitado los riñones.

La elección de scooters no es tan simple como se podría pensar. Hay muchos tipos y medidas. Con un radio de giro grande o pequeño, por ejemplo, importante para saber si podrás darte la vuelta en tu propia habitación.

Con un radio de acción mayor o menor. ¿Hasta dónde quieres llegar?

Con tres o cuatro ruedas. ¿Cuán rápido quieres girar?

Tampoco es ninguna tontería: ¿A qué velocidad quieres ir?

Y por último, la pregunta más holandesa: ¿Cuánto cuesta un chisme de esos?

Dentro de poco iré a hablar con el señor Hoogdalen. Entiende mucho de estas cosas y además es un tipo muy agradable.

Sábado 2 de marzo

Sigue desaparecida la mujer que hace algún tiempo se escapó de la cárcel en Breda excavando un túnel con una cuchara. Es fabuloso que todavía pasen cosas así de verdad. Y sería más bonito aún si un abuelo se escapase del mismo modo de esta casa. Por el simbolismo, claro, porque en realidad puede salir andando por la puerta tranquilamente. A partir de ahí la cosa ya se complica un poco más; la mayoría de los residentes no tienen adónde ir. Los hijos ya se lo ven venir.

—Hola, hijo mío, vengo a vivir contigo.

—¡Bueno, papá, la verdad es que justo ahora me va muy mal!

El abuelo fugado no tiene muchas más opciones que quedarse algún tiempo en un hotel de Veluwe. Luego, cuando se le haya acabado el dinero, tendrá que volver con el rabo entre las piernas a la residencia o ir al Ejército de Salvación.

Además en Holanda «se busca» a trece mil personas, que en realidad deberían estar en la cárcel. Son un buen puñado. Se conoce que la policía no sabe buscar demasiado bien.

Voy perdiendo memoria. El alzhéimer leve va convirtiéndose poco a poco en alzhéimer medio. Intento recordar el *top-ten* de los pájaros cantores, pero no he pasado de cuatro.

Lo que me asombra es que algunas personas que no son capaces de recordar una lista de la compra de tres artículos puedan cantar diez mil canciones que dan por la radio. O como mínimo tararearlas. ¡Todas esas melodías están almacenadas impecablemente! Memoria y música, algo podría hacerse con eso. Aprender listas de palabras alemanas al son de la música, o la ley de la conservación de la energía. Hacer un musical con todas las fechas importantes de la historia holandesa.

Domingo 3 de marzo

Ayer junto a la recepción pusieron un expositor de la farmacia Kring con unos cincuenta folletos informativos. Pasaré revista a algunos de los alegres temas: diarrea, eccema, estreñimiento, forúnculos, hemorroides, hongos, incontinencia, lombrices, piojos y verrugas. Todos los males bien ordenados alfabéticamente. Y sin tener muy en cuenta al público al que iba dirigido, porque también vi información sobre el acné juvenil y los cuidados puerperales, asuntos que no están a la orden del día en esta casa.

Como si aquí no se hablara bastante de enfermedades y carencias.

Bueno, seamos justos, he cogido el folleto sobre la incontinencia y me lo he metido en el bolsillo interior lo más discretamente que he podido. Al parecer me encuentro en compañía de aproximadamente un millón de holandeses que también tienen pérdidas. Eso significa que una piscina llena de orina va a parar a diario a las bragas y calzoncillos o a los salva-slips. ¡Bravo!

Hay muchas especulaciones e intentos de averiguar algo sobre el destino de nuestra primera excursión con Visimuno. El organizador, Graeme, se ha dado un punto en la boca. Evert quiere abrir una oficina de apuestas para que hagamos nuestras predicciones sobre los lugares adonde vamos a ir.

La sensación se parece un poco a la emoción que teníamos de niños la noche antes de una excursión. Si es que aún la recuerdo bien.

La señora Schreuder (la que aspiró al canario) se preguntaba quién manda ahora en la Ciudad del Vaticano. El antiguo papa ha dimitido y todavía no han elegido a uno nuevo. «Somos una iglesia sin cabeza», opinó. «Como un títere sin cabeza», dijo una de las hermanas Slothouwer, nunca lo bastante discretas para dejar de espiar a la gente.

Ya me imagino el cónclave: ciento quince viejos cardenales reunidos en el mismo lugar sin poder salir de allí hasta que no hayan dejado escapar el humo blanco por la chimenea, lo que supone todo un engorro. En 1978 la chimenea no tiraba bien y todo el humo negro volvía a la sala. Un montón de san Nicolases tosiendo y con la cara tiznada.

Lunes 4 de marzo

Se ha desatado el pánico: la señora Schaar se ha fugado de la unidad de dementes. Convenció a una nueva cuidadora en prácticas de que podía salir a la calle sin vigilancia. Como excusa para la estudiante diremos que su CI es de 55. La señora Schaar salió andando por la puerta graciosamente, pues está convencida de que pertenece a la nobleza. Se presenta como la dama Schaar, siempre en busca de sus tierras. Está más loca que una cabra y además tiene azúcar.

Buena parte del personal se ha echado a la calle para buscarla. Alguien le ha preguntado a Stelwagen si no sería conveniente llamar a la policía. «No, no es necesario, no hay ningún motivo para ello.»

La directora huye de la mala publicidad como de la peste y tiene un saco muy grande donde ir metiendo todos los trapos sucios.

Poco después la jefa de la unidad nos ha informado de que la señora Schaar ya había vuelto. Debía de ser una mentira para calmar los ánimos porque a la Schaar no se la veía por ninguna parte. Evert hizo la prueba y disimuladamente le dejó caer a una enfermera que había visto a la dama en la parada del autobús. A los dos minutos, dos miembros del personal salieron para allá. El asunto estaba cantado.

A los tres cuartos de hora la enfermera «Compostella», una mujer encantadora con un impronunciable nombre español, vino a decirnos que habían localizado a la señora Schaar. «Pero ¿no la habían encontrado ya?», le preguntó el señor Brentjens. «Sí, pero ahora la han encontrado de verdad», contestó ella exultante.

A los cinco minutos hicieron entrar a la dama por la puerta de atrás. Iba llena de barro. Más tarde ella misma contó que había ido hasta su propiedad y se había quedado atascada durante la batida. Resultó que se había caído en el barro cuan larga era en un parque que queda a un par de kilómetros de aquí y había sido incapaz de levantarse sola. Un hombre que paseaba al perro la encontró y avisó a la policía. Los agentes que vinieron a traerla estuvieron sus veinte minutos en el despacho de Stelwagen. Después se pidió encarecidamente a los residentes que no fueran hablando del caso por el bien de todos. Stelwagen se llevó aparte a Evert para decirle que la señora Schaar no había tomado el autobús.

—Yo nunca aseguré que lo hiciera, enfermera. Solo dije que la había visto en la parada.

—No soy enfermera y tengo serias dudas de que la viese de verdad. Le aconsejo que de ahora en adelante se ande usted con más cuidado.

Evert, que llama enfermero y enfermera a todo el personal, estaba necesitando un desafío.

—Con más cuidado es casi imposible, señora enfermera.

Stelwagen titubeó un instante, luego se dio la vuelta y se fue.

Más tarde el personal fue preguntando por ahí si el señor Duiker había salido de casa aquel día. Sí, había salido. El señor Duiker no está loco.

Martes 5 de marzo

Ayer por la tarde tuvimos una agradable conversación a la hora del té motivada por el hecho de que dos científicos hubieran conseguido conectar los cerebros de dos ratas. Las ratas se encontraban a kilómetros de distancia entre sí.

Nos preguntábamos con qué cerebro nos gustaría estar conectados si pudiéramos escoger. Muchos abuelos eligieron a sus hijos. No creo que el hijo tenga muchas ganas de darse un garbeo por la cabeza de su padre o de su madre. La señora Brandsma eligió al cantante Ronnie Tober mientras que al gordo Bakker le gustaría enderezar un poco a Obama.

A mí no se me ocurre nadie. Es una idea aterradora, dejar entrar a otra persona en tu cabeza.

Gran decepción entre algunos residentes que no han conseguido reservar el microbús para ir al Dam el 30 de abril. Ese día la compañía Connexxion no cubre el trayecto hasta el palacio. Ahora intentarán llegar a orillas del Ij con la esperanza de ver pasar a la pareja real en barco. La señora Hoogstraten ya se ha comprado unos prismáticos carísimos. Ha rezado a Dios para pedirle que la deje llegar al 30 de abril y a la elección del nuevo papa. Hasta me pidió a mí que rezase por ella. Lamentablemente para la señora Hoogstraten Dios y yo tenemos un pacto de no molestarnos mutuamente.

Dos atracadores disfrazados de ancianos han robado un banco. Llevaban máscaras de látex y todo. Sería genial si debajo del disfraz hubiese realmente un par de abuelos.

Miércoles 6 de marzo

El primer sol del año es el mejor. Ayer por la tarde me pasé tres cuartos de hora sentado en el banco de delante de la casa. Fui el primero en llegar. Al poco rato el banco estaba hasta los topes. Un par de rezagados celosos se quedaron merodeando alrededor. Mala suerte para ellos.

Con el paso de los años todo va más lento. Andar, comer, hablar, pensar. También leer. Con el grueso periódico del sábado tengo para tres o cuatro días si no descuido la prensa del día. Ayer me acabé de leer todo el suplemento sobre el envejecimiento. Ya lo he constatado antes: los mayores están de moda. Los que nacieron poco después de la guerra están a punto de jubilarse, la generación hippy no tardará en seguirles. Unas generaciones que ahora son ricas y poderosas y que han aprendido una cosa: a cuidar bien de sí mismas. Nadie tendrá que preocuparse en los próximos quince años de esos pseudoviejos. Esos cincuentones no se parecen en nada a los

octogenarios que han encontrado en esta casa su penúltimo lugar de descanso. Casi todos ellos son personas que aprendieron básicamente a cuidar a los demás, sobre todo a sus muy poderosos hijos. Y ahora se han quedado en la estacada. Muchas de estas personas están aquí obligadas por las circunstancias: demasiado viejos y dependientes para seguir viviendo solos y demasiado pobres para pagarse una asistencia. Se acostumbraron a la idea de pasar su despreocupada vejez en un asilo de ancianos.

Lo del «asilo de ancianos» empezó a incomodar a mucha gente. Los «ancianos» se convirtieron en «mayores». El asilo de ancianos se convirtió en una residencia asistencial. La residencia asistencial se convirtió en un centro de atención para mayores. Y desde hace poco estoy ingresado en una organización de servicios orientada al mercado para la asistencia integral a medida. Ya entiendo por qué los costes sanitarios se han disparado.

Jueves 7 de marzo

Lo conté una vez: aquí viven unos ciento sesenta abuelos. En esta residencia mixta hay una unidad de cuidados especiales donde viven unos ochenta vejestorios que están gravemente enfermos. No puedo hacer un cálculo exacto porque hay un continuo ir y venir de vivos y muertos. Creo que la gente vive un promedio de cinco años desde que entra en la casa, eso significa por tanto que entre la residencia y la unidad de cuidados especiales debe de haber unas cincuenta muertes al año. Si consigues llegar a muy viejo y sigues trampeando más o menos, en los últimos diez años de tu vida puedes llegar a asistir a unos quinientos entierros e incineraciones. Bonita perspectiva.

Esta mañana no conseguía encontrar mis llaves por ningún lado. He puesto patas arriba mi pequeña estancia con dormitorio integrado. Por suerte no tenía ninguna prisa. Me he pasado una hora larga buscando las llaves casi sin renegar y al final las he encontrado en la nevera. Despiste. Los viejos, al igual que los niños, no paran de perder las cosas, pero ya no tienen una madre que sabe dónde está todo.

Viernes 8 de marzo

Ayer hablaba sobre la muerte y hoy justamente ha venido de visita durante la «Movida para mayores».

—No me siento demasiado bien —había dicho la señora De Leeuw; a los dos minutos dejó de moverse. Se había quedado un poco traspuesta en la silla y ya no cogía la pelota que le lanzaban.

—Hay que mantener un poco el ritmo, señora De Leeuw —le dijo Tine, la monitora.

En ese momento la señora De Leeuw resbaló de su silla y se desplomó en el suelo.

La intentaron reanimar y le pusieron el DEA pero todo fue en vano. Las desagradables hermanas Slothouwer se quedaron mirando hasta que las echaron de allí. Luego a la hora del café lo fueron contando todo con pelos y señales. Si les dieran la oportunidad, las Slothouwer serían de las que van a ver ejecuciones públicas.

La muerte de la señora De Leeuw supuso un pequeño jarro de agua fría para el buen humor que reinaba en la casa tras un par de días de tiempo primaveral. Hay residentes que pasan semanas sin

salir de casa cuando hace frío o llueve, pero con el primer sol de primavera todos salen a pasear en éxtasis. El anuncio de que tal vez vuelva a nevar dentro de cuatro días hizo que ayer se paseara con más furor.

Quise salir un rato a caminar con Eefje pero no estaba en casa, así que fui a ver al amigo Evert. Cuando entré en su habitación se estaba cortando los pelos de la nariz con una tijeritas. Me resultó un poco embarazoso, pero Evert se tomó todo su tiempo y no salimos hasta que se hubo cortado también los pelos de las orejas.

—Nunca se sabe con quién te puedes encontrar —fue su explicación.

Sábado 9 de marzo

Estoy enfermo. Les ahorraré los detalles desagradables. Espero estar recuperado para el jueves, que es el día de nuestra primera salida.

Miércoles 13 de marzo

Lo conseguiré. Los miembros del club me habían preguntado si tenían que posponer la excursión, pero no será necesario. Ya vuelvo a estar en marcha.

El lunes el médico vino a verme. Comentó algo de que tenía pinta de ser la gripe mexicana. Hace un par de años Holanda entera estaba trastornada por esa gripe y los expertos epidemiólogos no daban abasto saliendo por la radio y la televisión, y ahora que tal vez yo la tenga mi médico de cabecera no se molesta ni siquiera en hacerme un diagnóstico decente.

Más tarde una enfermera me instó a que les dijera a los demás residentes que tengo la gripe y pasara por alto la palabra mexicana.

—¿Quién le ha pedido que me diga eso?

No podía decirlo.

Eso me ha dado mucho que pensar. ¿Murió la señora Gans de gripe aviar el mes pasado?

«Ellos» tienen miedo de que se desate una nueva oleada de histeria gripal entre los abuelos.

Ayer Evert se presentó con una cestita de frutas: una huevera con tres kiwis y tres mandarinas.

Eefje trajo un libro: *Quinientos poemas que todo el mundo debería leer*. Me he propuesto leer uno cada día y solo me resta esperar a que me sean dados los quinientos días.

Siguiendo el consejo del médico de cabecera he pedido hora con el geriatra. Mi «popurrí de males» son los típicos que trata su «*confrère*». Pronunció esta última palabra como si tuviera la boca llena de sopa. Escribió una carta para su «querido *amice*» que me dejó leer en la que básicamente decía: «Mira a ver si puedes hacer algo por este simpático señor mayor».

Me han dado hora para la semana que viene. Tal vez piensen en clave comercial: hay que atender pronto a los abuelos o se te mueren antes de que hayas podido sacarles un céntimo. La muerte solo deja dinero al de la funeraria.

Mi «excepcional» médico de cabecera dice que el geriatra es un hombre «excepcional». Esto promete.

Viernes 15 de marzo

A las 12:55, solo con cinco minutos de adelanto, el microbús de Connexxion se detuvo en la parada y el grupo subió entre risitas. A los tres minutos hubo una ronda de caramelos de menta. Un cuarto de hora después nos bajamos en la Estación Central. Ahí había un taxi acuático esperándonos.

Cuando llevábamos dos minutos, Evert fingió que se estaba mareando y luego nos contó que en una ocasión había conocido a un tipo que coleccionaba bolsas para vómitos de todas las compañías aéreas que pudiera encontrar. Después imitó a Mr. Bean, que cogía una de esas bolsas de papel sin saber que había sido utilizada, la llenaba de aire y la hacía explotar.

Eefje le echó una mirada reprobadora y propuso que votásemos para dar de baja a Evert como miembro del club. Él se pegó un susto horrendo hasta que Eefje soltó una risa como un relincho al verle la cara. No me gustó mucho aquella risa, pero hasta ahora es su único punto negativo.

Después de una hora navegando nos bajamos en el Hermitage junto al río Amstel. Allí disfrutamos de una visita guiada acompañados por un señor muy elegante que sabía mucho de arte y parecía presuponer que nosotros también queríamos aprenderlo todo.

Después tomamos cerveza, vino y unas croquetas en el café que hay en la esquina del puente sobre el Amstel. Ahí vino a buscarnos a las cinco y media el microbús para mayores con un conductor ligeramente sorprendido; por lo general tiene que llevar a abuelos renegones del hospital a la residencia y vuelta y ahora tenía que recoger a un grupito de viejos achispados en una taberna.

A las seis en punto de la tarde estábamos todos dando cuenta de nuestro plato de endivias con albóndigas. Nuestro sexteto eufórico llamaba un poco la atención entre los demás compañeros de mesa.

La señora Stelwagen, que salía de su despacho y se dirigía a la puerta, arqueó las cejas al vernos pasar. Podría equivocarme, pero me pareció advertir un ligero desprecio en sus ojos.

Edward farfulló unas «gracias» casi incomprensibles a Graeme por haber puesto el listón tan alto ya desde la primera excursión. «As sentdol toon.»

«Has sentado el tono», tradujo simultáneamente Graeme, que es el que mejor entiende a Edward. Un diálogo conmovedor.

Graases.

Gracias a vosotros.

Luego nos sobrevino un bajón. A las ocho el club Visimuno en pleno se retiró y es probable que justo entonces empezasen los chismorreos.

Sábado 16 de marzo

Le estamos cogiendo el gustillo. Paralelamente a Visimuno, hay planes de crear un club de cocina. Nuestro viejo sexteto —exceptuando a Evert y añadiendo al señor y la señora Travemundi— quiere preparar una vez al mes una cena por todo lo alto. Los Travemundi, Ria y Antoine, regentaron durante años un restaurante y son unos cocineros y gastrónomos apasionados, que aquí

se levantan descontentos de la mesa con demasiada frecuencia. Espero mucho de ellos. Yo mismo soy más de tareas sencillas como cortar y remover.

Ayer estábamos sentados a la mesa disfrutando al recordar nuestra primera excursión cuando Ria y Antoine nos preguntaron tímidamente si podían sentarse con nosotros. Por supuesto.

Nuestro grupo de salidas les pareció una excelente idea. No es que quisieran ser miembros del club, pero tal vez también les interesaría formar un club selecto con el que preparar y degustar de vez en cuando una buena comida. Una vez al mes, por ejemplo. Y con platos un poco elaborados.

Llegados a ese punto a la mayoría empezaron a brillarles los ojos. Solo Evert dijo sin rodeos que a él no le iban los refinamientos y que no soportaba tener que preparar cosas más complicadas que un huevo duro.

Fue completamente ignorado por los otros cinco que sí queríamos participar en la «cocina experimental», como la llamó Antoine.

Se decidió que el lunes Antoine, Ria y yo pediremos audiencia con Stelwagen para consultarle si podemos utilizar la cocina de la residencia una vez al mes.

Ya me está entrando el agobio.

Domingo 17 de marzo

Tenemos un nuevo papa. Según fuentes poco fidedignas —las hermanas Slothouwer—, esta mañana en el oratorio han rezado por él y porque mejore el tiempo. Algunos han rezado solo porque mejore el tiempo. No quiero anticiparme a los resultados y seguiré teniendo a mano mi abrigo de invierno.

Por lo que respecta al nuevo papa: de entrada cuenta con mis simpatías porque cuando era cardenal iba al trabajo en autobús. O en metro, tanto da. Supongo que se quitaría la mitra para entrar y salir. (Por otra parte, hay que desconfiar de los altos dignatarios: el político británico Cameron iba al parlamento en bicicleta por amor al medio ambiente pero hacía que le llevaran el maletín en el coche oficial.)

La gente de la casa se alegra de que hayan elegido a un papa argentino sobre todo por Máxima. Esperan que el papa Francisco esté presente en la fiesta de investidura.

Los domingos no son muy placenteros para los sinvisitas, casta a la que pertenezco. Las satisfacciones que antes hacían que el domingo fuera un día atractivo, como dormir hasta más tarde, tomar un buen desayuno, leer el periódico y escuchar música, han pasado a ser cotidianas. El domingo solo se distingue del resto de los días por las visitas que reciben los demás.

Esas visitas suelen venir con un único objetivo: volver a marcharse pronto. La atención por los compañeros residentes es una pérdida de tiempo. Un saludo por el pasillo o en la sala de recreo es lo máximo a lo que puede aspirarse.

Hasta hace poco tiempo, me pasaba buena parte del domingo por la tarde paseando, pero ahora ya no puedo.

Lunes 18 de marzo

Stelwagen dijo que lo del «club de cocina» le parecía una «idea extraordinaria». Hablaría con todas las partes implicadas sobre nuestra intención de utilizar la cocina una vez al mes. Nos ha prometido que pronto nos dirá algo al respecto. A continuación nos ha invitado a otra taza de té y una galletita. Después de hablar de todo un poco ha consultado su reloj: «Vaya, ¿ya es tan tarde?». O lo que es lo mismo: se os ha acabado el tiempo.

A veces me pregunto si un club de cocina no será una cursilada. Pero por otra parte hay que tener valor para dar una oportunidad a las cosas que no te interesan demasiado. Al menos ocurre algo.

Tres días más y habré llegado la mar de bien a la primavera. Los próximos días quiero hacer una limpieza a fondo. Fregar la nevera, ordenar los armarios de la cocina, cambiar la ropa de invierno por la de verano. Me dejaré a mano los guantes y los jerséis de abrigo.

Ayer por la tarde fui un ratito a visitar a Evert. Me había invitado a tomar una copa, pero cuando llegué a su casa a las cuatro vi que se me había adelantado bastante con la bebida. A la media hora, se quedó dormido en la silla. Lo tapé con una mantita. Saqué a pasear a *Mo* y le puse comida y luego dejé una nota sobre el aparador, entre sus difuntos familiares: «Ha sido muy agradable. Y gracias por los cien euros».

Martes 19 de marzo

El geriatra está también como para ir al geriatra: bien entrado en los sesenta y bien entrado en carnes, le he calculado unos ciento veinte kilos. Derrochaba simpatía y eso es algo que valoro mucho en los médicos. Las malas noticias son más duras dichas con voz cavernosa.

Pero el doctor Jonge no tenía malas noticias que darme, aunque tampoco es que fuesen buenas: algunos componentes están llegando a su fecha de caducidad o ya se han pasado un poco. Las articulaciones muestran signos de profundo desgaste, la próstata no tiene reparación, los pulmones están muy ennegrecidos y solo trabajan a la mitad de sus posibilidades y el corazón anda mal. Una ventaja: la mente está lo bastante lúcida para darse cuenta del declive. No hay señales de alzhéimer, como mucho la mala memoria propia de la edad.

Bueno, pues gracias, doctor.

Durante la triste enumeración me dirigió miradas traviesas y fue haciendo comentarios graciosos y concluyó diciendo que podía ponerse perfectamente en mi lugar porque él tenía más o menos los mismos achaques que yo. Lo dijo con una carcajada. De lo contrario habría sido asombroso que un doctor fuese quejándose de su salud a un paciente.

Me recetó nuevas pastillas y vino a decirme que yo mismo decidiera cuántas quería tomarme. «Hoy en día los médicos son tan buenos que no hay casi nadie que esté sano», dijo para concluir la visita. Eso me hizo reflexionar.

En el último momento me atreví a preguntarle si no tenía algún medicamento más estimulante, algún doping para las horas difíciles. Ahora le tocó el turno de reflexionar a él.

Tendría que pedir hora para una nueva visita.

Miércoles 20 de marzo

Esta mañana la directora nos ha comunicado (a mí, a Antoine y a Ria Travemundi) que el plan para el club de cocina no podrá llevarse a cabo por razones técnicas de seguridad laboral. «¡Qué pena, qué pena!», dijo con un suspiro. Curioso, pero en ningún momento creí que su pena fuera sincera.

—¿Cuáles son esas razones técnicas de seguridad laboral? —le pregunté.

Le siguió una complicada explicación sobre quién podía hacer qué en esta casa y quién no. Resultaba que no podíamos acercarnos a los aparatos de cocina. Si lo hacíamos, la residencia no estaría cubierta por el seguro contra accidentes. Argüí que no queríamos utilizar ningún aparato de cocina. Con un par de sartenes y un par de cuchillos teníamos bastante.

—Ya, pero la cosa no es tan sencilla.

Solo que estuviésemos en el mismo lugar donde se encontraban los aparatos implicaba ya un riesgo no cubierto, según Stelwagen.

—¿Le importaría que le echara un vistazo a esas normas técnicas de seguridad laboral? —le pregunté con el tono más neutral posible.

—¿Acaso no me cree, señor Groen?

—Pues claro que sí. Solo querría controlar una cosa.

—¿Controlar una cosa?

—Como suele decir el empresario moderno: el control no es desconfianza, ¿no?

—Veré lo que puedo hacer por usted.

—Muchas gracias.

Ria y Antoine estuvieron escuchándonos todo el rato con la boca abierta y en esos momentos la cerraron.

Después, mientras estábamos tomándonos un té, volvieron en sí. Hasta el día de hoy habían tenido una confianza inquebrantable en la directora pero ahora empezaba a tambalearse. Opinaron que yo había sido muy valiente y a mí también me lo pareció.

Más tarde se lo conté a Eefje esperando no sonar demasiado presuntuoso. Ella se limitó a decir: «¡Bien hecho, Groen!».

Eso me dio una idea para una salida con el club de «Viejos-sí-muertos-no». He buscado en Internet siete cursos de cocina distintos en nuestro entorno más cercano. Seguro que habrá alguno que asuma todos los riesgos de seguridad laboral y acepte a viejos. Luego iremos pregonando a los cuatro vientos que jamás hemos pasado una mañana menos peligrosa, aunque nos hayamos cortado dedos, narices y orejas.

Jueves 21 de marzo

¡Lo he conseguido! ¡He llegado a otra primavera más!

Ahora pondremos rumbo infatigablemente hacia las primeras fresas de la temporada, luego intentaremos alcanzar el Tour de Francia, los nuevos arenques, la primera nieve, Nochevieja y Año Nuevo y la primavera que viene. Hay que ponerse objetivos claros.

Hay sequía informativa. No pasan demasiadas cosas en el mundo. El tema del nuevo papa ya está muy explotado y, a falta de algo mejor, Siria vuelve a la primera página porque han matado a un holandés. Y aún nos quedan seis semanas más de parloteo sobre la fiesta de la coronación. (Para el viejo manto real de Beatriz murieron trescientos sesenta armiños, pero para el enorme manto del príncipe Pils quizá se necesiten seiscientos. Que el partido por los animales haga algo. Que luche por las vidas de esas criaturas.)

En nuestra residencia hay a menudo sequía de noticias, de modo que por las noches constatas que no ha sucedido nada importante en todo el día. Aunque: ¿qué es importante? Algunas personas tienen un día redondo si les han dado una galletita extra con el café. Esto último lo han fomentado algunas enfermeras, que te dan la segunda galleta como si te hubiera tocado la lotería: «¡Qué caramba, hoy hace un día precioso, disfrutémoslo, venga, otra galleta!».

El extremo opuesto es el gordo señor Bakker. Su récord: un pastel y medio relleno de manzana con el café. No le ha dado a nadie ni un pedacito. La mitad que ha sobrado se la ha llevado a su cuarto. Es muy odiado.

Entretanto dispongo ya de una atractiva lista de posibilidades para la salida: un taller de cocina, una feria esotérica, una partida de bolos, una visita turística a Zaanse Schans, un curso de bombones, un partido del Ajax y un recorrido por el parque de Keukenhof. En la próxima reunión preguntaré si puedo intercambiar las fechas de mi salida.

Especialmente para la sequía informativa, una noticia de los viejos tiempos de la categoría «¿Cómo es posible?»: hace algunos años Berlusconi recibió un premio por sus logros en el ámbito de los derechos humanos de manos de... Gadafi.

Viernes 22 de marzo

Ayer la señora Langeveld dijo algo importante. Por lo general la tengo en mi ángulo muerto pero de vez en cuando sale de ahí inesperadamente. Daba la casualidad de que estábamos sentados uno al lado del otro mientras tomábamos una taza de café. Como el café estaba tibio ella comentó que sospechaba que nuestro centro no estaba demasiado bien posicionado en la lista de las mejores residencias. «De lo contrario seguro que irían presumiendo por ahí.»

Le pregunté por aquella lista y ella me contó con su pequeña boca murmuradora que anualmente se hacía una encuesta sobre la calidad de las residencias y los centros de atención para mayores. «¡Y con un café como este puedes estar seguro de que estarán en la cola!»

No supo decirme exactamente qué clase de encuesta era, pero ya la buscaré yo por Internet.

También podríamos ir a las carreras de caballos con el club. ¿Todavía existirá la finca de Duindigt? ¿Cómo les irá a los caballos trotones Jojo Buitenzorg y a Quicksilver S.? Esperemos que no hayan acabado en un bistec ilegal... ¿Y Hans Eijsvogel vivirá aún?

No es que yo haya estado en Duindigt, pero todo suena muy nostálgico.

El nuevo hombre más viejo de Holanda se llama Tjeerd Epema y tiene ciento seis años. Si llegara a su edad significaría que aún me quedan veintitrés años más viviendo en esta residencia. No es una perspectiva muy halagüeña. La mujer más anciana del mundo ha cumplido los ciento veintidós años. Cuarenta años más aquí.

Siempre podría ser peor: Carrie C. White llegó a cumplir los ciento dieciséis años, setenta y cinco de los cuales los pasó en una institución psiquiátrica. Solo la trasladaron a una residencia de ancianos con ciento diez. Aún pudo disfrutar un poquito de su libertad.

Sábado 23 de marzo

Escribes «Encuesta residencias ancianos», pulsas una tecla y *voilà*, ahí está la clasificación con trescientas cincuenta residencias asistidas y mil doscientas sesenta residencias mixtas. El lugar que cada casa ocupa en la lista viene determinado por la valoración que hacen los propios residentes y la puntuación objetiva por su calidad asistencial. ¡En ambas evaluaciones estamos casi en el puesto número mil! Eso significa una bonita posición final, justo por encima de los 1.100.

Son datos del 2009, así que tal vez ahora estemos más arriba. O más abajo, según se mire.

¿Por qué no me había enterado hasta ahora de la existencia de esta lista? Comprendo por qué nuestra directora no la ha colgado nunca en el tablón de anuncios. En la residencia Hofkamp de Almelo seguro que la tienen puesta en todas las puertas: la número uno de Holanda.

Voy a preguntarles a mis amigos si saben cómo se llevó a cabo la encuesta en su día. A lo mejor deberíamos darle un poco de publicidad.

Además la lista ofrece datos curiosos. Así por ejemplo la residencia Divina Providencia de Herten está en el puesto 1.230. Se conoce que deben de dejar muchas cosas en manos de la Providencia.

También llama la atención que la residencia de los Ángeles Custodios tenga un segundo puesto en opinión de los residentes, pero según las normas objetivas esté en el puesto 702. Tal vez la directora haya echado una manita a la hora de rellenar el cuestionario. Nunca se es lo bastante desconfiado.

¿Y qué pasa con la residencia Spathodea? Los residentes ponen a su casa en el puesto 1.058 mientras que los inspectores le dan al centro la cuarta posición. ¿Vivirán ahí los viejos más gruñones y desagradecidos de toda Holanda?

Henk Krol ha perdido parte del favor que tenía aquí. El señor Bakker: «¿Si no es capaz de hacer quebrar su propio chiringuito homosexual, cómo piensa dirigir Holanda S.L.?». Lo de Holanda S.L. me ha fascinado.

Ayer conté cuántas veces dijeron con distintas palabras que hacía demasiado frío para esta época del año: treinta y cinco veces.

Domingo 24 de marzo

Eefje tiene una carpeta con artículos de periódico sobre situaciones intolerables que se producen en las residencias de mayores. En algunos de esos centros los residentes se pasan casi todo el tiempo nadando en su propia mierda.

Después de todas esas historias sobre abandonos e intimidaciones valoraré más nuestra casa.

Eso no deja de ser curioso, puesto que esta casa no ha mejorado por el hecho de que las otras sean peor. Como si uno tuviera que alegrarse por no pasarse tres días con un viejo pañal lleno de caca.

La carpeta de noticias salió a colación cuando le pregunté a Eefje si había oído hablar de la encuesta sobre las residencias. Sí, algo sabía. Estuvimos un buen rato hablando de las cosas que aquí estaban bien y las que no. Conclusión: queda mucho por hacer. Nos pondremos a trabajar con prudente determinación.

La Oficina Central de Planificación ha propuesto un plan para evaluar los beneficios sanitarios que se obtienen en relación con los costes del tratamiento. En el caso de la gente mayor los beneficios sanitarios suelen ser pocos: es frecuente que una operación complicada solo sirva para ir tirando un año antes de palmarla. O sea que dentro de poco, si te empeñas en que te reparen a toda costa, ya puedes preparar tus ahorritos porque te tocará pagarlo a ti. Yo no quiero que se me acerque ningún cirujano, ni aunque tuviera dinero. Una preocupación menos.

Los viejos suelen dar cabezaditas de vez en cuando. La señora Bregman nos ha dado un buen ejemplo: se quedó traspuesta mientras comía, con la cuchara aún en la boca. Las natillas se le iban cayendo despacito.

Conozco la sensación: durante el día no poder tener los ojos abiertos y luego dormir mal por las noches. Es bastante incómodo. Por suerte a mí el cansancio casi nunca me pilla durante la comida.

Bregman se despertó sobresaltada cuando la cuchara le cayó en el plato con mucho estrépito. Levantó la mirada sorprendida, se limpió las natillas del vestido y siguió comiendo como si nada.

Lunes 25 de marzo

«Nosotros» nunca hablamos de inmigrantes aquí, sino de «extranjeros». Si son holandeses o no, no importa. La corrección política es una rareza.

Holanda es una sociedad de apartheid: los blancos con los blancos, los turcos con los turcos, los pobres con los pobres y los tontos con los tontos.

En nuestro caso hay otra línea divisoria: los viejos con los viejos.

En nuestra casa vive fundamentalmente gente mayor blanca, pobre y con pocos estudios. Para ser exactos aquí viven dos señoras indias y un señor de Pakistán.

Tenemos poco que ver con el resto de Holanda salvo por el personal. Entre los empleados hay justamente muchos inmigrantes.

«Son encantadores, eh, no digo que no, pero yo prefiero a una enfermera holandesa», piensa la mayoría. Cuanto más viejo, más reaccionario. Por aquí tenemos a un buen grupo de vulgares racistas, los comentarios que se oyen a veces a la hora del café no son moco de pavo.

Los adolescentes tampoco se atreven a venir mucho por aquí, a menos que se vean más o menos obligados por sus padres para que vayan a visitar alguna vez al abuelo o la abuela. Son visitas de cortesía con conversaciones arduas. Los adolescentes se sienten incómodos con la gente mayor. Esos no se enteran de nada, oyen mal, no tienen ordenador, son lentos, no entienden de moda ni de música y no hacen más que ofrecerles galletitas. Están a mundos de distancia.

Con los niños pequeños la cosa va mucho mejor. Esos hablan por los codos y todavía no conocen la vergüenza. Los viejos y los niños se llevan la mar de bien.

Evert regenta una oficina de apuestas donde por un euro puedes hacer tus predicciones sobre la salida que el club de Viejos-sí-muertos-no hará pasado mañana. La recaudación total irá a manos del acertante. Si nadie lo adivina, el dinero se lo quedará el banco. Ese banco se llama Evert. Viejo bromista. Nadie ha hecho ninguna apuesta hasta ahora.

La tensión va en aumento. Eefje no suelta prenda.

Martes 26 de marzo

Otro de los objetivos de este diario era el de convertirme a mi muerte en un pequeño pero célebre revelador de secretos. Esa idea ha pasado un poco a segundo plano.

Me he dado cuenta de que escribir posee un agradable efecto terapéutico: me siento más relajado y menos frustrado. Quizá he empezado con cincuenta años de retraso, pero ahora ya no hay nada que hacer.

La señora Slag tiene una hija muy pesada que un sábado al mes se deja caer por aquí a la hora del té, y se enfada con su madre porque le repite las mismas cosas. Como si tuviera algún sentido malgastar esa media hora escasa ridiculizando a tu madre de casi noventa años. Eso contando con que sea verdad lo que dice, porque puede que la señora Slag no sea ninguna lumbrera, pero tiene las cosas muy claras.

Además: esa hija haría mejor callándose y no llamando la atención porque es una mujer extremadamente gorda con forma de pera. Y francamente esa forma le sienta mucho mejor a las peras.

Miércoles 27 de marzo

Aquí estoy con mis mejores galas, esperando a que llegue el momento de nuestra salida. Faltan dos horas.

Excitación infantil.

No consigo concentrarme en nada. Voy pasando el rato como buenamente puedo y de vez en cuando se me caen las cosas de las manos.

Ya he tenido que pasar la aspiradora dos veces: una por un biscote con virutas de chocolate que me ha resbalado del plato y la otra por la azucarera que he tirado de encima de la mesa. Desconozco las consecuencias de tirar unas pocas virutas de chocolate, pero dicen que derramar azúcar augura visita. Y no tengo ganas de eso, así que me voy ya para abajo hasta que venga el bus.

Jueves 28 de marzo

Evert no podía sospechar con su oficina de apuestas lo cerca que estuvo del destino de nuestra excursión: el casino.

Teníamos que formar abajo a la 13:00 bien vestidos y con el estómago vacío. Esas eran las órdenes de Eefje. Un poco antes de salir nos había dicho también que llevásemos el carnet de identidad.

El bus de Connexion llegó justo a su hora y atravesando el Oud-West y el Bijlmer nos llevó hasta el Holland Casino en la Leidseplein. Allí fuimos recibidos con cierta sorpresa pero mucha amabilidad por un apuesto joven. «Veo que el promedio de edad de este grupo está un poco por encima de lo que estamos acostumbrados, así que espero que su sabiduría en el juego también esté por encima de la media.» Un comienzo muy elegante para un jovencito.

Avanzamos como reyes por las recias alfombras. Nos sirvieron una comida deliciosa y luego nos explicaron las normas del juego para la ruleta, el blackjack y lo que, según nuestro anfitrión, es el último grito: el póker Texas Hold'em. En este último juego desentonábamos bastante con nuestras canas: el resto de los jugadores eran casi todos jovenzuelos con gorras, capuchas y gafas de sol.

Nos dio la risa tonta en las carreras de caballos, donde había caballitos de juguete dando vueltas sobre unos raíles que acababan en la meta. Grietje metió dos euros en una ranura, marcó la fecha de su cumpleaños y con mucho tintineo ganó veinticuatro veces dos euros cuando su caballito fue el primero en cruzar la línea de meta. Repartió todo el dinero como un buen San Nicolás y poco después todos nos entregamos con entusiasmo a echar monedas en esas máquinas ininteligibles o jugamos a la ruleta, porque habíamos acordado que cada uno de nosotros tuviera una bolsita con unas pocas fichas.

Al entrar en el casino habíamos decidido que las ganancias irían a parar al bote del club Visimuno y cuando a la hora y media siguiente todos nos sentamos en el bar y vaciamos los bolsillos resultó que habíamos ganado doscientos ochenta y seis euros. Estábamos eufóricos, y también el personal. Al parecer nos consideraban una bocanada de aire fresco en comparación con todos los demás jovenzuelos chulos y los inescrutables chinos.

—Una ronda gratis para la casa de la luz crepuscular —exclamó el barman.

Después de tres whiskies, Evert propuso apostar todas nuestras ganancias al número trece: estaba convencido de que volveríamos a casa con diez mil euros.

—Al trece, lo presiento.

Pero le impusimos un veto calvinista.

A las cinco y cuarto vino el gerente en persona para avisarnos de que el microbús estaba delante de la puerta. En el interior ya había otros dos mayores que miraron a nuestro grupo con manifiesto desprecio. Graeme le dio un euro a cada uno. Y los dos lo aceptaron. Eso sí.

Al llegar a casa nos convertimos en el centro de atención. Se oían muchos comentarios: una mezcla de celos, admiración y rechazo.

Viernes 29 de marzo

El viejo calcetín ha vuelto por culpa de la crisis financiera. Por los comentarios de lo sucedido en Chipre deduzco que algunos abuelos han sacado sus cuartos del banco y los han metido debajo del colchón o en algún otro sitio que será el primero donde los ladrones vayan a mirar.

He ido a ver a Anja, mi topo en la oficina, para preguntarle si puede buscar cómo gestionó aquí la directora y el consejo de administración la encuesta sobre la calidad de nuestra residencia.

—Con mucho gusto, Hendrik.

Ya le brillaban los ojos.

Sería estupendo que pudiese rescatar los informes escondidos en el cajón del escritorio de Stelwagen.

—Pero ten mucho cuidado, Anja, no corras ningún riesgo —le pedí encarecidamente.

Sería desgarrador ver a esa mujer encantadora en la picota. Me culparía a mí mismo y así se lo dije.

—Gracias por la advertencia, Hendrik, pero soy responsable de mis actos. ¿Quieres un poco más de café?

Y se puso a tararear una canción titulada *Hago lo que hago*, de Astrid Nijgh.

Viernes Santo. Antes, a las tres de la tarde, teníamos que guardar silencio y pensar en el pobre Jesús. Si hoy en día en Holanda un padre hiciera clavar a su hijo en una cruz, en el psiquiátrico no sabrían qué hacer con semejante psicópata. Desde luego le retirarían el permiso de salida si tuviera más hijos y además le prohibirían acercarse a los establecimientos donde venden madera.

Le daré a Dios otra oportunidad: si esta tarde a las tres en punto puedo volver a correr cien metros en doce segundos y cuatro décimas volveré al seno de la Santa Madre Iglesia católica apostólica y romana. ¡Lo juro!

Sábado 30 de marzo

En estos momentos mi mejor tiempo en los cien metros es de un minuto y veintisiete segundos. Cronometrado de ayer, día de Viernes Santo, a las tres de la tarde, segundo arriba, segundo abajo, y tampoco vendrá de un metro más o menos, la diferencia no importa mucho.

Después de ese esprint de minuto y medio tuve que pasarme cinco minutos descansando en el banco.

Dios no obró ningún milagro a la hora en que su hijo entregó el alma y no me devolvió mi antigua velocidad. Así que ya se puede ir olvidando de mi vuelta a la Santa Madre Iglesia.

Sin embargo, ayer alrededor de las tres, Dios sí que se llevó consigo a la señora Schinkel. Schinkel era una creyente fervorosa, creo que exhaló su último aliento igual que Jesús a propósito. No tenía mucho contacto con ella, pero me parecía una mujer agradable. El entierro será solo para su círculo íntimo, lo cual es de agradecer.

«Pensionado» suena bien, uno casi querría serlo. Pasarse todo el invierno en Benidorm jugando a la petanca con otros pensionados holandeses. Y dos meses alojado en los hoteles más feos del mundo donde tienen peluqueros, camareros y fontaneros holandeses y desde hace poco también un hospital holandés. Si cada año tuviera que pasar el invierno en la Costa Blanca me iría derecho a

la unidad de eutanasia de ese hospital.

Ayer mientras tomábamos el té el señor y la señora Aupers, que la semana pasada regresaron de su estancia invernal en España, estuvieron hablando maravillas. El persistente frío en Holanda hizo el resto para promocionar lo del pensionado.

Si en ese momento hubiera pasado una agencia de viajes ambulante por la sala de estar creo que en una hora habría vendido doscientos billetes de ida y vuelta a Benidorm para el próximo invierno.

Se estaría la mar de tranquilo en la casa.

Tengo uno de esos días en los que te levantas cansado de la cama, te pasas el día descansando y por la noche te vas a dormir muerto de cansancio de tanto descansar. Ojalá hubiera tenido en mi botiquín un par de esas pastillas secretas que los jóvenes de hoy en día se toman para aguantar veinticuatro horas bailando. No es que quiera ponerme a bailar, no se crean, me bastaría con poder ir tirando un par de horas sin cansarme.

Domingo de Pascua, 31 de marzo

La Pascua no me apasiona. Los del club de manualidades pintan huevos que nos comemos el primer día de Pascua durante un desayuno-almuerzo supuestamente festivo. Lo harán dentro de un rato, a las once, pero la mayoría de los residentes no se desvía de su estricto patrón de comidas. Si tienen que desayunar y almorzar a la hora en la que normalmente se toman un café se quedan descompuestos una semana entera. Así que desayunan previamente, se toman su café a las diez y media con dos huevos duros pintados y una hora más tarde vuelven a sentarse a la mesa para comer el bocadillo del mediodía.

Los viejos necesitan lo mismo que los niños: descanso, limpieza y regularidad. La limpieza no se la toman siempre muy a pecho, pero el descanso y la regularidad son la base de esta comunidad.

Mañana es el día del torneo de klaverjas, un juego de cartas típico. ¡Hay bonitos premios! Participo porque no hay nadie más que quiera jugar con Evert. No pienso darles la satisfacción a los otros residentes de hacerle boicot.

Algunas parejas se toman ese juego como si fuera un asunto de vida o muerte. Evert es de los que no se cortan cuando tiene la posibilidad de meter el dedo en la llaga o sal en la herida comentando todas las cartas que se han tirado. Hasta que alguien no puede más y le dice que a ver si se calla de una vez. Mientras tanto yo me hago el loco.

Siento curiosidad por saber cómo será la cena de Pascua de esta noche. Hay que reconocer que por lo general las comidas especiales de los días festivos suelen ser muy buenas, pero tenemos un cocinero nuevo: ahora todo está demasiado hecho.

Lunes 1 de abril

Hubo mucha envidia. Evert y yo ganamos ayer el segundo premio del torneo de klaverjas: un juego de salero y pimentero para los dos. Evert propuso quedarnos por turnos con el pimentero y el salero y cada semana, a la hora del café, los intercambiaríamos en presencia de los celosos fanáticos del klaverjas. Me ha parecido ir demasiado lejos.

Como sorpresa de Pascua han pinchado las ruedas de tres Cantas delante de la puerta de la casa. Está bien como tema de conversación pero es un asombroso acto de vandalismo.

—Un atentado hacia la movilidad de los mayores holandeses —gritó la señora Quint, reina de los disparates patéticos.

Vino la policía. La segunda vez en poco tiempo. Otra vez la misma pareja de lumbreras: vinieron y miraron. «Sí, están pinchadas.» Echaron un vistazo alrededor por si veían a alguien cuchillo en mano girando la esquina a todo correr.

No, los agentes no podían hacer un atestado. Los damnificados podían presentar su denuncia por Internet. Los agentes lamentaban profundamente que los damnificados no tuvieran ordenador. Al final, Grietje se ofreció a hacer la denuncia con las víctimas con su PC. Después de aquella impresionante muestra de determinación los agentes se marcharon. En el último momento repartieron folletos con información sobre ayuda a las víctimas a todos los que levantaron la mano. Al menos hicieron algo.

Hay mucho miedo a que se produzcan más atentados. Todos los propietarios de Cantas querían aparcar su cochecito junto a la cama. Se ha especulado mucho sobre la cuestión de quién podría estar detrás de ese atentado terrorista. Pronto se han puesto de acuerdo en que los musulmanes son los sospechosos más evidentes. No es tan dramático como lo de las Torres Gemelas, pero tampoco es para que la policía lo banalice de ese modo.

«Es una buena oportunidad para sacar los drones», opinó el señor Bakker.

Martes 2 de abril

Ayer durante la comida el señor Dickhout leyó una carta de la dirección en la que decía que a partir de ahora habrá que pagar un euro por cada café y veinte céntimos por galletita. Se ha desatado una tormenta, qué digo, un huracán, de indignación. ¡Qué vergüenza! Ya no queda ningún respeto por los mayores. Se volvió a sacar a relucir la guerra y la ley de pensiones que hizo el viejo Willem Drees.

—¡Me traeré mi propio café y mi galleta! —bramó Gompert por la sala, pero Dickhout le señaló que la nota advertía que en los espacios públicos no podían consumirse cosas traídas de casa.

Cuando Gompert se alteró tanto que amenazó con estallar o, como mínimo, con sufrir un paro cardíaco, Dickhout decidió que ya estaba bien. «Uno de abril», dijo secamente e hizo la ronda con un paquete de galletas que había traído de casa.

No todo el mundo se tomó la broma con tanta deportividad, a juzgar por los numerosos gestos

torcidos. Algunos se negaron ostentosamente a aceptar una galleta a modo de protesta. Otros pidieron esa galleta y otra más.

Gompert echaba chispas.

Yo personalmente le habría puesto un ocho a la broma y un nueve a la representación. Tal vez deberíamos invitar a Dickhout a entrar en Viejos-sí-muertos-no.

Segundo día de Pascua, jornada récord en cuanto a número de visitas se refiere. Sol, seis grados Celsius y un viento de levante de fuerza cuatro, justo se podía salir a pasear con papá o mamá aunque no por mucho tiempo. El regreso masivo provocó una falta de asientos en la sala de estar. Me levanté de la silla y me fui a mi habitación. Por lo que me pareció ver, yo era el único que no tenía visita y, como excepción, me sentí un poco triste. Una vez en mi cuarto decidí abrir la mejor botella de vino que tenía y tres horas más tarde fui a cenar ligeramente achispado. Cayeron otros dos vasos más y llegué a los postres por los pelos. Espero no haber montado ningún escándalo.

Miércoles 3 de abril

No hay que sacarlo de paseo, no huele mal y no se muere: *Paro*.

La cifra de nacimientos en Japón está en 1,3. En proporción hay cada vez más mayores y cada vez menos niños que vayan a visitarlos. Por eso hace un tiempo los japoneses sacaron al mercado a *Paro*, un robotito disfrazado de foca, ideado principalmente para hacer compañía a los abuelos. Yo le aconsejaría al importador holandés que le dé a *Paro* la forma de un perro callejero algo rechoncho y de paso tambaleante al que se le pueda dar galletitas.

Por otra parte el número de nacimientos en Italia también es de 1,3. ¿Qué fue de aquellos tiempos en que los católicos se reproducían como conejos?

Que nazcan pocos niños ahora significa que dentro de cuarenta años habrá un importante excedente de ancianos. Por suerte yo ya no estaré para verlo. Los viejos ya tienen poco valor social hoy en día, pero si en el futuro hay muchos más seguro que a los setentones les dan una buena prima para que terminen voluntariamente con su vida.

El mundo no mejorará si dentro de poco hay dos millones de scooters sembrando el peligro por las calles.

Un consejo para los veinteañeros emprendedores que buscan inversiones: comprad acciones de pañales de incontinencia.

Anoche tuvimos una reunión del club Viejos-sí-muertos-no en la habitación de Graeme. Bebimos chablis y comimos algunas frituras que nos trajo el repartidor del bar, porque aquí todo lo frito está prohibido por decreto. No hay nada que pueda superar una croqueta quemando con un vino fresquito. Fue muy agradable.

Acordamos que en el caso de que una salida se posponga no será necesario retrasar todas las demás y que podemos intercambiarnos las fechas entre nosotros.

Nos han llegado algunas peticiones para formar parte de nuestro club, pero después de sopesarlo cuidadosamente hemos decidido que de momento el número de miembros se limite a seis. Es más

fácil de cara a la organización y todos tenemos tiempo para todos. Había algunos candidatos adecuados que pondremos en una lista de espera. Y unos ocho pelmazos a los que sencillamente mandaremos a paseo.

Jueves 4 de abril

En Ámsterdam hay una residencia para ancianos acomodados: bridge en vez de bingo, Bach en vez de Bauer, filete en vez de albóndigas. Y... pañales sin límite. La mutua les paga la asistencia médica y los residentes apoquinan cuatro mil euros al mes para gastos de manutención y vivienda. En mi caso a los tres meses tendría que buscarme una caja de cartón para dormir.

También hay residencias para viejos vegetarianos, para viejos artistas, para viejos antropósofos y para viejos sin techo y sin hogar, que en mi opinión no deberían llamarse sin techo y sin hogar. Yo querría una casa sin gemidos, quejas ni lamentos. Se puede refunfunar un poco, de lo contrario ni yo mismo entraría.

Por otra parte, no creo que haya ningún vegetariano rondando por nuestro asilo y no digamos ya un antropósofo. Pero hay señoras que saben hacer labores muy bonitas y un par de señores que juegan muy bien al billar.

Le he pedido a Anja si podría buscarme y fotocopiarne los estatutos y reglamentos de esta casa. Y toda la normativa que sea aplicable, como por ejemplo las reglas de seguridad laboral. Estas últimas son para buscar si la negativa de la señora Stelwagen a poner la cocina a nuestra disposición es fundada. Tengo la sospecha de que «los del club» tendremos más choques con «la de la dirección» y en ese caso nos vendrán muy bien algunos conocimientos sobre la jungla de reglas detrás de las que se esconde ella.

Les he hablado de ello a Graeme y a Eefje y se han ofrecido para leer los documentos conmigo. Evert no tenía el menor interés, pero «¡si hay que volver a echar galletas en el acuario seré todo oídos!».

Viernes 5 de abril

Por aquí todavía resuena lo de que la «Ley fiscal afecta a los mayores de 65». Y hoy: «El Plan Delta para combatir la demencia tiene que dar un giro a la situación». Demasiadas cosas a la vez a la hora del café.

Para empezar con el tema de los impuestos: en la nueva ley de tributación simplificada se esconden algunos gatos encerrados que están atacando las pensiones. A mí lo que me asombra es que ni siquiera haya un par de personas entre las treinta mil que trabajan en hacienda (¡sí, 30.000!) que haya podido prever de antemano las consecuencias que tendría la nueva normativa. Todo el mundo se ha sorprendido: «¡Caray!, ¿los viejecitos pierden tanto?». Entonces el secretario de estado de finanzas ha dicho que «naturalmente hay que reparar esta situación». Por lo que a nosotros se refiere, que se den un poco de prisa con la reparación, si es que reparar significa echarse atrás. De lo contrario seguiremos mirando la cara de protesta indignada de Krol. (No, señor De Koning, sigue sin ser familia de Ruud Krol.)

Del esperado tsunami sobre la demencia ya hablaré en otra ocasión. No hay que tratar demasiados desastres a la vez.

Y sigue haciendo demasiado frío para esta época del año, y seguimos deseando que caliente un poquito más el sol. La gente está desanimada después de tres semanas de viento del este de fuerza seis. Tenemos horario de verano y sigue helando, en palabras de Evert: «Hay que joderse». No soy de los que van soltando disparates sobre el tiempo pero hasta las personas más cabales no dejan de ser personas; al final te quejas con el resto de la manada, lo quieras o no. Lo admito: el frío me pone de mal humor.

Sábado 6 de abril

Los viejos gimen y suspiran sin parar. A veces lo hacen por esfuerzo o por dolor, pero por lo general es por costumbre. He realizado un pequeño estudio al respecto.

El campeón de los gemidos es el señor Kuiper, que no es de los que mejor me cae precisamente. Levantarse, ponerse el abrigo, coger cualquier cosa, aunque no sea más que una taza de té, va acompañado de un gemido, como si le pasara una apisonadora por encima.

Cuando reparé en ello, empezó a cabrearme cada vez más. Y no es plan. «*Nicht ärgern, nur wundern*», solía decir mi padre. El consejo era para los demás, no para él, que era el primero en cabrearse con ganas por cualquier cosa.

Esta mañana me he armado de valor y le he preguntado al señor Kuiper por qué gime tanto cada vez que se sienta.

—¿Quién, yo? —me ha contestado, sinceramente sorprendido.

Luego se ha pasado la siguiente media hora sin rechistar, pero después el runrún ha vuelto poquito a poco. Como cuando ves un partido de tenis femenino. Que yo sepa antes apenas se gemía al golpear, pero hoy en día tienes que bajar el volumen de la tele para ver el tenis. Lo hacen expresamente. Y es contagioso: los hombres también gimen cada vez más.

El caso es que ahora tengo un problema. Empiezo a tenerle una tirria enorme a Kuiper, porque oigo todos y cada uno de sus gemidos. Y no solo los suyos, de vez en cuando hasta oigo los míos. ¿Cómo es posible que haya empezado yo también?

Le expliqué el problema a Evert y se le ocurrió que tal vez ayudaría si él respondiera a cada gemido con otro más fuerte. Un par de horas después puso en práctica su teoría. Los gemidores miraron a Evert con cara de pasmo y le preguntaron cómo andaba de salud.

Domingo 7 de abril

El señor Schaft de la unidad de dementes se coló por una puerta abierta y vino a sentarse con nosotros a la hora del café. Nos enseñó su nueva pulsera con orgullo. Se la había regalado su suegra, aseguró. En la pulsera se leía: «No me reanimen».

—¿Sabe usted lo que eso significa? —le preguntó Eefje con interés.

No, no lo sabía. Creía que tenía algo que ver con mujeres.

—¿Se refiere a las chicas de reanimación?

—Sí, algo así.

Le pregunté si estaba seguro de que la pulserita se la había regalado su suegra.

Entonces soltó una fuerte risotada que se convirtió en un enorme ataque de tos con el que por poco se ahoga. Así llamó la atención de las enfermeras, quienes lo llevaron de vuelta a la unidad cerrada, de modo que nos quedamos sin saber quién está repartiendo las pulseras.

Evert veía posibilidades de negocio, aseguró con cara de póker. Me apresuré a encargarle una y él me miró extrañado.

Era una broma, pero a lo mejor no lo era. Creo que me hará una.

Por lo demás voy a investigar a fondo la validez de esas pulseras. Y de paso también estudiaré la declaración de eutanasia de las personas incapacitadas, porque el tema es una patata caliente, aunque se hable muy poco de ello. «Hay un gran tabú con la partícula eu-», dijo Graeme en tono solemne y provocador a raíz de la pulserita de reanimación. Algunos se removieron incómodos en la silla y estuvieron mucho rato dándole vueltas al café con la cucharilla concentradamente. «El suicidio no sienta demasiado bien en este grupo», comentó Evert cargando más las tintas.

Lunes 8 de abril

Primavera: todos los que pueden caminar un poco salieron ayer a pasear, aunque solo fuese hasta el banco de delante de la puerta. Cuatro residentes de la casa estaban fuera hablando del buen tiempo cuando un señor desconocido se sentó en el último trozo libre del banco. La señora Blokker no consiguió apretar el paso lo suficiente para llegar antes que él. Lo miró con desdén.

—Se ha sentado usted en nuestro banco.

—En ninguna parte pone que sea suyo —replicó el señor y echó mano de su periódico.

—Nosotros siempre nos sentamos aquí. —Blokker recibió el apoyo de sus compañeros de residencia.

—Bueno, pues en la próxima media hora estaré sentado yo —dijo el hombre impasible.

La señora Blokker fue en busca de ayuda pero solo encontró al portero.

—Este banco pertenece a la casa —intentó el hombre.

—Este banco está en medio de la calle y es de todo el mundo —fue la respuesta.

Después de pasar más de media hora leyendo en medio de un silencio glacial, el señor se levantó, saludó a todo el mundo y se fue.

He tenido que oír cuatro veces la misma historia en distintos tonos de indignación. Ese fue el acontecimiento más importante del domingo.

La tercera salida se ha pospuesto dos días porque Grietje aún se está recuperando de una leve neumonía. Estaba prevista para pasado mañana pero la hemos dejado para el viernes.

Me he llevado un buen chasco. ¡No exageres, Groen! Ya sabes que los miembros de nuestro club son frágiles y enfermizos. La decisión que tomamos de no cambiar todo el ciclo en caso de que se retrasara una salida ya está dando sus frutos.

Por lo que respecta a mi salida ya la tengo decidida: será un taller de cocina. He seleccionado cuatro cocineros por Internet según el precio y la distancia. Los he llamado tres veces a cada uno para asegurarme de que tenían suficiente paciencia con la gente mayor. Dos de ellos no han pasado la prueba. Al final he elegido el estudio «Entre sartenes» porque prometía que, además de cocinar, también se reía. Me gusta que no sea demasiado serio. Hay demasiada gente que se toma demasiado en serio a sí misma y lo que hace. No somos más que un grano de arena en el desierto, una partícula en el universo.

Eso ha quedado un poco patético, Hendrik.

Martes 9 de abril

Por fin otro muerto famoso durante el café: Margaret Thatcher. No llevamos muchos en lo que va de año. Hay pocas personas que despierten opiniones tan encontradas como Maggie, la dama de hierro. El señor Bakker la tenía por una mujer fantástica.

—¡Por lo menos defendía algo!

—¿El qué? —le pregunté

—Pues defendía lo que ella quería.

—¿Y qué quería exactamente? —preguntó Grietje.

—¿Me están interrogando o qué?

Ayer se convocó una reunión de residentes para explicarnos los planes que tiene el consejo de administración para adaptar este edificio a las exigencias de nuestro tiempo. No tengo ni idea de lo que significan exactamente «las exigencias de nuestro tiempo», pero a menudo la idea implícita que no se dice es que toca estrecharse el cinturón. Ahora a eso lo llaman economizar los costes u optimizar la eficiencia.

La directora reiteró tres veces muy explícitamente que todavía no había nada decidido y que el objetivo de esa reunión era hacer un inventario de los deseos de los residentes. La bella apariencia de la participación. El resultado fue que sembraron generosamente la inquietud. Eso ha dado pie a nuevas cavilaciones. Esa misma tarde empezaron a traer las primeras cajas de cartón para hacer el traslado. «Las plantas viejas no deben cambiarse de tiesto», iba repitiendo una y otra vez la señora Schaap a todos los que se prestaban a escucharla. El hecho de que se compare con una planta revela un conocimiento de sí misma que no me esperaba de ella. Emite sonidos pero aparte de eso la vida que lleva es bastante vegetal.

Yo personalmente estoy a favor de que hagan una gran renovación con muchas molestias. Cuantas más cosas hagan y antes se pongan a ello, mejor que mejor. Antes de que las exigencias de nuestro tiempo se concreten en trabajos de demolición habrá pasado por lo menos un año y uno nunca sabe si durará tanto.

Imagínense: los enfermeros de la ambulancia se fijan en tu pulserita de «No me reanimen» después de haber conseguido devolverte el habla con una buena descarga eléctrica. ¿Entonces qué? ¿Te desreaniman? Alguien que entre en esos momentos no entenderá nada de nada.

O: el cónyuge del que no quiere que lo reanimen se empeña en que intenten devolverlo a la vida a toda costa, pulsera o no pulsera.

Esta mañana me he despertado pensando en eso.

Miércoles 10 de abril

Mi topo en la oficina de la directora me comunica que el departamento de inspección ha anunciado que hará una visita por sorpresa. Les han llegado quejas. En la dirección se han disparado todas las alarmas. Los abusos en los centros sanitarios quedan bien en las noticias. Primero les llegó el turno a Cordaen y Osira. En el caso de Osira pusieron veintisiete casas en estrecha vigilancia. «Ancianos maltratados» apareció entonces en los titulares del periódico. Todo el mundo se quedó conmocionado. Tal vez «todo el mundo» debería ir a echar un vistazo a algunos asilos para darse cuenta de cuáles son las consecuencias de la escasa formación, el exceso de trabajo y los bajos sueldos del personal. Si a eso añadimos los nueve niveles administrativos que tiene todo gigante sanitario fusionado que se precie, verán cómo se dan todas las condiciones para elevar al máximo la probabilidad de accidentes. Después de años de medidas de eficiencia de consejos de administración, en realidad solo queda en pie la calidad de sus propios paquetes de retribuciones. Para la plantilla de cuidadores se ha decidido que tienen un máximo de dos minutos y quince segundos para poner a un abuelo dependiente en el orinal y volver a vestirlo. Eso impide a veces acabar de limpiarlo bien.

Eh, es que tenía ganas de despacharme a gusto.

Un pequeño escándalo reciente de la casa: una anciana le soltó un manotazo a una trabajadora y esta se lo devolvió. Fue un ligero toque de advertencia completamente justificado. La supuesta víctima era peor que una cría. Pese a todo: trabajadora despedida y vuelta a la calma.

Jueves 11 de abril

Hay días en los que no pasa gran cosa, por no decir simplemente que no pasa nada.

Puedo hablar sobre comida y sobre el tiempo pero ese ya es el pasatiempo favorito de la mayoría de mis compañeros residentes. No me atrevo a empezar una buena conversación sobre Nietzsche. Y ya está bien así, porque no sé nada sobre Nietzsche.

Me doy por satisfecho si nadie se sienta a mi lado y me da la murga.

Así que es cuestión de fijarse bien junto a quién acabas sentado en la sala de estar. Buena parte de los sitios están reservados: los abonados son los que se sientan siempre en la misma silla y ponen el grito en el cielo si alguien ocupa «su» puesto. En el reparto de los restantes sitios es importante la hora de llegada. Si apareces demasiado pronto no puedes elegir nada y si llegas demasiado tarde tampoco. Si te vas a sentar a otra mesa con una o dos personas más, resulta que hay sitio de sobras y entonces eres un antipático. Parece inocente pero la indignación por el hecho de que no quieras sentarte con ellos es mayúscula. Reaccionan como si los evitaras como a leprosos.

Así que por mucho que me guste sentarme junto a Eefje, Edward o Evert, las pocas veces que él

se atreve a aparecer, también suelo asentir educadamente a alguna vecina que va desgranando su letanía de achaques o me cuenta con pelos y señales el programa de *La corte del pueblo*. En esos momentos deseo en mi fuero interno que se quede muda de asombro mientras voy mojando distraídamente mi galletita en el té.

Mañana a las doce nos reuniremos en la puerta: el club de los rebeldes se va de paseo.

Para el jueves de la semana que viene he reservado un taller de cocina para seis mayores en «Entre sartenes». Después de consultarlo, hemos decidido pasar de los entrantes y solo prepararemos el plato principal y el postre. De lo contrario se haría demasiado largo y sería demasiado caro. No sé lo que vamos a cocinar, así que para mí también es un poco sorpresa. «Tengo soluciones para las distintas necesidades dietéticas —me dijo nuestra anfitriona— y para los paladares difíciles siempre tendremos unas albóndigas listas.» Aquella flexibilidad me tranquilizó.

El microbús ya está reservado y he anulado la cena en la casa. El cocinero frunció el entrecejo.

Viernes 12 de abril

Es terrible. La señora De Roos, jefa de mantenimiento, ha venido a verme en nombre de la directora para preguntarme por qué razón seis residentes de la casa han cancelado la cena del próximo jueves. Le he dicho que tenemos una salida.

—Ah—dijo ella.

—Sí, es que tenemos un club que organiza de vez en cuando alguna cosa —le dije titubeante.

—¿Considera usted tal vez que aquí no organizamos suficientes cosas? —preguntó De Roos.

—No, claro que no —me apresuré a decir.

—Al personal de cocina no le gusta que seis personas se ausenten sin más.

«Como si nosotros estuviéramos aquí para complacer al personal de cocina. Son ellos los que están aquí por nosotros y no al revés. Ese es su trabajo. ¡Así que lo que piense el personal de la cocina me trae sin cuidado!» Eso es lo que me habría gustado decirle, pero no me atreví. En su lugar murmuré que ya lo teníamos reservado.

—¿Qué es lo que van a hacer ustedes, si se me permite preguntar?

Cuando le conté que íbamos a seguir un taller de cocina, se quedó en silencio.

Luego dijo:

—Ah...

Otro breve silencio.

—Bueno, pues que se lo pasen muy bien.

Hizo un leve gesto con la cabeza y se fue. Seguramente iba derecha a ver a la directora para informarla de todo.

Me siento cada vez más enfadado pero no puedo ir a desahogarme con nadie o traicionaría mi plan.

«¡Relájate, Groen!» Es hora de irse. Me llevo el impermeable.

Sábado 13 de abril

Viejos-sí-muertos-no visitó ayer una de las mayores y más famosas reservas de ancianos de toda Holanda. El Keukenhof. No solo hay ancianos, también está lleno de alemanes y japoneses. «¿Estos japoneses han puesto ya un poco de orden en casa después del tsunami, que están todos por aquí paseando tranquilamente y haciendo fotos?», se preguntó Evert.

El promedio de edad estimado de los visitantes: de sesenta y cinco para arriba.

No hacen descuentos para los mayores, eso les costaría una fortuna. Pero los empujadores de sillas de ruedas entran gratis. No lo ponen muy claramente, pero Grietje lo sabía por casualidad. Así que Evert fue a buscar una silla de ruedas para mí y Graeme trajo una para Eefje; nos pareció que tres empujadores de sillas de ruedas serían un poco sospechosos. Con los cuarenta euros que nos ahorramos pagamos el café con tarta. Y nos fuimos empujando por turnos.

Es un parque bastante arregladito y rastrillado, pero no cabe duda de que tiene algo: muchísimas flores. Flores preciosas aunque este año hayan salido un poco tarde. El tiempo era caprichoso: lluvia-sol-lluvia-sol. Dentro-fuera-dentro-fuera. En los invernaderos hacía un calorcillo muy agradable y si conseguías filtrar las hordas de turistas era espléndido.

Pero también con las flores se puede exagerar. Mientras tomábamos nuestro vino blanco con un aperitivo nos preguntábamos por qué se empeñaban en cultivar setecientos tipos de tulipanes distintos.

Grietje lo había organizado todo impecablemente. Tiene un nieto muy simpático, Stef, que conduce una furgoneta. A cambio de veinte euros para pagar la gasolina, Stef había aceptado pasar el día con su abuela y sus amigos. Un chico muy majo, interesado en la gente y sus historias. Se lo pasó muy bien con nosotros. Hizo que volviéramos a sentirnos un poco orgullosos.

Al final del día Stef se ofreció para hacer de taxista más a menudo. Y eso después de habernos pasado una hora haciendo caravana. Al parecer Grietje ya había previsto que sería un largo viaje de vuelta porque mientras estábamos en la furgoneta sacó de la nevera un trozo de queso francés, tostadas con salmón y un vasito de vino. Nunca había disfrutado tanto en un atasco.

El retraso tuvo como consecuencia que llegásemos tarde a la cena. Entre profundos suspiros el jefe de cocina accedió a calentarnos unos platos en el microondas. Se dio muchos aires, como si se hubiera quitado la comida de la boca para dárnosla a nosotros.

Domingo 14 de abril

Ayer tuvimos una jornada récord en la casa: una embolia, una fractura de cadera y alguien que a punto estuvo de atragantarse con una galleta. La ambulancia hizo tres viajes en la misma tarde. No dábamos abasto con tanto tema de conversación a la hora del café y del té. A pesar de que no conocíamos muy bien a las víctimas volvimos a darnos de bruces contra los hechos: no hace falta ninguna tormenta para echar abajo un viejo árbol. Con que se levante un poco de viento, en forma de galleta, por ejemplo, puede ser fatal. Aquí todo el mundo tendría que vivir como si fuera su último día, pero no, malgastamos nuestras valiosas últimas horas hablando de estupideces.

Con tanto ir y venir de las ambulancias la señora Sitta preguntó si habría bingo por la noche.

«Los buenos no tienen porqué sufrir por los malos», comentó sin pestañear ni ruborizarse. Era como para desearle que mientras jugaba al bingo le diera una embolia, se rompiera la cadera y se asfixiara con una galleta.

Algo más alegre: voy a tomar una taza de té con mi amiga Eefje y la invitaré a cenar fuera. He reservado mesa en un restaurante bastante elegante.

Vivir como si fuera el último día.

Lunes 15 de abril

Mi vieja princesita aceptó mi invitación. Se había puesto guapa: un poco de carmín en los labios y un toque de rubor en las mejillas. Debo admitir que antes de salir me había vuelto a duchar y me había cambiado. Lo último no fue ningún lujo innecesario. La próxima vez que vaya a ver al geriatra tengo que preguntarle si hay algo que hacer con estas pérdidas o tendré que resignarme a usar pañales. Hasta hace poco creía que con esos pañales habría llegado al fondo de la dignidad, pero veo que he ampliado un poco los límites. Yo, la rana en la olla de la fábula.

A las siete hemos cogido el microbús para ir al restaurante y hemos tomado una cena deliciosa a cambio de medio mes de pensión.

Eefje se veía muy contenta y ha disfrutado mucho. Me ha dejado que la invitase a condición de que no adquiriera la costumbre de pagárselo todo.

«Es una costumbre que no puedo permitirme», le contesté fiel a la verdad.

Me sentí bien echando una canita al aire. No había imaginado que me resultara tan fácil. Sin duda la compañía tuvo mucho que ver.

Volvimos en taxi.

Nos despedimos con un beso en las mejillas. Me ruboricé un poco. ¡Santo cielo, con ochenta y tres años!

Martes 16 de abril

La emoción orangista empieza a aumentar en nuestra casa. La junta de residentes ha mantenido una intensa reunión para hablar de su contribución a la fiesta de la coronación. El resultado es que este año nos volverán a dar milhojas naranjas. Por lo demás podremos ver toda la retransmisión en la pantalla grande de la tele de la sala de estar.

El festivo paseo fluvial por el Ij está a un tiro de piedra de aquí, sin embargo es poco menos que inalcanzable. Se ha sentido muchísimo. No conozco bien todos los detalles pero creo que tienes que estar ahí sobre las doce del mediodía para poder ver pasar en barco a los nuevos reyes a las siete durante dos minutos y a cien metros de distancia.

Los últimos dos Días de la Reina «normales» ya había zonas de seguridad 1, 2 y 3. En algunos sitios ni siquiera te dejaban tener tu propio coche en tu garaje cerrado. También se negó la entrada a las scooters. Aquí pusieron el grito en el cielo.

Y a pesar de que todas esas medidas de seguridad cuestan setecientos mil euros solo en salarios

de los agentes, todo el mundo estaba delante del televisor conteniendo la respiración como si creyesen que un Suzuki Swift negro volvería a salir de una curva a toda pastilla.

Me gustaría echar un vistazo al guion de la coronación.

Las hermanas Slothouwer lo tenían claro: «Va a pasar algo grave. No sé qué, pero lo presiento».

Alguien creía que Kim Jong-un, el enano gordinflón de Corea del Norte, nos enviaría sus misiles justamente el 30 de abril. Las bombas que pusieron ayer durante la maratón de Boston no han ayudado a calmar los ánimos precisamente.

Les ha fastidiado un poco la diversión a todos esos pajarillos asustadizos que hay por aquí.

Recuerdo con nostalgia aquellos agradables desfiles junto al Palacio Soestdijk. A nadie se le ocurrió comprobar que el pan de pasas naranja de metro y medio de la asociación orangista de Woerden no tuviera explosivos.

Como republicano anónimo que soy no sé cómo debería pasar el 30 de abril.

Miércoles 17 de abril

Estoy nervioso por lo de mañana. ¿Les gustará mi taller de cocina?

En cualquier caso las señoras y los señores tienen interés porque uno tras otro han intentado pescar alguna noticia sobre el destino. Y hablando de peces: por fin tenemos nuevos peces en las dos peceras que no hace mucho sufrieron sendos atentados de bizcocho y galleta.

Había una notita que decía que era la última vez que la dirección compraba nuevos peces. A la próxima calamidad los acuarios saldrán irrevocablemente por la puerta. Eso no se le puede decir al anarquista de la casa. Nada más leerlo, a Evert le empezaron a brillar los ojos. Le he hecho jurar solemnemente que dejará en paz a los peces. Lo hará «por la luz en los ojos de su madre». Esos ojos llevan ya veinticinco años bajo tierra.

Así que ahora Evert está buscando otra cosa. Un atentado contra las plantas de interior no le parece demasiado interesante. Está pensando algo relacionado con el ascensor...

Esta noche por la tele dan una entrevista con los futuros reyes. Acabo de ver que los mejores sitios delante del televisor ya están reservados. En las primeras sillas había papelitos con nombres; una variante de las toallas que a las ocho de la mañana están puestas en las tumbonas de la piscina del hotel. Me parece que voy a comentarle a Evert lo de esas reservas. Le están sirviendo en bandeja su acto de sublevación.

Hay señoras que se han puesto su mejor vestido para ver la entrevista con Guillermo y Máxima. Por respeto. Que sea su mejor vestido no siempre significa mucho: a veces es bastante viejo y remendado. Los residentes tienen tendencia a escatimar. Les parece un pecado comprar ropa nueva porque es bastante probable que se mueran sin haberla aprovechado bien. Así que prefieren ponerse sus vestidos viejos y los calcetines y los zapatos llenos de agujeros.

Yo tampoco estoy libre de culpa. No me gusta gastarme mucho en ropa.

Jueves 18 de abril

Me pareció un azul bonito. La blusa de Máxima fue lo que más me emocionó de toda la entrevista. Unos cuantos de mis compañeros televidentes se quedaron fascinados sobre todo por la tirita que el príncipe heredero llevaba en el dedo. ¿Se lo pilló con una puerta? ¿Le salió un panadizo? ¿Se le partió una uña?

Los expertos del estudio no dijeron ni media sobre eso. Pero sí hubo mucha grandilocuencia para tan poco contenido.

Tras el atentado en Boston el señor Schipper tomó la decisión de no ir a ver el maratón de Ámsterdam el próximo otoño, a pesar de que participa su nieto. Evert calculó de forma inimitable que la probabilidad de que acabara volcado con su Canta en una cuneta era bastante mayor que resultar herido en la maratón, así que haría mejor librándose de su coche. Evert conocía a alguien interesado en un Canta de segunda mano.

Ahora me voy a visitar a los miembros de Viejos-sí-muertos-no para decirles que se pongan ropa cómoda. A ser posible nada vaporoso que pueda prender fácilmente durante el taller de cocina. Lo último no se lo diré.

Viernes 19 de abril

Fue un rotundo éxito. Sin duda el vino excelente que corrió con generosidad hacia el final de las preparaciones tuvo una importancia nada desdeñable. El cocinero era un cocinero como deben ser los cocineros: gordo y bonachón. Pero también era muy severo: no admitía chapuzas. Evert creyó que podía salir del paso haciendo un destrozo con las berenjenas, pero Rémi que así se llamaba el susodicho, tomó cartas en el asunto. Con la comida no se juega. Sacando la punta de la lengua fuimos caramelizando, escaldando, salteando y aromatizando. Y después nos comimos todo lo que habíamos preparado. Rémi estaba orgulloso de nosotros y nos invitó a una copita de coñac con el café. La señora de la organización vino a comprobar que no hubiera habido heridos y se tomó otra copita con nosotros.

El microbús se puso a pitar demasiado pronto delante de la puerta. Resultó que llevábamos cinco horas trajinando. En el camino de regreso recibí con satisfacción las felicitaciones de todos y nadie se quejó por el dinero.

Me da la impresión de que ninguno de nosotros podría volver a cocinar lo mismo ni por asomo. Solo Edward parecía recordar bastantes cosas, pero como apenas se le entiende resultaba difícil controlarlo.

Al llegar a casa la señora Stelwagen, nuestra acorazada directora, observó nuestra alegre entrada con expresión severa. Por lo general a las siete ya se ha ido a su casa. Es probable que el interés que mostraron los demás residentes, que acababan de dar cuenta de sus endivias, tampoco le sentara bien a la Stelwagen. La gente bienintencionada quería saber qué habíamos comido; los cascarrabias, cuánto nos había costado.

Stelwagen desapareció poco después sin decir palabra.

Sábado 20 de abril

A la señora Hoogendijk le pareció de escándalo que no se pudiera ir al nuevo Rijksmuseum con la scooter. Y ella que había pensado ir con el Canta para ver *La ronda de noche*. «Pero seguro que tampoco dejan.» El portavoz del museo la amonestó diciendo que una scooter era un vehículo, no una ayuda ortopédica. «La nueva distribución del museo cuenta con algunas vitrinas y objetos sueltos», explicó. Si permitieran que los mayores pasaran por ahí con sus scooters, además del vigilante necesitarían tener un experto en daños en cada sala y a alguien para recoger los destrozos, porque la mayoría de los que manejan esas scooters conducen peor que Stevie Wonder.

Ayer me dieron por fin los resultados de algunas pruebas que me habían hecho después de visitar al simpático geriatra. Buenas noticias: no hay nada nuevo.

La nota adjunta del doctor: «Consuélese con la idea de que hay más enfermedades que no tiene que al contrario. Con mucho gusto volveré a verlo dentro de medio año».

Para celebrar que no tengo cáncer de pulmón he encendido otro purito. «Ellos» prefieren que no fumemos fuera delante de la puerta, pero me importa un rábano. No me gusta la sala de fumar que hay en la casa. Ahí te toca tragarte el humo de los demás. Muy nocivo. Solo el personal tiene permiso para ir a fumar al cobertizo de las bicicletas.

Domingo 21 de abril

Ayer por la tarde el coche fúnebre pasó por delante de la casa. O mejor dicho por detrás, porque hay una puerta trasera que en realidad solo se utiliza para sacar discretamente a los muertos. En esta ocasión, la afortunada fue la señora Tuinman. Por lo que me han contado, hacía ya algún tiempo que no tenía ganas de vivir. Yo la conocía muy poco.

Existe todo un protocolo en caso de que muera un residente. Edward me preguntó al respecto en una ocasión pero no es «público». Eso aumentó aún más su curiosidad. Sé que le está dando vueltas a la forma de conseguirlo. Ya ha sondeado a una enfermera con la que se lleva bien, pero ella no podía contarle nada al respecto. He depositado todas mis esperanzas en Anja. Me dijo con una sonrisa que vería lo que podía hacer.

La transparencia no es la mayor virtud de la casa. Las cosas más normales son aquí confidenciales. Por ejemplo las causas de una muerte.

El personal no puede dar información sobre los residentes. Ni siquiera pueden decir si alguien está resfriado o ha ido a ver al médico.

Evert estuvo un tiempo enviando sus cartas en sobres de luto. No les ponía sello. Suponía que no le cobrarían ningún recargo en el franqueo por lástima y que la carta llegaría a tiempo.

Hasta que también le envió un sobre de luto a Hacienda.

Pero podría ser peor, porque su hermano conducía un coche fúnebre de segunda mano y llevaba siempre un ataúd fabricado por él mismo para poder aparcar en cualquier parte.

Mientras tomábamos el café Eefje comentó que sería divertido si un día antes de su coronación Guillermo Alejandro dijese: «En realidad no me apetece mucho. ¡Renuncio!».

«¿Eso ha dicho?», exclamaron con consternación tres o cuatro personas. Aquí la gente oye mal y

escucha a medias.

Lunes 22 de abril

Evert ha ido al hospital esta mañana. «Me invitan a pasar allí una noche», dijo con ligereza cuando vino a verme ayer para pedirme que me ocupara de *Mo* durante un par de días.

No quiso decirme lo que pasaba.

—Nada en especial, van a hacerme un par de pruebas.

—¿Qué clase de pruebas?

Henkie, ahora no tengo ganas de ponermelo a explicarte todos esos detalles médicos. Me duele la pierna, ¿vale? Van a ver si pueden hacer algo.

No quiere que lo llame esta noche. Para asegurarse, no me ha dado el número de su habitación —«no sé dónde me van a poner»—, no quería teléfono en la habitación y se ha dejado el móvil en casa. Está claro: Se ruega no molestar.

No me quedo tranquilo.

La canción para el rey ha sido recibida en la casa con sentimientos encontrados. El texto les ha parecido bien a la mayoría, al menos lo que han podido entender, pero la gente se ha mostrado muy decepcionada de que Corrie Brokken y Anneke Grönloh no cantaran también. Por decir solo un par de nombres. «Todos eran jóvenes, eso no es representativo de la población. ¡Su majestad misma tiene setenta años!»

El coro se siente aliviado porque solo cantará *El Wilhelmus* y no tendrá que aprenderse a última hora una complicada canción nueva. Sobre todo la parte del rap se les hacía una montaña.

Pero de ese modo se han cargado uno de los tres pilares de la fiesta real.

¿Es la serpiente de verano elevada al cuadrado o es que todo el pueblo holandés se ha vuelto senil?

Martes 23 de abril

El perro de Evert también está un poco descompuesto ahora que su amo está en el hospital. Mientras le estaba poniendo la correa para sacarlo a la calle, ha hecho una caca grande y un poco deshecha sobre el felpudo de pelo de coco en el que pone «Bienvenido». Y enseguida me ha dirigido una mirada inocente con sus viejos ojos tristes. Me he pasado veinte minutos limpiando la mierda de la alfombra. Pero al final he tenido que dejar el felpudo fuera porque no se iba la peste.

Evert volverá a casa hacia el final de la tarde. Hace una horita me ha telefoneado para avisarme de que esta noche se encargará él de sacar a *Mo*. «Sí, todo está bien, no hay novedades.» Más no he conseguido sacarle.

Hace poco vi por la tele uno de esos *realities* en el que participaba un grupo de famosos holandeses jubilados. Pocos días después dieron una serie de programas sobre un coro de

abuelos. El próximo sábado ponen una película que va de una rebelión en una residencia de la tercera edad. No hay quien nos saque de la pequeña pantalla.

Nada de todo eso me parece demasiado representativo del abuelo holandés. El participante más viejo del *reality* tenía sesenta y nueve años. El promedio de edad en esta casa es de ochenta.

En los últimos años la nueva afluencia que llega a las residencias consiste sobre todo en viejos cascajos que ya no pueden valerse por sí mismos. Es necesario tener un grado 3 (o algo así) para que te den plaza de inmediato. Entonces ya no eres capaz ni de prepararte un huevo duro y suelen mandarte directamente a la unidad cerrada. Con un grado 2 en muchas residencias estás un par de años en la lista de espera. Y a veces ya no es necesario, ¿eh? Las listas se van limpiando solas.

En las décadas de 1970 y 1980 había parejas con buena salud que iban a vivir a residencias de la tercera edad para poder disfrutar de su vejez. Ahora entran toda clase de ruinas que pueden desmoronarse en cualquier momento.

Miércoles 24 de abril

«Me he pasado un día y medio seco en el hospital. Tengo que repostar.» Ya llevaba un par de copas encima cuando me pasé a ver a Evert sobre las ocho y media para preguntarle cómo se encontraba. No conseguí sacarle nada nuevo salvo que en el hospital había tenido que beber a escondidas de una botella de agua mineral.

Cuando eres joven quieres hacerte mayor. Cuando eres adulto, hasta los sesenta, quieres seguir siendo joven. Cuando eres un vejestorio ya no aspiras a ningún objetivo. Esa es la esencia del vacío de nuestra existencia aquí. Ya no hay objetivos. No hay exámenes que aprobar, ni carreras que conseguir, ni hijos pequeños a los que criar. Somos demasiado viejos hasta para cuidar de los nietos.

No siempre es fácil ir poniéndote pequeños objetivos en un entorno tan poco inspirador. Los ojos que veo alrededor solo muestran resignación. Ojos de personas que van de la taza de café a la taza de té y de la taza de té a la del café.

Tal vez ya haya hablado de todo esto antes.

Tal vez no tendría que quejarme tanto.

Sencillamente debería esforzarme más para lograr que cada día merezca la pena. O al menos uno de cada dos días. También necesitamos jornadas de descanso, como en el Tour de Francia.

Jueves 25 de abril

Ayer fui a un almuerzo musical. Después de releer mis quejas sobre la vacuidad de los días no me quedó más remedio que pasar a la acción. A Evert no le va la música clásica. Eefje no se encontraba bien y yo no tenía ganas de seguir buscando personas con las que ir, así que me fui solo al concierto que las autoridades municipales ofrecían gratis a sus súbditos.

Desgraciadamente «hacer algo» no siempre es garantía de pasar una tarde agradable. La música era bastante aburrida y duró mucho rato, por eso me quedé dormido y una mujer me despertó

irritada. Me temo que me puse a roncar. Todo el mundo me miraba. Me quise morir de vergüenza. Cuando al final del concierto me fui tan disimuladamente como pude seguía notando las miradas de desprecio fulminándome por la espalda.

«Vamos, Hendrik, no te lo tomes tan a la tremenda. Solo si no haces nada no habrá nada que pueda salirte mal. No te lamentes por un pequeño fracaso. La próxima vez te pones una barba postiza y listos.» Eso me dijo Eefje cuando fui a visitarla. No le apetecían las trufas que le llevé. No se quejó, se limitó a decirme concisamente que a menudo sus intestinos no hacen bien su trabajo. «Entonces no me queda más remedio que quedarme un día en mi habitación.»

Mañana por la tarde, siempre y cuando se sienta mejor, estoy invitado a tomar vino blanco con trufas.

Viernes 26 de abril

El cargante señor Dieudonné Titulaer —estupendo nombre, eso sí— leyó un recorte de periódico mientras daba cuenta de sus natillas en el que se decía que, según «el grupo de acción antirrobo» el número de atracos en casas de ancianos había aumentado mucho. Dieudonné se frotó las manos, complacido, dando a entender que es mejor estar en esta reserva segura que en el peligroso mundo exterior. Tenía un resto de natillas pegado al bigote.

El grupo antirrobo decía también que se empleaba más violencia contra los abuelos para que confesaran dónde tenían escondidos sus calcetines con dinero. Porque una de las razones de los robos era que los viejos no soportan los cajeros automáticos y suelen tener bastante dinero en efectivo en casa. Sospecho que hay otra razón: los viejos no suelen ser tan rápidos sacando el bate de béisbol para defender su propiedad. A los ladrones les gustan las víctimas indefensas.

Aquello marcó el tono de la conversación durante el café. Habían vuelto a sembrar el miedo. Una semilla que aquí cae en tierra fértil. Más de la mitad de los residentes no se atreven a cruzar solos la calle por la noche. Todos tienen miedo de que les salgan negros y marroquíes con navajas. Salió a relucir toda una retahíla de historias sobre tirones de bolsos, intrusos, carteristas, vendedores de aspiradoras sospechosos y colectores falsos.

He ido a ver a Eefje. Hemos mirado juntos un DVD. Una comedia romántica, un género con el que suelo dormirme. Esta vez no.

Sábado 27 de abril

Los niños ríen unas cien veces al día. Los adultos solo quince; en algún momento del camino se nos borra la risa. Son datos de una investigación. Los viejos no aparecen en una categoría aparte, pero por observación propia yo diría que con el paso de los años la línea descendente de la risa sigue su declive. Aunque eso varía mucho de persona a persona. Estos días me estoy fijando un poco y de la gente que veo regularmente hay cinco a los que no he visto reír en tres días. Enfrente tengo a tres señoras que ríen a menudo, tan a menudo y por tan poca cosa que resulta un poco irritante a la que empiezas a fijarte. (Así que no hay que fijarse, pero en el momento en que te lo propones ya es demasiado tarde. Entonces no puedes dejar de hacerlo.)

El término medio está formado por un gran grupo que pocas veces se ríe a carcajadas pero sonrío a menudo. He intentado apuntar el número de sonrisas pero al final lo he dejado correr porque distrae mucho de la conversación. De pronto estaba seguro de que habían sonreído cuatro personas, pero no tenía ni idea de lo que estaban hablando. Mis compañeros de mesa me preguntaron si me encontraba bien.

Ahora estoy intentando llevar la cuenta de las veces que me río yo, pero también es más difícil de lo que parece. He pasado una hora tomando el té y otra hora jugando al billar con Graeme y Evert y me he reído tres veces (fuerte) y habré esbozado entre diez y quince sonrisas. No está mal.

Por desgracia me he dado cuenta de que sonreímos mucho para quedar bien, tanto yo como los demás. Una risita aquí, otra risita allá, con ningún otro propósito que el de complacer a los otros. Como un pequeño gesto o porque eres demasiado blandengue para demostrar que algo no te ha hecho gracia. O para salir del paso en una conversación.

Domingo 28 de abril

Está bien cuando lees en el periódico que un viejo holandés famoso ha muerto y piensas: «¡Anda, pero si aún estaba vivo!». Había caído plácidamente en el olvido. Pero también puede suceder lo contrario: cuando la decrepita celebridad de antaño vuelve a ponerse bajo los focos. Doloroso.

El cantante Ramses Shaffy, enfermo de Korsakov, subió una vez más a un escenario poco antes de morir para cantar con voz temblorosa y desafinada uno de sus grandes éxitos. Willem Duys apareció encogido y babeante en el programa *El mundo sigue girando*, incapaz de hablar después de su quinta embolia. En los buenos tiempos Rijk de Gooyer bebido dejaba K.O. de un solo puñetazo a tipos grandullones solo porque no le gustaban sus caras. Estaba medio muerto cuando lo arrastraron ante las cámaras como una momia desvalida y ceceante junto a su viejo compañero de actuación, Johnny. Siempre supuse que Rijk no dejaría que el declive lo alcanzara y se pegaría un tiro en la cabeza a tiempo.

¿Por qué los buitres de la tele parecen regodearse tanto mostrando la decadencia? ¿Por qué ninguno de esos «fantásticos colegas» dice que es una falta de vergüenza y de respeto exhibir a las grandes figuras del pasado en un estado tan desvalido?

Cada vez que lo veo apago la televisión, pero las imágenes se me quedan grabadas en la cabeza.

Se acerca el día de la coronación. Aumenta el enfado por el hecho de que todo y todos en Ámsterdam tengan que arreglarse para esta pantomima. El señor Schaft, uno de los pocos que todavía se desplaza en bicicleta, estaba furioso. El martes pasado la policía le «robó» su bicicleta en el transbordador porque dentro de una semana un tipo grandullón con una corona en la cabeza pasará por ahí en su barca. Están limpiando, rastrillando y lustrando toda la ciudad y después, en cuanto haya pasado todo este circo, podrán dejar que Ámsterdam vuelva a su tradicional decadencia.

A mis compañeros de residencia no puedo irles con estos temas. No se puede decir nada malo de los Orange.

Lunes 29 de abril

No me siento bien. Estoy muy mareado y me noto la cabeza pesada. Espero no estar incubando nada.

Considero que ya tengo bastantes achaques como para empezar ahora también con un tumor.

Viernes 3 de mayo

Para un republicano no fue un mal momento ponerse enfermo el 30 de abril. Apenas me enteré de todo el lío que se armó por la coronación. Ese mismo día yo tenía un dolor de cabeza atroz y gripe de estómago. Así que me tomé un buen combinado de aspirina y tabletas de carbón activado y me quedé en la cama. Evert asomó la cabeza una vez, igual que Edward, Grietje y Eefje. Fingí que estaba dormido.

El segundo día tenía la sensación de oler bastante mal y decidí darme una ducha. Entonces me caí. Con mucho esfuerzo y dolor conseguí arrastrarme de nuevo a la cama. Uno no pide socorro de buenas a primeras. Te lo impide una mezcla de orgullo y pudor.

Al final vino una enfermera, alertada por la vecina que había oído un extraño golpe. La enfermera mandó llamar al médico y él constató que tenía un par de costillas contusionadas, así que aún he salido bastante bien librado. Si te rompes la cadera, tienes que pasarte cuatro meses para volver a arrastrar los pies detrás de un andador.

Ahora solo me duele al respirar. Por suerte el médico no se anda con tonterías con los calmantes, así que es la primera vez en tres días que bajo a tomar el café a la sala. Hubo unas pocas personas que se alegraron de verme, eso me sentó bien.

Pasaré un par de días más tomándomelo con calma. El lunes tengo que estar otra vez en perfecta forma porque Evert ha organizado su salida con el club. Ha prometido una botella de coñac al que adivine a la primera lo que vamos a hacer. Yo no he ganado, así que no haremos natación sincronizada.

Sábado 4 de mayo

La señora Stelwagen me llamó ayer por la tarde a su despacho. Primero me preguntó con interés si ya no tenía la rodilla tan hinchada. «Bueno —le contesté—, la rodilla está bien, pero las costillas todavía me duelen un poco.»

Oh, perdón, había confundido dos accidentes caseros de dos personas distintas. Nuestra directora se esfuerza cuanto puede por mostrar empatía, pero le falta un poco de convicción.

Me había mandado llamar para comunicarme que había hablado con el consejo de la administración sobre mi petición para ver el reglamento y que este era de la opinión de que el reglamento no era un documento público y que por consiguiente no se me permitía leerlo.

—¿Y por qué no es público? —pregunté.

—El consejo no me lo ha dicho.

—Y así, ¿qué?

—Así nada. Lamento muchísimo no poder complacerle. Y ahora, si me disculpa, hay alguien esperándome. Le deseo que tenga un buen día.

Me fui con el rabo entre las piernas, al menos espero haber dado esa impresión. Me había propuesto protestar un poco en caso de que no me dejaran ver el reglamento, al menos para guardar las formas.

Ria y Antoine Travemundi conocen a mucha gente y entre toda esa gente se encuentra un simpático abogado ya jubilado. Antoine ya me había hablado de él antes de mi conversación con la directora. Lo llamará, así podré ir a verle para que me informe exactamente de cómo está la cosa con la transparencia administrativa. No debo preocuparme por los honorarios.

Así que dentro de poco iré a hacerle una visita.

Domingo 5 de mayo

En un lugar como este donde hay tanta gente mayor, sería de esperar que el 4 y el 5 de mayo se oyeran historias conmovedoras o asombrosas sobre la guerra, pero la gente calla o repite los típicos cuentos de viejas sobre el racionamiento. De eso me di cuenta ayer durante los dos minutos de silencio. Miré alrededor y constaté que no tenía ni idea de cómo había pasado la Segunda Guerra Mundial ninguna de esas personas. Ni siquiera sé gran cosa de la gente con la que tengo más trato.

De Evert sí sé bastantes cosas. Hace veinte años que lo conozco. Trabajaba en una imprenta y en una ocasión me puse en contacto con él por mi trabajo, un contacto que desde entonces no se ha interrumpido nunca. Su esposa falleció hace ya diez años. Tiene dos hijos a los que ve poco. Ni dinero, ni bienes, ni Dios. Lleva años representando con convicción el papel de rebelde incorregible. El clásico duro de buen corazón.

A Anja Appelboom la conozco desde hace cuarenta años. Siempre ha estado soltera. Quizá esperó demasiado al verdadero amor. Lista, adorable y digna de confianza. Creo que se siente sola.

Evert y Anja son los últimos restos que me quedaban de lo que en otro tiempo fue una vida social aceptable con mujer, hija y amigos.

Hasta hace tres años vivía en una impecable casita adosada con jardín. El plan original era morir ahí plácidamente cuando me llegase la hora. No pudo ser.

Mi mujer padece una enfermedad maniaco-depresiva desde hace cuarenta años. Le sobrevino poco después de que nuestra hija se ahogara. En mitad de la noche se iba con el coche a Groninga para subir la Torre Martini. Una vez le dio el coche a un yonqui desconocido y regresó a Ámsterdam en taxi. Se gastaba miles de florines. Al final la policía la arrestó por robar en una tienda y su psiquiatra la dejó roque con una inyección. Después pasó meses en un psiquiátrico sumida en una profunda depresión. Volvió a casa en un precario equilibrio, que mantenía a base de pastillas. El mismo proceso se repitió cinco veces. La última vez quemó parcialmente nuestra casa mientras yo había salido un momento a hacer la compra. Ahora está encerrada de por vida. Después del incendio, una trabajadora social me consiguió una plaza en esta casa.

Voy a visitarla una vez cada seis meses más o menos. Apenas me reconoce, pero me coge la mano y me la acaricia. Nunca me enfadé con ella.

He visto en el calendario que hace más de seis meses de mi última visita.

Una vida en cuatro líneas.

El vacío se había ido haciendo insoportable en estos dos últimos años, pero fíjense... de pronto tengo a Eefje, Graeme, Grietje, Edward, Antoine y Ria. Vuelve a ser cosa de no morirse.

Lunes 6 de mayo

Ayer por la noche se me ocurrió que sería esclarecedor para el lector si le diera más detalles sobre esta casa. Al fin y al cabo, la probabilidad de que vaya usted a acabar sus días aquí o en otro sitio parecido me parece pequeña. Por eso a partir de ahora prestaré atención al decorado en el que actuamos y a cómo se desarrolla nuestro día a día.

A finales de la década de 1960 se construyeron montones de residencias adonde se trasladaron a vivir los mayores. El formato de almacén era aceptable y barato. Los ancianos de esa época no estaban acostumbrados a demasiados lujos. Todos ellos habían pasado la guerra y eran fáciles de contentar.

El arquitecto de esta casa eligió un edificio de hormigón gris de siete plantas, cada una de las cuales está dividida en dos alas con el ascensor en medio. Cada ala consiste en un largo pasillo sin luz natural a ambos lados, del cual van saliendo ocho unidades de vivienda con una o dos habitaciones y una cocina integrada. La cocina tiene cuatro armarios, dos arriba y dos abajo, una encimera de un metro y dos fogones que solo pueden utilizarse para preparar café, té o leche caliente. Si cocemos un huevo, hacen la vista gorda. Hay una pequeña ducha y un váter. Se nota que los constructores pensaron en las personas a las que iba destinada la vivienda por la presencia de tiradores en los lugares donde uno puede caerse y por la ausencia de escalones.

Cada habitación cuenta con un balcón donde cabe justito un cubo de basura y puede colgarse una jardinera con geranios para sentarse detrás.

Al final de cada ala, en la parte delantera del edificio, hay un balcón cerrado con un asiento para descansar. A pesar de que casi nadie lo utiliza, pues la mayoría de los residentes prefiere la amplia sala de estar de abajo, a muchos viejos no les hace ninguna gracia que alguien de otra planta se siente ahí.

Ya continuaré. Tengo que conservar las fuerzas.

A las dos tengo que presentarme vestido con ropa cómoda en la entrada del edificio, donde nuestro guía de hoy, Evert, nos estará esperando para una salida que sin duda será memorable.

Martes 7 de mayo

¿Quién habría imaginado que sería precisamente Evert el que nos invitara a un taller de taichí? Por suerte nuestro maestro nos dio permiso para reír y nosotros le dimos un buen uso. De todos

modos nos tomamos muy en serio los movimientos de lucha a cámara lenta, aunque temo que el taller no vaya a dar frutos inmediatos si nos encontramos ante un ataque violento. El taichí es un deporte que se puede realizar con silla de ruedas, así que es apto para mayores. Las costillas contusionadas, en cambio, no son nada prácticas. De modo que yo lo he hecho con mucho cuidado y sufriendo en silencio. Por desgracia ya he olvidado la mayoría de los nombres de los movimientos que el maestro de taichí y su grácil ayudante han intentado enseñarnos. Graeme se ha caído con torpeza mientras hacía la imitación de la grulla y le han restado puntos, pero eso no ha hecho peligrar su diploma.

Después, para no desentonar, hemos ido a comer a un restaurante chino. Grietje ha pedido sin el menor rubor «el numelo tleinta y tles con aloz blanco». Un poco flojo pero divertido. Por suerte los chinos toleran bien a los abuelos: desde bien pequeños les inculcan el respeto hacia los mayores. En la cultura occidental predomina más la idea de que lo viejo es molesto. Y a menudo tiene razón.

Evert intentó no demostrar su radiante alegría cuando al llegar a casa todos lo colmamos de cumplidos por el fantástico día que habíamos pasado. Al parecer, se le había metido algo en el ojo. «Sí, sí, claro.»

Desde nuestra primera salida diecisiete personas nos han preguntado si podían hacerse miembro de nuestro club. Por desgracia en estos momentos Visimuno no admite más socios.

Miércoles 8 de mayo

En el tablón de anuncios de la sala de estar han colgado esta mañana un procedimiento de intervención contra el acoso, con siete consejos para sofocar los casos de intimidación mutua. Por lo que vi se trata de un protocolo antiguo de hace dos años. Es obra del señor Jan Romme, director del Fondo Nacional de la Vejez. Como si esto fuera un colegio de primaria para abuelos.

Consejo 1: Elegir un mediador de confianza. Consejo 2: Realizar charlas sobre el acoso. Y sigue en la misma línea. Im-pre-sio-nan-te. Con un protocolo así, dentro de un pispás se ha terminado con la violencia. Quizá podrían utilizarlo en Siria. O en Afganistán. En el mundo entero se están acosando unos a otros. Un protocolo mundial contra el acoso, eso es lo que necesitamos. Con mediadores de confianza y charlas.

Muy flojo, Groen.

Sí, aquí se critican, se ignoran y se burlan de otros como si fuera la cosa más normal del mundo. Y lo es. Ningún comportamiento infantil es ajeno. Lo mejor es no prestar atención. Y si te molesta, abre la boca o ve a sentarte a otra parte. O reparte algún bofetón, como sugirió Edward. No me lo esperaba de él.

Para mí es fácil hablar, lo reconozco, porque pocas veces soy la víctima. Aquí viven un par de manzanas completamente podridas con las que hay que andarse con mucho cuidado. Como aves carroñeras, eligen a la presa más débil y no paran hasta destrozarla si las dejan hacer. Lo mejor es cuando, a falta de víctimas, esos abusadores se lían entre ellos. Hay por aquí un par de enemistades interesantes. Las señoras Duits y Schoonderwalt no pueden verse ni en pintura a

causa de una mancha de café en un tapete de ganchillo hace tres años. Hasta que la muerte las una.

Jueves 9 de mayo

Tranquiliza mucho saberlo: una vez que entras en la residencia, te quedas aquí hasta que partas rumbo al cementerio o al crematorio.

Los periódicos volvían a venir llenos: los gastos de la atención sanitaria para los mayores se disparan. La solución consta de dos partes: la primera revisará la norma de las necesidades de cuidados y en la segunda las personas mayores tendrán que empezar a pagar bastante.

Ad 1: Hay bastantes abuelos que según la nueva normativa no deberían estar aquí. Están demasiado vivarachos y autónomos. Empezaron a correr rumores de que la gente de esta categoría tendría que volver a vivir sola para dejar sitio a los casos más necesitados de atención. Esos rumores causaron una gran conmoción y desencadenaron un grave empeoramiento de las enfermedades existentes. Por precaución.

Pero ya podemos respirar tranquilos: la dirección ha asegurado por escrito a todos los residentes que jamás tendrán que irse de aquí, aunque estén sanos a más no poder. «Salvo en casos excepcionales.»

Lástima de la última frase.

Ad 2: Sé por las conversaciones que se han mantenido en voz baja durante el café que varios residentes han sacado todo su dinero del banco para guardarlo en un viejo calcetín. O en la funda de la almohada. «La asistencia debe ser gratis, para eso hemos trabajado duro toda nuestra vida», es la opinión más extendida. Los dos euros que pagamos por el microbús de Connexion son un auténtico robo.

Un par de casos lastimosos han reconocido en voz baja que sus hijos les han vaciado las cuentas por si acaso, seguramente sin que nadie se lo hubiera pedido. Para poner la herencia a salvo.

«Cada día que vives me costará un montón de dinero», comentó en plan de broma el hijo de la señora Schipper. Su mujer, que no tiene ni pizca de sentido del humor, asentía en conformidad. Feliz día de la Ascensión.

Viernes 10 de mayo

Hay un proyecto llamado «De paseo con la abuela». Los niños salen a pasear un día con una abuela a la que no conocen de nada y que, de otro modo, estaría sola y triste todo el día en su casa. Supongo que también podrá ser un abuelo. Así que los niños y las niñas de octavo fueron a visitar el parque renovado de Madurodam con algunos mayores. A riesgo de parecer un viejo gruñón y malhumorado yo diría: a mí déjenme en casa tranquilamente. Madurodam no me emociona pero pasar horas en compañía de mocosos sabelotodo de once y doce años que no conozco de nada también puede ser bastante decepcionante.

No seas tan negativo, Groen, es una bonita iniciativa. Sobre todo si piensas en que muchos niños

de hoy en día creen que no hay que cuidar a la gente mayor porque las residencias ya se encargan de todo. Por cierto que muchos adultos piensan lo mismo.

El periódico que había dedicado su atención a «De paseo con la abuela» mencionaba además unas cifras desconcertantes de la Oficina Central de Planificación: en Holanda hay un millón y medio de ancianos que están solos, de los cuales trescientos mil viven en un estado de soledad extrema. Son muchos.

Aunque también hay que decir que algunos ancianos se lo han buscado. Solo en esta casa viven decenas de viejos de los que hay que huir como de la peste porque son unos pelmas mezquinos y desagradables. Perdonen mi franqueza, pero es que es así.

A menudo se oye: «Al menos aquí puedes hablar con alguien». Efectivamente supone una gran ventaja frente al hecho de vivir solo, en cuyo caso solo puedes hablar con el gato o el canario.

¿Quién puede sentirse extremadamente solo aquí?

Sábado 11 de mayo

Hablando de los encantadores niños estadounidenses que en su quinto cumpleaños reciben su primer rifle rosa, *My First Rifle*, con balas de verdad, me pregunté si en las residencias de ancianos de por allí los vejetes también andan con su *Last Rifle* cargado. Con tanto párkinson, tienen que acabar provocando algún accidente. No he oído aún que haya habido matanzas, pero es casi imposible imaginar que de vez en cuando algún abuelo no deje frito a un compañero residente defendiendo su propiedad, un trozo de bizcocho, por ejemplo.

Una ventaja de tener tantas armas alrededor es que no es necesario complicarse la vida con píldoras de eutanasia difíciles de conseguir. Mientras puedas mover un dedo, tienes la solución en la funda.

Tampoco este año nos cansamos de hablar de la primavera que hace estallar las costuras de la naturaleza. «¿Ves cómo crece?», se oye al menos tres veces al día. Solo Evert dice: «Oigo cómo crece». Entonces hay alguno que aguza el oído y muy de vez en cuando lo oyen también.

Dos veces al día doy un paseo hasta el parque. La primera vez con Eefje y luego con Graeme, Edward o Evert. Ocho minutos de ida, un cuartito de hora sentado en el banco, y ocho minutos de vuelta. Ya no tenemos prisa y la primavera jamás aburre. A veces salgo a caminar bajo una lluvia torrencial. «¿Qué está haciendo ese viejo loco?», oí que se preguntaban en voz alta unos adolescentes espigados en el portal de la esquina. Les hice el gesto de respeto: el puño contra el corazón. Me pareció divertido, no lo pillaron.

Domingo 12 de mayo

A pesar de que la unidad de cuidados especiales está separada de nuestra residencia, es posible cruzarte por los pasillos con algún demente acompañado por un enfermero o enfermera. Algunos residentes se meten corriendo en sus habitaciones porque piensan que la demencia es contagiosa. O tal vez no lo sea, pero por si acaso. No les hará ningún mal mantener un poco las distancias por

seguridad, esa es la postura que tienen muchos de nuestros residentes. Y no solo con la demencia. Aquí se evita a los pacientes de cáncer, a los homosexuales, a los musulmanes. Cuanto mayor se hace uno, más miedoso se vuelve. ¿No sería más lógico que a nuestra edad no le temiéramos a nada porque ya no tenemos nada que perder?

Es por cómo funcionan las pequeñas cosas. O mejor dicho: por cómo no funcionan. Un engorro diario: los envases. Las latas con anillas en las que no te cabe el dedo, los envasados al vacío que se abren tirando de una de las esquinas, los tapones con cierre de seguridad de los productos de limpieza, las tapas de los botes de compota de manzana que están más duras que una piedra, el corcho de una botella de cava, envases de blíster: todos ellos especialmente diseñados para ponerle las cosas difíciles a las manos viejas, débiles y temblorosas.

Hoy se me ha caído de las manos un bote de pepinillos en vinagre mientras intentaba en vano abrir la tapa. Toda la habitación apestaba a vinagre. Había cristales por todas partes, el último trozo lo he encontrado en mi zapatilla.

Alguien debería quejarse a la industria de embalaje por las decenas de miles de casos de daños físicos y psicológicos. Lo hacen aposta. Si pueden mandar al hombre a la luna, deberían también ser capaces de inventar una tapa como es debido, ¿no? Lo reconozco, hoy estoy un poco picajoso.

Lunes 13 de mayo

Evert ha sido ingresado de urgencias esta mañana. Me ha telefoneado desde el hospital para pedirme que me ocupara de *Mo*. Hace unos días se le empezaron a poner negros algunos dedos del pie. Cuando esta mañana acudió a la visita, el médico de cabecera ha llamado de inmediato a una ambulancia.

Ha sucedido lo que él se temía: sigue los pasos de un viejo amigo suyo al que le fueron amputando cada vez más cosas.

Me llamaba desde su cama.

—¿Por qué no me dijiste nada? —No he podido evitar preguntarle.

—Porque solo hubiera recibido consejos que no pedía y que tampoco pensaba seguir.

Y tenía toda la razón.

Lo operan mañana por la mañana y, si todo va bien, se despertará con algunos dedos menos.

Al término de nuestra conversación he cogido un taxi para ir al hospital a llevarle algunas cosas: calzoncillos, pijama, cepillo de dientes.

Ha sido él quien me ha estado animando a mí en vez de al contrario. No me he dado cuenta hasta más tarde y me he sentido avergonzado.

Evert se toma las cosas tal como vienen. Ha sopesado los riesgos y los ha asumido y ha vivido como si no tuviera azúcar. Con placer y osadía. Así estaba también en el hospital.

Al llegar a casa he informado a los miembros de nuestro club. Sorprendentemente el personal ha dado muestras de preocupación. La mayoría le tiene aprecio. Es probable que también haya alguno que le desee para sus adentros que le amputen más cosas, a ser posible la cabeza.

Dos de nuestros residentes no han podido evitar exclamar con aire triunfal que ya se lo habían advertido.

Qué día más asqueroso.

Martes 14 de mayo

Acabo de hablar con Evert. Hace una hora que se ha despertado de la anestesia. Lo han operado a primera hora de la mañana y le han amputado tres dedos del pie derecho, entre ellos el dedo gordo. Será difícil volver a andar, sobre todo al principio. Tiene que hacer seis semanas de rehabilitación. Parecía desanimado.

Haré un esquema de visitas para los interesados.

Ahora iré a dar el parte a los miembros de nuestro club y a algunos miembros del personal.

Miércoles 15 de mayo

Esta mañana he ido al hospital a visitar a Evert. Volvía a mostrar su descaro de siempre. Le ha pedido a la enfermera si podía llevarse a casa los dedos que le han cortado para ponerlos en un botecito encima del aparador. Al principio la mujer se lo ha quedado mirando sin comprender.

—Es que creo que ya han tirado sus dedos —le contestó con cierto apuro.

—Pero seguían siendo de mi propiedad. Me plantearé si poner una denuncia... Que no... ¡que es broma!

Está en una habitación con otros dos ancianos. Uno de ellos se pasa el rato tosiendo y expectorando, y entre medias se queja de todo. El segundo se está muriendo en un silencio sepulcral. O al menos eso es lo que sospechaba Evert, que tampoco tenía demasiado buen aspecto. Cansado y muy pálido, pero guiñándoles el ojo a las enfermeras sin parar.

«Dentro de unos diez días volveré a correr como un ciervo detrás de un andador», me ha asegurado.

He tenido que prometerle solemnemente que no lo esperaríamos para retomar nuestras salidas. Eso sí, haríamos primero todas las excursiones aburridas a los museos y reservaríamos las ideas divertidas para más tarde. Me comprometí a hablarlo en la siguiente reunión.

Evert no pudo decir mucho sobre el resultado de la operación. El cirujano tenía que haber ido a verlo ayer por la tarde pero su presencia fue reclamada en otra parte. No mandaron a ningún sustituto y las enfermeras no sabían nada o fingían no saber. A lo mejor el médico pasará a verlo esta tarde.

Los pacientes no importan mucho en los hospitales. Los que importan son los médicos.

Se ha subsanado un pequeño trauma: Anouk ha llegado a la final del festival de Eurovisión. La gente prefería que fuese Ronnie Tober el que representara a nuestro país, pero en fin, todo sea por el bien común. Aquí la idea más extendida es que nos hemos convertido en una insignificancia en el festival de Eurovisión por culpa de todos esos países corruptos del bloque del este y por eso habría que volver a cerrar cuanto antes el Telón de Acero. «Y que no se olviden de meter también a todos esos pésimos acordeonistas rumanos», en opinión del siempre sutil señor Bakker.

Jueves 16 de mayo

«Pasar un día aquí cuesta quinientos cincuenta euros y por esos cuatro cuartos ridículos me tengo que comer un biscote a las siete de la mañana, me dan tres cafés asquerosos a lo largo del día, la comida está templada y el pan insípido. Un precio de cinco estrellas por un hotel de cero estrellas. Bueno, sí, un par de veces al día pasa una enfermera para ponerme el termómetro.» Evert Duiker volvía a despacharse a gusto mientras se ventilaba una caja entera de bombones de ron sin azúcar. En el hospital no le dejaban tomar alcohol y de ese modo esperaba poder meterse algo en el cuerpo. Me había llamado especialmente para darme el encargo. Tenían que ser bombones de cereza.

—Y una botella de agua mineral. La Bols, ya me entiendes.

Al cabo de un día y medio el cirujano pasó a verlo para decirle que la operación había sido un éxito.

—¿Cómo que ha sido un éxito? —preguntó Evert.

—Los dedos gangrenados han sido amputados.

—A mí no me parece tan exitoso.

—No hacer nada no era opción —prosiguió el médico imperturbable e hizo ademán de irse de nuevo.

—¿Y ahora qué?

—Si no hay complicaciones podrá volver a casa dentro de cuatro días. Aunque deberá venir para hacerse un control y para las sesiones de fisioterapia. Buenas tardes.

Y allá que se fue el médico. Ni siquiera se tomó la molestia de quitarle la venda.

Temporalmente mi diario se ha convertido más bien en el diario de Evert.

Viernes 17 de mayo

Ayer por la noche hicimos una reunión extraordinaria del club Viejos-sí-muertos-no. El punto principal en la agenda: el estado de Evert. Hemos decidido organizarle un buen recibimiento cuando vuelva a casa, probablemente el lunes o martes que viene. Edward ha prometido que la próxima salida será apta para usuarios de sillas de ruedas. Es la última salida de la primera ronda. El entusiasmo sigue siendo enorme y continuaremos en el mismo orden para la segunda vuelta. Por eso, y también por la salud de Evert, nos hemos pasado un poquitín con la bebida al acabar la reunión.

Al llegar a casa he tropezado con el felpudo y me he caído de bruces al suelo delante de la puerta. No puedo quejarme de mi suerte. El vino blanco me ha dejado flexible como una goma, así que me he levantado del suelo sin haberme lastimado. Bueno, esta mañana he descubierto que tenía un chichón en la cabeza. He tirado el felpudo y necesitaré todo el día para recuperarme.

En esta casa se caen bastante. Unas veces es por culpa de una alfombra, como me pasó a mí, pero otras veces se caen sin más. O se sientan justo al lado de una silla. Al ir a levantarse del asiento la señora Been se apoyó en una mesita de servicio con ruedas que no tenía el freno puesto. El carrito se cayó con mucho estrépito. ¡Y ella se vino abajo entre galletas, terrones de azúcar y

jarritas de leche! Por suerte los termos estaban bien cerrados. Se hizo un silencio y de pronto la señora Been se echó a reír con ganas mientras seguía en el suelo. Los demás se rieron también por cortesía, hasta que la risa de la señora Been se tornó en sollozos. En ese momento alguien fue a buscar a la enfermera. Yo no estaba presente, pero debió de ser una escena surrealista.

Sábado 18 de mayo

Mi trabajo temporal como paseador de perros me obliga a dar tres paseos al día. Por suerte *Mo* camina más despacio incluso que yo. Bueno, lo de caminar es un decir, es más bien un balanceo a cámara lenta. No es probable que se pierda si lo dejo solo mientras da la vuelta al edificio, pero voy con él para hacerle compañía. Si no fuera tan viejo y holgazán seguro que saltaría y menearía la cola al verme entrar. Pero lo que hace es levantarse de su esterilla despacio y gimoteando, darme un par de lametazos remolones de bienvenida y luego plantarse delante de la puerta.

A veces Evert llama a gritos a *Mo* por su nombre completo cuando están en la calle. No es que sea necesario, porque nunca se adelanta más de diez metros. Solo lo hace si anda cerca algún marroquí o gente por el estilo.

—¡*Mohamed*, aquíí...!

Y entonces espera que alguno de los marroquíes se llame también Mohamed, lo cual es bastante probable. Si se genera la suficiente confusión, hace un gesto de disculpa y señala al perro, saluda a todo el mundo cordialmente y sigue su camino.

Me da vergüenza tener que recoger las cacas de *Mo* con una pala y meterlas en una bolsita de plástico. No levanto la vista porque sé que me espían por detrás de muchas cortinas. He leído además que alguien ha propuesto emparejar las cacas abandonadas con su respectivo perro mediante un análisis de ADN para poder multar al propietario. No decían nada de si los perros tenían que dar una muestra de mucus a la fuerza o se hacía de forma voluntaria.

Domingo 19 de mayo

Esta mañana he hecho una salida de prueba con la scooter del señor Dickhout, el de la broma del 1 de abril. Ya me lo había propuesto en un par de ocasiones, pero yo había declinado su ofrecimiento por discreción e inseguridad. Hoy, cuando yo estaba a punto de salir a dar una vuelta él entraba en el vestíbulo con la scooter después de su paseo.

—¿Quieres probarla, Hendrik?

Según las reglas no está permitido coger prestada una scooter del tomador del seguro y oficialmente todo nuevo conductor de scooters recibe tres clases de práctica antes de salir con ella a la calle, pero a Dickhout no le gustan las reglas y no se complica la vida. Me ha explicado cuatro cosas en cinco minutos, me ha deseado un buen viaje y se ha ido a tomar un café.

He respirado hondo y me he puesto en marcha con muuuucho cuidado. Al final he estado una media hora larga conduciendo por los carriles de bicicletas y por los parques de los alrededores. Era Domingo de Pentecostés, temprano por la mañana, o sea que todo estaba en silencio. Al principio iba a la velocidad de «caracol», así apenas adelantas a alguien que vaya a pie, pero

después de un par de minutos me he puesto a «liebre», ¡hala! El fabricante da por sentado que los mayores estamos todos seniles y ha puesto el dibujito de un caracol y de una liebre para que se entienda mejor que, un suponer, marcha 1 y marcha 2. A lo mejor a veces hay que darle la razón a ese fabricante.

Debo reconocer que se va estupendamente. La máquina apenas hace ruido, vas sentado como un rey, no te cansas ni te duelen las piernas. Me ha convencido. Solo me ha entrado un ligero calambre en la mano derecha porque hay que apretar todo el rato la palanca del gas, así que...: fabricante, estaría bien incluir un sistema de control de la velocidad de crucero.

He entrado en el vestíbulo con demasiada temeridad y le he dado un ligero toque al portero, que en esos momentos salía del ascensor con un carrito lleno de ropa de cama. No ha sido nada grave, pero el radio de giro es mayor de lo que yo creía. Por suerte el portero es un hombre desagradable.

La scooter Capri Pro 3 cuesta 399 euros, pero voy a mirar algo más robusto. Tendré que pagarlo todo yo porque todavía puedo andar demasiado bien.

Lunes 20 de mayo

Un cliente demente se metió ayer una bola de billar en la boca y no hubo forma de sacársela. Hacía unos ruidos lastimeros mientras dos enfermeros intentaban quitarle la bola con una cuchara. Al cabo de un cuarto de hora de probar sin éxito se lo han llevado a urgencias. No era una bola de competición oficial pero me pareció muy grande cuando me la puse un momento en la boca. Me entró una sensación de agobio.

El señor Kloek se enfadó porque tuvo que seguir su partida de billar solo con dos bolas.

Evert vuelve a casa esta tarde. Me ha pedido que le ponga a enfriar una buena botella de ginebra. También puedo buscar algo para mí. El comité de bienvenida está formado por los miembros del club y lo completarán Ria y Antoine, que se encargarán de preparar una merienda-cena. Ria le había pedido a la directora si a modo de excepción le permitiría cocinar un par de cosillas en su cuarto, pero ¡ay qué pena!, la señora Stelwagen lo lamenta «muchísimo» pero el consejo de administración no le permite hacer ninguna excepción a las reglas de la casa.

«A partir de ahora ya no le pediremos nada más», ha comentado Antoine furioso hace una hora, ha encendido la campana extractora y se ha puesto a preparar un ragú de ternera.

Hay flores sobre la mesa y *Mo* lleva un bonito lazo.

Martes 21 de mayo

Ayer a las dos de la tarde dejaron a Evert delante de la puerta de su casa en una silla de ruedas. Un enfermero lo empujó al interior de la sala, donde ya lo estaba esperando el comité de bienvenida: Eefje, Grietje, Graeme, Antoine, Ria, Edward y yo con un sombrero de fiesta en una silla decorada. De pronto Evert tuvo que sonarse la nariz muy fuerte.

—¿Es que te has enfriado en el hospital? —le preguntó Eefje malintencionada.

—Lo que he pasado en el hospital ha sido mucha sed —dijo él intentando disimular. Le salió un

gallo.

—Entonces a lo mejor quieres empezar con un buen vaso de leche —dijo Edward.

—Sírvenme una copa, si no te importa.

—He preparado una empanada deliciosa —dijo Antoine y sacó un exquisito surtido de platos dulces y salados. Había té y champán.

Fue muy agradable. A petición expresa de Evert, nos hicimos el firme propósito de no hablar de enfermedades ni de hospitales.

A las cuatro el paciente se vino abajo. Poco después estaba durmiendo con una sonrisa de satisfacción en los labios, un espectáculo conmovedor. Nos tomamos una última copa y lo dejamos todo recogido. Ahora solo nos cabe rezar y esperar que lo de Evert se limite a esos tres dedos del pie. Un recibimiento así solo es divertido la primera vez.

La salida de Edward será el 28 de mayo. Con un poco de suerte, Evert ya estará lo bastante bien para acompañarnos. Me da un poco de cosa por Antoine y Ria. Aunque no dicen nada tengo la sensación de que les gustaría apuntarse a nuestras salidas. Intentaré hacer un poco de campaña a su favor.

Miércoles 22 de mayo

A veces no resulta fácil mantener el ánimo. La conversación de hoy ha pasado de dos jóvenes asesinados que fueron hallados en una alcantarilla al reuma, las hernias y el desgaste de caderas, y a una temperatura máxima exterior de once grados. A finales de mayo aquí las estufas siguen funcionando a toda marcha, el termostato marca los veintitrés grados. Cuanto más viejo más friolero. ¡Y continúa la preocupación por que nos dejen desplumados! Se oyen suspiros, quejas y lamentos. Solo las bolsas siguen subiendo, como un asombroso indicador contrario de lo mal que va todo.

He leído que han empezado una campaña nacional contra el pesimismo en Holanda. Invitamos de todo corazón al equipo de esa campaña a que se pase por aquí. Hay mucho trabajo por hacer. Para empezar: el día sin enfermedades. Cada vez que alguien saque a relucir sus achaques durante ese día tendrá que echar un billete de diez al bote. Así podremos organizar una fiesta con champán.

Antoine me ha dado el número de teléfono de su amigo, el abogado jubilado. Esta tarde lo llamaré para preguntarle cómo podemos sacar a la luz todos los estatutos y reglamentos.

—Le encantará —me había dicho Antoine.

Le pediré a Eefje que esté presente.

Jueves 23 de mayo

El señor Bakker ha recibido una advertencia de la jefa de la unidad, la señora Gerstadt: tiene que vigilar su lengua. Bakker está perdiendo poco a poco el tino. Alzheimer. Tal vez dentro de poco lo trasladen al «otro lado». No será una gran pérdida. Nunca ha sido un tipo simpático pero ahora se ha vuelto realmente grosero. Maldice e insulta sin ningún motivo. Cuando Gerstadt le llamó la

atención porque no paraba de decir «galletas de mierda», él bajó la vista enfadado, pero en cuanto ella no pudo oírlo les dijo a sus compañeros de mesa: «Esa maldita bruja camina como si tuviera un pepino en el chocho». No pude por menos que reír, pero los otros cinco se quedaron mudos de asombro. Hipé cubriéndome con el pañuelo. Todos me miraron enfadados. Estoy seguro de que inmediatamente después del café, el comentario de Bakker le será transmitido a Gerstadt con algún que otro pitido de censura.

Evert estuvo a punto de caerse de la silla de ruedas de risa cuando se lo conté. A lo mejor yo también me estoy volviendo demente porque las bromas groseras me divierten más que antes. Cada vez soy menos bueno.

Ayer por la tarde telefoneé al abogado que Antoine nos había recomendado para conseguir sacar a la luz los estatutos y reglamentos de esta casa. El abogado —«llámeme Víctor»— se mostró inmediatamente entusiasmado con la idea y dijo que apelando a la ley de acceso a la información pública el asunto será coser y cantar. Nos invitó para hacer un exhaustivo intercambio de impresiones. El teléfono tenía el altavoz encendido. Eefje asintió.

Hemos quedado en vernos el jueves 30 de mayo en el Tolhuis, un bonito y anticuado establecimiento con manteles en las mesas donde sirven bocadillos de croquetas.

Teniendo en cuenta las circunstancias Evert no va mal.

Viernes 24 de mayo

«De cualquier pulga hacen un camello», dijo la señora Pot a raíz del último atentado con gas tóxico en Siria.

«La primavera árabe es un poco como nuestra primavera: bastante otoñal», repuso su vecina metiendo baza, mientras mojaba una galletita en el café. El señor Bakker, tan sutil él, añadió que mientras los árabes solo se maten entre ellos a él no le quitarán el sueño.

El análisis que se hace de las noticias mundiales a la hora del café no es demasiado matizado, tampoco es que tengan un gran conocimiento de los hechos. Lo mismo puede decirse de las pequeñas noticias locales. Se produjo una oleada de indignación cuando la tiendecita de abajo cerró ayer por defunción. Era una vergüenza que no pudiesen ir a comprar sus galletitas de queso y la laca para el pelo en todo un día. ¡Cosas de Europa del Este! ¡Cerrar medio día para un entierro era más que suficiente!

Es la misma tiendecita cuyo surtido de productos cabría en tres cajas de la mudanza, la que siempre critican porque el Pato para limpiar el váter cuesta veinte céntimos más que en el supermercado Dirk van den Broek.

Ayer por la noche fui a tomar un vinito con Eefje. Hemos hablado de ponernos manos a la obra y, tomando como ejemplo el protocolo contra el acoso, hacer un protocolo para una estancia grata en las residencias de ancianos. Pero tenemos nuestras dudas. ¿Vale la pena el esfuerzo? ¿Estará dedicado a nuestros compañeros residentes? ¿No sería mejor que empleásemos nuestras limitadas fuerzas en hacer más gratos nuestros últimos años? O días. Nunca se sabe. Nos decantamos por lo último, pero hemos decidido meditarlo un poco más. Así al menos tenemos una excusa para volver a quedar dentro de poco.

Sábado 25 de mayo

El ataúd se quedó atascado y por eso la puerta del horno del crematorio se quedó abierta. El ataúd se prendió y la sala se llenó de humo. A los que aún no tenían lágrimas en los ojos, les empezaron a caer. Tuvieron que desalojar el crematorio. A eso lo llamo yo una despedida espectacular. Sucedió de verdad hace un par de años.

Yo por mi parte había pensado en esconder una grabadora en el ataúd con mando a distancia para que reprodujera mi voz: «¡Eh, los de ahí fuera! (toc, toc) Ha habido un error. Sáquenme de aquí. Aún estoy vivo... ¡Que no! Es broma, estoy muerto y bien muerto».

Es una pena que ya no pueda verlo.

Por otra parte tengo que ponerme en serio con mi última voluntad. No es que quiera muchas cosas, pero sí hay un par de cosas que no quiero. Todavía no he puesto nada por escrito. Es una tarea que uno tiende a posponer con cierta incomodidad.

Dentro de poco los mayores pobres de Ámsterdam podrán viajar gratis en autobús y tranvía. No hay duda de que somos pobres, pero por desgracia aquí ya no hay casi nadie que se atreva a subir a un autobús o al tranvía. «¡El tranvía va lleno de carteristas y ladrones de bolsos!»

Bueno, hay maneras de protegerse contra los carteristas escondiendo bien la cartera, pero no hay nada que hacer contra los conductores insolentes. Con todo el dolor de mi corazón en este asunto debo darles la razón a mis compañeros residentes: los transportes públicos y los octogenarios se llevan mal. Van demasiado llenos, van demasiado rápido y eso nos exige una agilidad que ya no tenemos. Se retrasan muchísimo. Eso hace que los abuelos se sientan nerviosos e indefensos. Yo también me doy cuenta de que, mal que me pese, cada vez me siento más inseguro. Así que, gracias, compañía de transporte público, pero preferimos nuestros microbuses.

Domingo 26 de mayo

En la agenda de la reunión extraordinaria de la junta de residentes hay un único punto: reglamento para scooters. El motivo directo ha sido un choque frontal entre dos motos que venían en direcciones opuestas y tomaron la misma curva. Ha habido bastantes daños materiales y un herido leve. Por supuesto la culpa la tenía el otro.

La junta de residentes quiere solicitar a la dirección que ponga señales de tráfico y retrovisores de ángulo muerto.

Corren rumores de que la semana pasada una de nuestras residentes acabó en el hospital por un atropello. La señora Schaap no se cayó, sino que fue arrollada por una scooter. El conductor, que prefiere permanecer en el anonimato, andaba rebuscando algo en su bolsa de la compra. La directora no ha hecho públicos los hechos exactos. Los testigos han asegurado que «en interés de la investigación» se les ha prohibido hablar del caso.

Dos scooters pasan muy justitas por los pasillos. A eso hay que añadir que muchos de los residentes están cegatos o sordos o tienen párkinson o todo a la vez, y podrán imaginarse que a veces esto parezca una atracción de feria. En realidad es todo un milagro que no haya más

víctimas, sobre todo si se tiene en cuenta la lentitud de reflejos de la mayoría.

Y solo con que los conductores mantuvieran la calma, tampoco se producirían grandes desastres yendo a una velocidad de cinco kilómetros por hora, pero el pánico que domina a todo usuario de la carretera se encarga de que las reacciones de los implicados sean completamente imprevisibles.

Le deseo mucha sabiduría al gran timonel de esta casa que tenga que diseñar un plan de circulación.

Lunes 27 de mayo

Hoy me ha llegado un correo publicitario: «Libid Cristal Shots hará que su pene se ponga duro como el acero. Eyaculaciones volcánicas». He sonreído de oreja a oreja. ¿Será una broma de Evert?

Tenía un tío que en todos los cumpleaños decía que aún era capaz de aporrear la puerta de una iglesia con su miembro. Y ya que estoy: tenía otro tío que solía cantar una canción con una frase inolvidable: «La tía María tenía un c...cuenco del que podía beber un caballo». Me parece que hay un programa de radio donde la gente intenta recuperar canciones antiguas. Cantan las frases sueltas que todavía recuerdan. ¿Tal vez debería...?

Tengo que prepararme un poco porque nuestra salida con el club se ha adelantado inesperadamente: será hoy en vez de mañana. Se debe a la previsión del tiempo. Hoy promete ser el primer día bonito de primavera en varias semanas.

Ayer por la noche Edward pasó personalmente a vernos a todos para preguntarnos si podíamos cambiarlo. No había problema. Las agendas están vacías hoy, mañana y el resto del año. Tenemos todo el tiempo del mundo. Antes nos quejábamos siempre de tener las agendas muy apretadas y ahora nos ponemos más contentos que unas pascuas si surge algo distinto, siempre y cuando no sea una cita con el médico.

Dentro de media hora tengo que presentarme en el vestíbulo vestido con ropa cómoda y deportiva.

Martes 28 de mayo

No tuvimos que ir muy lejos. Al cabo de cinco minutos de andar despacito llegamos a nuestro destino: el campo de petanca del parque que queda al sur de nuestro edificio. Ahí iba a celebrarse el primer campeonato de petanca para mayores de setenta y nueve años. Todo estaba preparado hasta el último detalle: doce bolas de petanca relucientes, la cinta métrica, una gran copa para los vencedores, seis cómodas sillas de jardín, una mesita con su mantel, termos con café y té, tarta, panecillos recién hechos, crema solar, vajilla de verdad, una neverita con las bebidas, tostadas con salmón y anguila y un parasol. Todo ello bajo un sol primaveral resplandeciente.

Edward le había pedido a Stef, el nieto de Grietje, que se encargara de algunas cosas y esa misma mañana entre los dos lo habían cargado todo en la furgoneta y tras un trayecto de dos minutos lo habían vuelto a descargar y lo habían preparado todo en el parque.

A las doce llegamos nosotros, sorprendidos; Evert iba delante en su silla de ruedas. Primero tomamos café con tarta, luego hicimos el sorteo y después empezó el torneo. Formamos tres equipos de dos jugadores que participarían en toda la competición. Stef sería el árbitro.

Hacia la mitad hicimos una pausa para comer y al acabar, con la entrega de premios, tomamos champán. Los ganadores: Graeme y Grietje. Un bonito segundo puesto para Eefje y Evert, que exclamó que sin dedos apuntaba mucho mejor, y el bronce fue para Edward y para mí. Reñimos a Graeme por ser el Arjen Robben de la petanca, pues para ser el ganador había lloriqueado bastante.

Lo que Edward no había tenido en cuenta en la organización es que hacia el final del torneo la mitad de la residencia de ancianos se había reunido en torno al campo de petanca. Fue pura publicidad para nuestro club. Lo malo es que no queremos nuevos miembros.

A las cuatro recogimos todas las cosas y las cargamos de nuevo en la furgoneta y la caravana puso rumbo a casa. Cansados pero felices.

Miércoles 29 de mayo

Un hombre de ochenta años ha escalado el Everest. Yo ya tengo problemas para subir el bordillo. No es justo. El anterior escalador más proveyo, Min Bahadur Sherchan, que ahora tiene ochenta y un años, ha anunciado de inmediato que la semana que viene revalidará su récord. Hay una mujer con una sola pierna que ha llegado a la cima. Digo yo que llevaría una prótesis. ¿No habrá subido ocho mil metros a la pata coja?

También se ha visto llegar arriba al primer hombre sin brazos. Hoy en día hay una fila de gente muy curiosa que se lanza a la cumbre del Everest. Esperaré a que la primera musulmana incontinente con paños y sin cabeza haya plantado la bandera de la Polinesia y me voy para allá yo también.

He llamado a mi seguro y tengo que hacerme una revisión para ver si puedo beneficiarme de una scooter de alquiler. Puedo solicitar una cita para dentro de seis semanas. Me parece que conservaré mi honor e iré a una tienda. Buscaré en la guía del consumidor para ver si últimamente han hecho un estudio comparativo de scooters.

Hay tres categorías de compradores. El primer grupo, que es también el más numeroso, opta por el término medio; no se va a lo más barato pero tampoco elige el producto más caro. Un segundo grupo mucho más reducido siempre compra lo más caro y el tercer grupo siempre se queda con la variante más barata. Cuando no tengo la menor idea me quedo siempre con lo más barato. En cualquier caso habré ahorrado. Naturalmente a veces lo barato acaba saliendo caro pero otras veces lo caro sale mucho más caro aún.

No sé si sería casualidad o no, pero el caso es que ayer había un artículo sobre sillas de ruedas todo terreno en el periódico, la *Action Trackchair*, con ruedas de oruga. Puedes ir por bosques o dunas o por una gruesa capa de nieve. Diez mil euros, es una pena.

Jueves 30 de mayo

Evert no se encuentra muy bien. La herida no se le acaba de curar. Cada día pasa a verlo una enfermera para cambiarle la venda, ese no es el problema.

«¡Es un cielo! Así que no me importa si tiene que seguir viniendo más tiempo.»

Tan bocazas como siempre. Sin embargo, cuando he ido a su casa esta mañana para sacar al perro (sigo siendo paseador de perro a jornada completa) él no me ha oído entrar pero yo sí he oído como él le decía a *Mo*: «Es muy posible que el amo no tarde en palmarla, *Mo*, y para serte sincero no sé qué hacer contigo».

He tosido, bastante incómodo, para hacerle saber que estaba ahí.

—No me habrás oído por casualidad, ¿eh Henkie?

—Sí.

—¿Qué opinas, en ese caso tengo que hacer que sacrifiquen a *Mo*? Un animal tan viejo no puede ir a la perrera. Sería una mala pasada para la perrera.

—Todavía no hemos llegado a eso.

—Bueno...

A mí no me importaría ocuparme de *Mo* pero solo puedo hacerlo si Evert no se muere. Si lo hace, habrá que vaciar su habitación en una semana y dejarla sin perro. En mi unidad los perros están prohibidos.

Viernes 31 de mayo

Ayer por la tarde Eefje y yo teníamos una cita con el abogado jubilado Victor Vorstenbosch (71). Un hombre bastante pijo y pagado de sí mismo que, como él mismo reconoció, «se aburría un montón en su casa». La perspectiva de volver a ponerse las pilas lo entusiasmaba. Ya no lo llamaban nunca de su antiguo bufete para mandarle pequeñas tareas y eso no le gustaba en absoluto, nos hizo saber. Quería demostrar que seguía siendo astuto como un zorro. Total, que aceptaba el caso. Esta misma semana mandaría una solicitud a la dirección para conseguir todos los documentos que tengan algo que ver con la gestión de nuestra residencia apelando a la Ley de Acceso a la Información Pública. La petición la haría en su propio nombre. Eefje le hizo saber con delicadeza que nuestra casa no era una institución pública y que por consiguiente era posible que esa ley no fuera aplicable. Sí, algo de razón tenía en eso, admitió Victor. Lo tendría en cuenta.

Dentro de un par de días podíamos ir a su casa a ver el borrador de la solicitud, porque con el paso de los años había ido perdiendo su confianza en el ser humano. «El secreto postal en las residencias de ancianos no significa mucho y los correos electrónicos seguros no existen.»

¡Hemos ido a parar a una novela de espionaje! Solo nos queda esperar que se destapen un par de jugosos escándalos.

El señor Schanslesh, un hombre simpático de la tercera planta, había sido un apasionado criador de palomas hasta que entró a vivir aquí. No se cansa nunca de decirlo: fue un chino el que pagó trescientos diez mil euros por una paloma ganadora belga. «Increíble, increíble», seguía repitiendo. Edward se preguntó si a una paloma tan cara nunca se le ocurrió ir a vivir con sus amigas de la plaza Dam. O si un cazador la hizo estallar en el cielo para convertirla en paté. «En

ese caso los trescientos mil no habrían servido de mucho ¿no?»

«Sí, de vez en cuando hay palomas que desaparecen sin dejar rastro», admitió Schanslesh con aire sombrío. Él mismo había perdido a decenas a lo largo de los años.

Sábado 1 de junio

Malas noticias.

Ayer salí a dar un paseo con Grietje. A los cinco minutos tuvimos que descansar un poco en el banco que el ayuntamiento ha tenido la atención de poner. Hacía un día soleado. Sin darnos cuenta fuimos dejando atrás la charla banal. Me contó que últimamente está perdiendo el rumbo literal y figuradamente. «Soy muy buena camuflándolo pero tarde o temprano se descubrirá. Cada vez me siento más insegura. Puede suceder por ejemplo que me encuentre delante del ascensor y de pronto no sepa cómo he llegado hasta allí ni qué quería hacer.»

No supe bien qué decirle. Después de guardar silencio un rato le sugerí que fuese a su médico de cabecera para hacerse las pruebas del alzhéimer. Y cuando se sintiera perdida, debía pedir ayuda a las personas en las que confiaba. Así podrían echarle una mano. «Siempre puedes acudir a mí, Grietje. Te ayudaré en todo lo que pueda.»

Grietje, la simpatía en persona aunque siempre un poco tímida y reservada. Me sorprendió que hubiese compartido su secreto conmigo. Y me enorgulleció. Y me entristeció. En suma, no me sentaron bien tantos sentimientos a la vez.

Parece que Evert está un poco mejor. Se está esforzando mucho con la rehabilitación, aunque suelta muchos tacos durante los ejercicios. Un fisioterapeuta bromista se puso un poco de algodón en los oídos con mucho aspaviento antes de que Evert se subiera a la cinta andadora. En respuesta, Evert se puso un enorme trozo de algodón en la boca.

Domingo 2 de junio

He dormido mal después de la conversación con Grietje. Todo apunta a que tiene alzhéimer. Esta mañana le he preguntado si había hablado de esto con los otros. No lo ha hecho.

—¿Tampoco se lo has dicho a tu médico de cabecera?

—No, no es un hombre muy simpático.

—¿Te molestaría si les pido consejo a los demás?

Antes tenía que pensárselo.

He estado mirando cosas por Internet. Hay aproximadamente doscientos cincuenta mil holandeses con demencia. El alzhéimer es la forma más común con un setenta por ciento de casos. La probabilidad de desarrollarlo es de una a cinco. Y un dato bastante preocupante: vives una media de ocho años más.

Por supuesto nosotros somos un poco expertos por experiencia. Hay un montón de abuelos a los que con el paso de los años se les empieza a aflojar algún tornillo. Y después del primero los otros van detrás. Hasta que en su vieja cabeza solo reina un caos de cabos sueltos. Con un poco de suerte es un caos alegre, si tienes mala pata es angustioso o agresivo. Afortunadamente no tenemos

que presenciar el último estadio de la enfermedad. Los pacientes son trasladados «al otro lado», a la unidad cerrada. Cuando la gente empieza a remover la sopa con las manos o va tirando sus cacas por ahí el fin está próximo.

No quiero vivir eso con Grietje.

Lunes 3 de junio

Evert: «Hace años que me lo temía: Sacha de Boer tiene el culo gordo». Es para demostrar que puede haber perdido unos cuantos dedos pero su sutil sentido del humor sigue intacto. En la tele no se veía bien, pero en las fotos de un artículo que aparece en una vieja revista de los ferrocarriles neerlandeses sobre Sacha se apreciaba claramente que Evert tenía su puntito de razón.

Ha llegado una carta del consejo de administración para todos los residentes sobre la «revisión» de la asistencia sanitaria en este y en otros centros. Cuando los administradores emplean esa palabra ya puedes irte con pies de plomo: revisar significa sobre todo recortar gastos y reorganizar.

De la carta: «La revisión de la asistencia sanitaria conducirá a la larga a una mejora de la calidad».

Sí, sí. Lo que se echaba en falta era el propósito de «devolver la residencia de ancianos a los ancianos». Nuestro primer ministro Rutte iba a devolver Holanda a los holandeses. ¿Han notado ustedes algo?

A pesar de que nadie pudo sacar nada en claro de la carta de la administración, las críticas estaban divididas. Las mismas palabras significaban para algunos el camino del infierno mientras que otros veían refulgir el paraíso en el horizonte. Nada de lo humano les es ajeno a los mayores.

Hay una cosa segura: al final todos los planes acabarán en un aumento de salario para los miembros del consejo de administración.

Martes 4 de junio

¿Cómo le va a la primera residencia de ancianos anarquista de Holanda? El centro de atención asistencial De Hoven en la localidad groninguesa de Onderdendam, un nombre digno de un trabalenguas. Hace dos años allí tomaron la decisión de anular todas las reglas durante tres meses a modo de experimento. ¿De veras? ¿Todas? Conociendo a la mayoría de los ancianos eso llevaría al asesinato y al homicidio y a bingo todos los días.

La directora de Onderdendam quería investigar si los miembros del personal y los residentes podían vivir sin reglas. El experimento «Cuidar sin reglas» estaba supervisado por dos científicos de la Universidad de Groninga.

He buscado por Internet pero no he conseguido encontrar nada sobre los resultados.

Me he acordado de ello porque en nuestra casa acaban de introducir la norma de que en las habitaciones solo pueden utilizarse lámparas de bajo consumo. El medio ambiente, eh.

He ido a ver al abogado Víctor a su casa para revisar el borrador de la petición para tener

acceso a la normativa y la reglamentación de nuestra residencia. Todo sonaba muy jurídico, tan jurídico que no acabé de sacar nada en claro. Inspiraba confianza. Fue una pena que Eefje no me hubiera acompañado, parece más perspicaz. No se encontraba bien.

A pesar de que eran poco más de las dos de la tarde, Victor me ofreció una enorme copa de coñac caro y un puro que fui fumándome con cuidado. Nuestro abogado parece la caricatura de un hombre notable y presuntuoso que representa su papel con entusiasmo. El teatro y la realidad se confunden bastante pero en este caso no se contradicen.

Miércoles 5 de junio

Esta mañana bien temprano la señora Visser ha tomado el microbús de Connexion con dos tazas sospechosas en el bolso para ir a Ikea de Ámsterdam Sudeste con la intención de exigir que le devuelvan su dinero. No eran las conocidas tazas Lyda-jumbo, que habían sido reclamadas por la tienda porque se les caía el fondo, sino otras tazas de Ikea que según ella «tampoco podían aguantar el agua caliente». Han pasado casi tres horas y la señora Visser aún no ha vuelto.

A la gente aquí no le gustan los riesgos. Si en algún lugar del mundo retiran algún artículo, examinan con cuidado todos los armarios de cocina para comprobar que no contengan ningún ejemplar del envase peligroso. Eso contrasta con el hecho de que la mayoría de la gente no se tome muy en serio lo de las fechas de caducidad. Tirar la comida es un pecado, ni que tenga una capa de moho encima. «¡Se rasca o se quita con una cuchara y el resto te lo puedes comer sin problemas!» No es casualidad que haya tantos casos de intoxicación por alimentos entre los mayores. Entretanto, en las cocinas de las residencias hay que controlar diariamente que la temperatura de la mantequilla esté entre cinco y siete grados.

Mientras desalojaban una habitación después de una defunción se ha marcado un nuevo récord: en la nevera había algo que llevaba diecisiete años caducado. Por lo demás, el cuarto del difunto estaba impoluto. Según los rumores, claro, porque es evidente que esas cosas no las dicen oficialmente.

Mañana volvemos a tener una salida. Hará un tiempo perfecto para abuelos: ni demasiado calor ni demasiado frío, poco viento y nada de humedad.

Jueves 6 de junio

Si ves a la guardia urbana de Ámsterdam —creo que hoy en día se llama policía de proximidad—, puedes estar bastante seguro de que el peligro no anda cerca. Huyen de las zonas conflictivas como de la peste. Así que con el buen tiempo suelen sentarse a diario en el banco de delante de nuestra residencia. Es probable que con el salario que cobran tengan toda la razón del mundo de evitar encontronazos con la chusma. Tampoco veo que los guardias en bicicleta detengan a ningún motorista que se ponga a setenta kilómetros por hora por el carril bici haciendo el ruido de un reactor militar. La guardia urbana transmite una lamentable indefensión. Su uniforme sigue siendo demasiado ajustado.

También podría ser peor porque hace un tiempo leí que en La Haya la mayoría de los vigilantes

de aparcamientos ponen una multa al día. Esos no trabajan a comisión. ¿Qué es lo que miran cuando hacen las entrevistas de trabajo?

¡Sí señor, ayer oí las primeras quejas por el calor! Aquí en Holanda hace siempre mucho bochorno, según el gordo Bakker. Hace tan solo dos días que cesaron sus quejas por el frío. A veces lo mataría.

Me he puesto mi mejor traje de verano. Tengo preparado un sombrero de paja anticuado. Quiero parecerme un poco a Maurice Chevalier. Después del almuerzo tenemos que encontrarnos en la puerta para la salida que ha organizado Graeme. Lleva días diciendo que con un tiempo tan fantástico no puede salir mal.

Viernes 7 de junio

A la 13:00 en punto arrancaron tres bici-taxis. A los pedales iban tres jóvenes fornidos para que no tuviésemos que compadecerlos. Uno de los chicos es amigo del hijo de Graeme y él se había encargado de arreglarlo todo. Nos ayudaron a entrar gentilmente y, con mucho miramiento, la caravana se puso en marcha. Yo estaba sentado junto a Evert, que enseguida se puso a cantar *En la carroza*. Todas las estrofas y estribillos. Canta como un viejo cuervo.

El trayecto nos llevó por Waterland: Zunderdorp, Ransdorp, Uitdam y Zuiderwoude. Preciosos pueblos antiguos que el tiempo no ha estropeado, pero que a juzgar por los caros triciclos de reparto que se veían por los caminos de acceso de las casas han sido colonizados por yuppies ricos de Ámsterdam.

Evert hablaba del pasado, de vez en cuando se oía una risa de los otros coches y en ocasiones Eefje nos hacía parar para observar alguna que otra ave de pradera. Reconocí la aguja colinegra que sale en la caja de cerillas pero me lo callé.

En Zuiderwoude hay una bodega de vinos. El dependiente ha desaparecido y en su lugar ahora hay un sumiller. Habían organizado para nosotros una degustación de vinos con un pica-pica. Según Edward, el pica-pica era insuficiente para beber mucho. En realidad después de probar el vino no hay que tragárselo sino escupirlo, pero nuestra adaptabilidad tiene un límite. Nosotros solo escupimos cuando estamos enfermos. Invitamos a los conductores a que degustaran el vino con la condición de que en el camino de vuelta no acabásemos todos en un canal.

De la colecta que hicimos allí mismo compramos dos cajas de vino. Todo fue, no se me ocurre una palabra mejor, superagradable.

Durante el camino de regreso estuvimos cantando un rato, pero al poco todos nos quedamos adormilados.

Nos dejaron en la puerta, como propina los conductores recibieron una botella del vino degustado y aprobado, y los despedimos con la mano alegremente.

Las cuentas de lo que ha costado cada excursión las hace al día siguiente, muy discretamente, el organizador de turno. ¿Caro? Digamos que una perfecta relación calidad-precio.

Sábado 8 de junio

Existe un autoexamen de alzhéimer. El nombre resulta un poco confuso, porque se trata de un test que sirve para descubrir si alguien tiene la enfermedad. Yo mismo lo he hecho y he obtenido el reconfortante resultado de: no padece alzhéimer.

Lo he encontrado porque durante la salida me estuve fijando un poco en Grietje. Se lo pasó muy bien, pero de vez en cuando parecía un poco distraída y en ocasiones la vi ligeramente sorprendida. No hace mucho que la conozco, así que no puedo hacer el test del alzhéimer por ella, pero sí que hay síntomas que apuntan hacia la demencia. Lo que ella misma me contó no es nada tranquilizador.

Pensar que lenta pero inexorablemente irás perdiendo la noción de la realidad; a diferencia de la rana que van cocinando despacio sin que se dé ni cuenta, eres penosamente consciente de tu propia degradación. Cada vez caes con más frecuencia en un agujero negro. Cada vez sales menos de ese agujero y sales con plena certeza de que volverás a sumirte en él. Hay tiempo de sobra para ver hacia dónde te lleva ese camino: a ser un pobre viejo desorientado, triste, asustado o furioso. Sin contar los pocos casos de dementes alegres. Al principio buscas frenéticamente lo que ya no existe; después babeas con apatía en una silla o en la cama, atado si eres un caso perdido, habiendo perdido toda la dignidad.

Pobre Grietje. ¿Qué puedo decirle para consolarla?

Domingo 9 de junio

La señora Suurman decidió secar sus zapatillas mojadas en el microondas. Las puso veinte minutos y después se fue a ver la televisión. Las zapatillas no quedaron demasiado bien y la alarma contra incendios se disparó.

No me extrañaría que la dirección aprovechara este incidente para prohibir los microondas.

La misma dirección ha anunciado en una carta que para nuestra propia seguridad pondrán cámaras en los pasillos. A muchos abuelos les ha parecido que eso era ir demasiado lejos. Hay quien ha dejado caer la palabra Gestapo.

«¿Se habrá vuelto completamente loca esa Stelwagen? ¡Cámaras! Seguro que es para averiguar quién va tirando bizcocho en el acuario o qué silla de ruedas no cede el paso al carro de la medicación de la enfermera.» Nunca había visto a Graeme reaccionar con tanta vehemencia. Él mismo se encargaría de estropear esas cámaras. A Evert le faltó tiempo para prestarle su colaboración.

Creo que la señora Stelwagen está tentando a la suerte.

La mayoría de los residentes no quieren que pongan cámaras de vigilancia en la casa, pero sí cámaras normales. Cuando la televisión de Ámsterdam viene para filmar a un centenario no saben qué hacer para llamar la atención y salir en pantalla. Los residentes que llevan años farfullando se ponen de pronto a cantar a todo pulmón. Las señoras que siempre están sentadas abajo con el mismo mugriento vestido gris se ponen un alegre vestido floreado y un sombrero festivo.

Por suerte, de los tres cuartos de hora que la televisión filmó la última vez se emitieron exactamente cincuenta segundos. Todo el mundo se sintió muy decepcionado, algunos hasta se ofendieron.

Lunes 10 de junio

Ayer fue uno de esos días de quedarme dormido cuatro veces encima del periódico y delante de la televisión y luego pasarme media noche en vela. Primero intenté dormir con un vasito de leche caliente con miel y luego me tomé dos somníferos.

Según los expertos en adicciones del instituto Trimbos soy uno de los novecientos treinta mil mayores de cincuenta y cinco años que recurre a las pastillas cuando no puede conciliar el sueño. Parece que hay muchos yonquis pululando por las residencias de ancianos. Son adictos a los somníferos con benzodiazepinas. ¡¿Cómo?! Benzodiazepinas. También sirven contra el miedo y las cavilaciones, con el peligroso efecto secundario de provocar fracturas de cadera. Más de diez mil, han calculado los expertos. Todos ellos abuelos que por las noches se despiertan medio atontados para ir al váter, tropiezan y se caen. Crac.

Martes 11 de junio

Ayer Evert era el anfitrión de la reunión del club. Tuvo una actuación muy discreta. Se le quemaron las frituras: las croquetas y los nuggets de pollo quedaron carbonizados. Tiene una campana extractora muy potente porque nadie olió nada. Olfatos viejos. La salchicha de hígado estaba caducada. Así que nos limitamos a comer queso y a beber en abundancia.

En ese momento, el reclamo para aceptar a Ria y Antoine Travemundi, los portentos culinarios jubilados de nuestra casa, fue demasiado clamoroso para desoírlo. Allí mismo y sin demora votamos todos a favor para que se convirtieran en los nuevos miembros del club Viejos-sí-muertos-no. Enseguida enviamos una delegación formada por Grietje y Edward para invitarlos. Vinieron al momento y se mostraron muy emocionados, nos dieron las gracias a todos efusivamente. A Antoine se le saltaban las lágrimas.

—Que hayáis llegado a verlo —dijo Eefje irónicamente.

Antoine asintió. Ria sonreía con cierta torpeza. Fueron a buscar rápidamente algunos quesos franceses, jamón serrano y salmón ahumado de su nevera para celebrar su recién conquistada membrecía.

—¡Os dais cuenta, por eso os hemos pescado!

No tocamos demasiados temas del club a la vez para así poder reunirnos a menudo. En esa ocasión se trataba de hacer una valoración de la primera ronda de salidas de nuestra agenda. Todo fueron elogios. Cada cual se volvió a su casa con más cumplidos.

Hemos hecho una nueva lista de salidas con las fechas previstas.

Finales de junio: Ria y Antoine (de momento como miembros aspirantes cuentan como uno).

Mediados de julio: Graeme.

Finales de julio: Eefje.

Mediados de agosto: Grietje.

Finales de agosto: *moi*.

Mediados de septiembre: Evert.

Finales de septiembre: Edward.

Sonaba bien: tenemos entretenimiento y distracciones hasta finales del verano.

Miércoles 12 de junio

Grietje ha venido a tomar café conmigo. No sin propósito. Se ha informado bien a través de su médico de cabecera y por Internet y ahora ya sabe con seguridad que está en un proceso de demencia.

«Por supuesto no estoy contenta con la situación, pero no hay nada que hacer. Voy a intentar aguantar todo lo que pueda.»

Me pidió ayuda para conseguirlo y dijo que también hablaría con otras personas, entre ellas los miembros de nuestro club. La condición es que seamos abiertos y sinceros con ella; nada de compasión fútil. Tuve que jurarle solemnemente que si se convertía en una losa o se ponía intratable la confiaríamos a los buenos cuidados de la unidad de atención especializada. Al oír esto último no pudo reprimir una risilla irónica. Sabía que no podía hacer nada más y se había reconciliado con la idea. Pero antes de rendirse estaba decidida a disfrutar de la vida con todas sus fuerzas como «persona cabal».

Sentí un nudo en la garganta y le prometí ayudarla en todo lo posible. Lo de «todo lo posible» le pareció un poco exagerado, pero: «Adelante, haré todo lo que pueda».

Estuvimos hablando de cómo podía concretarse esa ayuda pero no es tan sencillo. Seguiremos dándole vueltas al tema.

Jueves 13 de junio

A veces descubro en mis compañeros residentes una actitud ligeramente hostil. Sé que hablan regularmente de nuestro club. Somos «unos creídos», «unos ingratos» que despreciamos todo lo que se nos ofrece de entretenimiento.

«Muchos humos», eso es algo que también tenemos.

La decepción que algunos sintieron por no poder participar se ha convertido en envidia y resentimiento. Envidia y resentimiento que aquí tienen todo el tiempo del mundo para echar raíces.

Nunca hay que subestimar a los rencorosos, los intrigantes y los criticones. Acribillan a preguntas a los otros residentes más indulgentes o indiferentes o incautos con extraordinaria perseverancia. Empieza con detalles insignificantes pero a la larga pueden tener consecuencias más graves como el desprecio, la incompreensión y el odio. Cuando uno no tiene nada importante que hacer en todo el día, las pequeñas cosas se vuelven grandes. De alguna manera hay que pasar el tiempo, la atención debe centrarse en algo. Los rasgos desagradables del carácter buscan una vía de escape. A diferencia de lo que cabría esperar, con el paso de los años la mezquindad aumenta mientras que la tolerancia se va haciendo más pequeña. Viejo y sabio es más una excepción que la regla.

Ahora percibo cierta tensión. Oigo cómo tosen cuando me acerco. Las conversaciones se apagan. Intercambian miradas.

Esta mañana me he referido a ello mientras tomaba café con Edward y Graeme. Nuestra mesa

estaba llamativamente vacía. Ellos también lo han notado. No es agradable pero no podemos hacer más que aceptar las consecuencias.

Viernes 14 de junio

No va bien con el anciano más célebre del mundo, Nelson Mandela. Un día va un poquitín mejor y al día siguiente un poquitín peor. Probablemente sea con diferencia el héroe menos controvertido de los últimos veinte años. Pero hasta los héroes mueren. Los periódicos tienen todo el tiempo para ir preparando la necrológica. Los grandes de la tierra esperan que el entierro caiga en un buen día.

Por suerte Mandela lleva ya mucho tiempo sin aparecer públicamente, de modo que la última imagen que conservaremos de él será la de un hombre frágil pero digno y sabio. En eso precisamente radica su grandeza.

La junta ha anunciado que los residentes pueden inscribirse para la fiesta que la emisora Max organiza para sus miembros y que se hará en una sala que está aún por decidir.

«Los recibiremos esa tarde con una deliciosa taza de café o de té y alguna exquisitez», así que mal no puede salir. Otro elemento importante para un día redondo: tiene la posibilidad de ganar bonitos premios. Para rematar la fiesta saldrá a cantar Ronny Tober.

Hace un par de años la emisora Max hizo un tour en verano por las residencias de ancianos con un show itinerante. Joop van Zijl presentaba un concurso sobre la televisión de los viejos tiempos. Por entonces, además de Joop, el mayor atractivo para el público era el «pastel de la emisora Max».

Por suerte por entonces el show itinerante ya estaba completamente reservado. Esta vez la junta de residentes madrugó mucho para asistir a la fiesta. Todavía se desconoce dónde se hará. A lo mejor el autocar tendrá que ir a Groninga.

Sábado 15 de junio

Grietje, Eefje y yo hemos trazado un plan de alzhéimer para Grietje. Según los datos de «Alzhéimer Holanda» el setenta por ciento de la gente con demencia sigue viviendo en casa. Bueno, lo de «casa» no es del todo acertado en este caso, pero para Grietje es esperanzador que de momento haya pocas probabilidades de que la trasladen a la unidad de cuidados especiales. Con un poco de ayuda podrá seguir viviendo todo el tiempo en su propia habitación. El primer paso concreto es que cada mediodía uno de nosotros pase a verla para controlar que Grietje no haya metido al hámster en la nevera. Por lo demás hemos hecho listas, muchas listas. Una lista con nombres, funciones y números de teléfono. Una lista con cosas que hay que hacer diariamente y otra lista con cosas que no hay que hacer. Una lista de la compra. Una lista de «¿Dónde está cada cosa?» y una agenda detallada para cada día. La ayudaremos en lo que sea preciso. Si hay algo que no sepa o no entienda, lo escribirá y luego nos lo comentará. Si es urgente, que nos llame.

Nosotros leeremos también un libro sobre la demencia por si el sentido común no fuera

suficiente.

Había un montón de cosas concretas por hacer. Y una libra de anguila ahumada para comer encima de un viejo periódico. Con un vasito de vino blanco. Grietje es una buena anfitriona. Hemos quedado en que le daremos un toque si algún día nos da agua y pan seco.

Domingo 16 de junio

Existe un asilo para perros mayores donde los chuchos viejos, enfermos o tullidos pueden ir a pasar sus últimos días en un entorno familiar. Les ofrecen mucha atención individualizada, y si es necesario les proporcionan cuidados paliativos. La fundación Djimba es la que se encarga de gestionar lo uno y lo otro. En una foto que aparece en la web de Djimba sale el dibujo de un perro-guía que se ha quedado ciego y va con bastón y gafas oscuras. No me lo estoy inventando.

¿Deberían facilitar la asistencia a los perros en función de los presupuestos de los fondos caninos?

Hemos recibido respuesta a nuestra petición para acceder a todos los reglamentos, estatutos y documentos relevantes de la residencia. Me refiero a que han enviado un acuse de recibo que Víctor nos ha hecho llegar.

«Intentarán ganar el máximo tiempo posible —escribía nuestro abogado en la carta adjunta—, pero a vuelta de correo les he dado el 1 de agosto como fecha límite. Y de lo contrario he amenazado con llevarlos a juicio. He creído que lo mejor era sacar inmediatamente la artillería pesada. ¡No quiero que esos documentos sean de acceso público cuando todos nosotros estemos muertos o dementes!»

Buen trabajo, Víctor.

Es domingo por la tarde, día de visita. Los primeros hijos e hijas están tomando café con sus ancianos padres y madres. Se han cambiado los papeles: si antes eran los padres los que hablaban a los hijos con petulancia, ahora son los hijos los que les leen la cartilla a ellos. «¡A ver si te pones una camisa limpia el día que venimos a verte, y compra otra cosa que no sean las galletas de siempre!»

Lunes 17 de junio

«Eso será mi muerte», he oído afirmar categóricamente a bastantes personas. No sé hasta qué punto la gente puede mantener esa promesa. En cualquier caso hay un par a los que les refrescaré la memoria cuando llegue el momento. El torrente de rumores sobre el cierre de las residencias de ancianos inunda las conversaciones.

Según la consultora de empresa Berenschot, en los próximos años deberán cerrarse ochocientos setenta centros de asistencia para mayores. El número de nuevos clientes se reducirá mucho por el anunciado endurecimiento de las condiciones de acceso. La idea es que sigan viviendo en su casa hasta que ya no aguanten más y después vayan directamente a un centro de atención especializada. Mientras tanto, los abuelos que ahora están en las residencias de ancianos ya se habrán muerto. No

hay que ser ningún cerebritito para prever que se producirá un gran vacío. Y los gestores no esperarán hasta que se haya muerto el último residente para cerrar sus puertas, así que los viejecillos que queden serán trasladados.

Y eso será su muerte, anticipan algunas víctimas potenciales. Algunos ancianos están incluso convencidos de que tendrán que volver a vivir solos. ¡Peor aún!

El temor a ser trasladados es grande. Para quitarle hierro a la discusión el señor Bakker prefiere hablar de deportar. Pero ya verán como la mayoría de los residentes, en lugar de morirse, no querrán volver a salir nunca más después de instalarse en sus espaciosas nuevas habitaciones.

A mí no me importa mucho si vivo en esta casa o en otra que esté a dos kilómetros de aquí, siempre y cuando trasladen a mis amigos conmigo y durante los días de traslado nos ofrezcan un crucero por el Rin.

Martes 18 de junio

Me perdonarán que empiece hablando del tiempo, pero ayer hizo un bonito día de domingo: ni demasiado caluroso ni demasiado frío. Por la tarde fui a sentarme al parque con un periódico y un libro. Primero con Eefje, que se fue al cabo de una hora y luego con Evert, que llegó renqueando con su nuevo andador hacia la hora del aperitivo. En la cesta de la compra llevaba dos termos: uno con whisky y el otro con vino blanco. Del bolsillo interior salieron dos vasitos pulcramente envueltos en papel del váter.

—Estoy bebiendo menos —dijo—. ¡No, en serio!

Y al ver que yo seguía asintiendo comprensivo, añadió que ahora bebía cosas más caras. Y por tanto mejores. Eso me pareció muy sensato y verdaderamente había traído un vino blanco exquisito, que sabía un pelín a termo. Así estuvimos bebiendo en un banco del parque como dos mendigos bien vestidos hasta que volvimos juntos a casa, ligeramente sonrosados y tambaleantes. El andador iba en medio de los dos y cada uno lo agarraba con una mano. Esta mañana Edward ha comentado que desde su balcón ofrecíamos una estampa conmovedora. A lo mejor hay un hueco en el mercado para el andador a dúo.

Una vez en casa me he quedado dormido en el sofá y no me he despertado hasta las once. Una enfermera ha venido a echar un vistazo al ver que no me presentaba para cenar. Ha controlado que estuviera vivo, pero no le ha parecido que valiese la pena despertarme.

Miércoles 19 de junio

Con el calor la tasa de mortalidad de la gente mayor aumenta por encima de la media. El hombre del tiempo ha pronosticado treinta y tres grados. Espero llegar a la noche.

He ido a ver a Anja a la oficina para preguntarle si ya nos han descubierto. La directora estaba en un congreso sobre los cambios en la atención sanitaria, así que estábamos solos.

Hay un informe interno dedicado a investigar la procedencia de la petición de hacer públicos los estatutos y reglamentos de la casa. La directora ha comentado a la directiva sus sospechas de que detrás de todo esto haya «un grupo reducido pero contumaz de residentes insatisfechos». Esos

somos nosotros.

El consejo de administración se había sobresaltado por la amenaza de tener que enfrentarse a un juicio y había preguntado acerca de los posibles trasfondos. El hecho de que últimamente los gestores de los centros de salud aparezcan en los periódicos de forma involuntaria juega a nuestro favor: huyen de la publicidad negativa como de la peste. Por eso la orden que le han transmitido a Stelwagen es que haga todo lo necesario para evitar una escalada del problema. Ella ha prometido que se pondrá en contacto a la mayor brevedad con el abogado que ha presentado la petición.

Luego he estado hablando con Eefje sobre lo que deberíamos hacer con la información que nos ha dado Anja. Hemos decidido no revelar a nuestro abogado ni a los demás miembros del club quién es nuestra fuente para no cargarlos con una información peligrosa. No queremos que equiparen a nuestra Anja Appelboom con Julian Assange, Edward Snowden y Bradley Manning.

Debo reconocer que me estoy poniendo un poco nervioso.

Jueves 20 de junio

Ayer entraron a robar en la habitación de la señora Van Gelder. Salió llorando por el pasillo y lamentándose ante todo el mundo porque le había desaparecido el reloj de un cajón de su mesita de noche mientras estaba abajo tomando el té. Era un regalo de boda de su marido.

Eso siempre impacta.

El ladrón debía de tener una llave porque Van Gelder siempre cierra la puerta con llave.

Los residentes deben cerrar con llave sus habitaciones cuando salen. Se convirtió en una norma cuando un señor mayor desorientado entró en una habitación que no era la suya y se acostó a dormir. La legítima propietaria de aquella cama se pegó tal susto cuando retiró las mantas poco después, que se cayó y se rompió la muñeca.

A raíz de la desaparición del reloj las sospechas vagas y casi casuales dirigidas a diversas mujeres de la limpieza y cuidadoras se han vuelto incesantes. Por lo general cuanto más oscuro de piel, más sospechoso es uno. Y: «Tiene que haber sido un hombre, porque las mujeres no hacen esas cosas». ¿Les gustaría un curso de teoría argumentativa para mayores de setenta?

En cualquier caso, no contribuyó a mejorar el ambiente.

La directora no estaba contenta. Sé de buena tinta que el reloj le importa un pito, pero la reputación de la casa no.

Viernes 21 de junio

¡He llegado al verano! Aunque haga un tiempo otoñal.

—Tiempo de suicidio —ha gritado tres veces el gruñón de Bakker mientras tomábamos el té.

A la tercera vez Evert ha saltado: «Si quieres te acompaño al tejado». También se ofreció para guardarle la cartera.

El número de suicidios entre los mayores ha aumentado mucho en los últimos años, según afirman las estadísticas.

En esta casa no facilitan ninguna información sobre las causas de la muerte de los residentes

fallecidos. Así que el suicidio no existe. Estadísticamente hablando en los últimos años deben de haberse producido algunos suicidios, pero dar información al respecto solo contribuiría a inquietar a la gente o a darle ideas.

Ayer me sorprendió mi propia raquítica desnudez en el espejo del médico de cabecera.

En realidad los humanos son animales bastante feos y mal hechos. Salvo unas pocas excepciones, la gente se ve mejor con ropa que sin ella. Solo los niños están bien desnudos. Por otra parte, cuanto más viejo, más ropa habría que ponerse. Y cada vez más holgada. La fila de señoras periformes que cada lunes desfilan por el pasillo con sus mallas ajustadas de camino al gimnasio es desalentadora.

Pese a todas mis dolencias, el doctor valoró muy positivamente mi estado físico. No hay nada que hacer con las pérdidas. «Los pañales son su única opción. No tiene solución.»

La rima lo hizo más llevadero.

Sábado 22 de junio

El reloj de la señora Van Gelder ha aparecido. Una de las mujeres de la limpieza lo encontró entre la ropa mientras sacaba la colada de la lavadora. Ha quedado reluciente, pero ya no funciona. La señora Van Gelder sospecha que el ladrón se asustó y quiso deshacerse del reloj y por eso lo escondió dentro de la lavadora. Por qué iría alguien expresamente al cuarto de lavar para librarse de un reloj, eso no supo explicarlo. «¡Pero cosas más raras se ven por el mundo!»

Que ella misma hubiera puesto el reloj en el cesto de la ropa sucia por accidente quedaba totalmente «descartado».

A la honrada mujer que le había devuelto el reloj le dio cincuenta céntimos.

Mi médico me llamó la atención sobre Jan Hoeijmakers, el especialista sobre el envejecimiento que se ha marcado el objetivo de hacer que la gente viva muchos años pero sin achaques. Hoeijmakers es muy optimista y está consiguiendo bastantes resultados con ratones. Algo que ver con un mantenimiento extra en el ADN. Dentro de unos diez años quizá haya una píldora portentosa contra todos los males de la vejez.

Demasiado tarde para mí y para mis amigos, menuda jugarreta. No necesito llegar a los doscientos años, pero firmaría por estar un poco sano en la recta final.

Por otra parte, me he vuelto a olvidar de preguntarle a mi médico lo que opina de la eutanasia.

Domingo 23 de junio

Novedades sobre las reformas en la casa. La directora ha propuesto en una carta que se cree una comisión de residentes para aconsejar a la comisión de obras sobre todos los asuntos «que tengan que ver con la calidad de vida».

Al parecer existe una comisión de obra y todos los planes son bastante más concretos de lo que se había sugerido hasta ahora. La ilusión de la participación tiene que enmascarar algunas cosas.

Por una parte ha sido un alivio para muchos residentes: si van a hacer una profunda

remodelación de la casa es porque no van a cerrarla. Así que no tendrán que trasladarse. Por otra parte, si hay obras mayores significa que se tendrán que trasladar casi con toda seguridad aunque solo sea temporalmente. La presión arterial media puede subir peligrosamente solo de pensarlo. La inseguridad y el cambio son la condenación de cualquier abuelo. La señora Pot, una intrigante desagradable, no excluye que lo de las reformas sea para hacer limpieza. «Lo hacen aposta. ¡Habrá un montón de gente que no sobreviva!» Siempre hay un par de personas sentadas a la mesa que asienten en conformidad por absurda que sea la afirmación.

Una reforma considerable levantará mucho polvo tanto literal como figuradamente, así que adelante. Cuánta más acción, mejor. Quiero estar en la comisión que aconseje a la comisión de obras.

Siguiendo el consejo de Eefje, le he pedido a nuestro abogado Victor que pregunte concretamente por los planes de las reformas en un escrito adicional.

Lunes 24 de junio

La señora Aupers es nueva. Cada mañana mientras tomamos el café se pone a leer las necrológicas en el periódico. Siento curiosidad por saber quién será el primero en hacer algún comentario. No a todo el mundo le gusta comenzar el día tan alegremente.

Hay un par de residentes más que sienten fascinación por los muertos. Con cada defunción los oyes pensar: mira qué bien, a ese ya lo he pasado. Les gusta ver los nombres de viejos conocidos con una orla negra en el periódico, eso les da aún más satisfacción.

A mí solo me conmueven las esquelas de los niños. Me recuerdan a mi hijita. Los muertos importantes que tienen diez anuncios de todas las empresas por cuya junta directiva han pasado me dejan tan frío como deben de estarlo ellos. ¡Hala, bajo tierra con ellos! Ya veremos lo importantes que son ahí.

Nuestros nuevos miembros del club, Ria y Antoine, han alquilado la cocina y la sala del centro cívico para el próximo viernes. Me dejaron una bonita invitación en el buzón para celebrar una cena de bienvenida con motivo de su ingreso en el club.

En la invitación también pedían que pensáramos en intermedios entre plato y plato tales como discursos, historias o canciones. Casi oigo crujir mis viejos sesos.

He llevado a la tintorería mi esmoquin, hace veinticinco años que no me lo pongo, y mañana iré a comprarme una camisa nueva.

Martes 25 de junio

Cuando la señora Aupers no lee las necrológicas, se lamenta sobre su gato, que tuvo que mandar a la perrera. No hacía mucho que le habían clavado tres mil quinientos euros por el animal; algo que ver con una complicada operación de una de las patas traseras, que tenía destrozada. El veterinario se embolsó los ahorros de la señora Aupers con una sonrisa. A pesar de todos sus lamentos, me dio pena. Quería mucho a ese gatito. Pero en fin, aquí las reglas son las reglas:

prohibido tener mascotas. Solo por eso ella hubiera preferido seguir viviendo en su casa, pero sus hijos se lo impidieron. Ya habían tenido bastante de hacer las veces de cuidadores voluntarios.

La dependienta del C&A no estaba dispuesta a esforzarse mucho para que les comprara una camisa. La mustia señora que iba enfundada en un traje de trabajo demasiado justo me señaló con aire aburrido un par de cajas a unos diez metros de ella.

—Ahí están.

—Le agradezco muchísimo su amabilidad.

El comentario provocó primero una mirada de sorpresa que se convirtió en irritación.

En la tienda Vroom en Dreesmann el servicio no fue mucho mejor. Los hombres mayores e ignorantes no son muy apreciados como clientes. Al final, compré una camisa azul celeste un poco a boleo que ha resultado ser demasiado grande. Mañana me tocará volver. Me parece que el personal de la tienda tampoco se mostrará entusiasmado por la gente mayor que va a cambiar su compra.

Miércoles 26 de junio

Evert no está bien. Esta mañana ha ido a hacerse un control al hospital y querían quedárselo ingresado. Con el pretexto de tener que asistir a un funeral, lo ha pospuesto hasta el lunes.

«Ya me he inventado unos cuantos funerales en mi vida —dijo—, cuando llega el momento no se me ocurre nada más. Y mientras que no utilices lo del funeral más de tres veces con la misma persona no se atreven a tomarte por embustero.»

No es que un par de días de retraso supongan mucho cambio, él también lo sabe, pero le da un poco de tiempo para prepararse mentalmente para una nueva operación. Y no quiere perderse la cena del viernes en el centro cívico.

Estaba un poco hecho polvo cuando pasé a verle. Tenía una taza de té en la mano, eso tampoco levanta el ánimo. Cuando se lo comenté me dijo que llevaba una gotita de ron. Había algo de esperanza.

Se lo hemos dicho juntos a *Mo*, que ha levantado una oreja y se ha tirado un pedo cuando ha oído que la próxima semana volverá a quedar bajo mi custodia.

El plan de la directora de poner cámaras había ganado mucha popularidad con la conmoción que se produjo a raíz del robo del reloj, pero volvió a caer en los sondeos después de que resultara que el reloj había ido a parar a la lavadora por accidente. Anja me contó que Stelwagen casi sentía que no hubiera sido un robo. Hasta aquí las noticias de nuestra mujer en el frente.

Jueves 27 de junio

Los ancianos son a veces muy marranos. Llevan el impermeable lleno de manchas y el cuello de la camisa mugriento. No se dan cuenta o ya no les importa. Sería un pecado tirar el dinero en una nueva chaqueta si ya no tendrán tiempo de desgastarla. Así que se ponen vestidos y trajes que tienen cuarenta años, zapatos desastrosos y calcetines con agujeros. El principio de la pérdida de

la dignidad. Si su aspecto les importa un rábano, tampoco tienen que preocuparse mucho por el hecho de comer como los cerdos, rascarse desvergonzadamente en la entrepierna o lavarse el pelo una vez al mes. «Si se me han acabado las bragas limpias pues me pongo la que está menos sucia un día más», comentaba sin el menor pudor una de las residentes a la hora del café.

Por suerte también hay damas y caballeros que van limpios, huelen bien y visten con elegancia. Eefje, Edward, Ria, Antoine, y yo mismo a pesar de mi problema de incontinencia. Viejos alegres y presumidos, bien vestidos, perfumados y peinados.

Me gusta ir cada dos meses a cortarme el cabello y dejar que me laven dos veces los cuatro pelos que aún me quedan en la cabeza.

—Bueno, ¿cómo querrá que se lo corte?

—Me gustaría un corte moderno. No tengo ninguna prisa.

—En ese caso me tomaré mi tiempo para que quede bien.

Voy a la misma peluquera desde hace años y esa pequeña conversación nunca cansa.

Viernes 28 de junio

Es 28 de junio y las estufas están ronroneando alegremente. Es una forma de hablar, porque aquí tenemos calefacción central. En la mayoría de las habitaciones el termostato está como de costumbre, a los veintitrés grados permitidos y ya he visto el primer abrigo de invierno camino de la salida. Ayer, en el momento más caluroso del día, teníamos catorce grados en el exterior.

Hoy apenas voy a comer para prepararme para nuestra cena en el centro cívico. No me cuesta mucho: las ganas de comer van disminuyendo a medida que te haces viejo. A veces tengo que obligarme a mí mismo a tragar algo. Por suerte ahora tenemos desayuno bebido, que en caso necesario también puede utilizarse como almuerzo bebido. Eso me ahorra masticar sin ganas. La salud de Evert tampoco contribuye a aumentar mi apetito.

Mi viejo esmoquin me queda un poco grande, pero está perfectamente planchado. Al final todo salió bien con la nueva camisa. Cuando fui a cambiar la que me venía grande, una simpática dependienta marroquí me ayudó a averiguar las medidas del cuello y el largo de manga y pescó la camisa de la talla adecuada.

Al final me veo bastante atractivo, aunque me esté mal decirlo.

También me compré una colonia. Probé unas cuantas en la mano pero pronto se convirtió en un popurrí de olores irreconocible. No se hace así, lo mejor es rociar un poquito de perfume en un papel especial. Al final la dependienta escogió algo que en su opinión se adaptaba perfectamente a mí. Y a mi bolsillo.

Sábado 29 de junio

Me quito el sombrero ante Antoine y Ria del restaurante temporal *Chez Travemundi*. Hacía años que no comía tan bien. ¡Seis platos! Servidos con calma, en porciones perfectas para abuelos y en excelente compañía. Una velada magnífica. Estuvimos de las cinco a las diez sentados a la mesa, cantamos mientras fregábamos los platos y luego volvimos a casa juntos dando traspiés. Por suerte

fui prudente con la bebida, de lo contrario en este momento estaría en situación de muerte cerebral.

Después del cóctel de bienvenida Evert tomó la palabra. En un discurso entusiasta habló de los placeres de la vida y de las alegrías de la amistad. Se lo había trabajado. Para concluir anunció como de pasada que el lunes se iría a pasar unos días de vacaciones al hospital y mencionó las horas de visita.

«Al que malgaste una sola palabra con eso esta noche le tiro este carpaccio de langostino a la cabeza.»

Se produjo un silencio.

Entonces Graeme propuso un brindis por Evert y se rompió el hechizo.

Ayer por la noche hubo más bellos discursos, cantamos y recitamos e hicimos un pequeño concurso sobre la comida. Es una pena que me haya vuelto a olvidar de un montón de cosas.

Hoy empieza el Tour de Francia. Durante tres semanas estaré bien ocupado por las tardes. Me encanta: eternas retransmisiones en directo por la tele. Las primeras horas prefiero los comentarios belgas y hacia el final de la etapa, cuando la cosa se pone más interesante, sintonizo Radio Tour de France con las imágenes de la tele.

Domingo 30 de junio

Voy por la mitad del cuaderno. Hoy se cumplen los primeros seis meses. Solo me he saltado cinco o seis días por enfermedad. Está muy bien ¿no?

No es tan sencillo. Los temas no siempre se me ocurren espontáneamente y tengo que elegir con cuidado mis palabras. Pero el deber de escribir me agudiza la vista y me hace estar más atento. Cuando alguien dice algo remarcable tengo que recordarlo, precisamente ahora que la memoria es uno de los eslabones más débiles de esta birria de cuerpo. Un bloc de notas es una solución, pero no puedo utilizarlo demasiado abiertamente. Las miradas curiosas acechan por todas partes.

«¿Qué es eso que estás escribiendo sin parar, Hendrik? Déjame verlo.»

«Estoy trabajando en mis memorias. Todo el mundo las podrá leer cuando las acabe.»

Entonces por lo general quieren saber si ellos también salen y yo asiento sea quien sea la persona. «¡Pero solo digo cosas buenas, eh!», añadido en tono tranquilizador. Se alegran de oírlo, aunque me tomen por un fanfarrón con mis memorias.

Me he convertido en un espectador un poco angustiado del Tour de Francia. El año pasado y el anterior se produjeron tantos amontonamientos de ciclistas maltrechos sobre el asfalto, siempre con un par de holandeses debajo de todo, que hizo que se resintiera el placer de ser telespectador. La primera etapa no dio muchas esperanzas de mejora. El primero que vi cómo daba con sus huesos en el suelo fue el gafe nacional, Johnnie H. Por suerte lo hizo sobre una valla publicitaria y no un alambre de espino. Después hubo otras dos caídas impresionantes.

Una pena que el autobús que se había quedado atascado bajo el arco de la meta fuese desalojado de allí justo a tiempo, de lo contrario habría provocado un bonito escándalo.

Lunes 1 de julio

Evert ha salido esta mañana en taxi en dirección al hospital. Acabo de llamarle. Estaba esperando al cirujano que lo operó la vez anterior.

«No es que sea mi mejor amigo, pero uno no puede elegir a su médico.»

El libre mercado no funciona con los médicos. No si es el seguro el que paga. Por supuesto si te llamas Beatrix la cosa cambia. Por cierto, me pregunto si solo tendrá un seguro complementario.

Un belga desconocido que jamás había ganado algo importante logró mantenerse diez metros por delante del pelotón que iba pisándole los talones y ganó la etapa del Tour de Francia. Aunque no te guste el ciclismo, te alegras de que Pulgarcito acabe ganando al gigante o David a Goliat. Me gustan los que tienen pocas posibilidades de ganar. Si no se hacen los mártires cuando pierden, claro.

Grietje se ha escrito una carta a sí misma y la ha colgado en la puerta del armario de la cocina. En ella se explica que tiene alzhéimer y esboza cuáles son los posibles problemas que puede acarrearle. Se da consejos y ánimos para cuando ya no pueda tener las cosas en orden. Concluye diciendo que «el orden tampoco lo es todo. Con cariño, Grietje». Me emocionó la forma en que se despedía de sí misma. Está llevando su enfermedad de manera original.

Mientras estaba conmigo se preguntó cómo reaccionaría al leer su propia carta. Para cuando yo sepa la respuesta es muy probable que ya no se la pueda explicar. Una situación surrealista.

Martes 2 de julio

Evert teme perder como mínimo otros dos dedos. El cirujano parecía bastante indeciso.

«¿No está usted satisfecho con el resultado de su trabajo anterior?», le había preguntado Evert.

Bueno, el doctor no querría formularlo así. Prefería hablar en términos de complicaciones imprevistas. Todavía tiene que nacer el primer médico que reconozca espontáneamente haber cometido un error. Puedes seguir viviendo si al panadero se le quema el pan, pero si el cirujano te amputa la pierna equivocada... entonces es que la enfermera se equivocó al hacer la crucecita en el formulario. Las torres más altas caen abatidas por el viento, pero siempre se aseguran de tener un buen seguro contra tempestades y huracanes. Si algún pez gordo es barrido por el viento, reaparece de inmediato en otro lugar. Conservando el salario.

El jueves operarán a Evert. Hasta entonces lo tendrán como relleno de cama. Espera que el cirujano no sea un hombre rencoroso y use un cuchillo romo para la operación.

Me he quedado con mal cuerpo después de nuestra conversación telefónica. Mañana iré a hacerle una visita. A petición de mi amigo tengo que llevarle de nuevo una botellita de agua mineral con Bols.

También le llevaré un par de tarjetas de pronta mejoría de algunos residentes. Esos viejos roñosos quieren ahorrarse el sello.

Miércoles 3 de julio

Esta mañana he ido al hospital. Difícil. Hay que transmitir un poco de optimismo, pero resulta imposible cuando se está tan desanimado como yo.

Sería un pésimo payaso de hospital.

Para consolarme diré que en comparación con la otra visita yo era un sol. Dos camas más allá había una mujer que había ido a visitar a su marido recién operado. Se pasó media hora hablando exclusivamente de ella y sobre todo de sus dolencias. Le dije lo que antes jamás me habría atrevido a decir:

—¿No sería mejor que le cambiara usted el puesto?

Eso animó visiblemente a Evert, pero la mujer se limitó a mirarnos con desconfianza y sin entendernos.

—Mi amigo se refiere a que en realidad tu uña encarnada es mucho más grave que la operación a corazón abierto de tu marido y que por lo tanto harías bien en meterte en su cama —aclaró Evert sin inmutarse.

—Métanse en sus asuntos.

Además del autocar que se quedó atascado en la línea de meta, el Tour se ha escapado de un desastre mayor. Una de las repeticiones por la tele mostró hacia el final de la tercera etapa a un perrito blanco, el hermano gemelo del *Milú* de Tintín, cruzando la carretera justo delante del pelotón que se acercaba a toda velocidad. Si hubieran hecho trizas al perrito el Tour habría ganado de pronto un interés general en nuestra casa, sobre todo entre las señoras. Las fracturas de huesos y las conmociones cerebrales de decenas de ciclistas no compensarían por la muerte del precioso perrito. Una y otra vez la gente miraría horrorizada la repetición a cámara lenta.

Jueves 4 de julio

Según la prognosis, Evert se despertará a las siete de la tarde en la sala de reanimación. Suena muy dulce: sala de reanimación. Quedamos en que me llamaría en cuanto estuviera en condiciones de hacerlo. Va a ser un día muy largo.

Maarten van Roozendaal ha muerto. Jamás había oído hablar de él. Estamos en un rincón alejado de la sociedad al que no llega nada. Somos buenos sobre todo en hablar de las mismas viejas historias una y otra vez.

Grietje me prestó un CD de Van Roozendaal. Me dijo que escuchara la canción *El final tardío*.

Jamás había oído una canción tan hermosa sobre la vejez. Le pregunté a Grietje cómo podía escuchar una canción así teniendo principio de alzhéimer. «Por absurdo que parezca me da tranquilidad. O mejor dicho: resignación. Pero conservo la energía.»

El presidente egipcio Morsi ha sido depuesto después de que el ejército diera un golpe de Estado. Bueno, un golpe de Estado... «El ejército ha decidido orientar personalmente el proceso de transición», aclaró Timmermans, nuestro ministro de exteriores.

«No, agente, yo no he robado nada. Sencillamente he decidido orientar personalmente el proceso

de transición de la propiedad.»

Tampoco nuestra directora hace recortes, sino que se limita a orientar los procesos de transición.

Viernes 5 de julio

Esta mañana a las nueve he recibido una llamada de Evert. Le han amputado la pierna por debajo de la rodilla.

Hoy no me sale escribir.

Sábado 6 de julio

Me he obligado a mí mismo a escribir de nuevo. Me hace bien. Después de confiar algo por escrito al papel, o en este caso, al ordenador, puedo tomar cierta distancia y me siento más dócil. También es mejor para las personas que están a mi lado.

Ayer por la tarde fui a ver a Evert bastante emocionado. Él ya había superado en parte el mal trago. Me confesó que el jueves por la noche estaba bastante hundido.

«Voy a intentar mover el pie, pensé, pero ya no tenía pie. Andará entre otros despojos. No tuve valor para llamarte, Henk. Antes tenía que asimilarlo yo mismo.»

Le dije que lo comprendía y que ya me lo había temido al ver que no me llamaba.

Para demostrar que seguía siendo el de siempre, Evert se preguntó si a los musulmanes tenían que operarlos también halal, o sea sin anestesia.

Temo que la cosa no se limite a media pierna y que a mi amigo se le vaya muriendo otro trozo de pierna o de brazo antes de que el resto le siga inevitablemente.

Los pequeños acontecimientos de esta casa, las conversaciones a la hora del café, me traen sin cuidado.

Me apoyo un poco en Eefje. Ella se mantiene sobria, fuerte y a la vez cariñosa y comprensiva. Me levanta el ánimo durante las visitas que nos hacemos a diario. Empiezo a estar más encariñado con ella de lo normal.

Domingo 7 de julio

Aquí no hay casi nadie que salga de vacaciones.

¿Debería tantear si hay interés en hacer uno de esos *Tour de vin*? (No confundir con el *Tour de Rhin*. Al pensar en esto último me imagino una colorida fila de enfermos y dependientes en la pasarela de un barco, empujados por alegres monitores.)

Debería ser posible alquilar un microbús cómodo para un pequeño grupo e ir, por ejemplo, a la región de Champaña y alojarnos en un bonito *château*. Comer y beber bien, ir a un par de degustaciones, visitar alguna catedral perdida y no tener a viejos quejosos o gruñones alrededor. Tiene que ser apto para sillas de ruedas.

La idea de ir de vacaciones se me ocurrió porque después de las desgracias de los últimos días

sentí la necesidad de hacer algo positivo. Iré a comentarle a Eefje qué le parecería hacer unas cortas vacaciones con nuestro club.

Esta noche hablaremos de cómo podemos ayudar a Evert. Nosotros, o sea Grietje, Eefje, Graeme, Edward y yo. Ria y Antoine tenían entradas para ir al teatro. Querían quedarse en casa para asistir a la reunión pero hemos conseguido impedirselo. Ria se empeñó en prepararnos algunos tentempiés que le dejaría a Edward. Por quedar bien le dijimos dos veces que no hacía falta. «Pero por supuesto nos encantaría», dejó caer Graeme justo a tiempo y, a partir de ahí, fue cosa hecha. Graeme sonrió.

Lunes 8 de julio

—Va usted adelante —le había dicho el médico.

—La verdad, con una sola pierna resulta bastante difícil —le contestó Evert.

Esta mañana he ido a visitarlo. Dentro de un par de días lo trasladarán a una clínica de rehabilitación donde permanecerá unos diez días más. Si todo va bien, después lo dejarán volver a casa.

Edward se encargará de conseguir una silla de ruedas eléctrica. Eefje tiene buenos contactos en los servicios de asistencia domiciliaria y solicitará ayuda doméstica. Graeme le pedirá consejo al doctor sobre los cuidados médicos. Grietje le hará las compras. «¡Pero quiero una lista clara, eh! Ya no puedo recordar las dos cosas que tengo que comprar para mí.» Ria y Antoine le prepararán la comida y yo me ocuparé del perro. Fíjense, eso sí que es un sistema informal de cuidados.

Se trata de resolverle algunas cosas durante los primeros días tras su vuelta a casa hasta que tenga tiempo de ver cómo puede solucionar los problemas que le plantea la falta de media pierna. El objetivo final es que pueda seguir viviendo en el piso tutelado en el que está. Todos estábamos de acuerdo: si Evert se trasladara a nuestra unidad estallarían una guerra entre él y un buen número de residentes. Una situación en la que todas las partes saldrían perdiendo.

Nuestras medidas no eran superfluas. Anja nos dijo que la vivienda tutelada de Evert figuraba en una lista de pisos que iban a quedarse disponibles dentro de poco. Nuestra soplona no sabía quién lo había incluido.

Martes 9 de julio

Una moto que iba a una velocidad de cuarenta kilómetros por hora chocó contra el lateral del Canta de la señora Groenteman. En defensa del joven de la moto hay que decir que Groenteman iba circulando por la carretera y de pronto decidió cruzar por el paso de cebra. Es un pequeño milagro que no haya habido heridos. Bueno, probablemente no haya nada que hacer con el Canta. El chico de la moto salió volando por encima del coche pero solo se ha hecho algunos rasguños. La señora Groenteman gemía como si fuera a morir pero al final lo único que se le trastocó fue el peinado.

La crónica del testigo ocular corrió a cargo del señor Elroy (el de la cabeza de alce) que nos ofreció un sabroso relato a la hora del té.

Groenteman opina que tiene un argumento contundente sobre la cuestión de la culpabilidad. «Todo lo que cruce un paso de cebra tiene prioridad», aseguró categóricamente. Por suerte tiene un seguro a todo riesgo.

Muchos residentes están asegurados para todos los riesgos habidos y por haber. «Porque nunca se sabe...» Con todas las cuotas que se pagan aquí en seguros de decesos habrían podido comprarse fácilmente un cementerio propio de tamaño mediano.

Las personas muy mayores, vayan en el vehículo que vayan, aunque no supere los cinco kilómetros por hora, son un peligro en la calle. O en el supermercado. Van con sus scooters como si condujesen un camión con remolque en plena calle comercial un sábado por la tarde. De repente el chisme empieza a irse solo para atrás...

Pero eso no impedirá que dentro de poco yo también ponga en peligro calles y plazas con mi propia scooter.

Miércoles 10 de julio

Una señora concejala de Hengelo, aunque también podría ser Almelo, opina que la asistencia a los mayores dependientes debería quedar en manos de los desempleados que cobran el subsidio de desempleo. Así los cuidadores ya se pueden ir al paro.

En vez de una profesional diplomada viene un obrero de la construcción a meterte bajo la ducha y lavarte el culo. De ese modo se alcanzaría un nuevo mínimo en el respeto hacia los mayores. Por suerte, muchas personas concluyeron en que la mujer que había hecho la propuesta sin pestañear era muy tonta. Pero si dejaran que las cuatrocientos ocho municipalidades de Holanda tuvieran su propio sistema de asistencia para mayores y dependientes sería como ir buscando accidentes, despilfarro y desgracias. Concejales tontos los hay en todas partes.

Ya pueden formar la comisión parlamentaria de investigación.

En muchos de lugares de Alemania una parte de los cuidados que se ofrecen a los dependientes —como hacer la compra, llevarles comida caliente y solucionar el tema del transporte— recae en otras personas del *ruhestand*: los jubilados en buen estado de salud. Estos se hacen pagar en horas de cuidados de las que podrán beneficiarse más tarde, cuando ellos mismos tengan alguna que otra necesidad. Para eso se necesitará tener continuamente a nuevos jubilados jóvenes y eso puede convertirse en un problema dado el alarmante envejecimiento al que se enfrenta Alemania.

Además: aparte de eso los cuidadores profesionales seguirán realizando su trabajo especializado remunerado. ¡Faltaría más!

Jueves 11 de julio

Esta mañana he ido con el microbús al centro de rehabilitación para visitar a Evert. Parecía estar a gusto allí. «Pero aquí hay que trabajar en serio. Todos, además, porque aquí estoy rodeado de inválidos parciales o totales. Pero en términos ciclistas: la moral está alta.»

Los médicos y los fisioterapeutas le han prometido a Evert que en ocho días se las arreglará para poder salir por la puerta por sus propios medios. Una bonita meta por la que esforzarse y

Evert lo está poniendo todo de su parte. Me contaba que se ha marcado un estricto racionamiento a cumplir de cuatro bebidas ilegales al día.

Echa de menos a *Mo*. Tengo la impresión de que el sentimiento es mutuo, a pesar de que es difícil verlo por el mínimo esfuerzo que hace *Mo* para pasar el tiempo en los días calurosos. Jamás había oído gemir tanto a un perro al levantarse. Una vez que consigue salir, decir que «arrastra las patas» es una expresión que sugiere demasiado movimiento. Siempre es así, pero me da la sensación de que ahora *Mo* va un poco más lento aún. Tengo que esperarlo regularmente cuando lo saco de paseo y eso ya es decir.

Ayer por la tarde nos reunimos para hablar de la próxima salida del club. La cuestión era si debíamos aplazarla, en contra del deseo expreso de Evert, o seguir adelante con ella. Decidimos hacerla a pesar del hecho de que los ánimos están un poco tocados. No queremos que la ira de Evert caiga sobre nosotros.

«De acuerdo, pero si la hacemos, la haremos bien», dijo solemnemente Graeme, el próximo organizador. Se hizo un poco el misterioso y nos preguntó si teníamos fobia al contagio o si todos estábamos vacunados contra enfermedades tropicales. Eso devolvió rápidamente los ánimos al club Viejos-sí-muertos-no.

Viernes 12 de julio

He tanteado con cuidado si había interés en hacer un viajecito este verano con el club. Primero se lo dije a mi amiga Eefje, por supuesto. Si ella lo consideraba una causa perdida ya no tenía sentido seguir malgastando energía en el asunto. Pero después de permanecer largo rato pensativa (con lo que me puse bastante nervioso), se mostró entusiasmada.

—Jamás se me habría ocurrido pensarlo, pero quizá sea una muy buena idea —comentó con cautela—. Déjame que me haga un poco a la idea, Hendrik.

Le pregunté cuánto tiempo era «un poco».

—Estaba pensando en dos medias jornadas. ¿Tienes tanto tiempo?

Nos queda poco tiempo, pero tenemos todo el tiempo.

Deberíamos darnos prisa pero ya no hay casi nada por lo que valga la pena apresurarse.

Las muy falsas hermanas Slothouwer han volcado casi por accidente un jarrón con crisantemos encima de la señora Van Diemen. Edward vio cómo sucedía y jura que lo hicieron aposta. Las hermanas le tienen manía a Van Diemen, y a cualquiera que haya hecho algún comentario sobre su comportamiento asocial. Se meten siempre con los más débiles. Son un par de desequilibradas sanguinarias. Se armó un buen follón cuando el lobo volvió a Holanda, pero por aquí hay un par de hienas rondando desde hace años. La directora lo contempla con impotencia. No dispone de demasiadas medidas de presión para la conducta sádica. No se les puede dar una patada a las señoras Slothouwer, por ejemplo. En ese caso tendríamos la prensa en la puerta al instante: ¡Hermanas ancianas (87 y 85) maltratadas! El titular jamás diría: ¡Hermanas ancianas (87 y 85) maltratadas MUY MEREcidAMENTE!

Sábado 13 de julio

Ayer por la tarde fui a visitar a mi mujer. El centro psiquiátrico está en Brabante. Un viaje de dos horas. Tiempo de sobras para pensar en cómo fue.

No sé si me reconoció, pero creo que sí. Hacía buen tiempo, dimos un pequeño paseo cogidos del brazo por el precioso jardín. Como siempre, me conmovió. No había mucho que decir. A pesar de que apenas es posible el contacto, hay un profundo sentimiento de unión. Hermoso e intensamente triste a la vez.

Domingo 14 de julio

A pesar de las circunstancias Evert va mejorando. Se está recuperando de prisa. «Ya me he caído tres veces.»

Está aprendiendo a andar con muletas y mientras tanto le están haciendo una prótesis, pero solo se la podrán poner cuando se le haya curado del todo la herida.

Según dice ha dejado la bebida casi por completo. «En realidad solo bebo para acompañar.»

Cuando fui a visitarlo ayer me preguntó si me apetecía acompañarlo una semanita a Brabante. Su hijo lo ha invitado a pasar con él la segunda semana de agosto en Uden.

—Creo que lo hace un poco por obligación —añadió Evert—. Se siente culpable porque apenas se ha ocupado de mí durante años.

Evert no se lleva demasiado bien con su limpiísima nuera y cree que si yo lo acompañé durante esta semana, le hago compañía y mantengo un poco el buen ambiente tal vez salga todo bien.

—Mi nuera no solo es muy limpia, también sabe cocinar muy bien y, si les insistimos con cuidado, nos invitarán un día al parque de atracciones de Efteling. Subimos juntos a la montaña rusa —concluyó su discurso promocional.

He accedido. Una semana me parece un poco largo, así que lo hemos dejado en cinco días. Me acaban de caer unas pequeñas vacaciones del cielo.

Lunes 15 de julio

«Los mayores de noventa años son más espabilados», decía el titular de *Trouw*. ¿Más espabilados aún? Pues sí. Una investigación danesa.

Se refiere a que tienen una mayor agudeza mental y cognitiva, o sea mejor cabeza. El cuerpo no va progresando. Han hecho una serie de comparaciones con cómo estaban las cosas doce años atrás. Si esa proyección se mantiene todavía me quedarían unos doce años. Resurge la esperanza para los octogenarios.

Les he preguntado a los otros miembros de nuestro club si estarían interesados en hacer juntos unas pequeñas vacaciones. Han reaccionado con entusiasmo. Solo Grietje se reserva una puerta abierta. «Dependerá un poco de cómo esté por entonces, dijo, porque me estoy dando cuenta de que cada vez me desorienta más en entornos que no conozco.»

Por supuesto me hago perfecto cargo. Hasta ahora Grietje está llevando su demencia con la

elegancia de una equilibrista. Va sorteando hábilmente los agujeros que surgen en su memoria en momentos inesperados y se toma su inseguridad con desenfadada ironía. «De momento», me dijo cuando se lo comenté.

Por lo que respecta a nuestro viaje de vacaciones nos inclinamos más por septiembre; más barato y más tranquilo. Seguimos siendo mayores holandeses, claro. Y preferiblemente que no esté muy lejos. Se propuso el destino turístico por excelencia de la tercera edad: Luxemburgo. También se mencionó Maastricht. «Eso sí, habrá que asegurarse de que la orquesta de André Rieu no ande cerca», dijo Eefje. Soy tan calzonazos que no le dije que en realidad a mí me gustaría verles tocar.

Martes 16 de julio

«Yo ya no estaré aquí para contarlo» no es una apuesta demasiado arriesgada para las personas de noventa años que están en su habitación esperando la muerte.

A muchos, los grandes acontecimientos les pasan desapercibidos. Solo captan los pequeños sufrimientos. «Habrá premios peores en el bingo si Grecia quiebra», fue el análisis que la señora Schouten hizo de la crisis del euro.

A la gente que se ha pasado la vida mirando cada céntimo no le cabe en la cabeza que la deuda pública de Estados Unidos pueda ascender a miles y miles de millones de céntimos. A otras personas tampoco. Solo hay unas decenas de millones de personas en el mundo que no pasen hambre y tengan agua potable. Y los americanos tienen un descubierto de un billón de euros y van tomando prestados regularmente unos cincuenta mil millonitos más.

Me he propuesto estar en números rojos cuando me muera. Todavía no es tan sencillo. Aún me quedan unos ocho mil euros en mi cuenta bancaria, pero tampoco sé cuánto tiempo tienen que durarme. De momento tengo la intención de animar la economía holandesa con un dispendio extra de mil euros anuales. Si no salimos de la crisis no será por mí.

Miércoles 17 de julio

Estás abajo tomándote un café, te sientes algo deprimido y a tu lado oyes: «Y entonces fui a la panadería, pero llegaba tarde porque antes había ido al callista y le pedí medio pan integral cortado, pero al panadero solo le quedaba pan de molde, la verdad es que a mí no me va mucho la corteza, pero en fin, algo hay que comer y normalmente siempre tengo bolsitas en el congelador con algunas rebanadas de pan pero mi nieto se las había ventilado todas, las seis, mira que come ese chico...».

«Pues para eso el mío. Se zampa ocho crepes con melaza, y tiene que ser la de la marca Van Gilse porque las otras no le gustan tanto. Caray qué bochorno hace siempre aquí.»

«Es que antes no había congeladores de esos, en mi casa siempre había que gastar primero el pan viejo, así que nunca comíamos pan del día porque mi madre siempre compraba demasiado pan, por si acaso, y solo se lo dábamos a los patos cuando ya tenía moho.»

Torrentes inagotables de palabrería estéril que lo invade todo como la maleza asfíxiante. Sin intención. Sin significado. Compulsivamente. Dicha para hacer saber a los demás que el hablante

aún no está muerto y sigue teniendo cosas que comunicar. Pocos se preguntan si hay alguien que los escuche, de lo contrario la gente cerraría la boca más a menudo.

Jueves 18 de julio

En una vieja guía del consumo Edward encontró un estudio sobre la higiene en los centros asistenciales. Habían pedido la colaboración a ciento veinte residencias de las aproximadamente trescientas que hay. La mitad, entre ellas la nuestra, se negaron a participar en el estudio. Al final visitaron treinta y siete centros. Resultado: dieciocho insuficientes, once regulares, ocho aprobados y ningún «bien». ¿Tan sucia estaba la cosa o es que eran muy estrictos con los controles? Es probable que los que se negaron a tomar parte no hubieran salido mejor parados.

Le he pedido a Anja si puede sacar a la luz la carta que la directora envió a la unión de consumidores con los argumentos para no colaborar.

Aquí tenemos básicamente mujeres de la limpieza que barren los pasillos en silencio porque apenas chapurrean dos palabras de neerlandés. Pero saben asentir con simpatía. La mayoría no se mueve con mucho brío. Digamos que van al ritmo de los residentes. Me imagino que es lo que hay: una limpieza mediocre por un sueldo mínimo. De vez en cuando alguien destaca por encima de la media. Pero no suele durar mucho. Desaparece porque se la lleva la competencia o porque se la quitan de encima sus compañeras, que no quieren pelotilleras.

El lunes tenemos una salidita con el club, organizada por Graeme. Evert nos ha pedido que le mandemos una postal. Ya tengo comprado el sello.

Viernes 19 de julio

Mi silenciosa y apocada vecina, la señora De Koning, me ha venido a ver esta mañana con un problema clásico: el vídeo se le había comido una cinta. Miró con recelo a un lado y a otro como si fuera a venderme heroína y me puso el aparato en las manos. Tenía que estar desesperada, porque en los dos años que lleva viviendo aquí nunca me ha pedido nada. «Es una cinta en la que sale mi difunto esposo», dijo.

Logré sacar la cinta con los dedos y volverla a rebobinar con un lápiz. Me dio las gracias siete veces y se fue hacia la puerta de espaldas haciendo reverencias.

Nuestro abogado Victor me ha entregado la copia de una carta del consejo de administración. Victor vino a traerla personalmente. Muy a su pesar, el consejo no puede hacer públicos los documentos requeridos por importantes razones de privacidad. Si lo deseamos, podemos seguir tratando el tema con el abogado de la institución. Victor nos ha pedido que hablemos del siguiente paso.

Eefje y yo iremos a verlo el próximo miércoles.

Sábado 20 de julio

Por primera vez desde que comencé el diario sufro el bloqueo del escritor.

Domingo 21 de julio

Algunos residentes tienen la desagradable costumbre de quejarse a la hora del café sobre sus deposiciones. Suelen escoger el domingo para hacerlo, cuando hay mucha más gente en la sala de estar, en el momento en que ofrecen a todo el mundo un trocito de bizcocho. Sé de buena tinta que se trata de bizcocho del Aldi, que vale noventa céntimos y que, por órdenes de la jefa de la unidad, de cada bizcocho tienen que salir por lo menos quince porciones, de modo que nos ofrecen un regalo de seis céntimos por persona.

Y tan misérrimo trozo es rechazado con todo lujo de explicaciones y aspavientos so pretexto de que: «¡Es que ya llevo cuatro días sin ir al váter!». O al contrario, con el argumento de que: «Me he pasado media mañana en el váter, tenía el vientre completamente descompuesto».

¡NO QUIERO SABER NADA DE TODO ESTO!

¡Ve a contárselo a tu médico de cabecera o a la clínica de defecación (resulta que existe de verdad), pero no me vengas con tus historias de mierda justo cuando me estoy comiendo un trozo de bizcocho porque entonces se me quita el apetito!

Esa asombrosa desvergüenza que tienen muchos viejos... combinada además con esa curiosa creencia de que a la gente le interesan de verdad sus quejas y arrechuchos.

Los niños van pregonando su dolor de tripas o el rasguño en la rodilla para que sus madres les den un vaso de leche caliente o les pongan una tirita, pero las eternas quejas de los viejos son completamente inútiles e insoportables.

Mañana una salidita con el nunca bien ponderado club Viejos-sí-muertos-no.

Lunes 22 de julio

Graeme se encargará de llenar esta tarde el agujero dejado por el Tour de Francia. Él es el organizador de nuestra salidita con el club. «Salidita» puede sonar un poco cursi pero dada nuestra media de edad de ochenta y dos años y medio son días muy enervantes.

Las excursiones semestrales que organiza la junta de residentes tienen como objetivo sorprendernos tomando un café (10:30), el almuerzo (12:30) y un té (15:30) en un lugar distinto y entre una cosa y otra estar en el autocar. Como un día más en la residencia. El tiempo restante es necesario para que cuarenta y cinco abuelos entren y salgan del vehículo cuatro veces y vayan tres veces a los servicios de minusválidos en las áreas de servicio.

En las últimas dos salidas con la casa dije que estaba enfermo. La segunda vez se lo tomaron con mucha desconfianza. «¿Otra vez? ¿Precisamente hoy?»

Una vez es coincidencia; dos veces, mala intención. A la tercera te conviertes en un paria. Tendré que volver a ir dos veces más.

Qué diferentes son las salidas festivas del club Viejos-sí-muertos-no. Activas hasta caer rendidos y con café, pan y vino a ciertos intervalos (nada de lo humano nos es ajeno).

Martes 23 de julio

Por suerte fue agradable, perdonen el tópico. Tenía miedo de que la ausencia de Evert proyectara una sombra sobre el día, pero no estuvo mal.

Fue un día de zoo en Artis que tuvo un emotivo punto culminante cuando, tras una desafortunada cabriola, un bebé gorila fue a parar a la ensalada de frutas de su madre.

Graeme había ido antes a investigar y había preparado un juego de búsqueda con tareas divertidas. La entrega de premios se hizo mientras tomábamos algo. Ria obtuvo el premio de consolación porque fue la que más se acercó a calcular el peso del elefante: dos mil setecientos kilos. Era una báscula de segunda mano que no se fija mucho en si hay un kilo más o menos.

Llamamos a Evert para decirle que lo echábamos de menos. Pagó una ronda por teléfono.

Graeme había llevado tres cámaras digitales de fácil manejo para un safari fotográfico. A Edward y a mí, por ejemplo, nos tocó retratar una serie de «culos». Otros tenían que fotografiar los animales que más se parecieran a los miembros de nuestro grupo.

En la próxima reunión del club Graeme ha prometido una impecable presentación en PowerPoint. ¿Quién dice que no estamos al día?

A las once salíamos de casa y a las cinco regresábamos. Yo estaba hecho polvo. Habíamos conseguido dos sillas de ruedas y de tanto en tanto había podido sentarme, pero aun así había caminado mucho más de lo que estoy acostumbrado y al final iba de banco en banco. En el grupo solo hay dos empujadores de sillas de ruedas dignos de confianza: Antoine y Graeme. Todos los demás van mejor sentados.

Miércoles 24 de julio

El calor está pasando factura en nuestra residencia: tres muertos en dos días. OLA DE CALOR PROVOCA DESOLACIÓN ENTRE LOS MAYORES. Un buen titular. Me lo he inventado yo.

Parece como si nosotros los abuelos nos aprovechásemos del perezoso calor para despedirnos a la francesa, dormitando tranquilamente hacia el ataúd. La profecía que se cumple a sí misma.

Eefje y yo hemos ido a visitar esta mañana a nuestro abogado. Victor está convencido de que la respuesta del consejo de administración tiene como principal objetivo ganar tiempo y aumentar los costes. Para asustarnos.

Él se lo está pasando cada vez mejor y en pago de sus honorarios solo nos pide que cada semana le llevemos una botella de vino de un país distinto. A medida que esto se alargue nos tocará ir buscando países vinícolas desconocidos. Al cabo de un año podemos repetir. «Porque —dijo Víctor— no debería extrañaros que estemos un par de años entretenidos con esto.»

Probablemente Eefje y yo lo miramos muy indecisos.

«Teniendo en cuenta la edad avanzada de mis clientes intentaré actuar con la máxima urgencia. Teniendo en cuenta también la edad del propio abogado.»

Empezaría de inmediato a redactar la carta para el abogado de la junta y pondría en marcha el proceso judicial.

Y a lo largo de toda la conversación el mismo tono pijo sacado de una mala obra de teatro.

Cada vez nos gusta más.

Jueves 25 de julio

Gran alboroto: corren rumores de que la mujer del señor Vergeer ha tirado a su marido por las escaleras con silla de ruedas y todo. Él está en el hospital con varios huesos rotos y la señora Vergeer ha sido interrogada en varias ocasiones por la mismísima directora en persona. ¿Podrá echar tierra sobre esto también?

Al parecer hay dos personas que han visto cómo la señora Vergeer lo hacía a propósito. Ella asegura que los mangos se soltaron. En efecto, parece que todavía los tenía en la mano mientras que el resto de la silla estaba diez escalones más abajo. En su contra juega el hecho de que no tuviera ningún motivo para estar con su marido en lo alto de la escalera a menos que hubiera querido asustarlo. Lo que sería razonable en vista de que el señor Vergeer siempre es muy desagradable con su mujer. Se limita a hablar con ella ladrándole órdenes. Sin embargo, ella lleva años ocupándose de él con amor, paciencia y dedicación. Francamente, hace mucho que debería haberlo tirado por la escalera.

Siento curiosidad por saber si conseguirán que esto no llegue a los periódicos. Bastaría con una llamadita a *Het Parool*.

Nos han instado con apremio a no decir nada «por el bien de todos los residentes». Para cualquier duda podemos acudir a la directora.

Como tengo simpatía por la presunta autora no diré nada de este asombroso procedimiento judicial, pero desde luego es un escándalo que aquí se pueda ir tirando a los residentes por las escaleras sin que ello merezca ningún castigo solo porque la directora teme la mala publicidad.

Por el momento he decidido creer que fue un accidente. Siempre hay tiempo de meter a la señora Vergeer entre rejas.

Viernes 26 de julio

Evert ha vuelto a casa esta mañana. Tuvimos un encuentro alegre con pastel y guirnaldas. Para animar más la cosa Evert dio una demostración al comité de bienvenida de cómo tenía que ponerse y quitarse su nueva pierna. Lo hizo con auténtico orgullo pero un par de miembros de nuestro club tuvieron que volver la cabeza.

Por lo demás habló muy especialmente de las medidas que el club Viejos-sí-muertos-no habían pensado para facilitarle la vida durante las dos primeras semanas de nuevo inválido.

«Y después de esas dos semanas os largáis porque ya podré arreglarme yo mis propios asuntos.» Abrió una buena botella de vino y brindó con nosotros por su nueva pierna. Con mucho hielo, el vino blanco puede beberse como refresco. Al fin y al cabo aún no eran ni las doce.

La caída de la escalera del señor Vergeer sigue provocando discusiones: ¿lo ayudó su mujer en la bajada hacia el hospital o no? La versión oficial de la directora es que la señora Vergeer, algo alterada por el calor, se equivocó de dirección, pero fueron los mangos sueltos los causantes del lamentable accidente. Los testigos que habían dicho que la señora Vergeer lo había hecho expresamente murmuraron que tal vez se habían equivocado.

«Claro, claro, seguro que fue un espejismo por culpa de la ola de calor», no pudo dejar de decir Bakker.

Debería haber ido a comprar una scooter pero con toda la conmoción no lo he hecho. Lo dejo para mañana.

Sábado 27 de julio

Ya está hecho: la Élégance 4. Estable, cómoda, con un radio de giro pequeño y un bonito color rojo: he aquí el resultado de mi visita a la tienda de scooters. He salido a probar tres modelos distintos. Descarté el Capri, el más barato, que parecía un cochecito de juguete, y también el otro cuyo nombre he olvidado y que era demasiado caro. Le he dicho al señor de la tienda que llevo años conduciendo una scooter, me pareció más oportuno para que se quedara tranquilo al dejarme hacer las pruebas.

El tiempo de entrega es de tres semanas, así que en cuanto vuelva de mis cortas vacaciones con Evert sembraré el peligro por el barrio con mi monstruo rojo. Todavía tengo que informarme sobre el seguro. Es extraño que el vendedor no me haya dicho nada, por lo general eso no es muy buena señal.

Iré a ver al señor Hoogdale para que me informe de algunos accesorios que podría suministrarme su hijo, el mecánico. Estoy muy contento por mi recuperada movilidad.

En el marco de su lucha contra la demencia, Grietje se ha escrito a sí misma con mi ayuda dos nuevas cartas que llevará siempre consigo.

1.¿Qué hacer si se pierde?

2.¿Qué hacer si ya no sabe quién es alguien?

Las dos cartas empiezan con: «Le ruego me disculpe pero es que me he vuelto bastante olvidadiza...».

Domingo 28 de julio

Propongo que si se mantiene la ola de calor los bomberos vengan por aquí a remojar a los abuelos. No es solo porque las quejas sobre el calor se han vuelto más insostenibles que el propio calor, sino porque ha vuelto a morir otro residente, el cuarto en una semana. Un récord, por lo que yo sé. Por suerte esta vez también se trataba de alguien a quien apenas conocía, lo que no me obliga a asistir al entierro.

Este edificio tiene unos cuarenta años y aparte de poner marquesinas durante la construcción no tomaron ni una sola medida más para mantener fresco el interior. «Los viejos siempre tienen frío», debió de pensar el arquitecto. Ahora la temperatura dentro de la casa amenaza a veces con subir por encima de los treinta grados. Han puesto aparatos de aire acondicionado portátiles y ventiladores para mantenernos con vida, pero el efecto sobre la temperatura es mínimo por el momento.

Mi amiga que está en la boca del lobo me ha hecho saber que la directora teme salir en el periódico a causa de nuestras cifras de mortalidad. Y las previsiones apuntan a que las temperaturas subirán por encima de los treinta grados al final de la semana.

Lunes 29 de julio

Rita Reys, la cantante que tenía mi misma edad, ha muerto. Acabo de hacer unas pesquisas: todo el mundo la conoce pero nadie escucha nunca un disco suyo. Dididubiduba, dadadibadu.

Se oyen quejas por la comida. Más de lo habitual. A todo el mundo le parece que el nuevo cocinero cocina sin sal y es demasiado considerado con la gente sin dentadura: la comida le queda requetecocida. Podríamos comérselo todo con pajita. Cada vez sustituyen más a menudo las comidas pasadas de nuestra cocina por platos preparados para calentar en el microondas.

El problema es que nadie se atreve a tomar la iniciativa para rebelarse contra la cocina y la posibilidad de que alguien se prenda fuego a modo de protesta es remotamente pequeña, aunque solo sea porque a la mayoría les tiemblan demasiado las manos para encender una cerilla.

He hablado con un par de amigos del club de enviar una carta sobre la comida, pero hemos decidido que antes les daremos a los «demás» la oportunidad de destacarse. Podríamos sugerirles esa posibilidad a los grandes quejicas.

Dos de nuestros residentes, el señor Grafdijk y la señora Delporte, tienen acciones. No será gran cosa, de lo contrario no estarían aquí, pero siempre les dan una importancia trascendental. Comparten un abono de un periódico financiero donde se informan de qué acciones van a subir como la espuma. Si pierden es por mala suerte, las ganancias se deben a su incomparable conocimiento sobre el mercado. La noticia de que en el pasado un mono sin experiencia consiguió los mismos buenos resultados que un experto en bolsa supuso un duro golpe. «Ese mono tuvo suerte», comentó Grafdijk con acritud.

Martes 30 de julio

Dos mil ingresos de urgencias al año por accidentes con scooters. Eefje había venido a traerme la noticia del periódico con esas crudas cifras después de que yo le hubiese contado con orgullo que acababa de comprarme la Élégance 4, el Saab de las scooters. La mayoría de los accidentes se producen sin que haya ningún obstáculo directo, quizá habría que contar ahí el bordillo. Provoca muchas caídas.

Se calcula que el año pasado en Holanda había unas trescientas cincuenta mil scooters; en ese caso los dos mil ingresos de urgencias no están nada mal, teniendo en cuenta la molesta torpeza de la que hacen gala los abuelos motorizados. Errar es humano, pero hay que aprender a pisar el gas y el freno sin confundirlos. Soy partidario de que se exija un carnet de conducir. Una parte del examen debería llevarse a cabo en un concurrido supermercado.

Yo soy un conductor hábil, modestia aparte. Durante un año manejé una carretilla elevadora. Hacía competiciones con mis colegas. Es verdad que hace mucho tiempo de eso, pero la práctica no se pierde. Durante los trayectos de prueba me he percatado de que a menudo miran con

desprecio nuestras motosillas. Lo comprendo.

Una mujer muy gorda y no demasiado mayor se quedó atascada con su scooter en el pasillo de la caja de una tienda. No podía avanzar ni retroceder. Por supuesto no fue culpa de ella no haber hecho caso del letrero que ponía «paso más ancho» unas filas más allá.

Miércoles 31 de julio

Hace unos años un matrimonio belga cometió eutanasia a la vez. Él (83) tenía un cáncer terminal y ella (78) sufría graves achaques de la vejez y no quería seguir viviendo. Se fueron de este mundo de la mano. Tiene algo de romántico.

Por entonces la fiscalía abrió una investigación para descubrir quién había ayudado a los dos viejos amantes a dormir para siempre. No creo que llegasen a encontrar a ningún sospechoso por ese acto de amor al prójimo.

Estaba pensando en eso cuando leí que también en Bélgica una pareja de ancianos se había caído a la vez por las escaleras. Los dos habían muerto, es mucha coincidencia. Y probablemente era preferible a que uno de ellos sobreviviera lastimosamente con fracturas en la cadera y en la base del cráneo. Malviviendo durante años hasta que la dulce muerte fuese a buscarlo o a buscarla.

He ido preguntando por aquí y por allí sobre cómo se puede decir adiós a la vida con sencillez y sin causar mucho revuelo. Asegurando siempre muy explícitamente que de momento no tengo planes en ese sentido, es solo «en caso de que...». En todas las ocasiones el resultado fueron muchas miradas alarmadas y pocos consejos prácticos. Lo que me recuerda que tengo que hablar de esto con mi geriatra.

Jueves 1 de agosto

Evert presume a menudo de prótesis y monta todo un espectáculo cada vez que se pone y se quita la pierna artificial.

«Me aprieta un poco, voy a descansar un rato», dice y deja la media pierna de plástico encima de la mesa entre las galletas de chocolate.

Después de varios avisos del personal, la directora ha venido personalmente a comunicarle que tiene que dejarse puesta la pierna mientras esté en la sala de estar y se ha vuelto a ir. No hay que subestimar sus dotes tácticas. Comete pocos errores y tiene el don de la oportunidad. Jamás muestra sus cartas, no expresa demasiada emoción y hace que los demás se encarguen del trabajo sucio. He descubierto pocos puntos débiles en ella.

Anja me ha pasado un montón de papeles esta mañana. Nuestra propia Wikileaks. Esta tarde me miraré algunas cosillas. Me las llevaré a Uden para estudiarlas con más detenimiento.

Esta noche he estado jugando a cartas con Evert. Ha desarrollado todo un sistema de signos para indicarme qué palo tengo que tirar. «Solo en caso de necesidad y con determinados contrincantes», añadió en tono de disculpa. Mi carácter de buenazo se resiste a ello, pero haré una

excepción si estamos jugando con el señor Bakker o la señora Pot y corremos el riesgo de perder. A veces los principios pueden tirarse por la borda en aras de una justicia mayor.

Viernes 2 de agosto

A primera vista, los secretos filtrados no son nada del otro mundo. Lástima. Con todo, después de estudiarlos con más detenimiento he visto un par de detalles interesantes:

Nuestra espía nos ha dado:

1. Los informes de las últimas cinco reuniones del consejo de administración.
2. El reglamento de la casa.
3. Un montón de informes internos.
4. El protocolo ante la defunción de un residente.
5. Las normas para el personal.

Le he dado a Eefje un juego de copias. Mientras fotocopiaba las hojas me sentía espiado por todas partes y constantemente se me caían los papeles. Sería un desastre como espía.

No sé muy bien qué deberíamos hacer ahora con nuestro abogado, que sigue intentando conseguir de manera oficial los documentos que ya tenemos en nuestro poder gracias a «una fuente de confianza».

Evert y yo quedamos de los últimos en el juego de cartas pero es mejor así. Ya no somos muy populares, y aquí no se hacen nunca amigos ganando en el torneo de naipes. En algunos abuelos los celos infantiles por cualquier cosa adquieren proporciones enfermizas. Se tienen una envidia mortal, y huelga decir que el primer premio del torneo es inevitablemente una salchicha de hígado.

El lema de esta pandilla de envidiosos parece ser: «¿Cómo podría complicarme la vida al máximo?». Como si ser muy mayor no trajera aparejadas ya bastantes desgracias.

Sábado 3 de agosto

Igual que me sucedía antes, estoy un poco nervioso por la visita. Hace doce años que no voy de vacaciones.

En mi bolsa de viaje de los años setenta había una capa de moho grisáceo, probablemente también de los años setenta. Era hora de ponerme al día: hay una maletita nueva con ruedas preparada delante de la puerta. Un ejemplar bonito y compacto sobre el que puedes sentarte en caso de que se te cansen los pies.

Jan, el hijo de Evert, pasará a buscarnos dentro de una hora y luego iremos a Brabante. Evert asegura que a su hijo le apetece mucho vernos y su nuera Ester lleva tres días estresada ante la inminente llegada de los dos vejestorios a los que tiene que hospedar. «Creo que necesitarán una semanita para acostumbrarse un poco a nuestra presencia, más o menos hasta que nos vayamos.»

Sentí un cierto cargo de conciencia, pero Evert me dijo que no me preocupara. «Siempre se agobia por una cosa o por la otra; si no fuera por nosotros sería por el gato de los vecinos.»

Siendo así, tal vez se agobiará por nosotros y por el gato de los vecinos porque *Mo* nos

acompañía y no soporta los gatos.

Voy a pensar por última vez lo que puedo haberme olvidado.

Regresaré el 9 de agosto después de dejar atrás los acontecimientos imprevistos.

Viernes 9 de agosto

¡Uden es una visita obligada! Ha sido estupendo. Una agradable interrupción de la monótona rutina. Pero también me alegro de estar de vuelta en casa. Debo reconocer muy a mi pesar que el apego que siento por el tranquilo y pequeño mundo de la residencia es mayor de lo que pensaba. A medida que pasan los años uno va perdiendo la capacidad de doblarse grácilmente en función de las circunstancias. Creí que tenía una mentalidad más flexible, pero después de cinco días estaba deseando volver a una habitación pequeña en una casa llena de viejos. Solo me consuela pensar que soy un poco menos rígido que la media de mis compañeros de residencia.

Jan, el hijo de Evert, es clavado a su padre. Un muchacho increíblemente divertido. Pero después de cinco días llega un momento en que piensas que un Evert solo ya es suficientemente agotador. Por suerte, para entonces ya casi había llegado el momento de decir adiós.

Nos hemos reído mucho, cada día hemos visitado algo distinto, hemos jugado a cartas, a minigolf, al Monopoly y la hija y el hijo adolescentes nos enseñaron los principios básicos para jugar con la Wii. Un nuevo mundo se ha abierto ante mí. Lástima que hoy se haya vuelto a cerrar.

Ester, la mujer de Jan, temía que se le avecinara una semana muy complicada. El desastre de su marido y el desastre de su suegro juntos en su respetable, correcta e impecable casa le parecía un duro reto. Mi papel, así habíamos quedado Evert y yo, consistía en suavizar un poco la cosa. Lo conseguí. No me costó mucho esfuerzo hacer de abuelo amable, lisonjero y cortés al lado de aquella pareja de osos maleducados.

«Bueno, para ya, viejo pelotillero —me susurró Evert en un par de ocasiones—. ¡Vas a hacer que vomite!»

Sábado 10 de agosto

Se me ha ocurrido una salida para nuestro club: un cursillo de golf. Al parecer el golf es un deporte muy apropiado para mayores, aunque me pregunto si eso también vale para los muy mayores. Me temo que no, pero el minigolf me parecía indigno de nosotros.

Esta mañana he telefoneado al club de golf que hay cerca de aquí. Les he explicado quiénes somos y lo que queremos: pasar una tarde agradable con un ligero desafío. La señora que estaba al teléfono me atendió muy amablemente y me dijo que nos arreglaría algo. Me asusté un poco por los precios: 55 euros por persona con café y tarta incluida, pero sin vino ni pica-pica de aperitivo. Sin embargo, me oí decir a mí mismo: «Eso no es problema». No soy bueno regateando, nunca me he atrevido a empezar.

Por ese dinero estaremos tres horas entretenidos con explicaciones, ejercicios y un pequeño partido en el campo de principiantes. Me ha parecido lo bastante divertido para invertir un poco de mi propio dinero, de modo que resulte pagable para todos los demás. Vamos a empezar a gastar

poco a poco los cinco mil euros que hay en mi hucha para las emergencias.

Tenía algunos reparos por Evert, pero la señora que estaba al teléfono me ha dicho que suelen ir inválidos a jugar al golf. Nos reservará dos carritos. Por treinta euros.

He quedado para el 14 de septiembre.

Domingo 11 de agosto

Mañana iré a buscar mi flamante scooter roja. Estoy emocionado como un chiquillo.

Ayer Grietje se presentó con un gran ramo de flores y un cheque-regalo para libros. Cuando le pregunté qué había hecho yo para merecer eso me mostró un libro sobre la demencia en el que había subrayado una frase: «A causa de su enfermedad la persona con demencia apenas se da cuenta de todo lo que usted hace por ella».

—Te doy las gracias por adelantado.

—Pero no es necesario.

—No, ya sé que no es necesario, pero quiero hacerlo de todos modos.

Me emocionó.

También me dio el libro sobre el alzhéimer. Me lo he leído y he sacado algunos consejos útiles.

Grietje ha hecho más regalos a otras personas. Me he enterado por Eefje mientras tomábamos el té.

Nuestros encuentros de té son momentos agradables. Sin pretensiones: té, algún dulce, anécdotas y de vez en cuando alguna conversación más profunda. En otras ocasiones escuchamos juntos algo de música o comentamos algún libro o un DVD. Disfrutamos de nuestra mutua compañía.

Lunes 12 de agosto

He ido a buscar mi nueva scooter y ya estoy de vuelta en casa con ella. Me siento tan feliz como un niño con una bicicleta nueva. Funciona estupendamente. La he estado probando con calma por un parque: subiendo y bajando el bordillo, tomando curvas cerradas a la izquierda y a la derecha, arrancando y frenando, pasando por el césped y por el barro. Era lunes por la mañana, así que no había ni un alma. Va bastante rápida, pero quiero que le den un poco más de potencia. Según el experto en scooters de la casa, el señor Hoogdalen, eso es sencillo. He quedado con él que la semana que viene pasaré por el taller de su hijo. Está en Oost.

He estado buscando en los periódicos y en Internet ideas para las vacaciones. La oferta es amplia. *Viajes de nivel para mayores* organiza un recorrido de doce días en autocar por toda Suiza por dos mil euros. Sin duda lo del nivel hace subir el precio. Tiene que ser algo más corto y más barato. En los próximos días me informaré de lo que costaría un transporte de lujo para nueve personas con conductor para cinco días. Luego solo tendré que encontrar un hotel bonito y con un precio atractivo en la región de Champaña y el primer viaje de Visimuno estará en marcha.

Le pediré a Eefje que me ayude en la organización.

Los planes divertidos son importantes para las ganas de vivir.

Martes 13 de agosto

En los momentos de duelo real o de felicidad real nuestra casa se viste siempre de naranja chillón. Los residentes han recibido el fallecimiento de Friso con sincero dolor, mientras que deberían haber sentido más bien alivio. No le deseas a nadie tener que vivir durante años con alguien que está prácticamente muerto.

Esta mañana he ido al geriatra. Me he informado sobre los síntomas del alzhéimer y lo que puede hacerse al respecto. La respuesta a la última pregunta era poco esperanzadora: casi nada.

El doctor me comunicó que en su opinión ese no era mi caso. Le he explicado que preguntaba por una buena amiga mía. Me sugirió algunas medidas que a grandes líneas ya hemos tomado, lo cual me produjo cierta satisfacción.

Después me visitó y dijo que en mi caso el deterioro va a un ritmo aceptable.

—¿Qué es aceptable? —le pregunté.

—Bueno, una balanza que va inclinándose poco a poco, en la que probablemente la calidad de vida todavía será suficiente durante un par de años más.

Volvió a aconsejarme que recurriera a los pañales. Conocía a personas que a pesar de los pañales eran bastante felices.

Después me controló algunas articulaciones desgastadas (¡no hay mucho que hacer!) y por último repasó los medicamentos que tomo e hizo algunos ajustes.

Después de tragar saliva tres veces le pregunté cuál era su postura sobre la eutanasia.

Me dijo que no se oponía, pero que tampoco iba haciendo publicidad.

—Pero ¿puedo contar con su colaboración si habiéndolo meditado mucho le pidiera poner fin a mi vida?

Bueno, la pregunta estaba hecha.

Él esperó unos instantes y luego asintió con cautela.

Se hizo un silencio y luego propuso hablar del tema con más calma en nuestra próxima visita.

—Son asuntos que requieren más tiempo.

Se me ha olvidado preguntarle cómo reaccionan los viejos a la cocaína. Me gustaría probarla alguna vez.

Miércoles 14 de agosto

En Kootsterhilke un anciano se ha caído con la scooter a un canal y se ha ahogado. ¡Que te sirva de advertencia, Groen! No vayas a creerte que eres Nikki Lauda y que siempre puedes ir a todas partes con la marcha «liebre».

Ayer por la tarde salí a dar una vuelta por el área norte de Ámsterdam con mi nuevo Ferrari. Vi zonas de mi distrito en las que no había estado durante años. Fue un soplo de aire fresco no tener el mismo limitado radio de acción o verme obligado a coger el microbús. Debería haber tomado esta decisión hace dos años. Estate atento, porque el peligro puede venir de cualquier parte, pero

sobre todo de motoristas y ciclistas. Por extraño que parezca no hay mucho que temer de los coches y no tengo problemas con los transeúntes. Pero hay que andarse con mucho cuidado con los jóvenes que van con motos o en bicicleta porque esos se creen que son los reyes del carril bici. En sus insolentes ojos reluce el desprecio que sienten por las scooters de los abuelos.

Tengo que comprarme un buen impermeable, porque ayer tuve que quedarme quince minutos dentro de un túnel. Había salido con una chaqueta de verano y cayó un buen chaparrón. En casos así es cuestión de tomárselo con calma y no salir a los cinco minutos y calarte hasta los huesos por no haber tenido un poco de paciencia para esperar un rato más.

Se aprecia el mismo fenómeno al tener que cruzar una carretera: primero ante la duda, esperas tranquilamente a que pase todo el mundo y luego, si ves que dura mucho rato, acabas cruzando por impaciencia justo en el momento en que es más peligroso.

Jueves 15 de agosto

En nuestra casa ha nacido un PMA.

«Pareze que los maiores ban a ser las victimas de los recortes en sanida que se estan imponiendo a los organismos locales de todo el pais. De ay que se haiga fundado en nuestra unida un Partido de Maiores de Amsterdam para difender nuestros intereses locales.»

Si la cantidad de errores ortográficos son un reflejo de la calidad del partido las vamos a pasar canutas.

Los señores Krol y Nagel, del partido de los pensionistas, no tienen la intención de presentarse a las elecciones municipales en marzo de 2014. Ya se las ven venir: una multitud de abuelos y abuelas incapaces y oportunistas que se liarán a discutir entre ellos por las salas de los ayuntamientos de toda Holanda. Su partido no piensa prestarse a eso.

La prioridad del PMA de nuestra unidad: que pongan más bancos para los abuelos.

Los pensionistas pueden convertirse en un importante factor de poder. El partido puede contar con el apoyo de grandes grupos de septuagenarios indignados y desfavorecidos. Aportarán el poder que otorga la mayoría numérica. La fuerza de gestión y organización provendrá de la élite que todavía tiene las riendas y cuyos miembros están entre los cincuenta y los sesenta y cinco años. A una parte de ellos no les importa ocuparse de los intereses de los pensionistas. Aunque solo sea por aburrimento.

El grado de civilización de un país se mide por la forma en que trata a sus ciudadanos más provecos y débiles. La forma necia e irrespetuosa con la que se están cargando la atención sanitaria para los mayores en Holanda está abonando el terreno para un populismo gris. Vivimos en uno de los países más ricos del mundo pero una y otra vez dan el mismo mensaje: la sanidad no se podrá seguir costando.

Viernes 16 de agosto

He acabado con la scooter entre los arbustos.

Después de comer he salido a dar una vuelta por el parque y al mirar alrededor he visto a una

veintena de conejos esparcidos por todo el campo tomando la cena. Cuando volví a mirar al frente había un bebé conejo a menos de un metro de mi rueda delantera. Debo de haber reaccionado con mucha rapidez, porque un segundo más tarde tenía la cabeza atrapada entre las matas. Lo primero que he hecho ha sido comprobar que no hubiera restos de conejo en las ruedas y luego he maniobrado con cuidado para salir de los matorrales. Me ha ayudado muy amablemente una hermosa señora que iba en bicicleta y que se ha asustado más que yo.

Ayer fui a tomar café con Anja a la oficina. Tenía muchas cosas que contarme sobre los últimos acontecimientos. Hay muchas consultas sobre las obras de la casa. El consejo está pensando en reconvertir una parte de la residencia en otra unidad de cuidados especiales, digamos que es nuestro mercado en alza. También ha oído algo de un importante aumento de los costes de representación de nuestra directora. Y eso que ya se ve muy representativa con sus modernos trajes sastre de color pastel.

El lunes es la próxima salida del club. Hora de partida: 13:00. Ropa cómoda. Organizadora al mando: Eefje.

«Es algo que va mucho conmigo», nos anticipó como si fuera un acertijo.

Ya va siendo hora de que pase algo.

Sábado 17 de agosto

Un sesenta y cuatro por ciento de los mayores cree que la gente tiene derecho a poner fin a su vida de manera humanitaria cuando considera que ya ha tenido bastante. Un catorce por ciento de los ancianos opina que efectivamente su vida ya está completa. Las razones principales para decidir acabar con todo son el miedo a la demencia y el miedo a sufrir más dolor y miserias. Una investigación de la emisora Max.

Así que según las estadísticas uno de cada siete residentes de esta casa no tendría inconveniente en que la Parca viniera a buscarlo o a buscarla. A la hora del café he estado mirando alrededor pero me sentía incapaz de señalar con seguridad quiénes podrían ser.

Hay una nueva regla en la casa: los residentes ya no podrán usar las escaleras a menos que cuenten con la autorización del personal. El motivo: la semana pasada, la señora Stuver se cayó escaleras abajo y se fracturó la clavícula. (Cuando me enteré pensé: «Pues si solo se ha roto la clavícula ha salido muy bien parada».)

Supuestamente las reglas son siempre por nuestro propio bien, pero también sirven para prevenir riesgos y evitar que le pongan una denuncia a la casa.

Tal vez la señora Stuver haría mejor tomando el ascensor, pero lleva cinco años subiendo y bajando las escaleras cuatro veces al día y así se mantiene en forma. Y mientras la señora Stuver no esté demente, ella sabrá lo que hace. El personal solo tiene que ocuparse de que no haya pieles de plátano en la escalera.

Domingo 18 de agosto

Hay un protocolo para las defunciones de los residentes.

Ahí se indica entre otras cosas que no se deben hacer declaraciones sobre las causas de la muerte. En el caso de que alguien haga preguntas el personal remitirá a la persona al médico encargado del caso o a la directora. Ellos se remitirán el uno al otro. Si se trata de una persona perseverante argüirán que por razones de confidencialidad no pueden hablar de las causas de la muerte. Cualquier alusión al suicidio queda terminantemente prohibida.

En el protocolo se dice que hay que insistir con mucho tacto a la familia para que desaloje la habitación del difunto lo antes posible.

La directora debe asegurarse de que no se robe nada. Eso es nuevo. Al parecer en el pasado debieron de desaparecer algunas cosas.

Sé que hay residentes que hacen comentarios a las cuidadoras del estilo: «Cuando me muera puedes quedarte con esto o con aquello». Lo que supone crear en vida problemas con los herederos.

En el protocolo no vi nada de que existiera la obligación de asistir a los entierros o las incineraciones si se hacen en horario laboral. Suponía que así era. Pero sí sucede lo contrario: al personal no se le conceden horas para asistir a un funeral, sino que deberá descontárselas de sus vacaciones.

Bueno, me parece que ya hemos hablado bastante de la muerte para un domingo por la mañana.

Lunes 19 de agosto

Esta mañana he estado una horita haciendo rugir el motor de mi motosierra. En realidad más que rugir susurraba, porque uno de los aspectos agradables de este medio de transporte es que apenas hace ruido. La scooter tiene una buena suspensión, sobre el asfalto es como si flotaras. En esa ocasión he visitado el Vliegenbos. Hacía diez años por lo menos que no había estado allí. Estaba muy bonito e iba muy bien para practicar porque no había ni Dios al que atropellar. Pero había conejos. He vuelto a hacer una rascada en la pintura al tomar una curva demasiado cerrada. No tengo que preocuparme por las abolladuras ni las rascadas, yo mismo tengo bastantes. Sin embargo debo conducir con más cuidado. A mi scooter no le va muy bien ir por campo abierto.

Le he preguntado a Eefje si no querría probarla.

«No, no es para mí. Me gusta salir a pasear contigo pero no en ese chisme.»

Lástima.

Pero nada de lamentos: tengo que ir a cambiarme para la salida de esta tarde. Ropa cómoda de tiempo libre.

Aquí solo tenemos tiempo libre aunque no solo tengamos ropa de tiempo libre. ¿O acaso toda la ropa que te pones en el tiempo libre se llama automáticamente ropa de tiempo libre?

Martes 20 de agosto

A pesar de que se me olvidó llevarme un salva-slip extra, ayer fue un día estupendo.

Eefje había dicho que la salida iba mucho con ella. Se me podía haber ocurrido que nuestra ornitóloga amateur nos acabaría llevando algún día al parque de Avifauna. Y a pesar de que no me van mucho los pájaros (su forma de mirar con esos ojillos redondos y brillantes me parece huraña y maliciosa) me lo pasé la mar de bien. Evert volvía a estar en plena forma e iba describiendo cuál sería la mejor manera de cocinar cada pájaro y qué vino sería el más indicado para acompañarlo. Antoine propuso algunas alternativas culinarias con mucha seriedad. Antoine y Ria son a veces un poco ingenuos y no siempre se dan cuenta de que les están tomando el pelo. Y si se dan cuenta, no les importa.

Eefje no permitió que nada la importunase y disfrutó de sus amigos plumíferos.

Grietje se perdió un par de veces pero no pareció agobiarse demasiado.

Edward se entusiasmó cuando le permitieron sostener un halcón con unos guantes especiales y Graeme fue sencillamente Graeme.

Después de hacer un recorrido con un guía, tomamos un aperitivo y luego dimos un paseo en barca por el Groene Hart de Holanda con otro aperitivo.

Al final llegamos a la casa justo a tiempo para sentarnos a cenar.

Miércoles 21 de agosto

Sigue sorprendiéndome la envidia que reina por aquí. Después de una feliz salida de nuestro club el recibimiento que nuestros compañeros residentes nos prodigan oscila entre lo frío y lo glacial. Que otros hayan pasado un día más divertido que uno resulta difícil de digerir para muchos. Hoy vemos bastantes caras largas a nuestro alrededor.

Algunas personas se van volviendo más tolerantes y sabias con el paso de los años. Otras, más bobas e intransigentes.

La media queda más o menos compensada. Pero las personas bondadosas de nuestra casa apenas tienen armas para combatir el chismorreó, las quejas y la envidia, salvo ir a sentarse a otra mesa. Y eso es lo que sucede. Cada vez es más frecuente ver a los miembros del club Viejos-sí-muertos-no sentados a una mesa aparte. Eso refuerza los vínculos frente a un enemigo común, pero la enemistad es contagiosa. Si no vigilas pronto empiezas a cogerle manía «al resto».

El personal maneja esas tensiones como lo haría la señorita de una clase de párvulos que quiere mantener la paz.

—Señor Duiker —Evert—, ¿no podría intentar ser un poco más amable con la señora Slothouwer? Vaya a sentarse un ratito a su lado. Así tomarán juntos una taza de café.

«En realidad preferiría meterle una galleta por el gaznate hasta que se asfixie lentamente», oigo pensar a Evert.

Él no se cuenta entre los bondadosos.

Para que no piensen que esto es un nido de serpientes: aquí también viven personas amables, simpáticas y con interés por los demás. Solo que no llaman la atención.

Jueves 22 de agosto

Tendrás que pasarte toda la tarde jugando al parchís con el hijo del señor Bakker, que es más bruto y más zoquete que su padre.

El centro de asistencia Vierstroom ha obligado «moralmente» a los familiares de los residentes nuevos a dedicar como mínimo cuatro horas al mes a distintas tareas. El centro propone: sacar a pasear a los residentes, jugar a algún juego con ellos o charlar un rato. Que Dios me libre de los familiares desconocidos con sus conversaciones forzadas y su entrometimiento. A veces la soledad es mucho peor en compañía.

Durante este experimento sobre el cuidado informal obligatorio se ha visto también que cuando algunos familiares se meten ya no hay forma de sacarlos. Uno de cada tres residentes implicados en la prueba proporcionó un cuidador informal que dedicó más de veintiocho horas a la semana a rondar por su correspondiente centro de atención. Como le dé por ocuparse de ti y tú le cojas manía es para tirarse voluntariamente al tranvía.

No sé por qué solo son los nuevos residentes los que tienen que proporcionar ayudantes a la casa. Quizá de lo contrario acabarían nadando en una abundancia de cuidadores.

La directora Stelwagen se deja ver muy poco entre los mortales últimamente. Anja me dice que tiene muchas reuniones con cargos más altos. Tampoco consigue enterarse muy bien de lo que pasa. Le llegan muy pocos informes y actas.

Viernes 23 de agosto

¡Me han puesto una multa! Por pasar en rojo con mi motosilla justo cuando tenía detrás de mí a un agente en bicicleta. No le pareció un buen argumento que yo hubiera girado a la derecha a una velocidad de seis kilómetros por hora sin que ello supusiera ningún peligro para los otros ni para mí mismo.

—Si está rojo, está rojo —añadió con algo más que orgullo en la voz—: Creo que es usted la persona de más edad que he multado a lo largo de mi carrera.

Su compañero se veía algo incómodo. Seguro que ese no irá contando la anécdota en las fiestas de cumpleaños.

—¿Es que su colega no tiene nada mejor que hacer? —No pude evitar preguntarle.

Pues no.

Evert estuvo a punto de caerse de la silla de ruedas de la risa mientras se lo explicaba. A estas alturas ya se ha enterado toda la casa. Soy un héroe o un hooligan, las opiniones están divididas.

El martes es la salida de Grietje. Durante la organización le pidió a Graeme que lo supervisara todo porque temía cometer errores. Se confunde bastante de tiempo y de lugar y su capacidad de juicio deja mucho que desear. La semana pasada compró dos kilos de galletas para sus visitas: su hermana y una sobrina. Se confundió con doscientos gramos, que hubieran estado la mar de bien para tres personas. Sí que le pareció que la bolsa era demasiado grande y que le salía un poco cara, pero la señora de la panadería hizo ver como si dos kilos fuese lo más normal del mundo.

Ella también se acabó riendo un poco de lo sucedido, pero no de corazón.

Todos sus amigos y conocidos recibieron una bolsita con galletas.

Sábado 24 de agosto

La primavera árabe ya no da más de sí. No existe ninguna estación adecuada para resumir la miseria actual. Los árabes no despiertan demasiado interés en nuestra casa. La opinión general es que si los islámicos están tan empeñados en hacer la guerra santa, que la hagan entre ellos. Así nadie más tendrá que perder el sueño.

El hecho de que se hayan tenido que anular muchas vacaciones a las pirámides provocó una conmoción mayor que los miles de muertos.

—A mi hijo le ha costado mucho dinero. Dos mil euros tirados al Nilo —según la señora Deurloo.

Pero las fotos de niños asfixiados por gas venenoso han convencido a nuestro pequeño mundo de que verdaderamente están pasando cosas terribles.

Nos quejamos mucho de nuestro sistema de atención a las personas mayores pero el servicio nacional de salud de Inglaterra tampoco va sobre ruedas: veinte hospitales incumplieron la ley en años pasados por alimentar insuficientemente a los pacientes de edad avanzada. Es probable que darles de comer les exigiera demasiado tiempo. Otra queja era que los timbres de alarma se hallaban fuera del alcance de los pacientes. Seguro que así se ahorraron un montón de quejas.

Pero no todo son disgustos y desgracias: está haciendo un verano espléndido y ayer me pasé casi dos horas sentado en una terraza con Eefje. Es una magnífica compañera para conversar, pero también para permanecer en silencio sin que eso nos haga sentir incómodos. Fue una tarde feliz. Regresamos a paso de tortuga. Para la ocasión volví a sacar del cobertizo mi andador porque ella no está dispuesta a subirse conmigo en la scooter ni por todo el oro del mundo.

Domingo 25 de agosto

Grietje me ha enseñado una habitación playera en la casa de reposo El jardín de la alegría. (Ese nombre despertó inmediatamente mi recelo.) La habitación estaba especialmente decorada para abuelos dementes. Tiene un póster de un metro de alto con una playa y el mar. Hay un sol ficticio y unas gaviotas volando. Se oye el murmullo de las olas y de vez en cuando sopla la brisilla de un ventilador.

Es para tranquilizar a los pacientes.

Grietje se preguntó si tenía que comprarse un nuevo bikini y sonrió.

—Ay, Henk, las cosas son como son. O mejor dicho: serán como serán. Me lo tomaré como vengas.

Cada vez siento más admiración por la forma en la que se enfrenta a su futuro.

Según ella yo veo la demencia como una completa humillación. Lleva razón. Hoy me he colado (ilegalmente) en la unidad de cuidados especiales para echar un vistazo y he visto a tres ancianas babeantes mirando abstraídamente los pitufos.

Grietje dijo que también entendía a las personas que no quieren pasar por ese doloroso deterioro.

Perderte en tu propia casa.

No comprender las palabras que lees.

No reconocer a las personas que te rodean.

Lunes 26 de agosto

A Anja le han dado la jubilación anticipada. Acaba de llamarme. Parecía al borde de las lágrimas de decepción y de rabia. Ha sido una conversación muy breve, no podía hablar libremente. Me temo que la directora la ha desenmascarado. Lo lamento muchísimo por ella y me siento culpable. Ha asumido muchos riesgos por mí.

El jueves hemos quedado para comer juntos y me enteraré de más.

Me he deprimido bastante. Me sentía eufórico (para lo que soy yo), porque dentro de un rato tenemos una de nuestras salidas, organizada por Grietje. Nos reuniremos abajo a las dos.

Creo que será mejor que no se lo cuente a Eefje hasta mañana.

Ha muerto la cantante Jetty Paerl. Probablemente su muerte solo se lamentará en las residencias de ancianos. A la hora del té se recordaban con nostalgia las canciones que Jetty cantaba en Radio Orange durante la Segunda Guerra Mundial.

—Ay, esos sí que eran buenos tiempos —dijo la señora De Ridder, que al parecer se había olvidado por unos momentos de que los judíos, por ejemplo, no opinarían igual.

—¿No había muchos alemanes rondando por aquí en aquel entonces? —preguntó Edward con mala intención.

—Bueno, a pesar de esos alemanes eran buenos tiempos —insistió la mujer.

El sentimiento de que todo era mejor en el pasado sigue siendo inextirpable en las residencias de ancianos. Como un pobre consuelo para las personas viejas y arrinconadas.

Voy a vestirme, a ponerme los zapatos y a lavarme los dientes.

Martes 27 de agosto

Es asombroso que la gente mayor no haga nunca o casi nunca cosas aparentemente tan normales como, por ejemplo, ir al cine. Hemos echado la cuenta y entre las ocho personas de nuestro club hacía más de un siglo que no íbamos al cine, tratándose, sin embargo, de un placer sencillo y barato.

Grietje había elegido una película en 3D, algo que ninguno de nosotros había experimentado jamás. Se trataba de *Cars*, en realidad es una película para niños pero no había nada más en 3D. Así que ahí estábamos nosotros, ocho abuelos con nuestras gafas especiales, sentados entre un grupo de unos cuarenta niños.

El 3D es una experiencia especial la primera vez. Sobre todo el primer cuarto de hora nos tirábamos a menudo hacia atrás alarmados cada vez que un coche se nos venía encima a toda

pastilla. El sonido también era en 3D: por todas partes oíamos el crujido de las palomitas, pero no nos estropeó la diversión.

La película empezó a las cuatro y antes habíamos merendado bien. Así que no nos importó mucho volver a casa a la hora del postre. El cocinero se lo tomó como un insulto personal. Allá él.

Colmamos a Grietje de felicitaciones y agradecimientos. Era conmovedor verla tan radiante.

Estoy preocupado por Anja. He intentado llamarla pero no he conseguido hablar con ella.

Luego saldré a dar un buen paseo con mi scooter. Hace un tiempo fantástico. Me pasaré por el taller del hijo de Hoogdalen. Le dará un poco más de potencia. En realidad debería haberlo hecho la semana pasada, pero Hoogdalen junior estaba muy atareado. Puedo esperar.

Miércoles 28 de agosto

Es peor de lo que imaginaba. Anja sospecha que ya llevaban algún tiempo vigilándola. Está casi segura de que registraron su escritorio y cree que el montón de fotocopias de los documentos, informes y notas del consejo que encontraron fue el motivo de que la jubilaran antes de tiempo. Es probable que el hecho de estar en posesión de esos papeles no fuera ilegal, pero quizá aquella colección aumentó la desconfianza que ya le tenían.

La directora le hizo ver que el hecho de concederle la jubilación anticipada era una recompensa por todos los años de fiel servicio.

«Tiene que dejar el puesto a finales de octubre. Como le quedan veinte días de vacaciones, a partir del 1 de octubre ya no tendrá que aparecer más por aquí. ¿Podrá tener su escritorio vacío para entonces?»

Anja está muy desmoralizada y yo no puedo ofrecerle demasiado consuelo. Me siento culpable por haberla convertido en una delatora. Nuestra directora sigue mirándome afablemente cuando se cruza conmigo por los pasillos.

La velocidad máxima de mi scooter está ahora alrededor de los veinticinco, creo. Los ciclistas y un par de motoristas me miraron con extrañeza cuando los adelanté con indiferencia. Me he convertido en un peligro en la carretera. En realidad debería ponerme casco, así seré irreconocible cuando pase a toda pastilla. Es broma, que el viento me agite los cuatro pelos que me quedan.

Jueves 29 de agosto

ANCIANOS LOW COST EN LA CÁRCEL. Sería un buen titular.

La prisión de la bóveda de Breda está vacía y un empresario espabilado, un tal Aad Ouborg, ha pensado que ahí podría hacerse una residencia de ancianos. Si debo creer lo que dice el periódico, Ouborg opina que una celda reformada de once metros cuadrados tiene que ser suficiente para dos abuelos. Unos 2x3 metros por persona.

A fin de cuentas apenas se mueven, habrá pensado Ouborg, y tampoco necesitan muchas cosas.

No les importará tener una puerta corredera y una pequeña ventana para ventilarse es más que suficiente.

La habitación más barata tiene que costar ochocientos setenta euros. Pensé que era al año, pero resulta que es el alquiler mensual. Sin incluir la comida y con un «paquete de cuidados básicos» sin especificar.

No, no es ninguna broma.

Ahí es donde algunas personas de este país ricachón querrían meterme: la celda recién pintada de una cárcel. No es para personas que ya estén viviendo en una residencia, puntualizan tranquilizadamente. Es más bien para «nuevos» mayores que se quedan solos o que tienen que dormir bajo un puente.

Ayer almorcé con Anja. «He sido una espía de tres al cuarto», suspiró. La consolé con un gran ramo de flores, no se me ocurrió nada más original.

En cierto modo también se sentía aliviada porque dentro de poco se liberará del ambiente hostil del trabajo. Hemos brindado por su recién conquistada libertad.

Viernes 30 de agosto

Nuestro abogado sigue vivo. Esta mañana he hablado con él. Víctor se ha mostrado tan combativo y optimista como siempre pero ha reconocido haber sufrido una pequeña derrota en forma de carta que le ha enviado la comisión de arbitraje que va a gestionar nuestra solicitud. En ella se dice que se ocuparán de nuestro caso a mediados de enero de 2014. El plazo ya toma en consideración la petición de que se tuviera en cuenta la proveya edad de los clientes.

Víctor estaba investigando si no había un método más rápido.

«Mi consejo de amigo es que todos nos mantengamos con vida», dijo para concluir la conversación.

El domingo por la mañana cruzaré el IJ con mi motosilla. Después de haber hecho unas cuantas salidas por los rincones de Ámsterdam-Norte ha llegado el momento de ampliar mis horizontes y tomar el transbordador. Me hace ilusión ver Ámsterdam en uno de los pocos momentos en que la ciudad está tranquila y silenciosa, un domingo a las nueve de la mañana. Parece como si hubiesen puesto los canales ahí para dar vueltas.

Evert también está pensando comprarse una scooter. No me extraña porque no se defiende demasiado bien con la silla de ruedas. Ayer volvía trabajosamente de su paseo con *Mo* en el regazo. El perro tampoco podía caminar porque tiene una infección en la pata. Y lleva un collar de plástico duro en el cuello para que no se pueda lamer la pata. Menuda pareja.

Sábado 31 de agosto

La propuesta legislativa que iba a decidir el derecho a tener pañales limpios ha sido retirada. ¡Justo ahora que yo también voy a empezar a usar pañales! ¿En qué país de imbéciles vivimos que tenemos que regular por ley que los viejos no estén todo el santo día abandonados en su propia

caca y pis? ¿Por qué han metido a la ley en esto ahora? No está claro. El Consejo de Estado, que da consejo jurídico, dice que en realidad todo está regulado por ley. Lo malo es que no sé a qué legislación tiene que apelar un abuelo demente para obtener un pañal extra. Por mi parte espero que antes de que tenga que andar todo el día con pañales me haya despedido sigilosamente de esta vida.

O... ¿se habrán inventado esta noticia también? ¿Como la historia de la residencia de ancianos en la prisión de la bóveda en Breda? (Sí, ahí piqué.)

Harán una sesión informativa sobre las obras proyectadas. La dirección no descarta que deban producirse traslados forzosos. Los motivos de fondo no están claros. Pero sí parece que de pronto corre mucha prisa.

Esas han sido casi las últimas noticias que Anja ha conseguido contrabandear desde detrás de las líneas enemigas. Ha decidido que va a dar un buen uso a sus últimas semanas en la oficina, aunque sabe que la están vigilando. Ya no tiene que preocuparse por las posibles consecuencias. La directora no saldría nada bien parada si pusiera a nuestra delatora en la picota. Sabe que tiene muchos números de que la publicidad solo juegue a favor de Anja.

Domingo 1 de septiembre

Aquí en la casa casi todo el mundo se llama Piet, Kees, Net y Ans; no tenemos Storm, Vlinder, Felicity o Espada del Islam.

Todos nosotros nacimos mucho antes de esa época en que los padres querían demostrar lo originales y modernos que eran con los nombres de sus hijos. Con todo el peligro que eso entraña. Le pones a tu hija Vlinder, y en vez de parecerse a una mariposa se acaba convirtiendo en una foca perezosa. Para eso es mejor llamarse Ans.

Esta mañana a las nueve estaba en el transbordador con mi scooter. He dado una vuelta preciosa por una Ámsterdam dormida. Es un privilegio vivir en una de las ciudades más bonitas del mundo. Pero hay que aprovechar ese privilegio, de lo contrario no sirve de mucho. Eso es lo que he hecho hoy por primera vez desde hace años, y seguiré haciéndolo más a menudo el tiempo que me quede de vida. Casi todo el trayecto lo he hecho a velocidad de «tortuga» para poder ir contemplándolo todo a mis anchas.

Y ahora centrémonos de nuevo en asuntos importantes: la junta de residentes ha propuesto hacer una contribución puntual de dos euros para poder contar con un atractivo lote de premios para el bingo de Navidad. Gobernar es prever.

Lunes 2 de septiembre

Ya no es posible jugar una horita al billar los domingos por la tarde. Se ha creado un turbio sistema de reservas. Al final, después de esperar una hora y media e insistir un poco, Graeme, Edward y yo pudimos jugar de 16:40 a 17:20. Para entonces ya llevábamos un par de copas

encima. Eso favoreció el desarrollo del juego, pero por desgracia con eso no haces mucho en el billar. Creo que entre los tres no habremos llegado ni a veinte carambolas.

La locuacidad, sin embargo, no decayó. Graeme nos contó bonitas historias del pasado. Es el hijo menor de una familia de catorce hermanos entre chicos y chicas. Todos están muertos ya. Por lo demás tiene un hijo que vive en Australia y una hija en Oude Pekela. Un año se va con su hijo a ver a su hija y al año siguiente se va con su hija a ver a su hijo. En enero se irá tres semanas a Australia.

«Esos viajes son lo que me mantiene vivo. —Nosotros asentimos—. Y vuestra compañía, por supuesto», se apresuró a añadir.

Edward es una figura un poco triste. Tiene mucho que decir pero por desgracia es poco menos que incomprensible. Con un par de copas encima, incomprensible del todo.

«Deberías escribir, Ed», fue la conclusión de Evert, que se había apuntado a tomar una copa para acompañarnos.

Eso hará. Nos ha prometido enviarnos una carta cada semana. Nos deja elegir si queremos tratar el contenido oralmente o por escrito.

Hemos decidido que jugaremos al billar más a menudo.

Graeme va a reservar una hora fija, porque es el que mejor contacto tiene con el secretario del club de billar.

Martes 3 de septiembre

Pasado mañana es mi cumpleaños. Por primera vez en años vuelvo a tener suficientes amigos para celebrarlo. He invitado al club Viejos-sí-muertos-no a que vengan a tomar una copa por la noche. Les he pedido a Ria y Antoine que se encarguen de preparar un pisco-labis a mi cuenta. Así ellos están contentos y yo también. Por supuesto tiene que haber alguna fritura, sin croquetas no hay bebidas, pero por lo demás tienen vía libre.

Les he pedido a todos encarecidamente que no me traigan flores ni regalos. Siento curiosidad por saber si lo cumplirán.

Grietje me ha asegurado que vendrá, pero a continuación me ha hecho prometerle algo para el futuro:

—Cuando esté demente, no me arrastrarás a todas partes en contra de mi voluntad, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

Me explicó que era un gran error pensar que hay que entretener a los enfermos de demencia a toda costa para hacerles salir de su apatía. De modo que los sacan de excursión un día entero, pero ellos no tienen la menor idea de dónde están, quién es toda esa gente que no para de hablarles tan animadamente y por qué tienen que subir en ese tren tan raro. Les dan comida extraña y para colmo los besuquean un montón de desconocidos.

—Un abuelo demente necesita tres días para recuperarse de eso —suspiró Grietje—. Así que cuando llegue ese momento déjame que me quede tranquilamente sentada delante de la ventana.

Se lo he prometido.

Miércoles 4 de septiembre

Uno de nuestros porteros es un poco menos anciano que los residentes. Sin embargo siempre habla de «esos viejos» y se comporta como si fuera el jefe de este chiringuito. Tampoco es el portero sino un «encargado de seguridad». No hay nada que le guste tanto como llamar al orden a la gente que incumple las reglas.

Había salido a dar una vuelta con Evert. Mi amigo tiene la costumbre de seguir adelante con la silla de ruedas cuando las puertas están a punto de cerrarse en sus narices. Entonces se queda atrapado en medio y las puertas se vuelven a abrir de inmediato. Eso es una espina en el ojo del portero Post (así se llama).

—Tiene usted que ir más deprisa o esperar un poco más interpelló a Evert con severidad.

Evert levantó la vista muy despacio, entornó un poco los ojos como si aguzara la vista y repuso:

—Tiene usted un moco en la nariz.

Yo estaba a su lado y por poco me atraganto.

Sobrevino un momento de confusión.

¿Debía el portero hacer caso omiso del comentario? ¿Y si era verdad?

Cuando aún estábamos junto a la puerta nos volvimos a mirar. El portero escrutaba el dedo que había mandado de inspección.

—Un poco a la derecha —dijo Evert.

Tengo en casa tantísima bebida que bastaría para celebrar tres cumpleaños. Mejor que sobre que no que falte. Al fin y al cabo, con un amigo como Evert todo se termina antes o después.

Jueves 5 de septiembre

Nacido el 5 de septiembre de 1929. Hoy cumplo ochenta y cuatro años. A las nueve de la mañana Evert estaba plantado delante de la puerta, o mejor dicho estaba sentado delante de la puerta, en su silla de ruedas, sobre el regazo llevaba una bandeja con un desayuno completo. Era una escena conmovedora. Croissants, tostadas, pan, té, zumo de naranja y Prosecco. Casi todo se lo ha zampado él mismo después de cantarme un *Cumpleaños feliz* excepcionalmente desafinado. Yo no soy de desayunar mucho.

Para esta noche he pedido prestadas un par de sillas al servicio de la casa. A nuestra edad tener que estar de pie en una fiesta de cumpleaños no me parece demasiado apropiado.

La mayoría de residentes celebran su cumpleaños abajo en la sala de estar. Los invitados se sientan a una gran mesa y les dan una porción de bizcocho, mientras que el resto de residentes se acercan todo lo que pueden con la esperanza de conseguir unas migajas. Una escena muy triste. Así que paso de eso.

Prefiero que estemos un poco más justos en mi habitación pero que no haya fisgonas.

He reservado el cursillo de golf para ocho personas para el viernes trece. Espero que haga un día tan espléndido como el de hoy, así habrá muchas probabilidades de que la salida sea un éxito.

No estoy del todo convencido de haber hecho la elección adecuada. Jugar al golf puede ser un deporte apto para mayores pero no todos los mayores son aptos para jugar al golf. No puedo echarme atrás, porque ya he pagado.

Viernes 6 de septiembre

A las doce y media he tenido que empujar la silla de ruedas de un achispado Evert hasta su casa. Tampoco yo andaba muy firme. Él quería quedarse a dormir aquí. «Así podemos tomarnos una última copa.»

No me pareció un buen plan. En el pasillo se puso a cantar *Land of Hope and Glory*.

Me temo que hoy me llamarán la atención por el ruido.

Por lo demás fue un cumpleaños agradable. Tengo comida para dos días más y bebida para dos meses. Por el momento como y bebo con moderación.

Los planes para hacer un viajecito con el club se han quedado en agua de borrajas. La primavera que viene haré un intento más serio.

Para poder ir solo tengo que seguir vivo hasta junio. He decidido no dejarme amedrentar por la muerte, al menos no por la de los demás. Si el que se muere soy yo les diré que me lleven en una urna en el salpicadero del autocar.

«Le gustaba ir siempre junto a la ventana.» No es verdad, pero suena gracioso.

Sábado 7 de septiembre

Los abuelos tienen que jugar. Las carreras en el ordenador ayudan más a mantener en forma el cerebro de los mayores que los juegos estúpidos. Según el periódico, una investigación ha demostrado que los cerebros viejos pueden volver a aprender más cosas simultáneamente si juegan con regularidad.

Voy a investigar lo que hay que hacer para jugar así, aunque la probabilidad de que encuentre a alguien en esta casa que me enseñe no es muy grande. Es el precio que debo pagar por no tener nietos.

Me habría gustado tenerlos. Habría sido un abuelo estupendo, aunque me esté mal decirlo.

Si... Exacto, si.

Por otra parte, no todo son alegrías y diversión con los nietos. Edward tiene un nieto drogadicto y Graeme una nieta con anorexia. Cuando los hijos empiezan a enderezarse después de muchos años, te toca apechugar con los problemas de los nietos. Otra vez a perder el sueño.

Quizá será mejor que me espere un poco con lo de los juegos de ordenador hasta que salga la próxima investigación que demuestre que la primera no era correcta, o que, cuando menos, faltaba añadir un montón de interrogantes científicos.

Domingo 8 de septiembre

—¿Alguien quiere mis pastillas? —preguntó Evert—. Todavía valen. Bueno, según para lo que se quieran utilizar.

Evert estaba provocando a raíz de una historia del periódico que se había estado comentando a la hora del café. Iban a juzgar a un hombre de setenta años por haberle preparado un cóctel de pastillas a su madrastra de noventa y nueve, que opinaba que ya había vivido bastante. La mujer sufría muchos dolores y apenas podía hacer nada, pero el médico de cabecera de su residencia no creía que sus padecimientos fuesen lo bastante insoportables y se negaba a colaborar en la eutanasia. La mujer se tomó ciento cincuenta pastillas en un yogur. Toda una proeza conseguir meterlas dentro. Chapuza de aficionados a la fuerza.

El suicidio no es castigable. Tampoco me parece que sea fácil de castigar si tiene éxito. Y si fracasa siempre puedes pedir la pena de muerte. Pero no se puede ayudar al suicida.

El ofrecimiento de Evert fue acogido con miradas de recelo.

Por otra parte, la mayoría de los residentes no necesitan que les den más pastillas para tomar una sobredosis. Aquí casi todo el mundo tiene uno de esos dispensadores que contiene la ración de pastillas para cada día de la semana. Algunos abuelos se llevan cada mañana su colección de medicamentos a la mesa, escogen un puñado y las van tragando con mucho aspaviento con el café tibio. Quejándose y rezongando por sus dolores y arrechuchos, por la muerte y la miseria. Así que guarda las distancias si pretendes pasar un día agradable.

Lunes 9 de septiembre

Ha llegado un nuevo residente, el señor De Klerk, que intenta convertir a los demás a la iglesia reformada. No sé a cuál concretamente pero a una bastante ortodoxa. Menos mal que aquí ya no hay nadie que tenga que vacunarse contra el sarampión porque «inmiscuirse en el curso de los acontecimientos es ponerse en la piel de Dios y esa piel no es de nuestra talla», según De Klerk.

Sus intentos de ganar almas reformadas está causando bastante revuelo entre la facción católica de los residentes. Ya veo resurgir una lucha de creencias y estoy deseando que ardan los primeros herejes.

El señor De Klerk pronunció hermosas palabras cuando le comenté ayer que dudaba bastante de las buenas obras de Dios. «El Señor no se nos ha revelado para que discutamos sobre Él sino para que nos postremos ante Él.»

Por suerte las palabras hermosas no tienen porqué ser siempre ciertas. No eran del propio De Klerk sino de una revista reformada, *El amigo de la Verdad*. Un anciano comunista creyó que la vieja revista de su partido había resurgido de sus cenizas. Todos reivindicaban la verdad.

Luego le he dejado caer dos preguntas más al señor De Klerk. La primera era si podía trabajar de misionero en domingo y la segunda si Dios era capaz de crear una piedra tan pesada que ni él mismo pudiese levantarla. (Lo había leído en alguna parte.)

Atisbé cierta confusión.

—Bueno, pues ya me dirá —le dije mientras me alejaba.

Martes 10 de septiembre

Esta mañana he ido a visitar al geriatra y le he preguntado sobre los estimulantes para viejos. Y también sobre su contrario: la píldora del último día.

—Las dos son difíciles de conseguir —dijo el médico—. Los estimulantes a los que usted se refiere son ilegales. No se sabe mucho del efecto concreto que tienen en los mayores. Es posible que a algunos ancianos les sentara muy bien un poquito de cocaína.

Le pregunté si él la había probado. Sí, la había probado.

—¿Y?

—Demasiado buena. Peligrosamente buena. Enseguida me di cuenta de que era fácil no poder pasar sin ella.

Lo único que podía hacer por mí de momento era recetarme unos antidepresivos suaves, «aunque no me parece que esté usted deprimido». El problema es que atontan un poco.

Le dije que precisamente yo necesito algo que me dé un poco más de energía.

Se lo iba a pensar.

Lo de la píldora del último día es más complicado. El doctor comprendía que a algunas personas las tranquilizara la idea de tener una pastillita así en su botiquín «por si acaso», pero la realidad es muy distinta.

Un anciano que quiera morir tiene que dirigirse a un «asistente de eutanasia» al que deberá convencer de que desea genuinamente poner fin a su vida. Eso se llevará a cabo en un mínimo de dos entrevistas largas y exhaustivas. Si el asistente decide prestarle su ayuda deberá encontrar a un segundo asistente diplomado que esté de acuerdo con él. A continuación un médico tendrá que proporcionar la medicación oportuna que el mayor cansado de la vida se tomará bajo la supervisión de un asistente. Con semejante farsa te entran más ganas de morir aún.

—De todos modos no me parece que esté usted en esa situación.

—Es verdad, pero me encuentro en un equilibrio precario. Cuando la balanza se inclina a favor del desánimo, es poco probable recuperar la alegría de vivir.

Él asintió.

—¿Podemos considerar esta conversación como una entrevista preliminar?

Sí podíamos.

Miércoles 11 de septiembre

Hoy volveremos a ver en muchos canales de televisión la repetición de los aviones que se empotraron contra las Torres Gemelas: 2.995 muertos. La razón directa de la Guerra contra el Terror: 200.000 muertos, entre ellos 6.000 soldados estadounidenses, 350.000 heridos y unas pérdidas estimadas en 1.000.000.000.000 dólares.

Ayer dejé caer algunas de esas cifras a la hora del té (me las había aprendido de memoria), pero a nadie le pareció disparatado el coste de esa guerra. Salvo, por suerte, a algunos de mis amigos y amigas.

¡Caray, la de cosas divertidas que se podrían haber hecho con ese billón de dólares! Así los

americanos serían ahora muy populares en algunos sitios en vez de odiados.

Y después de lo de Irak y de todas las otras revoluciones árabes el fundamentalismo musulmán será más fuerte que antes.

Comprendo perfectamente que los americanos no tengan ganas de lanzarse a una aventura en Siria de la que nunca saldrían bien parados. Aún está fresco en su memoria el recuerdo de su aventura anterior.

«Demasiadas cosas, Hendrik, viejo sabio.» Tal vez sea por el tiempo otoñal después de un largo y bonito verano. Esta tarde iré a comprar un chubasquero grande para mi scooter, así también podré salir a despejarme la cabeza con lluvia.

Jueves 12 de septiembre

He oído que, siguiendo el ejemplo de los payasos de hospital, ahora hay también payasos especiales para los abuelos solitarios. No sé cómo se llaman ni de dónde vienen, pero les haré una advertencia: al primer payaso que venga a hacerme una gracia le atizo con las últimas fuerzas que me queden y le estampo una sartén en su alegre cabeza.

Hace una semana estábamos casi a treinta grados. Ahora tenemos puesta la calefacción central a toda marcha. Hace frío y llueve a menudo. Mañana iremos a jugar al golf. El tiempo no va a mejorar mucho y no tengo ningún plan alternativo. Miro las previsiones a cada hora, pero no sirve de nada. Mañana a la una viene a buscarnos el microbús.

Estoy nervioso.

Viernes 13 de septiembre

Había una residente que en viernes trece se quedaba todo el día en la cama por si las moscas: allí no podía pasarle nada. Estaba comiéndose un bocadillo y tomando una taza de té cuando se le rompió el asa de la taza y el té hirviendo se le derramó encima. El resto del viernes trece lo pasó en el hospital.

Evert apareció ayer con un regalo de cumpleaños atrasado: una piel de oveja para ponerla en el asiento de mi scooter. Me dijo que la lavara antes porque a él no le había dado tiempo. La oveja venía de la tienda de segunda mano.

—Quién sabe lo que habrá pasado encima de esa piel delante de la chimenea. Hay un par de manchas sospechosas —dijo sonriendo.

Pero a mí no me toma el pelo con sus historias obscenas. He llevado la cosa esa a la lavandería y ya la tengo lavada y seca. Completamente limpia.

Pero si la pongo encima de la scooter y cae un buen chaparrón mientras yo estoy en alguna otra parte, luego me toca sentarme encima de una gran esponja blanca. Mientras aún pueda caminar un poco no entro en ninguna parte con la scooter. Y tampoco me veo andando por el supermercado cargado con la piel de oveja cada vez que llueva o nieve.

«Ahí está otra vez ese viejo raro con su piel de oveja», me parece oír cómo susurran junto a las mandarinas.

Sábado 14 de septiembre

El golf ha sido la primera salida desastrosa de la serie, hasta ahora.

Empezó bien. Con café y pastel en el club y un instructor simpático y un poco pijo que nos explicó los principios teóricos básicos del juego. Pero en cuanto salimos afuera para poner en práctica alguna que otra cosilla se puso a llover. Y hacía frío. Y la verdad es que había apuntado demasiado alto, porque apenas conseguíamos darle a la bola. Para que se hagan una idea: Eefje se pegó en el tobillo y a Graeme le resbaló el palo de las manos y a punto estuvo de darle al instructor en toda la cabeza. Solo Evert causó sensación en su silla de ruedas: llegó a mandar alguna bola a cien metros.

Después de media hora todos tenían bastante, pero para complacerme se pasaron casi tres cuartos de hora empapados y ateridos haciendo ver que se lo pasaban bien.

En ese momento le dije al instructor que ya estaba bien para ser la primera vez, a pesar de que aún íbamos por la mitad del programa.

Nos tomamos un vinito en un bar por lo demás desierto y luego pedí que nos adelantaran el microbús.

Todos se portaron muy bien conmigo y me aseguraron que la idea era buena pero que el tiempo y la edad no habían ayudado mucho. Con todo, hoy, un día más tarde, aún sufro la resaca. Llevo puerilmente mal las decepciones.

Domingo 15 de septiembre

Todavía estaba fastidiado por el fracaso de la salida cuando Evert vino a visitarme. A los cinco minutos me amenazó con largarse de nuevo si no dejaba de poner morros.

—No soporto que un vejestorio no pare de quejarse por un insignificante contratiempo.

Se me pasó de golpe.

Por otra parte, Evert había venido a traerme buenas noticias: han anulado el servicio de felicitaciones para mayores solitarios por falta de voluntarios.

Que unos perfectos desconocidos vengan a cantarte el día de tu cumpleaños y luego se zampen el pastel es tan sumamente agradable que te hace desear estar solo. Lo admito: el año pasado no tuve el valor de negarles la entrada. Evert sí. A él le cantaron el *Cumpleaños feliz* puerta de por medio.

Últimamente la señora Aupers camina a veces hacia atrás porque cree que así tendrá que ir menos al lavabo. Voy a proponerla para el premio Nobel alternativo. Este año han vuelto a conceder ese galardón especial a magníficos investigadores. A Brian Crandall por estudiar sus propios excrementos después de tragarse una musaraña escaldada. A un japonés y un chino, ambos con nombres difíciles, por investigar el efecto de la ópera en las posibilidades de supervivencia de ratones recién trasplantados del corazón. Y otra más: Gustavo Pizzo obtuvo el premio por diseñar una trampa para secuestradores de aviones que los encerraba en una cápsula que los pilotos podían dejar caer mediante un paracaídas. Algunos consideraban que el paracaídas era un lujo innecesario.

Lunes 16 de septiembre

Si podemos hemos de darle al señor Schipper cerillas usadas, porque tiene la intención de construir con ellas nuestra residencia a escala. Espera salir en la prensa. Nuestra directora está en el comité de recomendación.

Una vez hubo alguien que construyó la catedral de San Pedro con siete millones de cerillas. Ante proyectos así no puedo evitar pensar: ¡al fuego con ellos! En tres minutos, veinticinco años de trabajo a hacer puñetas. En el fondo tengo una vena destructiva.

Hace una semana y media estábamos a veintiocho grados y era verano. Ahora estamos a catorce y es otoño. No me gusta el otoño. Sí, sí, claro que hay colores bonitos pero son los colores de la decadencia. En el otoño tardío de mi vida ya me veo confrontado más que de sobras con la muerte y la podredumbre, no me hacen falta todas esas hojas muertas alrededor. El otoño huele como una residencia de ancianos. A mí que me den la primavera, un nuevo comienzo, para compensar un poco.

Además no soporto los días cortos, y San Nicolás y Papá Noel no me caen demasiado bien.

Parezco un viejo gruñón pero para eso sirve también este diario: para que pueda quejarme y renegar un poco sin molestar a nadie.

Martes 17 de septiembre

A veces los celos adquieren formas ridículas a medida que uno se hace mayor. Debido al gran excedente de mujeres que hay en la casa, las señoras casadas prefieren no quitarles el ojo de encima a sus maridos. La señora Daalder nunca anda muy lejos del señor Daalder, a un metro como mucho. Como un perro guardián traicionero le ladra a cualquier mujer que muestre el menor interés por su marido. Aunque la ingenua vecina no haya hecho más que pedirle el azúcar.

—¿Es que no puedes cogerlo tú misma? No se lo des, Wim.

Wim es profundamente desgraciado porque ya no puede tener una conversación como Dios manda. El caso es que no hay ninguna mujer que se fije en Wim porque es más feo que Picio, pero aún así tiene que resignarse a la permanente vigilancia de su celosa mujer. A veces me parece atisbar en los ojos de Wim un gran deseo de morir.

Saco el tema porque un tal señor Timmerman vino a vivir aquí hará unas tres semanas y le ha echado el ojo a Eefje. Es muy comprensible, claro. Pero tiene la mala pata de que Eefje no quiere saber nada de él porque es un gran fanfarrón y porque huele mal.

Sueno como un Hendrik Groen celoso, pero en este caso la envidia es completamente innecesaria. Eefje ya le ha pedido muy educadamente a Timmerman en varias ocasiones que fuese a sentarse en otra parte.

Eso ha despertado la envidia de Timmerman hacia mí. Yo me siento todos los días al lado de Eefje para nuestra mutua satisfacción.

Miércoles 18 de septiembre

Es el día después del *Prinsjesdag*,¹ el Día de los Príncipes.

—Mire, la franja roja más larga somos nosotros, los pensionistas.

El señor Elroy intenta explicarle a la señora Blokker cómo va lo de la política de austeridad.

—¡Nosotros somos los que más pagamos!

Aumenta la inquietud. ¿Seguirán sirviéndonos galletitas con el café?

Henk Krol, del Partido de los Pensionistas, exhorta a todos los mayores a luchar y a salir a protestar el próximo domingo en Ámsterdam. Si el tiempo no anda muy revuelto a lo mejor me apunto. Me parece una salida divertida. Nunca me he manifestado en toda mi vida, pero nada me impide empezar a mis ochenta y cuatro años. No es que me enfurezca ese dos por ciento que amenazan con quitarme, pero me parecería fascinante ver la Plaza de los Museos llena de andadores, scooters y Cantas. Espero que alguien grite: «¡Rutte, asesino!», y que estallen algaradas, y que los antidisturbios tengan que cargar contra el núcleo duro de los octogenarios que les arrojarán piedras como si fueran bolas de petanca.

En las elecciones municipales de marzo de 2014 los partidos locales de pensionistas se felicitarán junto con el Partido Socialista y el Partido por la Libertad. El Partido del Trabajo desaparecerá. Diederik presentará la dimisión. El gobierno caerá. Se producirá un estancamiento político, pero al final todo seguirá como en los viejos tiempos con los partidos nuevos. Hasta aquí su comentarista político, Hendrik Groen, desde la residencia de ancianos.

Jueves 19 de septiembre

Dos días después del Día de los Príncipes ya nadie habla sobre los presupuestos del Estado, pero las señoras no se cansan de comentar el desfile de sombreros que hubo durante el discurso real en la apertura del Parlamento. Había un sombrero que parecía el jirón de un vestido de novia, dijo alguien. No eran muy indulgentes juzgando a las damas políticas: cabezas huecas que de pronto se encasquetaban un sombrero raro. «Bueno, ese no está mal», fue la valoración más positiva que se oyó.

Ellas son la última generación de usuarias de sombrero. Sombreros de buena calidad para el frío invernal, «y también para arreglarse un poco». Pero no tienen nada que ver con ese ridículo desfile de carnaval que hacen en la segunda cámara.

Eefje suele llevar sombreros encantadores.

Paseo a su lado con el debido orgullo. Mejor cogidos del brazo.

Viernes 20 de septiembre

En el tablón de anuncios han colgado una invitación para un curso de prevención de caídas.

Los abuelos que tienen miedo de caerse suelen caerse más. A esa conclusión ha llegado un investigador biomédico. La gente que tiene miedo piensa: si no me muevo no me caeré. Eso hace que su condición física y motora se deteriore rápidamente y por eso se caen más a menudo cuando por ejemplo tienen que recorrer el inevitable pasillo para ir al lavabo. Resumo por encima la paradoja de la caída.

El curso enseña a «mejorar el equilibrio del cuerpo» y, no menos importante, cómo volver a ponerse en pie.

Las duras cifras: al año los abuelos se caen un millón de veces y se rompen caderas y muñecas por valor de 725 millones de euros.

Yo también me siento más torpe... pero un curso así...

Le he preguntado a Eefje si se apuntaría, pero no lo ve claro. Graeme esperará un añito más. Grietje se pierde bastante pero jamás se cae. Solo Evert está pensando en ir en su silla de ruedas. Para fastidiar un poco.

¿Debería pedir una clase de prueba individual?

Antoine y Ria lamentan la muerte de su héroe Johannes van Dam, el periodista culinario ante el cual los restaurantes se echaban a temblar. Hacia el final de su vida gastaba cada vez más en los locales de comidas que frecuentaba. ¿Sería para reafirmar su tesis de que él personalmente ha mejorado el nivel culinario de Ámsterdam?

También pudo influir el hecho de que no pudiera ir de incógnito a sus degustaciones. No podía disfrazarse. Atención todo el mundo por si Johannes se arrima a la mesa.

Sábado 21 de septiembre

Hoy es el Día Mundial del Alzheimer. ¿Qué se supone que tenemos que hacer? ¿Pensar en ello?

Todos esos días dedicados a una y otra cosa, sobre todo a enfermedades: Día Mundial de la Lepra, Día Mundial del Sida, Día Mundial de la Diabetes, Día Mundial de la Diarrea. Luego pasaré a visitar a Grietje para decirle: hoy es tu día. Es tu día por partida doble, porque hoy también es el Día de los Vecinos. Deben de faltar días para que el Alzheimer tenga que compartir el suyo con los vecinos.

Por otra parte el Día del Alzheimer no está dedicado a su auténtico colectivo. Ellos ya no saben en qué día de la semana viven.

Hace un par de años Johannes van Dam escribió en el periódico *Het Parool* que no poder vivir solo e independiente equivalía a una agonía insoportable. He compartido esa afirmación a la hora del café con otros ocho residentes. Ha dado mucho de qué hablar. Evert, con su piso tutelado, era el único que estaba de acuerdo con el difunto Johannes. En su contra tenía a la gran mayoría que condenaba una actitud tan ingrata. Ha sido una discusión entretenida. Evert estaba en forma: agudo y obtuso.

Stelwagen observaba a distancia. Al ver que la miraba, me hizo un leve gesto de cabeza y se fue.

Domingo 22 de septiembre

Aunque tengas ochenta años, seas siempre un bocazas y te llames Evert, aún subsiste cierta indecisión. Evert me ha pedido ayuda para organizar la salida del próximo miércoles. Ha reservado un taller de pintura en algún lugar y tiene miedo de que no le vaya a gustar a nadie.

¿No te parece un poco pobre? ¿Debería completarlo con algo más?

Le he asegurado que el proyecto está muy bien tal y como está, que es casi imposible que salga mal y que en cualquier caso será más divertido que mi salida de golf.

Tienes razón, dijo con una sonrisa que no me sentó nada bien.

Durante la manifestación contra el gobierno no vi ninguna armada furiosa de andadores, Cantas y scooters protestando porque los mayores tengan que apoquinar más.

Y es para darse con un canto en los dientes si hay que creer lo que dice el artículo del *Volkskrant* de ayer: «¿Cómo que viejos y lastimosos?». La conclusión principal: los jóvenes de hoy en día tendrán que trabajar bastante más tiempo y pagar bastante más dinero para conseguir las mismas pensiones básicas que tienen todos esos jubilados que ahora ponen el grito en el cielo.

Una perspectiva estimulante: una coalición entre el Partido por la Libertad, el Partido Socialista y el Partido de los Pensionistas defenderá a los abuelitos esquilados. En los últimos sondeos están empatados a sesenta y seis escaños.

Lunes 23 de septiembre

Ayer por la tarde, después de una semana de otoño, volvió a salir el sol. Los bancos de delante de la casa estaban abarrotados.

La señora Bakel tenía un tubo de crema de protección solar y fue repartiendo generosamente a todo el que quiso. Poco después había ocho abuelos con pegotes de crema mal repartida por la cara disfrutando del sol con los ojos cerrados. Una bonita escena.

La señora Bakel volvió a mirar el tubo y gritó espantada:

—¡Caducada!

—Y no por poco —dijo la señora Van der Ploeg después de haber sacado sus gafas.

—Agosto 2009. ¿Será peligroso?

La pregunta desató las especulaciones más descabelladas.

—Igual coges un cáncer de piel —insinuó el señor Snel.

Poco después había ocho abuelos quitándose la crema de la cara. No era nada fácil con tanta arruga.

Martes 24 de septiembre

El señor Van der Schaaf ha sido abordado en la calle por un joven que le pedía cambio de un euro por dos monedas de cincuenta céntimos para un carrito de la compra. El chaval era muy servicial y le sostuvo un momento la cartera. Cuando el señor Van der Schaaf volvió a casa resultó que había cambiado un euro por dos billetes de veinte y otro de diez.

Era un joven de aspecto norteafricano. A veces parece como si se empeñasen en que reafirmemos nuestros prejuicios.

Y si lo pillan alguna vez...

¿Un robo callejero sin violencia?

Servicios a la comunidad sin perder el derecho a prestación.

No es frecuente que con los años la gente se vuelva más de izquierdas. Más de derechas, sí. ¿Qué dice eso?

Creo que es la tercera vez en un par de meses que uno de nuestros residentes cae en un llamativo truco de cambio. Todos están advertidos pero en el momento en que alguien les habla por la calle la mitad es desconfiada hasta la médula y la otra mitad está ingenuamente convencida de la bondad del ser humano.

Miércoles 25 de septiembre

Un científico, no me he quedado con su nombre, asegura que dentro de unos quince años se podrá prevenir la enfermedad del alzhéimer. Es una noticia dolorosa para todos los ancianos que están empezando a ponerse dementes. Ellos ya no lo verán, al menos no conscientemente. Mala suerte.

Pura suerte tuvieron los abuelos americanos. Entre 1950 y 1968 se produjeron al menos setecientos incidentes importantes con armas nucleares, según unos documentos desclasificados. Mientras sobrevolaba Estados Unidos un bombardero americano perdió accidentalmente dos bombas de hidrógeno, doscientas sesenta veces más potentes que la de Hiroshima, y una de ellas estuvo a punto de explotar después de que fallasen tres de los cuatro sistemas de seguridad.

No hay ningún motivo para creer que no pueda volver a producirse inesperadamente otro incidente aquí y ahora. De ser así no se hará público hasta el 2058. Yo no dejaré que me sorprenda, lo prometo.

Al final el hecho de que aún sigamos aquí es más cuestión de suerte que de sabiduría.

La humanidad no siempre ha dejado el mando en manos de los hombres más sensatos. Hitler, Stalin y Mao, por citar unos pocos nombres, son responsables de la friolera de doscientos millones de muertos, y eso sin armas nucleares. Si hubiera un premio a la criatura más imbécil de la tierra seguro que el hombre estaría entre los nominados.

Mañana volveré a hablar de los pequeños y entrañables detalles cotidianos. Dentro de un rato vendrá el microbús y ocho viejos vivarachos se pasarán el día escondiendo la cabeza debajo del ala con mucho gusto. Solo la sacaremos un rato para tomar una copa con un pica-pica.

Jueves 26 de septiembre

Hay un bonito retrato mío encima del aparador. Pintado por Graeme, que ha resultado tener un excepcional estilo neoexpresionista.

Después del almuerzo el microbús nos llevó ayer a Bergen aan Zee, un pueblecito de artistas situado en la costa de Holanda septentrional. Una vez ahí teníamos que presentarnos en un bonito chiringuito playero de madera. Evert no se había planteado cómo íbamos a llevarlo hasta allí en su silla de ruedas. A duras penas conseguimos empujarlo por el caminito empedrado que ascendía por la duna y una vez arriba faltó poco para que saliera disparado duna abajo y acabara de cabeza en la arena. Al final encontramos a dos corredores fornidos, dispuestos a bajar a Evert en vilo de la duna, arrastrarlo cien metros por la arena y dejarlo en el pabellón de la playa donde íbamos a

hacer nuestro taller de pintura.

Ahí una señora con aires de artista había preparado la pintura y los ocho caballetes de sobremesa con sus ocho lienzos, y nos dijo que nos retratará por parejas. Los resultados fueron hilarantes. Salieron todos los estilos habidos en quinientos años de historia del arte.

Luego Eefje y yo fuimos a remojarnos los pies en el Mar del Norte. Cogidos del brazo.

La conversación posterior fue culinaria y enológica. El señor del pabellón de playa se encargó de volver a subir a Evert por la duna con su pequeño tractor. Durante el trayecto Evert iba saludando como si fuera la reina. En el viaje de vuelta estuvimos cantando a todo pulmón.

Esta mañana la señora Kamerling le ha pedido a Graeme si podrá hacerle un retrato a ella también. Evert le ha aconsejado que le cobre 780 euros, IVA aparte.

Viernes 27 de septiembre

«Con motivo de la semana de la demencia os invito a vino y un pica-pica en la terraza de EYE», nos dijo Grietje a Eefje, Edward y a mí. Cuando protestamos un poco para compartir los gastos se limitó a decir: «¡Dejaos de monsergas!».

Taxi de ida y taxi de vuelta.

Mientras tomábamos el sol contemplando plácidamente las aguas del IJ nos confesó como de pasada: «Me estoy volviendo una despilfarradora a mi edad. La cuenta de ahorros tiene que estar vacía antes de que ya no sepa ni lo que es una cuenta de ahorros».

Me parece el enfoque correcto ante la demencia.

Por lo demás me parece que ya ha estado bien. Un Día del Alzheimer pase, pero una semana entera... Creo que últimamente habrán dado por lo menos ocho programas sobre la demencia por televisión. Pero si ya nos lo sabemos todo. Tampoco es tan complicado: cuando pasa un tiempo ni siquiera te reconoces a ti mismo en el espejo. Entonces va siendo hora de ir a la unidad de reclusión.

Se ha armado bastante revuelo ante la perspectiva de que una de cada dos niñas que nace ahora llegue a los cien años. Todavía hay una pregunta importante que no he oído: ¿Esas son buenas o malas noticias? En nuestro asilo, al menos una de cada dos personas que se acercan a los cien preferiría irse a la tumba lo antes posible.

Sábado 28 de septiembre

Cuando la puerta del ascensor se abrió ya había dos andadores y una scooter dentro, pero la señora Groenteman calculó que aún quedaba espacio suficiente para su motosilla. Se pasó un poco con el acelerador y se quedaron todos atascados en el ascensor. Tardaron media hora larga en sacar del enredo todos los trozos de hojalata y a los abuelos. Todo eran gemidos aunque a simple vista las heridas fuesen prácticamente inapreciables.

La directora me ha hecho saber, muy indirectamente, que cree que Anja me ha estado pasando información confidencial. Ayer vino a invitarme personalmente a la despedida que le organizarán a Anja el lunes 7 de octubre. Cuando la miré con sorpresa dejé caer: «Usted es amigo de la señora Appelboom ¿no? Al menos tengo oído que solía ir a tomar una taza de café con ella a la oficina. Es una pena que yo siempre estuviera fuera».

Probablemente se me subieron los colores. Me quedé ahí pasmado sin saber qué decir. Un poco en jaque mate.

¡No es posible estar un poco en jaque mate!

Stelwagen se despidió con una sonrisa y se fue.

El hecho de que la despedida de Anja sea un lunes lo dice todo del aprecio que le tienen sus compañeras de despacho.

Aunque a estas alturas ella ya se siente más aliviada que enfadada por su inesperado despido.

Domingo 29 de septiembre

Ayer, inmediatamente después del accidente en cadena del ascensor, se formó una cola de turistas de catástrofes que llegaba hasta el final del pasillo.

«Ay, ay, ay», manos sobre la boca, cabezas meneándose y análisis ridículos sobre la causa y las consecuencias.

«El choque se ha producido porque los que estaban dentro del ascensor ocupaban mucho espacio.»

Hay una serie de cualidades que se van perdiendo con la edad, pero la curiosidad no está entre ellas.

Hace un espléndido tiempo otoñal. Aunque un poco traicionero. Esta mañana bien temprano iba a dar una vuelta con mi scooter y por poco se me congelan los dedos. Tendré que comprarme buena ropa de invierno para ir en mi cochecito o cualquier día me moriré congelado delante de un semáforo.

Las personas que han sobrevivido por los pelos dicen que es una muerte bonita, como ahogarse.

No pienso intentarlo aún pero podría ser una buena alternativa a la píldora del último día: una cruda noche de invierno vas a algún sitio solitario, te quitas el abrigo y esperas a que te llegue la muerte. Tampoco olerás mal aunque no te encuentren enseguida.

Lunes 30 de septiembre

Apenas puedo caminar del dolor de pie que tengo. He llamado a Eefje para pedirle que me traiga aspirinas. Creo que es gota. Reconozco los síntomas que Evert tenía. Me he pasado toda la mañana sentado en la silla con la pierna en alto. Solo me he movido una vez para ir al lavabo de rodillas.

Eefje se ha quedado una horita conmigo haciéndome compañía y esta tarde vendrá Evert a visitarme con su silla de ruedas. El tullido con el tullido.

Le he pedido al personal si hoy podrían servirme la cena en la habitación.

—Bueno, la verdad, no es una práctica de la casa —dijo la jefa del servicio doméstico.

—¿Práctica?

—Sí, no vamos a empezar así. En ese caso tiene que ir usted oficialmente a la unidad de atención especializada.

«Métete las reglas donde te quepan, ya le pediré a Graeme que me suba el plato esta noche.» Él todavía está bien de las piernas. Seguro que se le quejarán porque tampoco es una «práctica» de la casa, pero seguro que Graeme no les hará ni caso.

Aquí hay gente capaz de dejar que alguien reviente de dolor para no contravenir las reglas.

Suerte que ahora tengo amigos.

Martes 1 de octubre

Efectivamente, es gota. El médico me ha dado unas pastillas con las que no puedo beber nada de alcohol y cuando se me pase será mejor que me vaya olvidando del vino tinto a partir de ahora y que coma las menos fresas posibles. Puedo vivir sin fresas, sobre todo en octubre, pero la temporada del vino tinto acaba de empezar, así que tendré que volver al blanco estival. Me conformo de buena gana si así puedo mantener la gota a raya.

Me cuesta horrores ir hasta el lavabo. Habrá que olvidarse de momento de mi tan necesaria vueltecita por la residencia. Las ocupaciones que me quedan son: leer, escribir, ver la tele y esperar a las visitas.

Y revisar un poco mis papeles. Entre ellos encontré un viejo recorte de prensa: «Una comisión de investigación estadounidense ha llegado a la conclusión de que 6,6 mil millones de dólares nuevecitos que volaron hacia Bagdad en 2003 para pagar salarios del Estado, fueron “posiblemente robados“. Los americanos les dieron el dinero a los iraquíes y estos lo han perdido».

¿Perdido? ¿Han perdido seis mil millones de dólares? Sí, un par de camiones repletos de dinero. Perdidos. Se quedaron tirados por algún lado.

No entiendo por qué guardé esta noticia. Es demasiado increíble. En algún lugar de Bagdad un Tío Gilito iraquí se esconde en su almacén dentro de una piscina repleta de dólares.

Miércoles 2 de octubre

Le he contado a Grietje, a modo de consuelo, que en toda Europa hay seis millones de personas con demencia.

—Bueno, así que pensaste: a Grietje le servirá lo del mal de muchos, consuelo de tontos. — Luego se echó a reír y añadió—: ¡No pasa nada!

Creo que me puse colorado.

No anima mucho pensar que solo en Europa haya ciento veinte estadios llenos de dementes.

Grietje me contó que un demente en estado avanzado puede pasar por delante de un espejo sin reconocerse. Espera que cuando le pase piense: ¡Mira qué mujer más maja!

Después hemos hecho un repaso de los residentes dementes que conocemos y hemos llegado a la conclusión de que uno de cada dos parece bastante o muy desdichado. «Pero la otra mitad no está tan mal. No están mucho peor que el resto de los residentes. Esa es una conclusión optimista», dijo Grietje y añadió que ni por un momento se planteaba tirar la toalla antes de tiempo.

Como si así quisiera contestarme a la pregunta que yo no me atrevía a hacer.

Ya estoy mucho mejor del ataque de gota. Las pastillas están haciendo su trabajo. Ya puedo volver a renquear.

Jueves 3 de octubre

En nuestro paraíso charlatán subtropical se oye un par de veces al día que antes todo era mejor. La señora De Vries dijo ayer en tono nostálgico que antes siempre había tiempo para tomarse un café y charlar un rato. Evert le señaló que en lo que a ella respectaba nada había cambiado.

—¿Qué quiere decir?

—Hace años que tengo que oír a diario tus charlas continuas interrumpidas solo por breves silencios para dar un sorbo.

Por toda respuesta llegó un indignado «Bah...».

Y por primera vez desde que la conozco estuvo cinco minutos callada. Al término de esos cinco minutos le exigió a Evert subiendo el tono que a partir de ahora la tratase de «usted». Aquí la mayoría lo hace. Probablemente una reminiscencia de ese tiempo en que todo era mejor y la gente aún se trataba con respeto. Solo Evert tutea a todo el mundo sin miramientos de ninguna clase.

Ya ando bastante bien y esta noche podré volver a tomarme un vinito con la conciencia tranquila. Soy más adicto a la bebida de lo que creía. Mientras vas bebiendo sin problemas no te das cuenta, pero si tienes que estar un par de días sin probar ni gota, tienes más ganas de echar un trago de lo que le conviene a tu humor.

En defensa de mi alcoholismo siempre puedo decir que a mi edad ya no importa nada. Entonces me sirvo con mucho gusto el primer vasito de vino antes de la comida. Hasta hace poco me permitía también encender un purito, pero por desgracia ya no puedo. Me mataba a toses.

Viernes 4 de octubre

El día de los animales no hay nada de carne ni de pescado en el menú, solo albóndigas de tofu y puré de endivias. Un pequeño gesto para con los animales. Eso sí, mañana me serviré una ración doble de carne.

No quitamos las trampas para ratones y a los mosquitos los seguimos matando de un manotazo, también el 4 de octubre. Es que hay animales y animales. Lo mismo sucede con las personas: a algunos los matan a tiros o se mueren de hambre y a otros les dan una mansión con piscina.

La señora Stelwagen me había invitado a su despacho para preguntarme si se me ocurría algún regalo de despedida que pudiera gustarle a Anja. No se me ocurría nada.

—Puede ser algo caro —insistió. A lo mejor tiene cargo de conciencia.

—En ese caso regáله una bicicleta eléctrica.

Le pareció una idea excelente. Creí que querría salir del paso con una birria de reloj. Creo que con mi idea le acabo de prestar un buen servicio a Anja.

Esta tarde iré a ver al que me apaña la scooter. Le pediré que ponga un paraviento delante del sillín. El fuerte viento del este que sopla estos días hace que pase bastante frío durante los paseos a pesar del solecito otoñal. Pero con un paravientos seguro que va mejor.

Sábado 5 de octubre

Henk Krol, que había ido a las barricadas por nuestras pensiones, se ha caído de ahí. Era bastante selectivo en su lucha por una pensión digna. No le parecía necesario pagar las cuotas de la seguridad social de sus propios empleados.

De pronto resultó que por lo menos la mitad de los residentes ya se habían oído que Krol no era de fiar.

El hecho de que en el periódico apareciera una foto en la que salía con su ex mujer y con su ex marido no mejoraba las cosas.

—Si ni siquiera estás seguro de ser homo ¿cómo vas a encargarte de tres millones de mayores? ¡Que se largue de una vez! —según el siempre moderado señor Bakker.

Pero con la dimisión de Henk Krol («¡No, señora De Goede, no es el hermano de Ruud Krol!») un montón de residentes han caído en un agujero político. ¿A quién van a votar ahora?

—Jan Nagel va ya por su sexto partido, así que a él no pienso votarlo —bramó el señor Hijneman.

Un buen número de residentes, sobre todo las señoras, preferirían votar a la princesa Beatrix.

No, no tiene ninguna gracia hablar aquí de política.

Tampoco hay muchos temas sobre los que se pueda hablar con un poco de conocimiento de causa a la hora del café o del té. Hace poco Evert preguntó de sopetón si había alguien que aún conservara más o menos en buen estado el vello púbico. Deberían haber visto las caras.

Luego explicó que a veces es necesario escandalizar un poco para evitar que nuestra mesa se llene mucho.

Domingo 6 de octubre

Edward ha puesto un papel en una de las mesitas de abajo en el que dice: «Se ruega no hablar de enfermedades en esta mesa». Evert ha añadido un segundo comentario: «Y tampoco decir ni una palabra de los difuntos cónyuges (h/m)».

«¿Cómo que nada de enfermedades?», preguntó la señora Dirkzwager, que lo primero que hace cada día es poner la cajita de las pastillas encima de la mesa junto a su taza de café descafeinado y luego se va tomando todos los medicamentos del día mientras explica entre suspiros para qué sirve cada uno. Y eso cada día, lo crean o no.

Edward le explicó trabajosamente que en todas las demás mesas se podía hablar de achaques, miserias y muertos queridos, salvo en aquella.

—De vez en cuando la gente también quiere que los demás no les den la lata con sus lamentos —puntualizó Evert.

Con cierto titubeo se formaron dos bandos: un pequeño grupo en la mesa sin enfermedades y el resto repartido por las mesas restantes. Por un momento los demás no tenían claro si ahí sí podían soltar su andanada de quejas como de costumbre.

Por la tarde las notas habían desaparecido.

Vuelven a celebrar el festival de canciones para mayores. Dentro de poco se harán las primeras rondas. Procuraré no caer en el mismo error del que hablaba antes: quejarme.

Solo un comentario: los grandes vencedores son los sordos y los duros de oído.

Lunes 7 de octubre

Hay por aquí un par de señoras con fobia al contagio y otro par de señoras que, dicho amablemente, tienen un estilo de vida donde el aseo personal es esporádico. Se llevan bastante mal.

La señora Aupers, una de las señoras que no se cambia de calcetines todos los meses, les dijo durante la comida a dos de sus compañeras de mesa que son muy escrupulosas con la higiene que tanto lavarse y cambiarse no tenía sentido.

—He leído que solo en los talones ya tenemos ochenta tipos de hongos. Imagínense lo que debe de haber por la entrepierna.

—¡Estoy comiendo! —replicó una de las señoras aprensivas.

—Solo quiero decir que no tiene sentido lavarse tanto. También tenemos un montón de hongos y bacterias en las manos.

Funcionó: las dos señoras con fobia al contagio llamaron a la enfermera. ¿Podían conseguir que la señora Aupers se callara la boca mientras estaban comiendo? Se produjo un alboroto. Al final Aupers con su desharrapado vestido en el que podía apreciarse el menú de los días anteriores tuvo que ir a sentarse a una mesa aparte.

Pero el mal ya estaba hecho. Casi nadie se terminó lo que tenía en el plato. Solo la gorda señora Zonderland se aprovechó de la situación y se zampó cuatro raciones de natillas, que suele ser uno de los postres preferidos de los residentes. Por lo general rebañan completamente los recipientes.

Martes 8 de octubre

Ahora resulta que Henk Krol se habrá pasado todos estos años pensando: «¡Ay, que nadie saque a relucir que me negué a pagar las pensiones a mis empleados». Me parece que ese miedo latente ha empañado un poco la intensa satisfacción que sentía de sí mismo. Seguro que hay bastantes más personas que tienen que vivir temiendo amenazadoras revelaciones. Los escándalos que salen a flote no son más que la punta del iceberg.

Ayer por la tarde hicieron la recepción de despedida de Anja. No estuvo mal. Un par de compañeras le cantaron una canción que no resultaba bochornosa y un señor dio un discurso bastante respetable con algún que otro amago de crítica a la cultura empresarial de la casa. Stelwagen no movió ni un músculo. Su sonrisa permaneció firmemente cincelada en su cara durante toda la recepción. Me pregunto quién sería ese señor.

Anja se puso muy contenta con su bicicleta eléctrica.

Hemos quedado en vernos a menudo. Una bonita declaración de intenciones. Falta ver qué pasa con la obstinada práctica.

Los mayores suelen perder a los últimos viejos amigos que tienen fuera de los muros de esta casa porque dejan de llamarlos o de hacer cosas con ellos. Cualquier actividad se les hace una

montaña. Dicho amablemente es por falta de energía y por miedo. Yo lo llamaría pereza y apego a la comodidad. No quedarse solo cuesta un montón de esfuerzo, a veces infructuoso.

Miércoles 9 de octubre

Oí un golpe sordo en la habitación de al lado, seguido poco después de un leve quejido. Estas paredes son finas. Salí de inmediato al pasillo y llamé a la puerta; no hubo respuesta. La puerta estaba cerrada con llave pero la mujer de la limpieza que llegaba en ese momento la abrió ante mi insistencia.

La señora Miker yacía en el suelo de su cocina y no había que ser médico para ver que tenía el brazo en una posición muy rara. Era una escena desagradable. Llamé a la recepción para pedir ayuda y poco después Meijer estaba en una camilla en dirección al hospital.

Eso fue ayer por la tarde.

Entretanto me he enterado de que se ha roto un brazo y una pierna. Se había subido primero a una silla y luego a la encimera para poder limpiar la parte de arriba de los armarios de la cocina. «Siempre lo hago así», parece que se lamentó. Buen argumento.

Yo mismo me he sentado por tercera vez en esta semana encima de mis gafas. Ante tanta insistencia una de las patillas ha pasado a mejor vida. Eran mis gafas de reserva porque el mes pasado ya me había sentado encima de mis gafas buenas. He pegado la patilla con celo que le he pedido prestada al fontanero y he llevado por fin las otras gafas a la óptica.

«Veré si puede hacerse algo con ellas, señor.»

Jueves 10 de octubre

Cuando el comité del premio Nobel llamó a Ralph Steinman hace un par de años para felicitarle por haber conseguido el de Medicina él no pudo ponerse al teléfono porque llevaba muerto tres días.

Qué mala suerte para Ralph. Un premio así no se lo dan a uno todos los días, así que le gustaría asistir. Pero también fue una suerte, aunque él ya no pueda decir nada, porque las reglas dicen que los muertos no pueden ganar un premio Nobel. El comité tuvo que ponerse a pensar rápidamente otra regla: puedes ganar el premio estando muerto si el comité no sabe que lo estás.

Corren rumores de que alguien de la organización debe hablar por teléfono personalmente con el ganador antes de que se haga público que es el ganador. Damas y caballeros sabios, no tiene ningún sentido callar su muerte.

Por lo demás la culpa la tiene sobre todo el comité del Nobel: esperar diez, veinte o a veces treinta años después de que se produzca un célebre descubrimiento para darle un premio es andar buscando problemas. ¿Quién sabe cuántos profesores muertos han perdido el momento más hermoso de su carrera científica?

La gente lo lamentó mucho por Ralph Steinman cuando lo conté.

—Lo que también es triste es que Vincent van Gogh no viera ni un céntimo de todos los millones que luego han pagado por su obra —suspiró la señora Aupers.

—¡Pues entonces fue una suerte que estuviera muerto! —concluyó Evert animado.

La partícula de Higgs no es muy popular por aquí.

Viernes 11 de octubre

Revuelo por un diplomático ruso que ha sido detenido por la policía de La Haya.

—Para un ruso borracho que maltrata a sus hijos la sedación paliativa me parece más adecuada que la inmunidad diplomática.

¡Bien dicho, Graeme! Acabas de combinar estupendamente dos asuntos de máxima actualidad. Aunque no haya mucha gente que haya entendido lo que acabas de decir.

«A nosotros» no nos gustan demasiado los rusos y ellos no son de los que piden perdón con facilidad, eso ha quedado claro después de la conversación que hemos tenido a la hora del café.

«Nada más ver la cabeza de vodka que tiene ese ruso ya sabes bastante», según nuestro señor Bakker.

«Algunos folletos de viaje anuncian que no admiten a rusos», supo contarnos la señora Snijder, que en toda su vida no ha ido más allá de Veluwe.

Y yo digo: loado sea el Señor que nosotros tenemos a Mark Rutte y no a Vladimir Putin.

¿Cómo es que la gente se olvida sobre todo de los nombres?

—Ay, ¿cómo se llamaba aquel cantante de aquel grupo? También había una cantante rubia. Empezaba con A. Lo tengo en la punta de la lengua.

Nombres de personas que conoces desde hace años y que de pronto no localizas en el correspondiente rinconcito de tu cerebro. Unas horas después vuelves a acordarte del nombre sin querer.

Cada vez me estrujo más los sesos buscando un nombre o una palabra con cada vez menos éxito. Debo aprender a resignarme pero en vez de eso me pongo hecho una furia.

No lo hagas, Groen.

Sábado 12 de octubre

La directora dice que el simulacro de evacuación ha sido un gran éxito. Si el objetivo de la evacuación era crear el mayor caos posible, estoy completamente de acuerdo con ella.

Aparecieron de pronto por los pasillos con sus chalecos fluorescentes: el personal del servicio de emergencia. La alarma no había saltado aún, de modo que tuvieron la oportunidad de ir avisando por ahí que no era de verdad. «Para evitar infartos», dijo Stelwagen después a modo de explicación.

Saber que no era más que un simulacro hizo que la mayoría de los abuelos se acabaran de tomar sus cafés y luego decidieran subir a la habitación a por su abrigo porque hacía fresco fuera. Las colas que se formaron entonces delante del ascensor eran dignas de salir en las noticias del tráfico. Lo sabe todo el mundo: en caso de incendio, no se puede utilizar el ascensor. La mayoría

de los residentes se negaron categóricamente a subir por las escaleras, lo que no es del todo descabellado si uno va en andador. Siguieron esperando el ascensor que no llegaba nunca. Al final, el responsable del servicio de emergencias decidió que después de comprobarlo mejor no se trataba de un caso de incendio sino de un aviso de bomba, de modo que sí estaba permitido usar los ascensores. Para entonces una mujer se había caído por las escaleras y alguien se había pillado los dedos entre las puertas cortafuegos de cierre automático.

Espero que en caso de que haya un incendio de verdad las llamas vayan muy despacito, porque pasaron treinta y cinco minutos antes de que el último residente hubiera salido del edificio y enseguida empezaron a entrar otra vez los primeros, el personal delante, porque hacía un tiempo espantoso.

Domingo 13 de octubre

Me pongo furioso cada vez que lo pienso.

Ayer volvía a hacer un tiempo inesperadamente agradable y decidí salir un rato a pasear con la scooter. Llevaba poco rato circulando cuando un coche se detuvo de pronto justo delante de mí. Frené y me quedé quieto en medio del carril bici. Por el otro lado venía una moto a bastante velocidad que tuvo que frenar de golpe para no echarse encima de mi motosilla. El conductor, que debía de tener veintipocos, me miró con mala cara.

—Apártate, viejo.

—Señor viejo para usted. Un poco de respeto, por favor. Siempre estáis hablando de eso. —Me llevé el puño al pecho y dije—: Respeto, tío.

—¡Échate para atrás, viejo!

Retrocedí y le dejé espacio para que pasara.

Cuando estaba a unos cincuenta centímetros de mí me escupió en toda la cara. Dio gas y desapareció. El escupitajo me resbaló por la mejilla. Me lo limpié con la manga con repulsión.

Temblando de furia e impotencia volví a casa.

Acabo de leer que «mi» alcalde Van der Laan tiene cáncer de próstata. Eso no ha mejorado mi humor. Es una de las pocas personas por las que siento admiración. Un hombre simpático y un buen gobernante, una combinación poco frecuente.

Luego contemplo por la ventana la lluvia que lleva ya tres horas cayendo sin parar y decido que tengo que ir a visitar a Eefje antes de considerar la posibilidad de suicidarme. Y si ella no está, iré a ver a Evert. Si él tampoco está, me pasaré el resto del día en la cama.

Lunes 14 de octubre

Por suerte Eefje estaba en casa ayer. Tiene un efecto calmante y reconfortante sobre mí y no tiene que hacer gran cosa para conseguirlo, basta con que esté conmigo. Escuchó mi historia. Cuando llegué a lo del escupitajo echó la cabeza hacia atrás con repulsión y puso tal cara de asco que se diría que también había recibido un salivazo.

—Puedo imaginarme que si hubieras tenido un arma, lo habrías tirado de la moto de un balazo.

—Bueno, ahora que lo dices... Pero con los temblores habría errado el tiro y le habría dado a algún transeúnte inocente. Así que mejor no tenerla.

Luego Eefje propuso que, para calmar los ánimos, y a modo de excepción nos tomásemos un café en un vaso antes del almuerzo. Para los no entendidos eso es un café irlandés.

Ayudó.

A la hora del té la señora Bastiaans nos informó del test sobre freidoras de la *Guía del consumo*.

La Moulinex Pro Clean AMC 7 había obtenido dos puntos positivos (++) por «la adherencia del empanado a las patatas». La mujer se preguntaba si eso significaba que el empanado se pegaba bien a las patatas o era todo lo contrario. Por otra parte, ella que se consideraba a sí misma una experta en patatas no sabía bien qué pensar con lo del empanado en las patatas. Para hacerlo más interesante aún: se trataba de una *Guía del consumo* de cinco años atrás y aquí los fritos están estrictamente prohibidos. Y ahí estás tú, sin más remedio que escuchar.

Martes 15 de octubre

Había una nota en el tablón de anuncios en la que se comunicaba que la salida anual de la junta de residentes no se llevaría a cabo por discrepancias internas. En la primavera se convocarán nuevas elecciones para la junta. Todos los miembros actuales se han presentado para la reelección.

Se trata, no por casualidad, de los cuatro mayores cabezotas de este asilo. Con un poco de suerte los cuatro saldrán reelegidos y el año que viene tampoco habrá salida.

Hace un par de años me apunté a la excursión. Un día en Aquisgrán. En Eindhoven hicieron una demostración de colchones, en Aquisgrán hubo una variante alemana de las reuniones de Tupperware y de regreso a Eindhoven, un señor con una bata blanca de médico vendía preparados de vitaminas para llegar por lo menos a los cien años. Si te morías antes podías pedir que te devolvieran el dinero.

Estuvimos una horita dando vueltas por Aquisgrán, a las tres tomamos té y café y a las seis estábamos de vuelta en el autocar, todo por 22,50 por persona. Una señora, Dios la tenga en su gloria, se gastó mil euros ese día, entre otras cosas se compró un bonito colchón para la incontinencia. Iba entrando su PIN por todas partes.

En la vuelta, la señora Schaap, que está convencida de poseer una bonita voz, agarró el micrófono y se pasó una hora atormentando a los viajeros con canciones de su repertorio personal. Es justo reconocer que muchos la coreaban con entusiasmo.

Miércoles 16 de octubre

¡Llega *Eva*! El personal es cada vez más caro y más escaso (¿cuántos parados dicen que hay?) y por eso *Eva* se encargará de repartir las tazas de té en el futuro. *Eva* es un robot de la Universidad Técnica de Delft. En la foto parece un cruce entre un aparato de fitness y una balanza personal

anticuada. Tiene una especie de buzón por boca y dos manchitas que parecen ojos o más bien cejas. Además de su especialidad, pequeñas tareas domésticas, también es capaz de mostrar emociones, aseguran sus creadores. ¿Una carcajada metálica? ¿Lágrimas de verdad? No lo especifican.

Espero estar muerto cuando sustituyan a todas las enfermeras por robots porque sean más baratos. Y si no fuera así, me dedicaré a ir aflojando tornillos a diestro y siniestro. Evert ha prometido poner fuera de servicio a tantos robots como pueda arrollándolos accidentalmente con su silla de ruedas. Es un buen argumento para una película.

Los mayores producen menos adrenalina y dopamina, esas son las sustancias que provocan las mariposas en el estómago y las palpitaciones. Pero para sentirse enamorado no importa tanto la cantidad total de hormonas que produce tu cuerpo como su incremento relativo. En el caso de los ancianos este puede ser igual de grande. Según el periódico. Por eso siempre tartamudeo un poco cuando tengo a Eefje cerca.

Jueves 17 de octubre

«En realidad todo lo que hacen los médicos aquí son cuidados paliativos, no compliquemos las cosas», esa fue la contribución de Evert a la discusión sobre si el médico de Tuitjenhorn no había sido demasiado indulgente inyectando morfina.

«En cualquier caso ha servido para situar Tuitjenhorn en el mapa», dijo Graeme.

Había división de opiniones sobre la actuación que había tenido el médico. Aquí muchos tienen creencias bastante ortodoxas sobre la eutanasia. Pero todos estuvieron de acuerdo en que no tenía mucho sentido ir a buscar en mitad de la noche al piadoso médico (así lo considero hasta que se demuestre lo contrario) para interrogarlo durante horas. Ya no era necesario andarse con tantas prisas.

Por culpa de casos como este, tenemos médicos que ya no se atreven a dar morfina aunque estén rabiando de dolor. Temen que se les vaya a morir algún paciente por culpa de la inyección, y la probabilidad de que eso pase con los más ancianos es estadísticamente bastante alta. Y la aspirina ya no suele hacer gran cosa.

El señor Bakker, el mayor rezongón de la casa, ha ido al túnel de lavado con su Canta, pero se le ha olvidado cerrar la ventanilla. Ya era demasiado tarde cuando ha apretado el botón para subirla y ha acabado en el lado equivocado del acuario. Nos partíamos de risa mientras nos lo contaba el portero, que lo ha visto entrar empapado.

Viernes 18 de octubre

«Estoy hasta las narices de todas esas noticias sobre grandes avances en el tratamiento del alzhéimer. A buenas horas», dijo Grietje.

Por lo demás sigue estando contenta y me contaba divertida que había metido las zapatillas debajo de la almohada y el pijama debajo de la cama. Y cada vez le sucede más a menudo que no

se acuerda de lo que estaba a punto de hacer. «De momento aún me espabilo en el lavabo. Cuando ya no controle eso tampoco, habrá llegado la hora de ir al otro lado.»

El próximo lunes por fin tenemos otra salida con nuestro club Viejos-sí-muertos-no. El organizador de turno: Edward. Intenta sembrar la confusión con consejos contradictorios sobre la vestimenta y no para de cambiar la hora de salida. En realidad no le tocaba a él pero ha pedido esa fecha. Hay grandes expectativas.

Más buenas noticias: han despedido a nuestro cocinero, el cocinero más insípido de Holanda. No han dado a conocer el motivo pero corren rumores de que cocinaba con mucho vino. A su lado.

La junta de residentes en pleno ha solicitado estar presente en la comisión de selección de candidatos. La propuesta no tenía la menor oportunidad de ganar pero tampoco han conseguido ponerse de acuerdo en quién sería el delegado.

Sábado 19 de octubre

Si en Estados Unidos tienen problemas con las finanzas de su administración y los republicanos dicen que hay que echarle el candado al Tesoro podemos dar una opinión bien ponderada.

—Si América se va a pique necesitaremos un guardián competente —dijo la señora Blokker.

—Si la cosa llega a tanto tal vez no baste con un solo guardián competente —masculló Graeme y siguió con patetismo—. ¡Vamos a la deriva en una desvencijada barca derechos hacia la catarata y nadie hace nada!

Graeme es un gran fan del actor Ko van Dijk: actor de brocha gorda. Por lo general, luego nos guiña el ojo a Eefje, a Grietje o a mí.

—Sí, son tiempos inciertos. La vida es un rompecabezas de cinco mil piezas pero no trae ninguna imagen de muestra. —Tampoco está mal, aunque sea yo quien lo diga.

En cualquier caso no podemos contar con esos supuestos expertos, buenos solo para predecir a posteriori. Ningún experto en el Bloque del Este había predicho que el Muro iba a caer. Casi ningún economista predijo la crisis financiera. Tal vez la humanidad sea demasiado tonta o impredecible para hacer predicciones como Dios manda. Si eso es así, que supriman a todos esos supuestos expertos, que solo saben rellenar el tiempo de emisión en los programas de debates.

En cualquier caso, todas las discusiones que se producen a la hora del café o del té pueden zanjarse con una verdad como un templo: ¡eso ya no nos pillará!

Martes 22 de octubre

En la noche del sábado al domingo Eefje sufrió un ictus grave, probablemente mientras dormía. Ha quedado casi completamente paralizada y no puede hablar.

La enfermera la encontró el domingo por la mañana y llamó a una ambulancia, que la trasladó a toda prisa al hospital. Está en cuidados intensivos.

El domingo su hija fue a visitarla.

El lunes por la tarde empezaron a dejar que recibiera alguna visita más aparte de la familia. Fui

a verla con el corazón en un puño. Es terrible. Lo único que aún puede hacer es mover levemente la cabeza para decir que sí y que no. Por su reacción a las preguntas parece que lo entiende todo. Tiene mucho dolor.

Le mantuve la mano cogida hasta que se sumió en un sueño inquieto.

Entonces la enfermera me pidió que me fuera. Le pedí que le dijera a Eefje que iría a verla al día siguiente. Es dentro de un rato.

Jueves 24 de octubre

Han pasado cuatro días desde que Eefje sufriera el ictus y apenas hay mejoría. Emite algún sonido pero aún no puede distinguirse un no de un sí. Ha salido de cuidados intensivos y está en planta.

Puede volver a tragar, de modo que va bebiendo a pequeños sorbos por una cañita, lo que le cuesta un esfuerzo visible.

Se la ve más delgada. Y eso que antes del ictus no debía de pesar más de cincuenta kilos.

Mientras estoy de visita se pasa casi todo el tiempo durmiendo. Cuando se despierta parece contenta de verme. Los ojos se le iluminan fugazmente pero a los pocos segundos vuelven a parecer tan cansados y tristes que no puedo evitar que se me salten las lágrimas. Y tengo que volver la cabeza para no causarle más pena todavía.

Por lo general suelo quedarme a su lado cogiéndole la mano quince o veinte minutos hasta que se vuelve a dormir. Las palabras sobran.

Ayer estuvimos jugando una horita al billar con desgana.

—Así no tiene ningún sentido —hizo notar Evert—, si estáis todo el rato con esa cara de entierro prefiero irme a mi habitación. Con mi malhumorada cabeza tengo más que suficiente.

Tiene razón. Le he pedido perdón y luego ha ido un poco mejor.

Viernes 25 de octubre

Con la fundación de nuestro club Viejos-sí-muertos-no se produjo una reavivación de nuestra alegría de vivir. Parece que fue el último espasmo de la felicidad.

Evert inválido, Grietje demente y Eefje vegetal. Un club de ocho miembros no puede superar eso, por mucho que nos reunamos a menudo para tomar un buen vino.

Todo el mundo hace cuanto puede para ayudar a los demás, es conmovedor. Me da fuerzas.

Cada día dos personas van de visita al hospital, una por la mañana y otra por la tarde, y Grietje y Evert siguen recibiendo su ayuda. Todos nos vamos animando mutuamente, pero es un optimismo contra toda lógica.

Intento escribir todos los días. Me ayuda. Por lo demás leo el periódico, veo un rato la televisión, me siento a mirar por la ventana, tomo el té. Más de ancianos es imposible, lo sé, pero no sé de dónde sacar la energía para hacer otra cosa.

Sábado 26 de octubre

Siempre he hablado mal de los residentes que se pasan el día suspirando y quejándose. Y ahora soy yo el que lo hace. «Hendrik Groen, hazte un favor a ti mismo y a los demás y date una buena patada en el culo.»

El primer resultado: le he preguntado a Edward si no querría organizar para dentro de poco la salida que no pudimos hacer el lunes pasado. Se lo ha pensado un poco y ha dicho que arreglará alguna cosa.

Ese fue el primer paso de la remontada.

Nuestro abogado Víctor nos ha hecho saber por escrito que el consejo de administración ha consentido en facilitarnos la información que le solicitamos para el 1 de junio a más tardar.

Stelwagen debe de pensar que ya no vamos a molestarla mucho. En todo lo que haga el tiempo siempre juega a su favor.

Por el pasillo me preguntó con interés cómo se encontraba mi amiga. Había oído que no había mucha mejoría. Esperaba de todo corazón que Eefje pudiera volver a vivir independiente pero era un poco pesimista.

—Seguro que hay que desalojar su habitación, ¿no? —solté.

Oh, no, todavía no había que pensar en eso, eso no sucedería hasta mediados de noviembre como muy pronto. Creo que Stelwagen se compadece sinceramente de Eefje y de mí. Pero en «interés de la organización».

Domingo 27 de octubre

Ayer estuve «deliberando» con Eefje y con su hija Hanneke. Me lo había pedido encarecidamente esta última, dijo que a su madre le gustaría mucho. Hasta ahora no conocía a su hija. Es un encanto, pero vive bastante lejos, en Roermond, y tiene tres hijos, un marido y un trabajo, o sea que está bastante liada.

El hospital les ha comunicado que dan por concluido el tratamiento de Eefje y tiene que seguir con la rehabilitación en algún otro lugar. La palabra rehabilitación suena esperanzadora, pero según el médico la probabilidad de que se recupere lo bastante para poder vivir por su cuenta es prácticamente nula.

Estábamos sentados junto a la cama. Hanneke iba haciéndole preguntas. Eefje iba diciendo que sí o que no con la cabeza.

El resumen puede ser breve: no quiere ir a un centro de atención especializada, quiere morir en paz. Había hecho una declaración en la que decía que en un caso como el presente no quería seguir viviendo. Se lo había dicho a Hanneke cuando aún estaba bien. Lo malo es que no recuerda dónde tiene esa declaración.

Jamás había visto tanta tristeza y desespero en una mirada.

Mañana tenemos una charla con su médico.

Me he prometido a mí mismo comentar cada día alguna cosa positiva o divertida.

Esta mañana había diecisiete ancianos en el oratorio refunfuñando porque el pastor llegaba tarde. ¡Se habían olvidado de cambiar la hora por el horario de invierno!

Lunes 28 de octubre

El médico nos ha escuchado. Le hemos dicho que para Eefje la vida se ha convertido en una carga insoportable. Que había firmado una declaración donde expresaba su deseo de no seguir viviendo en caso de ser completamente dependiente de los demás.

El médico nos ha pedido ver la declaración.

Hemos tenido que reconocer que todavía no la hemos encontrado.

—No quiero darles falsas esperanzas, pero aunque tuviéramos una declaración firmada en este hospital no podríamos hacer nada para poner fin a la vida de la señora Arde. Les aconsejo que hablen con su médico de cabecera.

La constante discusión entre los residentes sobre el médico de cabecera de Tuitjenhoorn que primero le practicó la eutanasia a un paciente y luego a sí mismo adquiere ahora otra connotación.

A la hora del té, pasar de la eutanasia a Pedrito el Negro, el ayudante de San Nicolás, supone aquí un pequeño paso. Pedrito puede congratularse de contar con un montón de fieles admiradoras por aquí. Cada año disfrutan de lo lindo cuando invitan a una de las señoras a sentarse en las rodillas de Pedrito. Algunas se pelean por ello. Todos los años vienen el mismo Pedrito y el mismo Nicolás. Nuestro Santo está necesitando ya un andador pero, con ayuda de la vara y el apoyo de un fornido enfermero el año pasado, consiguió llegar a su silla decorada. En el día a día Pedrito el Negro es la jefa del servicio de limpieza. Es el único Pedrito que lleva unos guantes de goma rosas y trae los bizcochitos con especias en un cubo. Por deferencia hacia sus compañeras no los lanza al aire. Por otra parte, aquí casi nadie puede agacharse ya sin caerse.

Martes 29 de octubre

Ayer código rojo, fuerza de viento 10. Nadie sale de casa. En cada tormenta vuelve a salir irremediablemente la vieja historia de la testaruda señora Gravenbeek que el viento tiró a un canal en 1987 y por desgracia se ahogó.

«¡Se lo habían advertido!»

He decidido dejar descansar la scooter por un día. Volar es fácil, el problema es aterrizar.

Ayer por la tarde estuve buscando la declaración de eutanasia de Eefje. No encontré nada. Su hija y yo fuimos revisando cuidadosamente unas diez carpetas en las que tenía toda su vida guardada. Me sentí un poco incómodo ojeando toda clase de papeles y cartas personales. Al principio se los daba a Hanneke, pero ella aún lo pasaba peor que yo. Así que me dediqué a leer las cosas por encima para ver si decían algo de poner fin voluntariamente a la vida.

Después de dos horas ya no podía más.

Fui a ver a Evert para desahogar mis penas. Mi intención era hacerlo figuradamente, pero acabé

soltando algunas lágrimas de verdad.

Evert sacó un whisky de veinte años «para las ocasiones especiales», mandó traer comida surinamesa y vimos una vieja película de Herman Finkers.

Todo se arregló.

Miércoles 30 de octubre

«Naces, mueres y el resto es pasar el tiempo», James Joyce.

Tengo que sacar fuerzas de alguna parte para apoyar a mi más querida amiga en su desgracia. Eso hace de la vida un pasatiempo con sentido.

En la práctica el apoyo a Eefje se traduce en cogerle la mano media horita cada día y pensar en lo que queda por decir.

Apenas mejora. El viernes la trasladarán a la unidad de atención especializada. No hemos encontrado por ninguna parte la declaración en la que dice que no quiere seguir viviendo en caso de quedar incapacitada.

La foto más lastimera sobre los daños ocasionados por la tormenta nos pareció la del snack-bar sobre ruedas que el viento había volcado en Lauwersoog.

Cuando hay tormentas nos sentamos a mirar por detrás de los geranios. Desde su silla delante de la ventana de la quinta planta el señor Bakker contó seis árboles arrancados, dos accidentes consumados y tres amagos de accidentes. ¡Una jornada récord!

A la hora del café oí el siguiente razonamiento: cuando pusieron el euro todo se duplicó de precio, así que si volvemos a los florines todo volverá a costar la mitad.

Yo tengo una solución muy sencilla: que todos los bancos desplacen una coma a la derecha en todos los saldos. Así de hecho no cambiará nada pero todo el mundo será diez veces más rico. La inversión mejorará, la economía crecerá un montón, problema resuelto.

Jueves 31 de octubre

La señora Van Diemen está sopesando la idea de hacerse un lifting facial, igual que Anneke Grönloh.

—¿Y qué va a hacer el cirujano después del lifting con toda esa papada? —preguntó Evert sin pestañear.

—A lo mejor le viene bien a alguien —repuso Van Diemen—. Está perdiendo un poco la cabeza y va camino de acabar en la unidad cerrada.

Otro de los residentes, el señor De Wijs, va a cambiar de banco por tercera vez en poco tiempo.

—¿Alguien sabe de algún banco donde pueda meter mi dinero? —preguntó a la hora del café. A su alrededor solo vio caras interrogantes. Alguien se ofreció a guardarle el dinero ese tiempo. Debajo del banco.

Han tenido una buena acogida aquí: testamentos de Hema. ¡Por muy poco! Muchos residentes temen a los notarios y tienen su puntito de razón en vista de los precios que ese grupo de

profesionales cobra por un par de papeles, pero aquí todos confían plenamente en las tiendas Hema. Dos residentes que tenían que acercarse a Hema para comprar unas salchichas dijeron que también mirarían los testamentos. El hecho de que tuvieran que hacerlo a través de Internet supuso una gran decepción.

Echo de menos a Eefje, que tan discretamente le ayudaba a uno a sortear los puntos muertos. Un comentario suyo bastaba para hacerte olvidar los disgustos por todas esas quejas y estupideces. Por un momento volvías a sentirte capaz de soportar la alienación a veces escalofriante que hay por aquí.

Viernes 1 de noviembre

En los años que llevo de vida la población de la tierra ha pasado de dos mil millones a siete mil millones. Se ha triplicado en el lapso de una vida humana. Tal vez ese sea el cambio más grande que se haya producido en el mundo. Más importante que la Revolución industrial o la digital.

Cuando la cantidad de habitantes mundiales salió a relucir a la hora del café, la señora Brom dijo que «efectivamente esto estaba empezando a llenarse».

—Bueno, yo no lo noto mucho en la cantidad de visitas —comentó Evert con desdén.

—Eso es porque usted no es agradable —contestó la señora Brom.

Evert se lo tomó como un cumplido.

Si toda la gente ocupara proporcionalmente el espacio de una gallina en batería, pongamos 150x150 centímetros, los siete mil millones cabríamos de sobras en la mitad de Holanda.

Visto así aún hay espacio para decenas de miles de millones más.

Esta tarde traen a Eefje a casa. Me refiero a que se quedará aquí al lado, en la unidad de cuidados especiales.

La conversación que su hija mantuvo con el médico de cabecera reveló que no hay opción de practicarle la eutanasia. Aunque encontrásemos la declaración en la que consta que no quiere seguir viviendo como un vegetal, el médico no podría hacer nada por ella. No quiso dar más explicaciones.

Sábado 2 de noviembre

Ayer hacia el final de la tarde cinco de los miembros de nuestro club estábamos alrededor de su cama. Parecía una reunión. O quizá más bien una asamblea de disolución. La enfermera vino a decirnos que solo podíamos entrar a visitarla dos personas a la vez. «De lo contrario podrían molestar a los otros pacientes.»

Eefje comparte la habitación con una mujer de noventa años que está atada a la cama y que no para de dar golpecitos a la barandilla con la uña y con otra mujer que se pasa las horas murmurando sin cesar. Lo único que a Eefje le sigue funcionando bien es el oído. Por Dios santo, espero que no esté demasiado lúcida.

Tres mujeres mayores en la misma habitación, nada de privacidad, nada para ellas solas. El Estado de bienestar en 2013 en uno de los países más ricos del mundo.

Me despisto más que antes. He dejado que se me quemaran las tostadas tres veces seguidas. Tengo la cabeza en otra parte. He tenido suerte: no ha salido suficiente humo para que se encendiera la alarma de incendios. Si no, se habría montado un buen follón y probablemente me habrían requisado mi tostador ilegal. Tostar el pan está incluido en la prohibición de cocinar.

Domingo 3 de noviembre

He tenido una larga conversación con Evert. Estábamos jugando al ajedrez. Bueno, al menos movíamos las piezas.

—Estás jugando un ajedrez suicida, Henk.

—¿Ah, sí?

—¿Es un sustituto de lo que no te atreves a hacer en la vida real?

Evert no necesita preámbulos para llegar al meollo de la cuestión.

Naturalmente empecé a andarme por las ramas, pero con Evert eso no sirve de mucho. Me dejó desbarrar un rato y luego nos quedamos en silencio. Entonces llegó el consejo.

—Mira, Henk, si ya no tienes ganas de seguir adelante, tienes que ponerle fin. Olvídate de toda esa mandanga de asesores de suicidio asistido y médicos de cabecera y compra una buena cuerda. Mientras puedas subirte a una silla y puedas dejarte caer no necesitas a nadie más. Si no te atreves, lo que suele pasar a menudo, no te quejes y haz lo que debes hacer.

No tenía vuelta de hoja.

Aún murmuré algo de que algunas personas no quieren optar por la eutanasia para no causar dolor a los que se quedan atrás o cargarlos con sentimientos de culpa.

Bueno, en lo que a él se refería no tenía de qué preocuparme, estaba dispuesto a ayudarme a hacer el nudo en la cuerda. No es que quisiera librarse de mí, eso no, pero los amigos de verdad están para ayudarse cuando uno los necesita. No por interés personal.

—Y te excusaré ante los demás miembros del club, aunque creo que todos lo entenderán. Al fin y al cabo aquí todas las barcas están haciendo aguas. ¡Y ahora juega al ajedrez!

Lunes 4 de noviembre

Mientras estábamos sentados a la mesa Graeme comentó que le parece oír un clic extraño cada vez que habla por teléfono.

—Me da la impresión de que me están escuchando —dijo con semblante serio. Un par de horas más tarde, a la hora del té, otros cinco residentes dijeron que ellos también creían oír un clic extraño al llamar.

—Ahora comprendo cómo debe de sentirse la señora Merkel —dijo la señora Schenk sin rastro de ironía.

Graeme me confesó más tarde que hace semanas que tiene el teléfono guardado en un cajón.

—Nadie me llama y si lo hacen es para preguntar por el pediatra. Tiene casi el mismo número. Rutte ha protestado vivamente a la NSA: ¿Por qué escuchan a Merkel y al papa y a él no?

Bakker, el gruñón de la casa, se quejaba de los militares que van a enviar a Mali.

—Cinco apoyos logísticos para cada comando, ¡vaya pandilla de blandengues! Misión de estabilización, ¡ja! Yo fui a Indonesia a disparar a esos ojos rasgados y demostrarles quién mandaba ahí.

—¿Y... aún mandamos ahí? —preguntó la señora Tuhuteru y me hizo un guiño con sus ojos rasgados.

Últimamente no hemos vuelto a oír nada de las obras previstas. A veces no tener noticias son malas noticias. Echo de menos a Anja, infiltrada en la dirección. A nuestra delatora jubilada le va estupendamente. Está disfrutando de la vida. Nos vemos a menudo para tomar café.

Sobre Eefje no hay noticias.

Martes 5 de noviembre

Se me ocurrió que a lo mejor a Eefje le gustaría que le leyera en voz alta. Siempre ha sido una lectora empedernida. Encontré tres libros en su habitación que parecían estar por leer. No fue tan sencillo. La jefa de la unidad no me dejaba entrar en la habitación de Eefje. Fui a ver a Stelwagen, le expliqué la situación y le rogué que me dejara llevar un par de libros. Fue la táctica oportuna, a partir de ahora puedo entrar sin problemas a ver a Eefje. Hasta me han dado una llave, lo que según creo debe ir contra las normas.

Y de pasada nuestra directora me informó de que el 1 de enero tendrá que dejar la habitación a menos que se aprecie una mejora importante.

—Bueno, se está volviendo usted más flexible.

—Si es necesario, utilizo el margen del que dispongo.

Eefje asintió cuando le pregunté si quería que le leyera. Podía elegir entre *Jacoba* de Simone van der Vlugt, *La soledad de los números primos* de Paolo Giordano o *La llave de Sarah* de Tatiana de Rosnay. Asintió con el último. Espero que no sea un libro demasiado triste. Luego me alegré de que no hubiera elegido *Jacoba*, basado en la historia de Jacoba van Beieren. La primera frase dice: «La muerte entra planeando en el cuarto». Sería un comienzo difícil.

En media hora le leí unas diecisiete páginas. El libro tiene trescientas treinta y una. Así que hay suficientes palabras para unas veinte sesiones de lectura en voz alta.

Al acabar le pregunté si le había gustado. Asintió.

Miércoles 6 de noviembre

«Bueno, chicas, os he metido las pastillitas en el café y os veo luego en mi habitación.» Evert ya se imaginaba la escena. Esperaba de todo corazón estar vivo cuando introdujesen la píldora del deseo femenino.

—Viejo fanfarrón —gruñó Graeme.

—Tengo que recuperar el tiempo perdido —dijo Evert—, porque estuve casado treinta años con una mujer encantadora pero era más fría que un témpano y más seca que el pan duro.

—A las mujeres les sale bigote con esa píldora —advirtió Edward.

—Las mujeres que hay por aquí ya lo tienen —comentó Evert, quitándole importancia al problema.

—Bueno, ya está bien, Evert —dijo Grietje fulminándolo con la mirada.

El club Viejos-sí-muertos-no se había reunido por primera vez en varias semanas y eso nos hacía bien. Tomamos un vinito, comimos unas croquetas y fuimos pasando de la seriedad a la alegría. Ria y Antoine nos han invitado a cenar el próximo domingo en el restaurante de unos amigos. Iremos todos. Bueno, salvo una. Esta tarde iré otra vez a leerle. No sé si tendré valor para contarle lo de nuestra cena del domingo.

Jueves 7 de noviembre

En Noruega han emitido un programa de doce horas seguidas sobre el arte de tejer: De la oveja al jersey. Es para promocionar la «televisión lenta». Propongo que un competidor holandés retransmita durante doce horas seguidas las entradas y salidas en nuestro ascensor. Eso sí que es televisión lenta. Sobre todo el pequeño desnivel de medio centímetro del umbral provoca enormes retrasos.

Un día, uno de los ascensores estaba fuera de servicio por un fallo técnico y se formó una cola de metros. Tener que esperar en fila no saca lo mejor de nuestros residentes que se colaban, se empujaban, arrollaban los tobillos ajenos y maldecían.

Bakker: «¡Ese condenado ascensor del demonio!». No sería un buen título para un cuento de niños. Hubo miradas de asombro y de indignación, y muchos ¡oh! y ¡shhh!

He ido a leerle a Eefje por tercera vez. Me siento bien a pesar del hecho de que la mujer que hay en la cama de al lado no pare de murmurar. Le pregunté a la enfermera si se calla de vez en cuando. «Solo cuando duerme, pero entonces ronca un poco», fue la alarmante respuesta.

Le he preguntado a Eefje si quiere que le traiga taponos para los oídos. Asintió. Le he dicho que me ocuparé de ello. No debería ser ningún problema. Últimamente los oídos son un buen negocio, porque en poco tiempo han puesto dos tiendas nuevas de audífonos en el centro comercial. Ahí seguro que tendrán también taponos.

Viernes 8 de noviembre

Los problemas económicos en el mundo editorial tienen toda nuestra atención. Lo que quiere decir es que la amenaza de que desaparezcan las revistas *Magriet* y *Libelle*, dos de las piedras angulares de nuestra comunidad, ha provocado mucha preocupación. Fundamentalmente entre las señoras, pero también en un señor.

Se ofendieron cuando les sugerí que ante la desaparición de esas revistas de calidad releyéramos los números pasados.

—La mayoría de la gente de la casa tiene tan mala memoria que no creo que se dieran ni cuenta —convino Graeme, pero solo consiguió avivar el enfado. ¡Miradas furiosas! Hemos tenido que salir del paso diciendo que era una broma.

—A mí también me gusta leer *Magriet* —admití.

Me sentí insultado al ver que nadie se daba cuenta de que ahora sí que estaba bromeando.

No subestimo la importancia de las revistas como *Libelle* o *Magriet*. Para muchos residentes son como una ventana al mundo. Se leen pocos periódicos y apenas se miran programas de actualidad. Con el paso de los años el mundo del mayor se va haciendo cada vez más y más pequeño. Cada vez salen menos fuera de las paredes de casa. Los amigos y conocidos se mueren. Ya llevan décadas sin trabajar. No tienen nada ni a nadie a quien cuidar. Les quedan las revistas. Y mucho tiempo para seguir de cerca todo y a todos.

Sábado 9 de noviembre

Grietje se preguntaba si en su caso aún tenía sentido hacerse rápidamente bilingüe.

Es probable que yo la mirara con extrañeza porque añadió:

—Era broma, es que he leído que la gente bilingüe tarda un promedio de cuatro años más antes de volverse demente. Serían muy bien recibidos.

—No, es demasiado tarde. La única diferencia sería que entonces no te entenderíamos en ninguna de las dos lenguas.

Gracias, Evert, por tu positiva contribución.

La llave de Sarah, el libro que le he estado leyendo a Eefje, es pesadísimo. No le auguro un final demasiado feliz. Le he preguntado dos veces a Eefje si no preferiría que le leyese un libro más divertido, pero las dos veces negó categóricamente con la cabeza.

Las lecturas me ayudan a estructurar mis días. Por lo general voy a la unidad de cuidados especiales por las tardes o alguna mañana y leo media horita para Eefje. Luego le cojo un rato la mano entre las mías. Ella suele quedarse dormida al cuarto de hora.

A los pies de la cama hay una pequeña pizarra que Grietje le compró y a menudo le escribo algo bonito. Luego voy a ver a Evert para tomar algo con él. Aún tengo que agradecerle que me diera la patada en el culo la semana pasada. No te quejes, actúa. Le compraré dos grandes ramos de gladiolos. Estoy seguro de que no tiene jarrón donde ponerlos.

Domingo 10 de noviembre

Ahí estaba Evert con cuatro kilos de flores en una mano y un par de muletas en la otra.

—Bueno, pues yo ya me voy.

—¡No te largues ahora, tontaina!

Hice ademán de cerrar la puerta.

—Henkie... por favor... —oí desvalidamente.

Me reí en su cara y luego lo salvé del apuro.

Efectivamente no tenía jarrón. Los dos enormes ramos de gladiolos están ahora en dos jarrones que aparecieron de pronto en la mochila de Evert después de una visita relámpago a la habitación de Eefje. Desde que perdió la pierna lleva mochila. En la unidad de atención asistida hay un armario lleno de jarrones pero no permiten tener flores en la habitación. Parece que es malo para algo. Antes en los hospitales sacaban todas las flores al pasillo por las noches.

Luego hemos tomado café. Estaba contento con las flores y se mostró muy positivo por el hecho de que yo ya no me quejara y hubiera hecho algo. «Aunque solo sea ir a leerle.» Yo también me siento satisfecho de mí mismo.

Esta noche es la cena en el restaurante. He ayunado todo el día porque hoy no nos darán patatas con endivias. Si no nos ponen cinco platos como mínimo me como el sombrero de postre. Dentro de un rato el señor Hendrik se pondrá su traje.

No he tenido el valor de contarle a Eefje lo de la salida con el club. Me resultaba demasiado doloroso.

Lunes 11 de noviembre

Seguro que ayer engordé un kilo por lo menos. Siete platos y seis bebidas distintas, un récord personal. Podemos considerarlo todo un avance para alguien que durante los primeros cincuenta años de su vida no había tomado más que dos platos y un vaso de agua.

Nos sirvieron también algunas fruslerías, pero eran fruslerías exquisitas. Las explicaciones del camarero duraban por lo menos dos minutos con cada plato. Muchos ingredientes de los que jamás había oído hablar. Así que no me pregunten lo que comí.

Igual de importante si cabe era el hecho de que no fuese demasiado chic ni pomposo. Uno podía soltar un eructo con tranquilidad; no uno tan exagerado como el que Evert dejó ir pero nadie se extrañaba por un discreto eructito de satisfacción.

Todos estuvimos completamente de acuerdo: era la comida más deliciosa de toda nuestra vida. Ria y Antoine, que lo habían organizado todo, estaban radiantes de felicidad como no los había visto nunca.

Brindamos por Eefje, la vieja princesita ausente. La echamos de menos sin ponernos tristes.

Después de los huevos pochados de codorniz en un lecho de lavanda de mar (me lo estoy inventando) de ayer, hoy tengo una bolsa grande de caramelos por ser el día de San Martín. Acabo de comerme mi tercera mini barrita de chocolate.

El día de San Martín nunca venían niños a cantar ante nuestras puertas, hasta el año pasado. Entonces un par de críos descubrieron la ventaja de esos cálidos pasillos a cubierto. (Sospecho que el portero debía de estar medio dormido.) Nadie contaba con ello. En todas las habitaciones se buscaron afanosamente galletas y caramelos. Los chicos salieron de aquí con varias docenas de bombones caros y un par de huchas llenas de monedas.

Este año estamos todos mejor preparados. Ya verán cómo no aparece ningún niño y nos lo tendremos que comer todo nosotros.

Martes 12 de noviembre

He ido a Oír mejor. Les he preguntado si también tenían cosas para oír peor. Le he explicado el problema al vendedor: una señora mayor enferma a la que le molestaba el ruido de los otros pacientes. El señor dijo que lo mejor sería hacerle unos tapones a medida, lo que saldría por unos noventa euros. El dinero no es el problema, pero lo de hacerlos a medida me pareció complicado tratándose de Eefje. Le he comprado unos buenos tapones de medida estándar y se los he puesto. Fue un momento inesperadamente íntimo. Tener que toquetear las orejas de otra persona. Me tiemblan bastante las manos y me costó un poco ponerle los tapones más o menos en su sitio.

Por un momento me pareció oírla reír pero era una ilusión. Aunque sus ojos sí reían un poco.

La enfermera se puso muy pesada. No tenían la costumbre de ponerles tapones en los oídos a los pacientes. Tendría que hablarlo con su superiora. «No, no puede estar usted presente mientras hablamos de ello.» Me pidió que se los volviera a quitar.

Tuve que emplearme a fondo para hacerle entender que solo era mientras sus compañeras seguían dando golpecitos la una y murmurando la otra.

Eefje tuvo que asentir un par de veces cuando la enfermera quiso asegurarse de que los llevaba por voluntad propia.

Cuando hasta la señora Slothouwer comprendió que el par de árboles holandeses que el viento había arrancado dos semanas atrás eran menos graves que el destrozo sucedido en las Filipinas sacó a relucir las inundaciones de 1953 para competir con el tifón. Los desastres de casa primero.

Miércoles 13 de noviembre

«Mientras que Pedrito el Negro no se parezca a Dino Bouterse no tiene por qué pintarse de verde o de azul», se oyó inesperadamente. La señora Weltevreden es desde hace poco nuestra propia residente negra y una gran defensora de un espléndido y reluciente Pedrito el Negro. Ella misma lleva grandes pendientes de oro y a menudo se pinta los labios de rojo.

Se oyeron quejas anticuadas durante el café: la mayor parte de los tratamientos de fisioterapia requerirán un seguro complementario. La señora Van Vliet, que cada año va más o menos un centenar de veces al fisioterapeuta, por Dios sabe cuántos males, ha calculado que a partir del año que viene le tocará pagar cinco mil euros anuales.

—En ese caso ya no iré más, es demasiado caro para mí.

—¿Y todos tus dolores qué? —le preguntó alguien.

Van Vliet hizo oídos sordos a la pregunta. Corren rumores de que a veces ya no sabía ni por qué dolor iba al fisioterapeuta. «Hágame lo que sea», llegó a decirle en una ocasión.

El fisioterapeuta de la casa nunca ponía pegas. Iba mandando sus facturas despreocupadamente a la seguridad social. Le esperan malos tiempos. Solo con lo que gana con la señora Van Vliet conduce un BMW.

Graeme lo resumió así: la gente va al fisioterapeuta hasta que el dolor se les pasa solo. Sí, sí, naturalmente hay muchos viejos que se aprovechan de toda clase de tratamientos.

Jueves 14 de noviembre

Esta mañana, en un momento de lucidez, me he preguntado si los pacientes que yacen postrados en la cama podían sentir la necesidad de escuchar música. El cuerpo está encadenado a la cama pero los oídos aún pueden volar. Podría ser agradable escuchar música una horita para romper la monotonía. O la radio. Para hacer el sufrimiento un poco más llevadero. Esta tarde se lo preguntaré a Eefje. Sé que tiene una gran colección de música clásica que escuchaba a menudo.

Ayer hacia el atardecer di una vuelta con la scooter por los brumosos prados de Waterland. Ahí casi nunca hay mucho tráfico. De vez en cuando pasa algún coche a ochenta por los estrechos caminos, pero por lo demás solo tienen la palabra las vacas, las ovejas y los pájaros. Me sobrevino una profunda calma. Puede sonar un poco sentimental pero así fue. Estaba incluso demasiado calmado porque por poco me caigo en una zanja.

Un granjero que iba con su tractor miró sorprendido al anciano despistado y levantó la mano en silencio.

Poco a poco fue anocheciendo. Empezó a caer una lluvia menuda pero no me importó.

Era la primera vez que conducía con las luces puestas.

Viernes 15 de noviembre

El análisis del desastre de las Filipinas del señor Bakker: «Es una suerte que sean tan pobres, si no los daños habrían sido mucho mayores». Por lo general los residentes no suelen interesarse mucho por las noticias mundiales, pero no les importa hacer una excepción con los desastres naturales. Es impensable que no haya al menos un abuelo que no diga algo como que el hombre es insignificante ante la fuerza de la naturaleza

Se ha rezado mucho por las víctimas pero todavía no ha dado resultados concretos. Algunos sustituyen los rezos por una donación de ayuda humanitaria. En vez de sacar la cartera, prefieren dejarlo en manos del gran organizador de arriba.

Un pequeño chasco: en la unidad de cuidados especiales no piensan incluir en el paquete básico el poner y quitar tapones de los oídos ni la música. No tienen tiempo, hay demasiado trabajo. Tampoco tienen ganas, aunque eso no lo han dicho.

Por otra parte, no han puesto ningún veto a que se usen cascos o tapones de los oídos. Mientras la familia o los amigos se ocupen de ello y no moleste a los demás pacientes han dado su visto bueno. Todos los peros y las condiciones del asunto proceden de la jefa de enfermería, la señora Duchamps, una mujer menuda y mordaz. Ella siempre lo sabe todo mejor que nadie. Una francesa que podría haberse quedado en Francia. Arrogante, antipática, pero, eso sí, con un encantador acento francés.

Sábado 16 de noviembre

Evert ha descubierto un trozo sospechosamente negro en el dedo gordo del otro pie. «Espero que no tengan que quitarme otro trozo, porque es el último pie que me queda», dijo en plan de broma.

Me pareció notarle la voz más ronca y atisbé una gotita de sudor. Me lo enseñó. Le limpié el dedo con un estropajo y quedó blanco como la leche. Nunca lo había visto tan aliviado. Fue a buscar el whisky de inmediato porque llevaba dos días sin beber de los nervios y eso era algo que no le sucedía en los últimos veinte años. Me he reído un montón. Evert tardó un ratito en reírse también.

He comprado un iPod. Para ser sincero diré que jamás había tenido un chisme así en mis manos pero una de las cuidadoras en prácticas de mi unidad me dijo cuál tenía que comprar. Esta noche me grabará unos cuantos CD que saqué de la habitación de Eefje. Es una chica encantadora. Se llama Meta y es de Badhoevedorp. Le gusta ayudar a los demás.

¿Llegará el día en que se respeten los derechos humanos en el mundo? Desde que leí una noticia en el periódico me siento un poco más optimista. Rusia, China y Arabia Saudí han salido elegidas en el consejo de derechos humanos de las Naciones Unidas. Todas y cada una de ellas aportará un rico caudal de experiencia en las violaciones de los derechos humanos.

Domingo 17 de noviembre

Meta me ha traído esta mañana el iPod. Ahora hay nueve CD de música clásica grabados.

—¿Te ha gustado la música? —le pregunté.

—No mucho —confesó después de un titubeo. No mucho significa en absoluto.

—Lo siento.

—Para grabarlos no es necesario escucharlos todo el rato —me dijo como consuelo.

Beethoven le había gustado bastante. ¿Vive aún?

Meta no tiene abuelos. El abuelo murió y, después de una disputa familiar, la abuela acabó en el bando contrario. Ya no la ha vuelto a ver. Me considera un simpático abuelo de adopción. Estoy dispuesto a hacerle de abuelo alguna que otra tarde. Por desgracia será por poco tiempo, porque está a punto de terminar las prácticas aquí y luego regresará a Badhoevedorp.

He ido directamente a ver a Eefje. Había envuelto el iPod con un papel bonito y lo he desenvuelto ante sus ojos. Con cuidado le he puesto los auriculares y he seleccionado una sinfonía de Mozart.

Estaba muy contenta.

Le he prometido que iré por las mañanas a hacerle de DJ media hora y por la tarde a leerle. Y si no puedo ir, me encargaré de buscar un sustituto.

Media hora es más que suficiente. Por lo general suele quedarse dormida. También esta mañana. He ido bajando despacito el volumen y le he quitado los auriculares. En la pizarrita que hay sobre los pies de su cama le he escrito: «Dormías tan bien que no he querido despertarte. Hasta la tarde».

Lunes 18 de noviembre

—¡De pronto no sabía cómo tenía que quitar la opción de vídeo de la televisión! Estaba mirando todos los botoncitos del mando a distancia y no tenía la menor idea de cómo funcionaba. Así que

he puesto la radio.

Le he pedido a Grietje que me llame la próxima vez que le pase algo que no pueda resolver.

Está empeorando. Ella también se da cuenta. Voy a verla todos los días para charlar un poco y comprobar que todo esté bien.

En poco tiempo he ganado una gran experiencia como cuidador. Por eso me queda poco tiempo para todas esas tertulias de cafés y tés con su deprimente charla. Mejor. Pero debo procurar no descuidar al sector sano del club: Graeme, Edward, Ria y Antoine.

Nuestro simpático abogado me telefoneó para ponerme al corriente de cómo andan las cosas. Le he comunicado que tenemos problemas de motivación en nuestra lucha por la transparencia de la dirección. Lo ha entendido cuando le he contado en qué estado vegetativo se encuentra mi principal aliada.

Lo sintió mucho y me preguntó si podía seguir adelante con el caso en nuestro nombre.

«Por supuesto que puede. Y si tengo tiempo y energía le ayudaré.»

«Eefje lo apreciará. Dígaselo.»

Martes 19 de noviembre

Graeme nos ha contado que en un día como hoy, hace setenta años, cuando no era más que un crío de doce, perdió a su perrito. Lo había dejado por el parque y cuatro policías alemanes se lo llevaron sin más. La fecha permanece grabada en su memoria como un clavo herrumbroso. Jamás se había sentido tan impotente. Luego se enteró de que los perros que cogían los utilizaban como dragaminas.

Mis numerosas tareas como cuidador se han convertido en el ancla de mi vida. Me aporta tranquilidad y la sensación de ser necesario. Mis tres pacientes, Evert, Grietje y Eefje, son clientes agradecidos. Por lo que al libro se refiere, no estoy seguro de que *La llave de Sarah* haya sido una buena elección. Leerlo no anima en absoluto y tampoco me parece que esté bien escrito, pero a Eefje le gusta. También está muy satisfecha con su radio hospital particular.

Me armé de valor y le pregunté si todavía quería morirse. Sí, aún quiere morirse, pero no tanto como antes. Eso deduje de los movimientos de cabeza que hizo en respuesta a mis preguntas.

Buenas noticias para la mayoría de los residentes: las obras se han pospuesto un año. Algunas señoras preguntaron si sería mejor guardar en su habitación las cajas para la mudanza o debían ir devolviéndolas una a una al supermercado. Difícil, difícil. Luego empezaron a hablar de pólipos y me fui a dar una vuelta.

Miércoles 20 de noviembre

He ido con Grietje a echar un vistazo por la unidad cerrada para enfermos dementes. Entrar fue fácil. Acompañamos a una enfermera y le dijimos que íbamos a buscar a la cuñada de Grietje. Habíamos buscado de antemano el nombre de una paciente al azar pero no resultó necesario.

Nadie nos hizo preguntas. Pasamos por distintas salas y vimos a viejos conocidos. No teníamos que preocuparnos porque nos reconocieran.

Era la hora de la comida. Una enfermera estaba dándole de comer a una mujer menuda que llevaba un babero puesto. «¡Pip, pip, ahí viene el camión... abre la boca!» Ahora se le llama demencia, antes le decían «chochear».

Otra mujer estaba en una silla y me preguntó si quería ver su caja tonta y enseguida abrió las piernas. No daré detalles. Algunos abuelos se veían apáticos con la mirada perdida, pero también había otros que nos saludaban con la cabeza y nos sonreían. Grietje mostraba la envidiable actitud de aceptar las cosas como vinieran.

—Bueno, aquí estaré dentro de un año —dijo—, y espero pasármelo un poco bien para entonces. No quiero que vengas a verme, Henk, a menos que te lo pida expresamente. ¿De acuerdo?

Sí, de acuerdo.

Jueves 21 de noviembre

En un centro de atención de Den Bosch algunos residentes tenían que pagar por el papel higiénico. Al menos así estaban las cosas un par de años atrás. En aquel momento la indignación fue mayúscula. Ahora corrían rumores de que en nuestra residencia también se estaban valorando medidas de ahorro parecidas. No me parece que sea buena idea en nuestro caso. Algunos residentes son tan avaros que si tienen que pagar el papel del váter de su bolsillo, pasarán de limpiarse y se rascarán directamente bajo la ducha. Bueno, eso si no tienen que pagar por la ducha.

Aquí ya no es que huela demasiado bien. A veces tengo la impresión de que el papel del váter ya está racionado.

Lo que me fascinó de aquella noticia fue que «algunos» residentes tuvieran que pagar por el papel. ¿Por qué unos sí y otros no? ¿Acaso te daban un número determinado de rollos gratis y si te los acababas tenías que pagar por el papel extra?

Es un tema un poco desagradable. Mientras que en realidad yo soy un señor ejemplar. Desapercibidamente ejemplar, así me gustaría describirme. Ni alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco. Pantalón gris o azul, chaleco formal. Muchas arrugas y unos pocos pelos grises que la peluquera me corta por 16 euros en menos de diez minutos. Y de esos diez minutos la mitad es para ganar tiempo. Dentro de poco pagaré más de un euro por pelo.

Viernes 22 de noviembre

La habitación de Eefje tiene que quedar libre antes del 1 de diciembre. La directora se había precipitado con su anterior afirmación del 1 de enero. Querría darnos más tiempo pero después de consultar mejor el reglamento vio que no lo permitía.

—¿Se refiere usted a ese reglamento que no se puede consultar?

Sí, se refería a ese.

Stelwagen nos había convocado a Hanneke, la hija de Eefje, y a mí para «hablar de los siguientes pasos», pero no había mucho de lo que hablar. Hanneke me preguntó si quería acompañarla para decírselo a su madre.

No quería, pero me pareció que tenía que hacerlo.

Fuimos de inmediato. Eefje no pareció sorprenderse de que tuviera que desalojar la habitación. Ha experimentado una pequeña mejoría. Puede decir algo que parece un «sí», o que como mínimo se diferencia del «no». Puede mover un poco la mano derecha y la pierna derecha y le cuesta un poco menos tragar.

Tras hablarlo con ella, tenemos que guardar algunas de sus cosas y efectos personales y llevárselos ahí. Tiene un armario junto a la cama con una mesita y una silla. Sus posesiones se reducirán a lo mínimo en la unidad de cuidados especiales. Ya lo decían los Monthly Python: «Nacemos con nada, morimos con nada. ¿Qué has perdido, entonces? Nada».

Después le he puesto media hora de música a Eefje, eso la relaja y la tranquiliza. Ya me espabilo bastante bien con el iPod. Me he comprado uno para mí también. (Alguien me ha llamado progre.) Solo que yo no sé grabarme cosas.

Sábado 23 de noviembre

El portero ha negado la entrada a la casa a un Pedrito Negro azul y a otro verde. Solo el Pedro Negro negro pudo pasar, aunque la jefa de servicio doméstico le prohibió tirar sus galletitas especiadas para que no se quedasen pegadas en el suelo.

Se dice que los Pedritos verde y azul han puesto una denuncia por discriminación. La dirección explicó que el portero había obrado por iniciativa propia. Huyen del escándalo. Nadie sabe de dónde habían salido todos esos Pedritos.

Para complacer a Evert ayer volví a participar en el torneo de klaverjas. Nadie quiere jugar con él. Y preferiblemente tampoco contra él. Algunos abuelos le han cogido una manía enfermiza y no se lo merece, aunque pueda ser muy irritante.

En contra de mi costumbre de ir tirando cartas sin fijarme demasiado, esta vez me he esforzado de verdad y el resultado ha sido un magnífico tercer premio: dos letras de chocolate.

El nivel de klaverjas es bajo. Continuamente se equivocan y cambian de palo e incluso con unas cartas mediocres tienes bastantes posibilidades de lograr un buen resultado.

—No me gusta el chocolate, al menos ese no —fue la reacción del amargado señor Pot.

—A mí sí, pero regalo mi premio a la jugadora más simpática del torneo, la señora Geertje, a la que además le vendrán muy bien unas calorías extra —comentó Evert y le entregó su letra al escuálido pajarillo de Geertje, que había quedado la última y que se puso muy contenta. Evert no puede probar el chocolate.

Domingo 24 de noviembre

Es un enigma quién nos envió a aquellos tres Pedritos.

El verde y el azul no pudieron entrar y el negro volvió a salir a los tres minutos y solo emitió

unos sonidos ininteligibles. Circulan varias teorías de complot.

1. Eran ladrones disfrazados. («Oí herramientas de hierro tintinear en el saco.»)
 2. Una residencia de la competencia quiso cachondearse de nosotros. («Ese Pedrito se parecía muchísimo a la enfermera surinamesa de la casa X.»)
 3. Era una sorpresa de nuestra propia junta de residentes que ahora se hace la desentendida porque les ha salido el tiro por la culata. («Oí que decían algo de “sorpresa”.»)
- Los residentes no tienen nunca ni una pizca de fantasía salvo cuando se trata de difamar.

Ria y Antoine consideran un honor adoptar las plantas de Eefje. Han pasado a verla para asegurarle que estarán en buenas manos.

En mi habitación no hay ni una sola hoja verde. No consigo mantener viva ni a una sansevieria. Los bulbos van bien. Florecen y luego, hala, a la basura. Solo con Evert tienen las plantas menos posibilidades aún. Su perro *Mo* se come todo lo que crece y florece. Y luego lo vomita.

Lunes 25 de noviembre

Me encontré por el pasillo a la simpática trabajadora social que en una ocasión vino a verme para interesarse por mis planes suicidas. Me preguntó si veía la vida un poco más soleada.

—Bueno, en realidad el cielo se está nublando y tira bastante hacia el gris —le dije.

—¿Y por detrás de las nubes?

Le respondí con sinceridad que ya no esperaba mucho más sol y que cuando ya estuviera cansado de ese tiempo me pondría en contacto con ella antes de pasar al suicidio.

Ayer estuve revisando con Hanneke las cosas de Eefje. En la parte derecha del armario está todo lo que puede llevarse a la tienda de segunda mano. A la izquierda hay algunas cosas que Hanneke intentará vender en el mercadillo. En medio de la habitación hay dos cajas con objetos personales: fotos, cuadros, un par de figuras, joyas y CDs. Toda una vida metida en dos cajas. No es necesario llamar a una furgoneta de mudanzas, cabe todo en un carrito de café.

El viernes pasará la furgoneta de la tienda de segunda mano para recoger las cosas.

La directora tuvo el gesto de decir que la casa asumiría los gastos de quitar todos los tornillos y ganchos. «¡Qué generosidad!», no pude evitar comentar.

Todavía no hemos encontrado ninguna declaración de eutanasia. Ya hemos perdido la esperanza.

Martes 26 de noviembre

—Con un poco de suerte creo que el año que viene volveré a creer en San Nicolás —comentó Grietje contenta.

—Así, así, a demenciar un poco más y ya llegas —la animó Evert.

Le hacía gracia la idea de volver a poner los zapatos llena de ilusión.

—¡A lo mejor San Nicolás te mete una plantilla ortopédica dentro!

—De mazapán.

Anja vino a verme ayer. Está animadísima desde que se jubiló anticipadamente. Siente no haber tenido el tiempo y la oportunidad de sacar todos los papeles que la dirección quiere mantener como «confidenciales».

—Como espía soy un fracaso.

—Pero eres un éxito como persona.

—Eso ha sido muy bonito de tu parte, Hendrik.

Luego fuimos al Museo Noord, ella con su bicicleta eléctrica y yo con mi scooter. Apenas podía seguirla. Es el único museo que hay en el área norte de Ámsterdam. Los lunes está cerrado.

Miércoles 27 de noviembre

Una ventaja de vivir aquí es que es poco probable que te pases diez años muerto en tu habitación. Todos los residentes estuvieron de acuerdo. «Esa es más una ventaja para los vivos. Porque así no haces peste. A los muertos tanto les da», arguyó el señor Krauwel. El señor Krauwel es nuestra nueva adquisición: negativo a más no poder y quejándose por todo. Forma un buen dúo con el señor Bakker.

Las señoras encuentran a Krawel atractivo por su canoso cabello ondulado.

Cada nuevo residente masculino es recibido con alegría contenida por el gran excedente de mujeres. Es embarazoso ver cómo algunas mujeres intentan llamar la atención de un nuevo hombre. Se pintan los labios, se acomodan sus pechos caídos, se echan litros de perfume penetrante y hablan demasiado alto y ríen demasiado a menudo.

La señora que consiga echarle el gancho a Krauwel se arrepentirá. Conseguirá una hiena por compañero.

Estoy un poco constipado. Ahora no puedo caer enfermo. Un cuidador tiene que mantenerse en pie.

Casualmente me toca ir al geriatra pasado mañana, así que aprovecharé para que me mire también esa tos persistente.

Jueves 28 de noviembre

He soñado que le ponía una almohada en la cara a Eefje y que luego me sentaba encima. Me he despertado sudando y muy agitado. He necesitado media hora y dos tazas de té para calmarme.

Mientras estaba sentado junto a su cama y veía su dolor, le he deseado una muerte dulce. Pero jamás podría consumarla con mis propias manos. Me entran náuseas solo de pensarlo.

He terminado el primer libro que le estaba leyendo en voz alta. Menos mal. Continuaré con *La soledad de los números primos*, espero que sea más ligero. Eefje eligió esa novela entre los dos títulos candidatos.

Tengo la impresión de que no importa mucho lo que lea mientras lea algo. Me veo a mí mismo como el relajante murmullo de un arroyo.

Tampoco importa mucho qué música le ponga en su media hora musical, aunque no se me ocurriría gastarle una broma poniéndole heavy metal o uno de esos raps en inglés con mucho

fucking por aquí y *fucking* por allá. Con el supertrío de Bach, Mozart y Beethoven me sobra para hacer de buen DJ. Por lo general se queda dormida.

Viernes 29 de noviembre

Hoy me he puesto mi primer pañal. Se va bien.

Ese obstáculo ha desaparecido. Tiene que ver con una nueva residente que suele pasearse con una mancha húmeda en el vestido. La avisan con discreción pero levantando tanto la voz que todo el mundo se entera.

«Ay, ¿se me ha vuelto a escapar?», dice ella entre desconcertada y sorprendida, como si no le pasara un par de veces por semana.

Para restregárselo un poco más por las narices alguien dice siempre que su silla está empapada. La palabra en cualquier caso está bien escogida.

Quiero evitar a toda costa que alguien señale una mancha húmeda en mi pantalón. Así que he decidido hacer inmediatamente la prueba con el paquetito de pañales de incontinencia (mini) que me ha dado el geriatra.

Por lo demás la visita al geriatra no ha deparado ninguna novedad. No hay enfermedades nuevas («el estancamiento es progreso», dijo el doctor satisfecho) y tampoco hay nuevas esperanzas para Eefje.

«Esa señora no declaró de antemano que no deseaba ir a un centro de cuidados especiales, o al menos no han conseguido encontrar esa declaración y en estos momentos ella ya no es capaz de expresarlo con claridad. En ese caso la eutanasia queda descartada. Ningún médico se atrevería a aplicarla.»

Sábado 30 de noviembre

Llevaban sesenta años juntos, Bernard y Georgette Cazes, y abandonaron la vida de la mano. ¡Hermoso!

Eligieron un hotel de lujo en París como escenario de su última acción. Es una pena que tuvieran que buscar su último refugio cubriéndose la cabeza con una bolsa de plástico. Para que los encontraran pronto, habían pedido el desayuno en la cama. Pobre camarera.

Algo más alegre: ayer por la noche salí a cenar con Ria y Antoine a un pequeño restaurante indonesio. Comimos deliciosamente, solo sufrí un ataque de tos con los bocaditos de carne. Nadie le dio mucha importancia.

En esta ocasión la conversación no trató fundamentalmente de la comida: están pensando hacer un *Tour de vin* el año que viene y me preguntaron si me gustaría apuntarme. Se quedaron muy decepcionados al ver que yo me mostraba bastante dudoso al principio, pero es que había entendido un *Tour de Rhin*. Hacer una travesía en barco por el río con otros doscientos abuelos más se me antojaba un infierno.

Una vez resuelto el malentendido, les comenté que yo también había tenido una idea parecida. «Pues unamos fuerzas.» Solo tengo algunas reservas ante la idea de tener que empujar la silla de

ruedas de Evert de un *château* a otro. Cuando bebe demasiado se cae solo.

A lo mejor podríamos pedirle a Stelwagen que se ocupe de su perro.

Domingo 1 de diciembre

Falta un mes para que acabe el año y se termine el diario. Ayer estuve releiendo algunos pasajes y, deben disculparme, a menudo habla de desgracias. Mientras que uno de los motivos que me impulsó a escribir era justamente arremeter contra el eterno pesimismo que reina aquí.

Pero así son las cosas: cada día voy a ver a Evert el amputado, Grietje la demente y Eefje la vegetal.

El club de Viejos-sí-muertos-no tan efímeramente feliz atraviesa un mal momento. La caída mereció el siguiente comentario del señor Pot:

—Se lo han buscado. No éramos lo bastante buenos para ellos. Ahora que se hundan en su miseria.

—¿Acaso te hicieron algo malo? ¿Te molestaron en algo? —le preguntó la señora Aupers, sorprendida.

Por suerte también hay muchos residentes y miembros del personal que se compadecen por las desgracias de nuestro club.

El señor Hoogdalen, del club de scooters de Los Antílopes que jamás llegó a funcionar, vino a preguntarme si quería salir a dar una vuelta con él. ¡Claro que sí! Él en su flamante scooter de lujo y yo con mi propia *Élégance*.

Conocía una vuelta muy bonita. Solo tenía que ir detrás de Hoogdalen. «Llámame Bert.» Al cabo de una hora nos paramos en un café para tomarnos una sopa. Bert es hombre de pocas palabras. Y no le gustan las frases completas.

—Bonita vuelta —sobre la vuelta.

—Buena sopa —sobre la sopa.

—¿Vamos? —al marcharnos.

Y al despedirnos:

—¡Ánimos! Y... déjalos que hablen.

Mi cabeza se ha quedado agradablemente vacía.

Lunes 2 de diciembre

No recibo a menudo cartas, pero cuando me llega una suele ser una notificación para que ingrese cuanto antes un cheque de 8.990 euros. Y como condición tengo que comprar seis pares de plantillas térmicas carísimas.

Da la sensación de que ya has ganado ese dinero, solo cuando lees la letra pequeña te das cuenta de que te ofrecen la oportunidad de conseguirlo. Todo se hace «bajo la supervisión de una persona imparcial», así que eso no es ningún problema.

Pregunté como quien no quiere la cosa quién más recibía cartas de premios como ese. Un montón. Unos cuantos residentes no habían podido resistir la tentación de ver el resultado: no

habían ganado ningún premio pero se habían gastado un dineral en una cura para las varices de castaño de Indias, en calcetines saludables de bambú o en un bálsamo activo de Rapunzel. ¡No me estoy inventando estos productos! Están en algunas habitaciones, bien escondidos en el fondo de un armario.

La mayoría de los compradores prefieren no hablar del tema. Solo unos pocos pregonan a los cuatro vientos que los han timado.

Los mayores son víctimas agradecidas.

No me doy de baja de este correo para ocasionarle gastos al enemigo.

Martes 3 de diciembre

Ayer tuve que ir a la tarde de San Nicolás. Evert llevaba un par de horas poniéndose pesado y me sentí obligado a protegerlo de sí mismo. No funcionó.

Primero cantó demasiado alto y desafinó en todas las canciones de San Nicolás y todos miraron molestos en su dirección. Luego no paró de insistirle a San Nicolás para que sentara en su regazo a la señora Van Til, algo a lo que el Santo se negó una y otra vez. ¡Es que Van Til pesa más de cien kilos!

Al cabo de media hora mi amigo se había tomado cuatro tazones de chocolate caliente aderezado con el ron que se había traído de casa y en los que iba mojando grandes trozos de pasta de hojaldre.

Sin duda se habría producido un altercado si la señora Zonnevanck no hubiera desviado la atención al tropezar con el saco de Pedrito el Negro y romperse un brazo.

Pasó media hora antes de que la señora Zonnevanck hubiera sido trasladada al hospital y los ánimos volvieran a calmarse. Mientras tanto después de seis tazas de chocolate, Evert se había quedado dormido en la silla de ruedas y lo llevé de vuelta a su casa. Allí lo dejé con silla y todo entre la cama y el armario para que no pudiera caerse, y me fui. Los cuidadores tienen límites.

No consiguieron volver a animar la fiesta de San Nicolás que se estaba celebrando en la sala de estar. La pregunta de si Pedrito el Negro era responsable de haber dejado su saco por ahí tirado empañó bastante los ánimos festivos.

Miércoles 4 de diciembre

Es una pena que en nuestro centro no viva ni un solo chino, de lo contrario Evert habría calentado más los ánimos gastándole algunas bromitas para superar las que Gordon le soltó a un concursante chino en *Holanda tiene talento*. Aquí no hay mucho donde discriminar porque los extranjeros que hay son tan encantadores que nadie se atreve a hacer ningún comentario malo.

Un país cuyos máximos problemas son las bromas sobre chinos y el jaleo por los Pedritos Negros negros no está tan mal como a menudo aseguran por aquí.

¿Me siento yo ofendido si una persona negra, amarilla o cobriza habla de rostros pálidos, cabezas de queso y tíos rácanos? No. ¿Me ofendería si San Nicolás fuera negro y todos los Pedritos llevaran sirvientes blancos un poco bobos de labios finos y un exagerado acento

amsterdams? No. ¿Es porque mi tatarabuelo nunca fue un esclavo sino un obrero en una fábrica donde trabajaba sesenta horas a la semana por un mísero sueldo? No.

He decidido hacer un poco de San Nicolás y he ido a comprar algunos regalos para mis amigos. A saber: una colonia para Eefje, unos guantes para Evert, un libro sobre champán para Ria y Antoine, un calendario de taco para Grietje, un vídeo para aprender a jugar al billar para Edward y un pesebre desplegable para Graeme.

Para mí me he comprado un jersey. La dependienta dijo que el estilo hip aún me quedaba bien.

Esta noche lo envolveré todo en papel de regalo de angelitos y mañana iré pasando por las puertas.

Jueves 5 de diciembre

El simpático cajero del supermercado no supo qué hacer con la propina.

—Son 24,10 euros.

—Cóbrese veinticinco —le había dicho Graeme dándole un billete de cincuenta.

Lo lamentaba mucho, pero no podía ser, de lo contrario la caja no le cuadraría por la noche.

Graeme le explicó con paciencia que deberían poner un bote junto a la caja para las propinas. Había disfrutado de lo lindo con la broma que se le había ocurrido espontáneamente. El señor gruñón que tenía detrás no.

—¿No podría darse un poco de prisa?

Evert propuso enseguida una variante: el regateo.

—Son 24,10 euros.

—Le doy dieciocho.

—¿Cómo?

—Bueno, está bien, veinte, pero ni un céntimo más.

—Pero señor, que tiene que pagar 24,10.

—No, me parece demasiado caro. Déjelo correr.

Y a continuación lo deja todo en la cinta de la caja y se larga. Evert lo pondrá en práctica mañana. Espera crear escuela.

El hombre del tiempo ha pronosticado las primeras nieves. No me gustan ni el otoño ni el invierno. Querría hibernar y no despertarme hasta principios de marzo. Es una pena que duerma tan mal. Ya me cuesta dormir seis horas seguidas. Sería un desastre como oso.

Hace demasiado frío para salir con la scooter. Como estás parado tienes que ponerte tanta ropa que apenas puedes moverte. Pero en fin, quedarme sentado tres meses en una silla delante de la ventana hasta que salgan los primeros crocus no me parece una alternativa demasiado estimulante.

Viernes 6 de diciembre

Ha muerto Nelson Mandela. Uno de mis últimos héroes. El hombre que nunca se cayó de su pedestal. Todos los líderes mundiales mostrarán su profundo respeto por Mandela, pero solo unos

pocos aprendieron algo de él.

Mis amigos se sintieron ayer gratamente sorprendidos y contentos con sus regalos. Me costó un poco hacerles entender que mi intención no era recibir nada a cambio. En nuestro mundo ya abunda demasiado el *quid pro quo*.

A Eefje le dije que le había comprado un regalo y después lo desenvolví delante de sus ojos y se lo dejé oler. En ese momento me di cuenta de que no estaba seguro de que tuviese bien el olfato. Pero ella asintió cuando le pregunté si le gustaba. Le pulvericé un poco en el cuello y en las muñecas y se lo esparcí. Fue un momento íntimo y yo no soy nada bueno en los momentos íntimos. Me vuelvo muy torpe, así que la mayor parte del perfume ni siquiera le tocó.

Por suerte pude ponerme a leer enseguida *La soledad de los números primos*. Le he preguntado tres veces si no le parece un libro demasiado triste. La respuesta ha sido siempre negativa.

Al cabo de media hora dormía como una rosa.

Luego fui abajo a comer sopa de guisantes. Me gustó mucho pero tuve que aguantar más de diez historias sobre madres y abuelas que antes hacían una sopa de guisantes mucho mejor. Antes, siempre antes. ¡Vivid un poco en el presente, momias!

Sábado 7 de diciembre

Lo de disparar o no a los patos despierta muchas emociones.

—Un pato no sabe distinguir dónde está permitido dispararle y dónde no —dijo nuestra señora de los patos. Tres veces por semana compra medio pan blanco (porque según ella a los patos no les gusta el integral), se come dos rebanadas, congela otras dos para el día siguiente y desde hace diez años les lleva las siete rebanadas restantes a los patos que también desde hace diez años dejan el campo lleno de cagadas.

—Si cada provincia hiciera su propio plan de patos se produciría una gran injusticia para ellos —opinó nuestra guardiana de los patos. Después de los chinos ofendidos, del Pedrito el Negro amenazado, ahora también el pato proscrito. ¿Cuántos megaproblemas puede llegar a soportar este país?

En una escueta nota de la dirección se ha comunicado a los residentes que oficialmente se ha decidido empezar en septiembre las obras de remodelación de este edificio. No decía palabra de la participación que nos habían prometido. Tampoco especificaban lo que sucederá exactamente. Imposible inquietar más a la gente.

—Espero haberme muerto para entonces —dijo la señora Vergeer y hablaba en serio.

—Las viejas plantas no deben cambiarse de tiesto —dijo el señor Apotheker cinco veces por lo menos. Mira que puede llegar a ser protestón ese hombre. Si lo cambian de tiesto que lo metan de cabeza en la tierra.

Domingo 8 de diciembre

Me descuidé el libro de lectura en mi habitación y para hacer una broma le pregunté a Eefje si para variar no le apetecía que le leyera el periódico. Ella asintió como hace siempre.

A lo mejor no está tan bien de la cabeza como yo imagino. Tal vez permanece tranquila y calmada bajo los efectos de los medicamentos. Tal vez también dé gritos inaudibles. Ni idea.

Leo para ella, le pongo música y tengo la impresión de que lo agradece. En todo caso a ella no puede hacerle ningún mal y a mí me sienta bien.

Hablando del periódico.

—¿Puedes darme el periódico un momento? —preguntó el señor Bakker la semana pasada en la sala de estar.

Evert revolvió un poco en el revistero y le dio un periódico de la semana pasada. ¡No se enteró! Cuando al cabo de media hora Evert le preguntó si las noticias no le resultaban familiares, Bakker se mosqueó. No consigo mismo, sino con Evert. Eso alegró un montón a mi amigo. Nos gusta hacer enfadar a Bakker.

Lunes 9 de diciembre

He estado mirando con Grietje la web de *Alzheimer Experience*, un espacio interactivo donde se muestra en breves películas la evolución de la enfermedad del alzhéimer en una mujer y en un hombre de edad avanzada. Se puede ir alternando entre las experiencias del paciente y las del cuidador. En cualquier momento puedes hacer clic en un médico vestido con una tranquilizadora bata blanca para que ofrezca sus expertos comentarios.

Lo pasé muy mal viendo aquellas películas con Grietje, pero ella parecía relajada. Observaba con interés cómo estaría ella dentro de medio año.

La última película iba sobre el entierro.

No supe qué decir.

—Vamos, Henk, no te aflijas. Piénsalo así: si a ella no le importa, por qué debería preocuparme yo. —Y continuó—: Por otra parte el alzhéimer está muy de moda. No puedes abrir una revista sin que salga por algún lado. Adelheid Roossen hizo una obra de teatro sobre su madre demente, Jan Pronk hablaba sobre su madre demente en YouTube, Maria van der Hoeven explicaba cosas sobre su marido afectado en *De Volkstrant*. Si no tienes un conocido demente no formas parte del club. ¡Deberías estar contento de tenerme a mí!

En ese momento la aplaudí.

Esta noche me invita a cenar.

Martes 10 de diciembre

Parece que ya hay un libro que se titula *Viejas heridas*. Lo ha escrito Ellen Pasman y trata del caso de Willem Oltmans contra los Países Bajos. Si mi diario llegara a convertirse en un libro alguna vez no podría titularse así.

He pensado en las siguientes alternativas:

1. *El desagüe.*
2. *Cuando se acabe, se acabó.*
3. *Corto y cierro.*
4. *Nada del otro mundo.*
5. *Residencia Los últimos pasos.*
6. *Señales de humo en un huracán* (suena bien pero no tiene sentido).
7. *Moscas en el caviar* (ídem).

Ayer fui a cenar con Grietje a Stork, un restaurante hip a orillas del Ij. Tengo que acabar de acostumbrarme a ver viejas naves industriales reconvertidas en restaurantes, pero la comida era buena y la gente agradable.

Fuimos en el microbús y volvimos en taxi. Grietje se empeñó en pagarlo todo.

Tengo que despachar siete mil euros antes de que ya no sepa ni lo que son.

Desde hace un par de meses Grietje se ha vuelto mucho más abierta y directa. Como si el alzhéimer ejerciera sobre ella un efecto liberador. Espera poder acompañarnos a nuestra ruta del vino sin suponer una carga demasiado grande para nosotros. A primera vista da la impresión de que lo tiene todo bajo control, pero si te fijas un poco vas viendo el deterioro. Por ejemplo le costó bastante volver a encontrar nuestra mesa después de haber ido al servicio. Y al entrar en el taxi se sentó en el asiento del conductor, que estaba de pie junto al vehículo fumándose un cigarrillo. El hombre pensó que le estaba tomando el pelo.

Miércoles 11 de diciembre

Eefje va consumiéndose poco a poco. Cada vez está más delgada y se pasa casi todo el día durmiendo. De vez en cuando permanece un cuartito de hora despierta. Sigo leyéndole y poniéndole música, pero los movimientos aprobadores con la cabeza son cada vez más tenues. Parece como si se fuese hundiendo lentamente en la muerte.

Me siento a su lado y le tomo una mano. A veces acaricio su vieja mejilla. Alguna vez me mira como si me reconociera.

El médico dice que puede durar una semana o un mes, quizá dos.

En un arranque de rebeldía he puesto un árbol de Navidad de verdad en mi habitación. Aunque mi árbol navideño no tiene más de cincuenta centímetros no está permitido por el riesgo de incendio. Lo he entrado a escondidas en la scooter, metido en una bolsa de basura.

Siento curiosidad por saber si me delatarán y, en caso de que así sea, quién lo hará.

Jueves 12 de diciembre

Esta mañana la señora Tan se ha dirigido a mí en la sala de estar.

—¿Son estas pastillas? —Me ha mostrado la caja. Le he dicho que no sabía nada de pastillas.

—Yo tampoco —admitió—, pero se me han acabado las otras y estas son del mismo color.

He llamado a la enfermera, con lo que me he ganado la mirada enfadada de la señora Tan.

Para evitar peleas se hace con antelación un plan semanal de la programación de televisión en el que consta el canal y el programa que emitirán en la sala de estar. El fútbol goza de un tratamiento privilegiado. Suele haber muchos residentes delante de la pantalla durante los partidos de la selección holandesa y los del Ajax. No solo hay aficionados al fútbol, hay gente que siempre va a mirar la tele abajo, pongan lo que pongan, o sea que hay muchos que no saben demasiado de fútbol.

La señora Sluys por ejemplo va contando en voz alta la cantidad de veces que un jugador escupe en el suelo.

—¡Cuánto escupen! —comenta una y otra vez con incredulidad.

—Sí, en el billar se escupe un poco menos —le contestó Evert.

Viernes 13 de diciembre

Viernes 13, un día bonito para comprar lotería. Siempre tiene que haber algo que te dé esperanza. Si gano me compro una residencia privada para mis amigos y para mí. No habrá ni dirección, ni porteros ni consejo de supervisión. No habrá ningún responsable de recursos humanos, contables ni jefes del servicio doméstico. No habrá normas, estatutos ni reglamentos. Así nos ahorraremos montones de dinero y de follones. Sí habrá lugar para el sentido común, personal simpático y un buen cocinero a demanda para cuando no tengamos ganas de cocinar en nuestra preciosa cocina. Una casa con habitaciones espaciosas y bien iluminadas donde se pueda tener a perros o gatos o árboles de Navidad si te da la gana.

En realidad es bastante sencillo.

Sigue soñando, Hendrik.

Hoy en el correo había una carta urgente con documentos originales intransferibles y un sobre de seguridad para ingresar mi cheque de 7.450 euros y mi pedido de cápsulas de papaya.

Sábado 14 de diciembre

En el acuario de la cuarta planta han encontrado a todos los peces muertos. Esta vez no había ni rastro de galletas. Para asegurarme he ido a ver a Evert y le he preguntado si para variar había metido desatascador de tuberías en el agua, pero me ha jurado que él no sabe nada del asunto.

Puede haber sido por alguna enfermedad, aunque no hay nadie que se lo trague después de los dos atentados anteriores.

«La dirección ha ordenado que se lleve a cabo una investigación exhaustiva y está a la espera del informe del veterinario», se nos ha notificado. No me parece tan sencillo hacerle la autopsia a un tetra neón.

Esta vez han dejado fuera a la policía, lo que demuestra la capacidad de aprendizaje de nuestra directora.

Me ha llegado una invitación para una cena de Navidad en casa de Evert, organizada por Ria y

Antoine. Para todos los miembros del club menos Eefje. Estaremos un poco apretados en el piso tutelado de Evert, y *Mo* tendrá que quedarse fuera para evitar que nos estropee el apetito con sus pedos, pero es una perspectiva agradable. Han elegido la casa de Evert porque ahí se puede cocinar. La fiesta tendrá lugar el primer día de Navidad y coincide, no del todo casualmente, con la cena de Navidad de la casa. Así todo el mundo tendrá una buena excusa para no ir.

Domingo 15 de diciembre

Nuestra notificación de ausencia en la cena de Navidad oficial no ha sido bien acogida. El cocinero vino anoche durante los postres en presencia de los demás residentes a preguntarnos si sus aptitudes culinarias no eran lo bastante buenas para nosotros. Me quedé estupefacto.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, porque ustedes prefieren no cenar aquí.

—Tenemos una cena en *petit comité* —dijo Antoine.

—¿An petit comiti?

—En pequeña compañía.

—¿Pasa algo con nuestra compañía? —saltó de inmediato el señor Bakker.

—Nada.

—¿Entonces?

El cocinero se lo toma todo como algo personal. Si alguien se deja una patata en el plato se la haría tragar personalmente. Tiene mucha ética profesional pero no cocina demasiado bien, lo que es una desventaja para un cocinero. Tal vez debería habérselo dicho en mi intento de ser sincero, pero no me pareció el momento más oportuno. Podría haber acabado con un cuchillo entre las costillas. Y como decía Karel van het Reve: «Detesto profundamente que me apuñalen». El ambiente era bastante hostil. A nuestro alrededor se oían muchos murmullos por el hecho de que no los considerásemos una compañía agradable. Tampoco me pareció el momento de empezar a hablar sobre su falta de autocritica.

Lunes 16 de diciembre

La gente me dirigía miradas compasivas: ay, ese viejo en su coche bajo esta lluvia. Pero yo estaba disfrutando de lo lindo. Había esperado a que cayera un buen chaparrón para salir a probar mi nuevo impermeable. No es tan estanco como promete la etiqueta porque entra un poco de agua por las costuras. Pero en fin, no lloriquees y conduce.

Al cabo de una hora entré al vestíbulo completamente empapado. El portero me miró furioso porque iba dejando un rastro de barro y él es el encargado de mantener limpia la entrada. Lo saludé más amigablemente de lo normal.

Con un tiempo como el de hoy no debo olvidarme de salir con una batería de repuesto cargada. Si me quedara colgado a medio camino y no recibiera pronto ayuda me moriría de frío. Los domingos por la tarde no se ve un alma por muchas zonas del distrito norte. Y si aparece alguna tengo que conseguir que se detenga ante el abuelo que lo saluda desde su scooter y no me devuelva

el saludo y se largue. Para mayor seguridad siempre me llevo el teléfono. En realidad no sé si los servicios de asistencia en carretera acuden por las motosillas.

Después de mi húmedo paseo he ido a ver a Evert para tomar juntos un coñac. Han sido tres. Luego hemos pedido que nos trajeran una pizza cuatro estaciones que llevaba bastante rato en la caja de cartón. Hasta a *Mo* le ha parecido un poco dura.

De vuelta en mi habitación he tenido la energía justa para quedarme dormido delante del televisor.

Martes 17 de diciembre

—Debería dejar usted de leerle. No creo que la señora Arde lo oiga ya.

Eefje apenas abre los ojos y casi no reacciona, así que tal vez la enfermera tenga razón. Pero intuitivamente pienso que podría ser que aún le reconforte oír esa voz junto a su cama. Que la lectura le dé paz. Y ya que sigo yendo a verla dos veces al día media horita, puedo seguir leyéndole y poniéndole música. Si a ella no la reconforta, sí me consuela un poco a mí. No es posible leer en voz alta y estar cavilando al mismo tiempo.

Por eso he empezado un nuevo libro: *El dinero o la vida*. Sobre cinco abuelos que se escapan de una residencia y cometen un atraco. Me parecía una novela divertida con personajes reconocibles.

Los viejos están de moda. Al menos hay películas, libros, documentales y artículos de periódico sobre la gente mayor. En nuestra vida cotidiana no nos damos cuenta de esa atención extraordinaria, es más bien todo lo contrario. Contamos con menos dinero y menos atención sanitaria que hace un par de años.

La próxima generación de abuelos empieza a preocuparse un poco después de haber visto a sus padres y madres quedarse solos o haberlos enterrado. Los sesentones ricos y poderosos de hoy en día ya no irán a marchitarse a una casa como esta.

Miércoles 18 de diciembre

El señor Tolhuizen fue con el microbús a ver a su hijo en Geneuzenveld. Para alguien de noventa y tres años suponía toda una aventura. En el viaje de regreso un atento conductor le ayudó amigablemente a subir al vehículo. Tuvo que sentarse en un rincón detrás de todo porque ya había otros seis mayores en los primeros asientos.

Era un largo viaje, cruzando Bijlmer y el área sur de Ámsterdam y el señor Tolhuizen se sentía agradablemente lánguido porque el conductor, en atención a los abuelos, había puesto la calefacción a veintitrés grados. En algún momento se quedó adormecido.

Cuando se despertó, estaba un poco arrebuñado en su rincón. Tardó un rato en darse cuenta de dónde estaba. Todo estaba oscuro y en silencio. No se oía el motor y no veía a nadie más. El microbús estaba aparcado en una calle tranquila en Koog aan de Zaan y todas las puertas estaban cerradas.

El conductor había mirado por encima del hombro, pero Tolhuizen estaba en su ángulo muerto.

Pasó media hora antes de que Tolhuizen consiguiera llamar la atención de un transeúnte y luego

un cuarto de hora más antes de que la policía llegase tranquilísimamente. Eso sí, les bastaron treinta segundos para abrir el vehículo sin causar desperfectos.

Veinte minutos después llegó el localizado conductor aún en zapatillas y completamente descompuesto. Se pasó todo el trayecto hasta la residencia pidiéndole disculpas.

«Sentí mucha lástima por él», dijo Tolhuizen que hasta ahora nunca había sido el centro de atención.

Jueves 19 de diciembre

La señora Trock («Creo sinceramente que domino bastante bien el neerlandés») había hecho treinta y siete faltas en *El gran dictado de la lengua neerlandesa*. En la primera frase. Entonces tuvo que ir deprisa y corriendo al lavabo. Quiso llevarse consigo su papel pero Graeme se lo impidió. «Ya se lo guardaré yo.» Los otros cuatro participantes lo habían dejado correr después de que les leyeran el dictado la primera vez.

Yo soy demasiado cobarde para participar.

El portavoz de Connexion ha llamado al señor Tolhuizen para darle la consoladora noticia de que el conductor que lo pasó por alto ha sido despedido de inmediato.

Tolhuizen se ha apresurado a contestar que se escondió a propósito y que luego se quedó dormido. Luego pidió poder hablar con el conductor, pero Connexion se negó a facilitarle su teléfono.

«Era un hombre muy agradable. ¡Solo que no sabía contar muy bien, pero no hay que despedir a alguien por eso!»

Al final consiguió su número y llamó al conductor para decirle que estaba dispuesto a declarar bajo juramento que se había escondido aposta.

«La gente saca rápidamente sus conclusiones pero a veces las cosas no son más que un desafortunado cúmulo de circunstancias.»

Me quito el sombrero ante Tolhuizen.

Viernes 20 de diciembre

Eefje va adentrándose lentamente en la muerte. Ya no abre los ojos. No hay ninguna otra señal de vida salvo su respiración. He dejado de leerle. Voy a verla todos los días para saludarla y cogerle un rato la mano.

Tuvimos tan poco tiempo para estar juntos.

Nunca llegué a decirle que estoy loco por ella.

Sábado 21 de diciembre

—Si hay alguien aquí que tenga diarrea, ese soy yo —dijo el señor Bakker—. Tres veces por semana ando un poco suelto. Pero alguien ha hecho alguna acción por mí, para nada.

Algunos residentes opinaban que la acción de Serious Request contra la diarrea era una estupidez.

—¿No pueden mandar un camión lleno de pastillas de carbón activado? ¿Eso no tiene por qué costar diez millones? —dijo la señora Pot que al año se traga pastillas por valor de varios miles de euros.

Hoy he ido a ver a Grietje. Había puesto un bonito pesebre, pero me fijé en que el niño Jesús estaba lleno de moscas de la fruta.

—Sí, yo también me he dado cuenta —dijo ella.

El rastro de las moscas nos llevó a dos plátanos podridos que se habían quedado detrás del pesebre.

¡Hace días que no los encontraba!

Los había estado buscando porque los tenía tachados de la lista de la compra, pero al final había desesperado de encontrarlos a tiempo de que fuesen comestibles. Nos reímos del asunto y ella lo recogió todo. Esperemos que las moscas desaparezcan solas. Ahora Jesús ya sabe cómo se siente un bebé negro del África.

Grietje va empeorando despacio y casi imperceptiblemente. Pero: «Cada día es hermoso», dice.

Domingo 22 de diciembre

Las preparaciones para la cena del club Viejos-sí-muertos-no para el primer día de Navidad han comenzado. El segundo día lo pasaremos en el comedor entre los otros residentes. No resultó fácil.

—Estaba convencido de que entonces tampoco querrían venir el segundo día —dijo el cocinero con el formulario en la mano.

—¿Y en qué se basa usted para ese «entonces»? —le pregunté.

Tuvo que pensárselo un poco.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, usted dice que había pensado que entonces nosotros tampoco vendríamos el segundo día de Navidad.

—Oh, ese entonces.

—Sí, ¿y entonces?

Ya no entendía nada.

—Entonces vendrá usted, ¿no?

Como escritor del menú, soy el único que está al corriente de lo que vamos a comer el primer día de Navidad.

Me alegré ante la perspectiva de comer mi primer pavo relleno. Es el típico plato de Navidad que sale en los libros y las películas, pero hasta ahora nunca había visto servir uno de esos enormes pollos. Con Ria y Antoine como cocineros sé que ese pavo no habrá muerto en vano.

Sorprendentemente han vuelto los gourmets. Hace un par de años no podían comprarse, pero ahora desde hace semanas en el supermercado hay un montón de paquetes preparados con surtidos

de carnes para gourmets. (¿No se les echarán a perder?)

Hace dos años también hicimos una cena gourmet aquí, con las pequeñas sartenes donde uno mismo se va preparando su comida. Los daños: quemaduras varias, unos cuantos vestidos y trajes a la lavandería, una peluca chamuscada, trozos de carne carbonizados y dos miembros del personal desquiciados. ¡Un desastre!

Lunes 23 de diciembre

Como si el diablo anduviese de por medio: nuestra residente más gorda, que podía comer, qué digo, engullir como ninguna, ha fallecido dos días antes del principal acontecimiento culinario del año. Pesaba ciento sesenta kilos, lo que para su metro cuarenta y cinco ya es peso. No podía hacer gran cosa porque padecía el síndrome de Prader Willi. Sorprendentemente consiguió llegar hasta los setenta y ocho años con esa enfermedad.

Llevaba diez años permanentemente sentada en la silla de ruedas que le habían hecho a medida y solo vivía para una cosa: comer. Por lo demás no mostraba demasiados rasgos humanos. Nadie le hablaba.

Para las enfermeras debía de suponer un trabajazo mantener un poco limpia aquella enorme bola de grasa con todos los pliegues y arrugas.

Para un cliente así, el de la funeraria tuvo que mandar hacer un ataúd en forma de cubo.

Me perdonarán que hable tan crudamente de este caso pero no puedo hacer que la realidad sea más bonita de lo que es: triste, dura y a la vez risible.

He recibido una visita inesperada de la jefa del servicio doméstico. Se había enterado de que, contraviniendo las reglas, tenía un árbol de Navidad en mi cuarto. Este año hará la vista gorda. ¡Bueno, bueno, qué magnanimidad!

No quiso decirme cómo se había «enterado».

Martes 24 de diciembre

Hoy ayunaré un poco para tener buen apetito mañana.

Ya tengo mi mejor traje preparado con una camisa recién planchada y la pajarita dorada que hace tiempo compré en una tienda de artículos de fiesta. Los zapatos están relucientes.

No está nada mal para mis años. La vanidad no conoce edad.

Tengo que volver a escribir todas las cartas con el menú por algunos errores molestos en los nombres franceses de los platos. Antoine me lo señaló discretamente. También tengo que preparar un poco el discurso de la cena. Trabajo, trabajo, trabajo. No podré salir a dar una vuelta con la scooter.

Ayer estuve preguntando a la hora del té y hay residentes que no han salido de casa desde octubre. A menos que tengan que abandonar la casa por alguna razón urgente, se pasan encerrados buena parte del otoño y todo el invierno. Y las salidas al exterior suelen limitarse a los breves

trayectos en el microbús o en el coche del hijo o de la hija.

A mí me gusta mojarme bajo la lluvia de vez en cuando y dejar que el viento me agite bien los cuatro pelos que me quedan. He tenido muchas ocasiones para ello en las últimas semanas. Aún no hay ni rastro del invierno riguroso que habían pronosticado para este año.

Miércoles 25 de diciembre

Esta mañana he pasado a ver a Eefje para desearle unas felices fiestas. Mientras estaba junto a su cama me di cuenta de que ya no había mucho que desear. Salvo quizá un buen viaje.

Estaba tan tranquila, delgada y pálida, y sin embargo se veía tan digna y hermosa.

La enfermera ha dicho que probablemente ya no durará mucho.

Luego tuve que ir a ver a Evert para distraerme un poco. Antes de que yo le hubiera dicho una palabra, él soltó:

—Tu hermosa vieja amiga, ¿eh? Casi puede descansar en paz. Concédesele.

Luego sirvió una taza de café, me ofreció una rosquilla y miró el reloj. Eran las doce menos diez.

—No va mal —dijo—. Los días de fiesta solo bebo a partir de las doce.

Y sirvió para cada uno una copita de buen coñac a la altura de las fiestas.

—Salud, mejor amigo.

Después volví a mi habitación para ponerlo todo por escrito. Más tarde intentaré una siestecita, luego me cambiaré y me peinaré y a las cuatro volveré a ir a casa de Evert para nuestra cena navideña. Lo espero con ilusión.

Jueves 26 de diciembre

La cena navideña fue entrañable. Ria y Antoine entraron en la habitación a oscuras llevando un enorme pavo con tres estrellitas en el agujero. Evert se tiró encima un trozo de tiramisú mientras lo servía. Y, aunque me esté mal decirlo, mi discurso de Navidad tampoco estuvo nada mal. Iba sobre lo fundamental que era la amistad para tener una vida agradable. Tal vez era un poco sentimental (Antoine se secó una lagrimilla), pero era sincero. Brindamos por Eefje, «la fuerza silenciosa detrás de nuestro club, que ahora sí está completamente silenciosa». Luego brindamos por nuestra amistad hasta que la muerte nos separe. Lo que para nosotros no es una apuesta demasiado arriesgada.

Al final nos pusimos de pie para ovacionar a los cocineros.

La próxima comida de Navidad es a las 13:00, con todos los residentes que no hayan ido a casa de sus hijos. La hora de inicio provocó muchos suspiros entre la gente a la que no le gusta nada desviarse de su férreo esquema, ni siquiera por el nacimiento de su salvador.

Seguro que oiremos un par de veces: «Al mediodía no me apetece mucho comer caliente», o alguna variante por el estilo.

Dentro de una hora bajaré al comedor con el firme propósito de no enfadarme. Con nadie.

Viernes 27 de diciembre

La segunda comida de Navidad no decepcionó. El personal se había encargado de distribuir a los comensales en la mesa después de que el año pasado hubiera habido peleas por dónde se sentaba cada uno. Algunos residentes ya habían reservado su silla temprano por la mañana dejando encima su equipaje de mano. Faltó poco para que pusieran carteles de OCUPADO.

Tenía a Evert como vecino de mesa. Probablemente nadie más se atrevía a sentarse a su lado. Por lo demás en nuestra mesa estaban Grietje y Edward y las hermanas Everse, que siempre lo encuentran todo delicioso, agradable, estupendo y fantástico, así que ahí no nos jugábamos nada.

El cocinero se había superado a sí mismo y no nos presentó un solomillo de cerdo a la crema sino un ragú de carne de caza con arroz. Una apuesta arriesgada. Para no escandalizar demasiado hubo un cóctel de gambas y de postre Dame Blanche.

Fue agradable y delicioso.

Hasta el discurso de la señora Stelwagen estuvo bien, y sobre todo fue breve. Cuando uno no tiene demasiado talento como orador solo hay una regla importante: la brevedad.

Es algo que suele pasarse por alto, sobre todo durante los entierros. Todavía me acuerdo bien de la vez que conocí a Pietje durante un encuentro de la asociación de palomas mensajeras La rata voladora y él me dijo: «Jan, no querrías...». Cuando alguien empieza así su discurso, no hay mucho que hacer, solo hablará de sí mismo.

Sábado 28 de diciembre

A petición de Edward adelantaremos el cambio de año dos horas porque es incapaz de aguantar hasta las doce sin quedarse dormido. Nadie puso ninguna objeción. Ponemos el reloj dos horas antes y listos. Celebraremos la Nochevieja en la habitación de Ria y Antoine.

En Nochevieja a los abuelos les pasa como a los perros: no se atreven a salir a la calle por los fuegos artificiales. No sin motivo. Corren algunos gamberros por el barrio que han elegido a los perros y a los viejos como sus principales objetivos. Una vez tiraron un petardo bastante fuerte debajo de un Canta que a causa del estruendo perdió el rumbo y se estrelló contra una verja. El conductor no volvió a salir a la calle en diciembre en toda su vida. Por suerte solo hubo daños materiales. Los valientes autores huyeron de inmediato.

La policía reaccionó con firmeza: una ronda más por el barrio. Así aprenderán esos malhechores.

A pesar de que no se trataba de un residente de la casa, el suceso despertó mucha indignación aquí.

El periódico traía una lista de holandeses famosos fallecidos en 2013. Me he dejado a un par.

Los muertos son siempre un tema de conversación agradecido entre los mayores. Quizá para enfatizar que ellos aún están vivos.

Domingo 29 de diciembre

Eefje ha muerto.

A las once he ido a darle un beso sobre su arrugada frente y le he dicho «hasta mañana».

Una hora después ha fallecido plácidamente.

Acabo de ir a verla otra vez. Seguía igual de hermosa.

Querría alegrarme por ella, pero estoy demasiado triste.

Empezaremos el 2014 con un entierro. Infeliz Año Nuevo.

Lunes 30 de diciembre

La fiesta de Nochevieja de nuestro club sigue adelante, aunque los ánimos estén bastante menos festivos. La celebración que organiza la casa para el resto de los residentes siempre sigue adelante. Con la de vejestorios que hay aquí no pueden permitirse anular todas las actividades alegres cada vez que hay una defunción. No harían prácticamente nada.

Ria y Antoine estaban preparando buñuelos cuando se enteraron de la muerte de Eefje. Les pareció que no era momento para buñuelos y fueron a llevarlos al Ejército de Salvación. Luego se arrepintieron y han preparado más para mañana por la noche.

«Era lo mejor para ella.»

Puedes repetirlo cien veces pero la pena no se atenúa.

Hemos encargado rosas rojas para Eefje. El jueves por la tarde será el entierro. Espero que brille el sol.

Eefje era una persona nocturna y habría preferido que la enterraran al atardecer, con farolillos y antorchas. Parece que no es posible.

Después nos hemos reunido en casa de Evert para tomar un vino blanco con unas croquetas. Eefje no soportaba el bizcocho, al menos durante los entierros. Y probablemente tampoco en el acuario. Jamás me atreví a contarle la historia de los peces.

Martes 31 de diciembre

Es la última vez que escribo en mi diario. Me resulta extraño. Se ha convertido en una parte de mi vida cotidiana, como la cena. Unas veces me sienta bien y otras veces no me apetece, pero uno no se la salta así como así.

Voy a tener mucho tiempo libre sin Eefje y sin diario. Tal vez debería escribir una novela.

Hubiera podido ser un buen año y en parte lo ha sido. Pero los últimos acontecimientos han enturbiado bastante la valoración final. Conocí a alguien que habría querido conocer medio siglo antes. Ahora tendré que conformarme con ocho meses bonitos y dos tristes. Debería sentirme agradecido por cada día de felicidad, como hace Grietje, y lo intento con todas mis fuerzas, pero a veces mis fuerzas no bastan.

El nuevo año ya no se me escapa. ¡A por la primavera! Y después nuestro viajecito de vinos. Con estupor y temblores, si llegamos. Con temblores seguro. El club Viejos-sí-muertos-no tiene que seguir haciendo honor a su nombre, de lo contrario sería un club de pacotilla.

Y después del viaje volveré a hacer más planes. Mientras haya planes, hay vida.
Esta tarde iré a comprarme una nueva agenda. Y otro bloc de notas.

1. Día de la apertura oficial del año parlamentario en los Países Bajos, en el que se hace la presentación de los presupuestos del Estado. (*N. de la T.*)

Título original: *Pogingen iets van het leven te maken*

© Hendrik Groen y J.M. Meulenhoff bv, Ámsterdam

Publicado en especial acuerdo por Meulenhoff Boekerij B.V. en colaboración con sus debidamente nombrados agente y coagente 2 Seas Literary Agency y SalmaiaLit, Agencia Literaria.

El editor reconoce con agradecimiento el apoyo de la Dutch Foundation for Literature.



Primera edición en este formato: marzo de 2016

© de la traducción: Marta Arguilé Bernal

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-16498-62-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.